



Para que nadie quede atrás

Tercera edición ampliada

Periodistas de la Universidad de Chile recuerdan a sus compañeras y compañeros

Gustavo González Rodríguez (editor)



Para que nadie quede atrás

A la memoria de nuestras(os) compañeras(os) y maestras(os)



Editor:

Gustavo González Rodríguez

Diseño y publicación digital:

Roberto Cossio Correa

Gonzalo Ramírez Chamblat (2da y 3ra edición)

Dirección de Servicios de Información y Bibliotecas (SISIB)

Universidad de Chile

Foto de portada:

Detalle del mural de la Facultad de Comunicación e Imagen

Campus Juan Gómez Millas

Universidad de Chile

Santiago, abril de 2023

*“...Y en nosotros nuestros muertos, pa’
que nadie quede atrás...”*

(Atahualpa Yupanqui, Los Hermanos)

Índice

Prólogo	7
Prólogo a la segunda edición	9
Prólogo a la tercera edición	11
<i>I. Generación calle Los Aromos</i>	<i>15</i>
Raúl Aicardi	14
Elmo Catalán Avilés	16
Raquel Correa	21
Olga Dragnic	25
Alejandro Cabrera	29
Eduardo Ted Córdova-Claure	32
Agustín “Paco” Oyarzún	35
Érica Vexler	38
Gonzalo Bertrán Martínez-Conde	41
Alexandra Barrientos	44
Wladimir Aguilera	48
Edmundo Villarroel Ilic	51
Myriam Súa Contreras	54
Juan Bastidas	58
Patricio Muñoz Madariaga	61
Jorge Silva Luvecce	71
Jorge Uribe Navarrete	78
Hernán Barahona	83
José Miguel Zambrano	86
Enrique Canelo Córdova	92
Alejandro Villalobos Muñoz	98
Verónica Schwartzmann Rauch	102
María Celina Arosteguy Fernández (Mao)	105
René Toro	111
Patricia Bravo Berli	113
Cornelio González	116
Verónica Vergara	120
Juan Carlos Díaz Velásquez	122
Orlando Escárate	127

Irene Geis	130
Eliana Cea	138
Domingo Ulloa Retamal	142
Luis Álvarez Baltierra	147
Alejandro Kofmann O'Reilly	151
Guillermo Holtheuer Lafosse	155
Giacomo Marasso Beltrán	160
Víctor Hugo Albornoz Soto	165
Luís Henríquez Álvarez	171
Bárbara Ormazábal Vergara	175
Juan Luis Alarcón Arredondo	178
María Clara Illino	183
José Gai Hernández	187
Manola Robles Delgado	191
Antonio Márquez Allison	196
Raúl Muñoz Chaut	201
René Francisco González Cortés	205
Ximena Cannobbio Salas	209
Eduardo Marín Gaviria	214
Alipio Vera Guerrero	219
<i>II. Generación calle Belgrado</i>	<i>229</i>
Quémil Rios	230
Rubén Bravo la Vega	235
Claudia Araya Palacios	238
Jaime Valdés Concha	241
Rodrigo García	250
Claudio Le-Fort	252
Carolina Eva Cárdenas Beltrán	256
Jorge Andrés Urruticoechea Basaure	260
Guillermo Hidalgo Muñoz	264
Marta Andrea Machuca Arriagada	269
<i>III. Generación Campus Juan Gómez Millas</i>	<i>273</i>
Roberto Casanova Valdebenito	274
Apéndice	279

Prólogo

La idea de publicar este libro surgió el año 2013, con ocasión de los 60 años de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, que inició oficialmente sus clases el 20 de abril de 1953.

Gustavo González Rodríguez, ex director de la Escuela, propuso la elaboración colectiva de un texto electrónico que fuera una plataforma o blog de registro de semblanzas de exalumnas y exalumnos fallecidos, escritas por sus compañeras y compañeros. El propósito fue dar continuidad a dos libros que reúnen las historias de protagonistas de estas seis décadas de la Escuela. *Vendedores de sol*, editado por Alejandro Cabrera Ferrada en 1994 es una recopilación de crónicas y testimonios personales sobre los primeros 40 años de nuestro plantel. *Morir es la noticia*, publicado por Ernesto Carmona Ulloa en 1997, recoge las historias de periodistas y estudiantes de periodismo asesinados o desaparecidos bajo la dictadura, así como de profesionales de la comunicación fallecidos, cuyas vidas se vieron alteradas radicalmente por el golpe de Estado de 1973.

Morir es la noticia incluye los casos de 14 periodistas y estudiantes de nuestra Escuela de Periodismo, entre ellos dos compañeros que estu-

diaron en la otrora sede de Valparaíso de la Universidad de Chile, además de nuestro recordado exdirector y exdecano Mario Planet Rojas.

Hay allí una mención muy breve a René Toro Trujillo, torturado por la represión dictatorial en Chile y fallecido en el exilio en los Estados Unidos. Ahora, gracias a sus compañeros de curso Carlos Guerra y Ximena Ortúzar podemos publicar una completa semblanza de este joven militante socialista.

Para que nadie quede atrás viene a ser un complemento cronológico de *Vendedores de sol* y *Morir es la noticia* y a la vez una especie de memorial permanente en que podrán incluirse las semblanzas de exalumnos o maestros de la Escuela de Periodismo fallecidos, omitidos involuntariamente en esta primera entrega. En otras palabras, esperamos que muchos de los miles de estudiantes de Periodismo que han pasado por la Universidad de Chile conozcan esta iniciativa y aporten a su enriquecimiento.

La idea planteada hace un año llega entonces ahora a una primera fase de materialización. Esta entrega incluye a 25 estudiantes y

maestros de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Es una suerte de friso generacional, con semblanzas de señeras figuras del periodismo chileno que pasaron por el añorado edificio de la calle Los Aromos (hoy calle Profesor Juan Gómez Millas) y por las casonas de la calle Belgrado (hoy calle Periodista José Carrasco Tapia). También las jóvenes generaciones que estudian Periodismo en el Campus Juan Gómez Millas han contribuido a este libro.

Los textos reunidos aquí presentan diversos estilos y aproximaciones a las figuras de nuestras compañeras y compañeros que ya no están con nosotros. Si bien se entregó una pauta preliminar a los autores con recomendaciones de extensión, se puntualizó que no había normas rígidas para la escritura. Así, nos encontramos con semblanzas que constituyen íntimos retratos escritos en primera persona, otras que más bien adoptan el formato de la crónica testimonial, y algunas que apuestan a la reconstrucción de eventos históricos y biográficos.

La mayoría de las semblanzas corresponden a un solo autor, pero en algunos casos se optó por la autoría colectiva o por dos artículos acerca de una misma persona. Del mismo modo, hay escritos que superaron con largueza la extensión recomendada. El editor optó finalmente por aceptar todos los textos e intervenirlos en forma mínima. Otro procedimiento habría implicado despojar a este libro de los sentimientos que vierten aquí quienes colaboraron generosamente en su realización.

El rescate de las figuras de compañeras y compañeros es un homenaje a quienes dejaron sus huellas de amistad, solidaridad y talento en su paso por nuestras aulas, pero es también un aporte a la recuperación de la memoria colectiva de nuestra Escuela de Periodismo, que a sus 61 años entra en la etapa de “adulto mayor” en medio

de desafíos permanente de renovación y de lucha por la democratización de las comunicaciones y por una educación superior libre y gratis.

En el transcurso inexorable del tiempo y de la vida, este libro es también un reconocimiento póstumo particular al profesor Alejandro Cabrera Ferrada, miembro de la primera generación de estudiantes de la Escuela y editor de *Vendedores de sol*, como igualmente a nuestra añorada Patricia Bravo Berli, coautora de *Morir es la noticia*.

Como toda obra colectiva esta es una creación que convocó a numerosos colaboradores. Corresponde agradecer a todas/os las/os autoras y autores que aportaron tanto sus textos como testimonios gráficos. Un agradecimiento especial a quienes actuaron como puentes generacionales para proponer nombres y autores. En esta dimensión corresponde mencionar a Lidia Baltra, Mónica Silva Monge, María Eugenia Borel, Hilda Pacheco y a Fernando *Charlie* Donoso, con las respectivas excusas si es que hay alguna involuntaria omisión.

Un reconocimiento también a Ernesto Carmona, quien autorizó la incorporación, como Apéndice de esta obra, de los enlaces a los textos en Internet sobre los 15 maestros, periodistas y estudiantes de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile incluidos en *Morir es la noticia*.

Un agradecimiento igualmente al profesor y periodista Alejandro Morales Vargas, quien hizo posible el apoyo informático del Dirección de Servicios de Información y Biblioteca (SISIB) de la Universidad de Chile para el diseño y difusión de esta obra.

El editor

Abril de 2014

Prólogo a la segunda edición

Ha transcurrido más de un año desde que en abril de 2014 lanzáramos la primera edición de este libro. Como advertimos en esa oportunidad, no estábamos entregando un producto terminado, sino dando apenas un primer paso para construir “una especie de friso generacional” que diera continuidad a los libro *Vendedores de sol y Morir es la noticia*, con las historias de docentes y estudiantes que desde 1953 han dado vida a nuestra Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

Partimos con 25 semblanzas y ahora sumamos otras 15. Hay que insistir en que todavía “no están todos los que son, ni son todos los que están”. Sin embargo, avanzamos sin pausa en la tarea propuesta, que hace justicia a la memoria de mujeres y hombres que en 62 años han dado vida a la que proclamamos con orgullo y sin prepotencia como la primera y la mejor Escuela de Periodismo de nuestro país.

Quienes se sintieron motivadas o motivados por la primera edición y afilaron sus plumas para ser parte de esta segunda entrega ayudan a diseñar una historia que no solo recoge experiencias

individuales, sino que en la suma de testimonios va dibujando la reconstrucción de épocas y episodios donde confluyen desde notables personalidades formadas en nuestra Escuela hasta protagonistas de vidas que no por sencillas son menos valiosas.

En esta edición ampliada, los textos sobre Ted Córdova y Olga Dragnic hablan de la proyección internacional de nuestra Escuela de Periodismo, así como Elmo Catalán es rescatado como el mayor testimonio del internacionalismo, una palabra condenada ahora al desuso. El maestro Raúl Aicardi, así como Gonzalo Bertrán y Juan Carlos Díaz, nos remiten a momentos clave de la televisión chilena. Junto a la figura señera de Érica Vexler, encontraremos a directores de medios como Wladimir Aguilera y Orlando Escárte.

Muchos de los que pertenecen a la “Generación calle Belgrado” se enterarán tal vez con sorpresa que el quijotesco Jaime Valdés fue un activo y comprometido rodriguista en los años de lucha contra la dictadura, a la vez que podrán recordar la intensa y fugaz vida de Andrea Machuca. Los que se identifican con la ya mítica “Generación calle Los Aromos” revivirán posiblemente la magia de los

años 60 y 70 en los perfiles de Enrique Canelo, Alejandro Villalobos, Verónica Schwartzmann y Verónica Vergara.

Corresponde agradecer a autoras y autores tanto por su colaboración como por el alto nivel narrativo y estilístico de sus escritos, que dan cuenta a la postre de la calidad de la formación en nuestra Escuela. Va también una vez más la gratitud para el SISIB (Dirección de Servicios de Información y Bibliotecas), esta vez en la persona de Pamela Aguayo, por su aporte en el diseño y difusión online de esta obra.

El editor

junio de 2015

Prólogo a la tercera edición

Esta tercera edición ampliada del libro “Para que nadie quede atrás”, coincide con el aniversario número 70 de nuestra Escuela de Periodismo, que en este año 2023 no solamente cumple siete décadas de existencia, sino que las celebra además con orgullo, como núcleo fundacional de la Facultad de Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile, nacida oficialmente el 14 de junio de 2022.

Desde el pequeño local de la calle San Antonio donde Ramón Cortez Ponce dictó la primera clase de Periodismo Informativo el 20 de abril de 1953, hasta el moderno edificio del Campus Juan Gómez Millas que alberga a la facultad, han pasado miles de estudiantes y centenares de académicos y funcionarios por las aulas de clases y demás instalaciones. Y por sobre todo, ha pasado la historia. Una historia que remite a los desafíos y tendencias de la formación de periodistas y comunicadores, en un camino que registra episodios críticos y más de alguna frustración, pero que en el balance final ha significado marchar siempre hacia adelante.

Desde su primera edición el año 2014, el propósito de este libro electrónico ha sido el de dar rostros a esta historia, rescatando para ello

las semblanzas de estudiantes y maestros que han abandonado este mundo, pero cuyas huellas permanecen entre quienes compartieron con ellos como compañeras o compañeros en la Escuela o como sus discípulos.

A medida de que este libro ha ido sumando textos e imágenes hemos visto asimismo transcurrir los años. “El tiempo, el implacable”, como diría Pablo Milanés, nos enfrentó en este último tiempo a la partida de valiosas y valiosos periodistas de nuestra Escuela e igualmente de notables profesores.

Entre los maestros, reseñamos en esta nueva edición la vida y trayectoria de Domingo Ulloa, quien educó en el arte y la técnica de la fotografía a 1.200 estudiantes de la Escuela. Está también Raúl Muñoz Chaut, quien cumplió un largo trayecto enseñando redacción y gramática a generaciones de la calle Los Aromos, Belgrado y Juan Gómez Millas, además de desarrollar labores de dirección en la forja del Instituto de la Comunicación e Imagen, antesala de la Facultad.

Maestra fue igualmente Irene Geis, al igual que Eliana Cea. Dos mu-

12 jeres que brillaron con luz propia en el periodismo y que, por esos azares, fallecieron el mismo día. Notable y extraordinaria fue igualmente Manola Robles, la precoz estudiante de los años 60 que alcanzó las mayores distinciones y reconocimiento, identificada siempre con la radiodifusión.

Ximena Cannobbio, Bárbara Ormazábal y María Clara Illino, nos dejaron también en los últimos años. Sus vidas, marcadas de una u otra forma por el golpe de Estado de 1973, dan cuenta de los avatares de la política y del periodismo en los años 60 y 70 del siglo pasado.

Casi al cierre de esta edición de “Para que nadie quede atrás”, la llamada Generación Planetaria vio partir a Alipio Vera, el más sencillo y a la postre el mejor exponente de ese curso que ingresó a la Escuela en 1966. Pocos días antes, el 31 de enero, nos llegó desde Colombia la noticia de la muerte de Eduardo Marín, otro apreciado “planetario”.

También pertenecieron a la Generación Planetaria Víctor Hugo Albornoz, brillante reportero policial, y Juan Luis Alarcón, camarógrafo forjado en los primeros años de la televisión chilena, que pagó con un largo exilio su identificación con la izquierda revolucionaria. De la misma generación fue Giacomo Marasso, eterno luchador político desde las filas de la Democracia Cristiana, que alternó el periodismo con la dirigencia gremial y cargos diplomáticos.

José Gai, Guillermo Holtheuer, Luis Henríquez y René González. Los cuatro tuvieron en común su pertenencia a la promoción que ingresó a la Escuela en 1967. Pepe Gai fue un notable escritor, dibujante y caricaturista, además de periodista excepcional y excelente mediocampista en las canchas de fútbol. Pocos como él reunieron tanto talento.

A Holtheuer se le recuerda como “un radical de tomo y lomo” en aquellos tiempos sesenteros en que la identidad política era un sello necesario. Del mismo modo, Luis Henríquez fue un comunista tenaz, que no renegó de sus convicciones ni aún en las duras condiciones del campo de prisioneros de Chacabuco. Comunista también, René González vivió exilios y retornos en una vida rica en amores y aventuras.

Antonio Márquez Allison fue una de las personas más queridas en la segunda mitad de los años 60 allá en Los Aromos. Dibujante, cantante guitarrero, publicista, comunicador televisivo y, como si todo fuera poco, bombero. Un personaje de excepción.

También fue singular Alejandro Koffmann. Tuvo una larga trayectoria profesional en Chile y en los Estados Unidos hasta que abandonó el periodismo para convertirse en activista de las mejores causas ambientales en Villarrica.

Por último, la semblanza que publicamos aquí de Luis Álvarez Baltierra le hace honor a los años de gloria de Ercilla, la revista de actualidad que marcó época desde su creación en 1933 hasta 1976, cuando su plana periodística, que incluía a Álvarez Baltierra, renunció en desacuerdo con la compra de la publicación por un grupo empresarial afín a la dictadura.

La primera edición de “Para que nadie quede atrás”, de abril de 2014, incluyó semblanzas biográficas de 25 maestros y estudiantes. En la segunda edición, de junio de 2015, sumamos otras 15. Con las 20 historias de esta tercera edición, llegamos a 60. Además, nuestro libro incluye en el Apéndice los enlaces a los artículos sobre periodistas de la Universidad de Chile víctimas de la represión dictatorial, publicados en la obra “Morir es la noticia”.

Los agradecimientos para las autoras y los autores de los textos de esta tercera entrega y una gratitud especial a María Angélica Rivera, María Nella Gai, Daniela Márquez Colodro, Marisol Muñoz Cury y Cristina Alarcón López, por las fotografías que nos proporcionaron.

Como siempre, nuestro reconocimiento a la Dirección de Servicios de Información y Bibliotecas, SISIB, en la persona del profesor Alejandro Morales Vargas, por alojar y difundir este libro, cuya licencia de Creative Commons, autoriza su reproducción parcial o completa con la única condición de dar crédito a autoras y autores.

El editor

abril de 2023

I. Generación calle Los Aromos

Raúl Aicardi Saavedra

GRAN MAESTRO HASTA EL FINAL

Por Toño Freire

16

El edificio donado por benefactores venezolanos para que funcionara la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile al fondo del Instituto Pedagógico era magnífico para su época: “un niño de cemento, hierro y cristal” en palabras de su director Santiago del Campo en la jornada inaugural de 1956. Sin embargo, en su interior carecía de mínima tecnología para que los alumnos pudiesen practicar las teorías impartidas. Falencia más notoria en asignaturas relacionadas con el ejercicio del audiovisualismo. Si en clases de Radio se desconocían los micrófonos, en Cine las filmadoras sólo funcionaban en mentes afebradas.

Fue en ese pobre terreno de la actividad docente que empezamos a apreciar la generosidad de Raúl Aicardi, fallecido en septiembre del 2013 en su casa de Colorado Spring, Estados Unidos. A los 89 años tomó el tren del adiós enseguida de haber dejado en su historia logros señeros como haber sido fundador del Canal 9 de la Universidad de Chile y jefe del Departamento Audiovisual de Naciones Unidas. Al país del norte había llegado en 1963 para asistir a una Convención en la Universidad de Syracuse, Nueva York, y desde la Agencia Informativa de los Estados Unidos (USIS) lo

contrataron para trabajar en un programa de televisión orientado a América latina. Sus reportajes y entrevistas a famosos del show aparecieron en las pantallas del continente. De ahí pasó a las Naciones Unidas. Ya jubilado, junto a sus esposa Eva MacKenzie, sin sus hijos Margarita y Guillermo, por un largo período se residió en Alicante, España, para, finalmente, retornar a lo que llamaba “el profundo Estados Unidos”.

A fines de los '50, cumpliendo nuestro curso los últimos años de la carrera, Aicardi dictó las asignaturas de Radio y Cine. Raquel Correa, Lidia Baltra, Abraham Santibáñez, Rosa Urrutia, Érica Vexler, Sergio Gutiérrez, Cecilia Binimelis, Agustín Oyarzún, se anotaban entre sus alumnos. Sin poseer título académico, sus logros profesionales avalaban su experticia: guionista y director de películas, libretista y director de radioteatros, periodista, crítico, publicista, actor e hijo de histriones uruguayos:

–Nací en el teatro. Crecí en escenarios y aprendí en giras mirando a mis padres, Jacinto Aicardi, actor, director, y a mi madre la actriz Albina Saavedra.

Consciente de la ausencia de equipos para realizar las prácticas docentes, en su afán de suplirlos, siendo director de la Radio de la Universidad de Chile, permitía que grabáramos programas en sus estudios de la Casa Central en Alameda, colocando a nuestra disposición al técnico Francisco Cares. En el campo cinematográfico, gracias a él, las deficiencias formativas encontraban solución al facilitarnos su cámara de 8 mm., la elemental editora, regalarnos el correspondiente celuloide y asumir el pago del revelado. En el marco de tales actividades fue que debutamos con documentalistas al producir *Listos para la foto*, destinado a recibir una generación de mechones que ingresaban a estudiar periodismo.

De la misma entrega desinteresada, de su talento artístico y amor por los forjadores de nuestra cultura, Aicardi ya había dado muestras cuando, en 1953, siendo autoridad de Radio Chilena – asimismo lo fue en Cooperativa Vitalicia – abrió las puertas a Violeta Parra, marginada entonces de muchos locutorios. Posteriormente, la fecunda cantautora, en una entrevista lo definiría como “el mejor director de radio, sin discusión alguna”. En el séptimo arte, a comienzos de los sesenta, su película *Recordando* en compañía del camarógrafo Juan Urrutia, fue un verdadero tributo a quienes captaron las primeras imágenes silentes de nuestra realidad y un documento al servicio de la memoria nacional.

Pleno de méritos y por la importancia del medio comunicacional, el Canal 9 de la Universidad de Chile debió ser uno de sus aportes mayúsculos. Sin abandonar su carisma docente ni calidad humana, multiplicando su capacidad laboral supo sacarlo adelante. Horas económicas difíciles, paupérrimas, con una cámara ciega, sin visor, un transmisor armado por alumnos del Instituto de Ensayos Eléctricos en la Escuela de Ingeniería, comandados por Bartolomé Dezerega y ad portas el Campeonato Mundial de Fútbol de 1962. Nada por recibir, mucho por hacer. Con creces salió adelante en tan inéditas transmisiones, formando, además, un centenar de futuros profesionales.



Raúl Aicardi en su oficina en Santiago, 1962.
(© Marcelo Montealegre)

Tiempos de fama para Patricio Bañados, Alfredo Olivares, Hugo Tassara. A la hora de la programación nocturna verdaderamente cultural –no la bazofia actual– la animadora Diana Sanz compartía popularidad con Jorge Álvarez, Adriana Borghero, Enrique Bello, Sergio Silva, Mario Planet, Hugo Lagos, Alberto Guerrero, Cora Santa Cruz, Pablo de la Barra. Y por las mañanas, respetando los planes y programas de estudios del Ministerio de Educación, emisión de espacios de Televisión Educativa a cargo de Viola Soto, pedagoga perfeccionada en la Telescuola de Italia, destinados a apoyar el proceso de enseñanza-aprendizaje de alumnos de media docena de liceos capitalinos.

Mi amistad con don Raúl Aicardi nacida en el aula, continuada en los estudios de televisión, se prolongó por medio siglo. Jamás dejamos de cartearnos, visitarnos en Chile y el extranjero, intercambiar textos y recortes, telefonearnos, enviarnos películas, VHS, DVD, emails. Como venía sucediendo, el viernes 06 de septiembre del 2013 conversamos por teléfono. ¿Motivo?: la publicación de su libro *Luz, Cámara, Acción* que sacaría a circulación Juan Pablo Cárdenas en la Editorial Radio Universidad de Chile. Su voz sonaba transparente, optimista. Su mente proyectaba lucidez exhibiendo su agudo sentido crítico:

–“La TV chilena abierta es sólo una caja repetidora de lo peor que se hace en Estados Unidos”



Raúl Aicardi (a la derecha), con el jazzista Jack Brown (1955)

Debo haber sido una de las últimas personas en escucharlo. Horas después lo encontraron muerto. Lo certero de su juicio demostró que hasta el último minuto de su existencia fue un excepcional maestro que, desgraciadamente, dijo adiós en tierras lejanas sin haber recibido nunca el reconocimiento de las comunicaciones chilenas.

Elmo Catalán Avilés

EL PERIODISTA DE LA PATRIA GRANDE

Por Gustavo González Rodríguez

18

En la fría mañana del martes 16 de junio de 1970 se repletó el auditorium de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. En la tarde del día anterior las noticias procedentes de Bolivia habían confirmado la muerte violenta de Elmo Catalán Avilés, miembro de la primera generación de estudiantes de nuestro plantel. Mario Planet se dirigió a los estudiantes y académicos: “Hablaré brevemente, porque no quiero quebrarme ante ustedes como me quebré anoche”, dijo el director de la Escuela, para homenajear con cariño y emoción al periodista chileno asesinado en Cochabamba junto a su compañera, la joven boliviana Genny Köller.

Al término de la asamblea marchamos desde la calle Los Aromos hasta el centro de Santiago para exigir justicia ante un crimen que había cobrado la vida de un combatiente internacionalista. Los dedos acusadores apuntaban a los aparatos de contrainsurgencia de Estados Unidos y la dictadura militar boliviana del general Alfredo Ovando. Así, no fue extraño que el desfile de protesta culminara en la calle Agustinas con el apedreo de la sede del Instituto Chileno-Norteamericano de Cultura.

Elmo Catalán había ingresado clandestinamente a Bolivia en 1969 y al momento de su muerte integraba, como comisario político, el estado mayor del Ejército de Liberación Nacional (ELN), la guerrilla creada por Ernesto Che Guevara, que se aprestaba a reabrir la lucha armada mediante un foco insurgente en Teoponte.

Ricardo –tal era su nombre de guerra– arrastraba como una frustración el no haber combatido junto al Che en Ñancahuazú. Tras la muerte del guerrillero cubano-argentino se integró de lleno a los “elenos”, como se llamaba a los militantes del Partido Socialista de Chile que montaron redes de apoyo y retaguardia para la reconstrucción del ELN. Entre ellos estaba Beatriz Allende, la hija del doctor Salvador Allende, más conocida como Tati.

Elmo fue uno de los ocho chilenos que se integraron como guerrilleros al ELN. No alcanzó a combatir. Él y Victoria –nombre político de Genny– fueron asesinados en un confuso incidente el 8 de junio de 1970 por Aníbal Crespo, militante también de la organización. Once días después de su muerte, el 19 de junio, la columna de 67 combatientes (54 bolivianos, siete chilenos, dos



Elmo Catalán y Salvador Allende en la campaña presidencial de 1964. Aparecen también el dirigente comunista Volodia Teitelboim y los socialistas Manuel Mandujano y Aniceto Rodríguez, además de la esposa e hijos de este último.

argentinos, un colombiano, un brasileño, un peruano y un hispano-estadounidense) ocupó el poblado minero de Teoponte para abrir un foco guerrillero de efímera y trágica existencia. De los siete chilenos, cuatro murieron durante la aventura insurgente, otros dos desaparecieron bajo la dictadura de Augusto Pinochet en Chile y solo uno sobrevive.

Gustavo Rodríguez Ostría, historiador boliviano y actual embajador del gobierno de Evo Morales en Perú, documentó de manera exhaustiva la génesis, desarrollo y desenlace de este episodio guerrillero en las 643 páginas de su libro *Sin tiempo para las palabras. Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia* (2006). Una obra que da un testimonio certero y a la vez emocionante del fracaso tal vez definitivo del foquismo guerrillero, alimentado por el idealismo y la pasión de jóvenes marxistas y cristianos que en su prisa por emular al Che se echaron a combatir al monte sin la instrucción ni el equipamiento ni la infraestructura de retaguardia adecuada.

Consecuente con sus ideas e ideales

Han transcurrido ya 45 años y las circunstancias de la muerte de Genny y Elmo siguen siendo materia de controversias. Rodríguez Ostría aportó en su libro numerosos datos y testimonios sobre la participación de Crespo en los asesinatos y el ocultamiento de los cadáveres por parte de militantes del ELN en Cochabamba en un

intento de evitar una intervención policial que abortara los preparativos guerrilleros.

El 19 de septiembre de 2002 el historiador tuvo una larga entrevista con Crespo en Santa Cruz de la Sierra. Al final de la conversación le preguntó: “¿Fuiste tú verdad?”. “Sí, fui yo”, respondió, añadiendo ante otra pregunta que no recordaba si hizo dos o tres disparos.

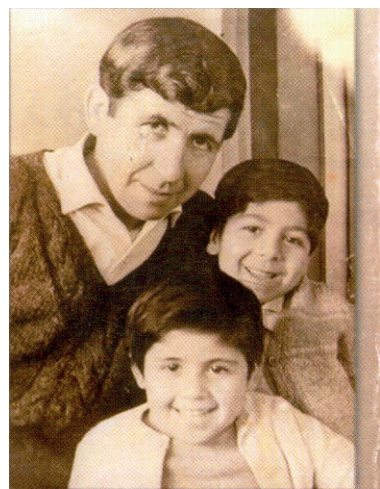
A comienzos de los años 80 tuve en Quito la oportunidad de conversar con Julia, nombre político de una chilena ya anciana que residía en Bolivia y había pertenecido a las redes de apoyo del ELN, quien corroboraba la versión de que el criminal fue Crespo, impulsado por celos o un rechazo a la jefatura que sobre él ejercía Elmo. Pero en 1970, en esos días de rebrote guerrillero e intensificación de las luchas sociales en Bolivia, cobró cuerpo inicialmente la versión de que Catalán y Genny –quien tenía un embarazo de tres meses– habían sido secuestrados por cuerpos de seguridad y brutalmente torturados antes de los asesinatos. El estado en que estaban ambos cuerpos, abandonados durante cuatro días bajo un puente, daba credibilidad a las hipótesis de torturas y de que en el crimen había intervenido la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, la CIA.

Desde el propio grupo guerrillero emanaron versiones contradictorias. La jefatura del ELN, encabezada por Osvaldo “Chato” Paredo, emitió un comunicado en la noche del 16 de junio donde decía que el crimen fue cometido por un miembro de la organización que disparó contra Genny y Elmo porque este lo había sancionado por actos de indisciplina. Dos días antes, otras fuentes del ELN habían culpado de los asesinatos al ejército. La Confederación Universitaria Boliviana y la Central Obrera Boliviana sostenían la misma versión y acusaban a la dictadura de Ovando y a la CIA.

El periodista cubano José Bodes Gómez, autor de *En la senda del Ché. Biografía de Elmo Catalán*, publicado el año 2009, aporta varios testimonios que sindicaban a Crespo como agente de la CIA. La hipótesis de que el periodista chileno fue ultimado por la inteligencia estadounidense “es indemostrable”, subrayó a su vez Rodríguez Ostría en una reunión en el Círculo de Periodistas de Santiago el 19 de noviembre de 2012, cuando vino a Chile para presentar el

documental *Teoponte ¡volveremos a las montañas!*, basado en su obra, dirigido por Roberto Alem Rojo.

Tal vez una muerte absurda para una vida ejemplar. Y es que más allá de las hipótesis y controversias sobre el autor de su asesinato y sus motivaciones, Elmo Catalán Avilés debe ser recordado como un hombre consecuente con sus ideas e ideales, como un periodista identificado a fondo con las luchas revolucionarias de los años 60, que inspirado por el Che Guevara abrazó las banderas del internacionalismo y quiso ser combatiente y fundador de la Patria Grande, como se solía identificar en la utopía de aquellos años a



Elmo junto a sus hijos Elmo y Claudia Catalán Agüero.

una América Latina integrada como una gran república socialista.

“Para nosotros «la patria es América», como lo proclamara Bolívar en los campos de batalla”, escribió Elmo en la carta que dirigió a su madre, hijos, hermanos, tíos y demás familiares desde Bolivia, con fecha 19 de abril de 1970, para romper una larga incomunicación y revelarles su condición de guerrillero: “Soy

soldado del Ejército de Liberación Nacional, el ejército que el Che y un puñado de valientes fundaron en Ñancahuazú. Muchos sueñan con tan grande honor sin alcanzarlo. Por eso me considero un privilegiado”.

“Patria tiene para mí un sentido real y profundo. Es ciertamente el territorio geográfico donde el individuo nace. Pero patria es también en toda su dimensión el suelo oprimido donde un revolucionario combate por la libertad de su pueblo o muere en defensa de sus ideales”. “Patria es la Nueva Sociedad y el Hombre Nuevo que nosotros queremos”. “No soy extranjero en Bolivia ni seré extranjero en ningún lugar de América Latina”, señaló en otros pasajes de la extensa carta, reproducida extensa carta, reproducida en el libro de Bodes.

El texto, firmado como Ricardo, terminaba con una post data conmovedora: “Hay algo más –y bastante grande– que me une profundamente a esta tierra. Amo a una combatiente del ELN y tendré un hijo boliviano. Soy feliz”.

Orador apasionado, extraordinario profesional

La biografía de Elmo Catalán fue editada en Cuba como parte de las actividades conmemorativas del 50 aniversario de Prensa Latina, agencia noticiosa de la revolución cubana en cuya corresponsalía en Santiago trabajó el periodista chileno entre 1961 y 1964. En este libro, José Bodes –quien también fue corresponsal de Prensa en Chile– hace un completo recorrido por la vida familiar, profesional y política de Catalán, desde sus inicios como cronista deportivo en el diario *El Siglo* en 1955, cuando ya estudiaba en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, hasta su muerte en Bolivia.

“Elmo Catalán causó variadas impresiones a su paso por la escuela. Desde luego, hizo siempre impacto por su oratoria, generalmente apasionada en defensa de sus principios, identificados con las ideas de la izquierda. Luego, en virtud de una cierta facilidad para relacionarse con las personas, despertaba simpatía entre el elemento femenino. Además, dio siempre muestras de una extraordinaria capacidad socializadora al participar tanto en actividades propias de la carrera como en otras de carácter extraescolar”, recuerda el periodista Juan Guillermo Figueroa.

“Fue alumno del primer curso de la primera escuela de periodismo de Chile. Gladys Guzmán, una de sus compañeras en dicho curso, lo recordó como parte del llamado «clan de los nortinos», que integraban también Enrique Pizarro, Ibar Aibar, Atio Gálvez, Horacio Marull y Luis Ochoa. Todos provenían del liceo de hombres de Antofagasta”, agrega Juan Guillermo.

“Evoco la imagen de Elmo como la de un inquieto estudiante, un apasionado defensor de los humildes y un buen amigo en las aulas y en la vida social. En el plano profesional, lo recuerdo como un periodista que durante diez años, al menos, aplicó con rigor las enseñanzas de sus mentores y puso al servicio de la sociedad su talento, empuje y coraje”, concluye Figueroa.

Elmo Catalán se recibió como periodista con la memoria titulada “La propaganda, instrumento de presión política”, donde tuvo como profesor-guía a Mario Planet. A comienzos de los años 60 trabajó en la Escuela de Periodismo como ayudante del profesor

Juan Honorato en el curso de Periodismo Informativo, pero renunció a esa labor luego de que su rigor le acarrearía problemas con algunas estudiantes que lloraban en la sala ante lo implacable de sus correcciones. “Creo que fue un estallido histórico de mujeres enamoradas de su maestro”, le confidenció sin embargo una alumna a la periodista Eliana Cea, quien compartía la ayudantía con Catalán. “La verdad es que Elmo producía un encantamiento especial, y las mujeres nos sentíamos cautivadas sin que él se diera cuenta”, subraya Eliana.

En 1957 el periodista contrajo matrimonio con la profesora Ana María Agüero, con quien tuvo dos hijos: Elmo, nacido en 1958, y Ana María (1959). Más tarde tuvo como pareja a la periodista Ana María Maurer, quien se autoexilió en Alemania tras el golpe de Estado de 1973. La hija de ambos, Claudia, nacida en 1964, falleció en Ginebra en los años 90 en un accidente de tránsito.

En su vida política, Elmo Catalán militó inicialmente en el Partido Comunista y fue detenido el 2 de abril de 1957, cuando la policía política asaltó El Siglo durante las protestas populares contra el gobierno de Carlos Ibáñez. Sufrió pena de relegación en Curepto y Visviri. Posteriormente se afilió al Partido Socialista (PS) mientras era reportero de Radio Minería.

En 1960 coordinó un puente radial desde Valdivia tras el terremoto y en 1961 fue uno de los primeros periodistas en llegar a la zona cordillerana donde la caída de un avión causó la muerte del plantel del club de fútbol Green Cross. “Era reportero en radio Minería, y su calidad profesional me impactó tras ese accidente aéreo que conmovió al país. Pasaron días y horas en que se no se lograba alcanzar hasta las cumbres cordilleranas donde se había estrellado el avión. Con un esfuerzo y audacia increíbles, Elmo llegó al lugar (el cerro Lástimas, al interior de Linares) y captó y describió en terreno todo el horror de la tragedia. Reflejando cansancio en su voz, como único testigo, relató a la enorme grabadora que portaba todos los antecedentes que recogió y que más tarde transmitió al país, que escuchó emocionado su golpe periodístico. Después de ese episodio, concluí que no sólo era un orador apasionado, sino también un profesional de extraordinaria capacidad”, apunta Eliana Cea.

Juan Gonzalo Rocha, condiscípulo de Elmo en la universidad, cuenta que durante el descenso desde el sitio del accidente, junto a una patrulla militar, el periodista cargó sobre su espalda a un joven soldado que desfallecía de cansancio y frío.

Con Allende y los mineros del cobre

Luego de trabajar en las radios Minería y Balmaceda se incorporó al vespertino Las Noticias de Última Hora, cercano al PS, y a la corresponsalía de Prensa Latina. En esos mismos años pasó a ser relacionador público de la Confederación de Trabajadores del Cobre. En 1964 fue igualmente jefe de prensa de la campaña presidencial de Salvador Allende, derrotado en las elecciones de ese año por el demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva.

En 1965 fue designado director del periódico sindical Cobre, órgano de la Confederación. Para entonces, su nombre ya trascendía los ambientes reporteriles y se posicionaba como un intelectual combativo y documentado. En coautoría con el economista Mario Vera publicó en 1966 el ensayo *El fierro: despreciada viga maestra de Chile* y en 1967 *La encrucijada del cobre*, obra trascendental para el debate de aquellos años que desembocaría en 1971 en la nacionalización del metal rojo bajo el gobierno de la Unidad Popular.

Eran también los años en que el seno de la izquierda se discutía arduamente sobre las vías para la conquista del poder. Al interior del PS no faltaban los escépticos sobre la vía electoral que propugnaban la lucha armada, inspirados en la revolución cubana y las guerrillas que se multiplicaban en América Latina. Elmo Catalán, que viajó por primera vez a Cuba en 1962 se vinculó desde 1966 en Chile a los “elenos”. De ahí su decepción de no haber sido enviado a la guerrilla del Che en Bolivia. No obstante, tuvo un papel destacado en la operación para proteger a Inti Peredo y demás sobrevivientes del ELN que lograron llegar al norte de Chile en 1968, según consigna el libro de José Bodes.

En esa misma obra, Eliana Cea, entonces reportera política de La Segunda, cuenta que a comienzos de 1969 Catalán la invitó a almorzar para contarle con todas las reservas del caso que se iba a Bolivia y pedirle que difundiera en el diario el comunicado con que Inti Peredo anunciaría al día siguiente la reanudación de la guerrilla del ELN.

El asesinato de Genny Köller y Elmo Catalán en Cochabamba se produjo cuando Chile se encontraba en plena campaña para las presidenciales de septiembre de ese año, en que Salvador Allende derrotaría al derechista Jorge Alessandri y al demócrata cristiano Radomiro Tomic. Por encima de las consideraciones acerca de lo acertado o no de su opción de lucha, la figura de Elmo comenzó a crecer en la izquierda chilena y particularmente en el PS, donde los jóvenes crearon la brigada de propaganda mural que lleva su nombre.



Genny Köller

Tras su muerte se publicó como libro su memoria de título en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. “La propaganda, instrumento de presión política” tiene un valor histórico que no ha sido suficientemente considerado. Fue en rigor el primer estudio crítico a nivel académico sobre los medios de comunicación y su poder político y económico en Chile, me comentó con toda razón

hace un tiempo la académica e investigadora Chiara Sáez, del Instituto de la Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile.

José Bodes da cuenta en su libro de las infructuosas gestiones que se hicieron desde Chile, tanto a nivel familiar, sindical, parlamentario y gubernamental para que las autoridades bolivianas de la época aclararan las circunstancias de los asesinatos de Genny y Elmo y posibilitaran la repatriación de los restos del periodista chileno.

Elmo Catalán Agüero, hijo mayor de Elmo, señala que transcurridos ya 45 años no cabe insistir en la repatriación del cadáver, no solo por probables dificultades para la exhumación de los restos, sino también porque su padre asumió en su carta póstuma la posibilidad de morir y descansar para siempre en Bolivia: “Tengo fe absoluta en nuestro triunfo. Creo que sobreviviré... Pero si alguna bala –es el riesgo de la profesión– termina con mi existencia en Bolivia, sepan que hasta el último momento traté de cumplir honradamente con nuestros principios que son los del Che”.



Mural de la Brigada Elmo Catalán (BEC), Santiago, 1988.

Raquel Correa

LA INDEPENDENCIA FUE SU SELLO PROFESIONAL

Por Lidia Baltra Montaner

Tuve la suerte de conocerla bien durante casi seis décadas.

Ingresamos juntas a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, esa primera semana de abril de 1956. La vi paseándose por entre las filas de los “mechones” que dábamos el examen de admisión. Pensé que era una profesora, por su figura que irradiaba autoridad, pero días después la encontré sentada en un pupitre al igual que nosotros en el flamante edificio de calle Los Aromos en Ñuñoa. También postulaba al primer curso, sólo que como estudiaba Psicología en el vecino Pedagógico, le pidieron ayudar en ese examen que por primera vez se hacía con test de este tipo.

Fue de mis primeras amigas. Impresionaba por su carácter, su locuacidad, su modo de hablar directo y su risa franca. Estaba recién casada y vivía con su marido, Eduardo Amenábar, en un departamento en Avenida Lyon que a mí me pareció muy elegante (viniendo yo de la Avenida Matta), lo mismo que su anillo de compromiso de brillantes, tradicional en los matrimonios de la alta sociedad.

Provenía de una antigua familia de la aristocracia de la tierra, pero ella misma era sencilla en su cotidianeidad. Los verdaderos aristócratas, los de la tierra, al menos en esos tiempos no eran ostentosos. Tenía 11 hermanos y hermanas y todos juntos veraneaban en el fundo familiar, en Sagrada Familia (Lontué, VII Región). Su padre había sido un terrateniente que sufrió los efectos de la Reforma Agraria bajo Eduardo Frei Montalva y Salvador Allende. Padre y madre eran católicos y conservadores. Me contaba que por las noches, cuando se retiraban a dormir, su padre los bendecía uno por uno haciéndoles la señal de la cruz sobre la frente. Su madre la obligó a retirarse de las clases de teatro con Hugo Miller por ser un oficio inadecuado para la familia.

Asistimos a la clase magistral de Ramón Cortez Ponce en la Escuela de Periodismo, quien nos asombró afirmando que los primeros periodistas de la Historia fueron los Doce Apóstoles, al difundir al mundo la Buena Nueva. Nosotros, entonces aprendices de *chaski*, nos conmovimos, más aún viniendo de un radical y masón. También Raquel, entonces escéptica e incrédula, dos materiales indispensables para hacer de ella la excelente periodista que fue.

En esas aulas de calle Los Aromos, junto a colegas como Abraham Santibáñez, Teddy Córdova, Silvia Pinto, Erica Vexler o Toño Freire, seguimos aprendiendo durante cuatro años de la palabra erudita de Leopoldo Castedo, la sabia de Raúl Aicardi, la acompasada de Abelardo Clariana, la experta de un Mauricio Amster, la enérgica y definitiva de Lenka Franulic.

Lenka siempre distinguió a Raquel con su preferencia, quizá augurando en esa periodista en ciernes la brillante profesional en que se convertiría. En 1957, cuando éramos aún sus alumnas, nos invitó a participar de “Apuntes”, un espacio radial “escrito, hablado y dirigido por mujeres”. No era feminista porque no hablábamos de derechos ni de igualdad de oportunidades; sólo queríamos demostrar que podíamos hacer un tan buen programa informativo de la actualidad como aquellos realizados por hombres. Lenka dirigía, Licha Ballerino era la reportera estrella, y nosotras simples ayudantes, mientras las voces de tres locutoras de lujo, Mirella Latorre, Eliana Bocca y Elina Zuanic, voceaban nuestro trabajo por las ondas de Radio Minería, la más importante entonces.

Poco antes de terminar los estudios, invitadas por un maestro muy querido profesor de radio, Raúl Aicardi (fallecido en septiembre de 2013 a los 89 años en Estados Unidos), Raquel y yo comenzamos a trabajar en el Departamento de Prensa y Radio de la Universidad de Chile en la Casa Central. Allí se gestaban las bases del primer canal televisivo de la Universidad de Chile, el Canal 9. Pero todavía era radio y nos limitábamos a reportear el quehacer de la Universidad para difundirlo en programas radiales que salían al aire a... las 8 de la mañana de los días domingo.

Reportera policial

Estábamos felices ahí por la índole cultural de la tarea y porque, recién salidas de la Universidad, nos hicieron contrato de trabajo.

Pero pronto lo abandonamos porque ambas conseguimos empleo en Zig Zag, la vieja empresa editora de revistas. Aunque quedamos en oficinas vecinas del edificio de Avenida Santa María, desde ese momento nuestros caminos comenzaron a separarse: yo ingresé al quehacer de los espectáculos en *Ecran* y Raquel al de la crónica policial en revista *Vea*.

Raquel, que venía de familia tradicional y colegio de monjas, se encontró allí con un mundo diametralmente opuesto. Debía reportear los crímenes y delitos que alimentaban la circulación de ese popular semanario de crónica roja. La acompañaban en estas andanzas avezados reporteros policiales como Rafael Núñez u Os-

valdo (el Chino) Muray, también ya fallecidos. Y al igual que ellos, salía tras la noticia con los reporteros gráficos Francisco de Silvestri, Juanito Silva (su favorito, porque provenía también de Sagrada Familia) o “Pichanga” Muga, expertos todos en fotografiar cadáveres y sorprender delincuentes. La mejor escuela para un periodista, según la leyenda.

Fue de las pocas mujeres periodistas que asistió al fusilamiento de dos homicidas, Osorio y Cuadra, condenados a la pena de muerte por el asesinato de las hermanas Vera Romero y su empleada, hecho de san-

gre que conmovió a la opinión pública en los años 60, y que narró en las páginas de *Vea*.

Como cada paso profesional que acometía, tomó tan en serio su labor, que habiendo llegado joven e inexperta a esa redacción cuando la dirigía Jenaro Medina, ya bajo su siguiente director –Eduardo (el triste) Rivas– Raquel era la subdirectora. Terminó como directora del medio al momento del golpe de Estado de 1973.

El hijo anhelado

Un fin de semana de diciembre de 1962, invité a Raqui (que así la



Lidia Baltra con Raquel Correa (agosto de 2006)

llamaban en familia) a descansar a la casita que mis padres tenían en las playas de El Tabo. Partimos las dos solas en mi Fiat 600 blanco. Yo era soltera aún y el “Rucio” (así le decía a su marido), no podía abandonar su trabajo en Santiago.

No acabábamos de llegar, cuando esa tarde del 1 de diciembre de 1962 llega Eduardo muy agitado, acompañado por su hermano Jorge, para informarle que “la guagua” había nacido y tenían que ir a buscarla. Raquel y Eduardo no podían tener familia y decidieron adoptar un hijo que encargaron a las monjas de una casa donde llegaban niñas solteras embarazadas a ocultar su tropiezo. Felices, expectantes y nerviosos, partieron los tres a su fascinante misión. Meses después, me ofrecieron ser la madrina de bautizo del niño Juan Eduardo Amenábar Correa.

Nunca olvidamos ese día. Yo porque fue mi primer y único ahijado, y ellos porque volcaron su amor sobre ese niño que desgraciadamente nació con un grave problema neurológico. Al poco tiempo y de ahí en adelante, sus padres sufrirían lo indecible con el chico, diagnosticado con un “daño cerebral mínimo” que le provocaba convulsiones y alucinaciones, además de un retardo mental que lo mantuvo en la adolescencia hasta adulto. Raquel una vez comentó en una entrevista: “*Yo quería tener un niño y Dios me dio un niño para siempre.*” Para ambos, era su hijo querido, su felicidad, y cuando Raqui enviudó en 2004, fue su compañía y amor único hasta el final.

Objetividad a todo trance

Luego vendrían los tumultuosos años 70, donde cada chileno debió tomar partido. Raqui eligió el del periodismo objetivo e independiente que defendió hasta su último suspiro, y yo, el de la trincherita. Tuvimos largas discusiones sobre el tema: la objetividad en el periodismo, ¿es posible? Ella pensaba que sí.

Se distinguió en el género de la entrevista política, especialmente cuando llegó a la televisión y luego para las páginas de *El Mercurio*, donde pasó las tres últimas décadas. Se preparaba con tal rigurosidad, que al momento de la entrevista conocía a fondo tanto al personaje como su tema. Comenzaba la sesión con una hermosa y casi tímida sonrisa, pero luego su rostro se ponía serio, severo incluso, y disparaba sus preguntas como dardos, apuntando justo al



Encuentro de compañeras y compañeros de la Escuela de Periodismo. De izquierda a derecha: Abraham Santibáñez, Silvia Pinto, Fernando Jaras, Raquel Correa, Mireya Pincheira, Agustín Oyarzún, Lidia Baltra, Rosa Ulloa y Juan Rocha.

blanco. Era difícil eludir su acoso periodístico en estos encuentros que sacaban roncha y siempre producían noticias que se comentaban en los medios toda la semana. Se enorgullecía de jamás haber sido desmentida y de que sus jefes nunca le censuraron un texto, aunque más de alguna vez –con la libertad de expresión amagada– debió entregar las preguntas por adelantado.

En un país politizado y dividido como el nuestro, nadie sabía de qué lado estaba. Su técnica era la del “abogado del diablo”: cuando entrevistaba a un personaje de derecha, le lanzaba preguntas como si provinieran de la izquierda; y cuando era de izquierda, le disparaba como una tradicional derechista. Recibió más de un insulto de uno o de otro lado, pero persistió hasta el final: la verdad que busca un periodista en el campo de la política sólo podía alcanzarse desde la independencia. Fue su sello profesional.

Ni en la intimidad revelaba por quién había votado en las elecciones aduciendo que “el voto es secreto”. En los últimos tiempos dejó entrever que su corazón estaba bien afincado en el centro político. Sólo una vez me confesó indirectamente su secreto. Tras las elecciones de segunda vuelta en enero de 2000, donde se enfrentaron Ricardo Lagos y Joaquín Lavín, a una observación mía me reprochó: “*Comadre, ¿usted cree que yo votaría por un payaso...?*”

Culpas de su medio

Ambas quedamos cesantes en el fatídico 73. Se nos cerraron los medios masivos y cuando creé una revista femenina para el desaparecido supermercado Unicoop, aceptó el “pituto” que le ofrecí, pero fue una anécdota en su vida profesional. Ella, que había hecho de la independencia ideológica y política su *leit motiv* profesional, se sintió incomprendida al quedar fuera de los grandes medios. Era una figura peligrosa en esos tiempos en que los partidos políticos estaban proscritos. Pasada la etapa más violenta de la dictadura, Raquel volvió a los medios masivos.

Recibió todos los premios periodísticos existentes, desde el “Lenka Franulic” (1963) de la Asociación de Mujeres Periodistas, hasta el Nacional de Periodismo (1991). Pero lo mejor: consiguió el reconocimiento y el respeto del lector o televidente que valoró su coraje para sacar de mentira verdad a los más brillantes o a los más oscuros personajes de un dividido Chile.

En sus últimos años, era ella la entrevistada en muchos espacios de radio y televisión. En uno de ellos, cuando se analizaba el rol de los medios chilenos bajo la dictadura de Pinochet, le pidieron pronunciarse por la responsabilidad de su medio, *El Mercurio*. Ella respondió elegantemente, pero cuando la urgieron a que dijera si Agustín Edwards Eastman estaba en deuda con el país

por su papel en el golpe de Estado y la línea editorial que desde entonces ha mantenido su empresa, contestó afirmativamente. Y eso le valió que la desplazaran de su puesto de entrevistadora principal del diario. Debió jubilar y, como premio de consuelo, le ofrecieron escribir sobre el tema que quisiera en cualquiera de las revistas de la empresa. En sus últimos días, estaba descontenta. Se quejaba de que cada vez tenía más dificultades para que le aceptaran sus propuestas.

En esa situación negativa se encontraba, acrecentada por problemas de salud (sufría de sinusitis y malestares al estómago), cuando la muerte la sorprendió en su departamento de calle Rappallo, en Las Condes, mientras jugaba a las cartas con Juanito. El hijo, que sólo se consoló con su partida al saber que su madre se había ido al cielo a reunirse con su padre, quedó en manos de su numerosa familia.

Nosotros, sus amigos y amigas, y colegas, quedamos acá abajo con el compromiso de mantener viva su memoria como una de las grandes figuras de nuestro Periodismo. Y yo, además, como una amiga inolvidable.

Septiembre 2013

(Escrito al cumplirse un año de la muerte de Raquel Correa)

Olga Dragnic Franulic

YUGOSLAVIA, CHILE, VENEZUELA

Por Paola Dragnic

Mientras comienzo a deslizar los dedos en el teclado, hasta puedo sentir a Olga regañándome: “es muy malo eso de andar adulando a los periodistas”. Sin duda estaría un poco molesta si supiera que escribo estas líneas nada menos que para honrar su memoria y la de Federico Álvarez, su compañero, colega y gran amor. “Y peor aún, viniendo de una periodista de mi propia familia”, increparía chistosa justo antes de dar la última bocanada a su venezolanísimo Belmont corto.

No hay nada que honrar, coincidirían los dos en el cielo de los ateos, porque el periodismo que nos heredan –dirían insistentes– es simplemente el que necesita la verdad: certero, capaz de interpretar los hechos en su contexto, obsesivamente riguroso y humilde en lo intelectual.

Olga Dragnic vivió y murió en las más absoluta discreción y austeridad en el mítico departamento de Avenida Las Acacias en Caracas que se convirtió en el útero materno para nuestra desperdigada familia y en una especie de tibio cubil para periodistas chilenos y venezolanos que, al menos una vez a la semana, se daban cita

para conversar y analizar sobre los avatares de la política latinoamericana y el uso y abuso del periodismo.

En esos sillones del indestructible ratán de los '60 que sobrevivieron a nuestra infancia y amoblaron durante cinco décadas su departamento, se sentaron muchas generaciones de periodistas y políticos que encontraron en Olga y Federico el asilo intelectual, académico y emocional necesario para sustentar la trinchera de un periodismo honesto y valiente que intentaba salvaguardar la verdad en medio de los convulsionados años que atravesaban Chile y Venezuela.

Y es que el periodismo chileno y el venezolano están cruzados entrañablemente desde sus orígenes y en muchas de sus vueltas, hay algo de Olga y Federico entre medio.

De hecho, su propia historia de amor y combativa militancia comunista, convergen casi proféticamente en la recién creada Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile a la que los dos llegaron sin conocerse, con exilios dolorosos y el sueño de una ca-

rrera que les permitiera cumplir sus anhelos de justicia social.

Parte importante de esa Escuela se construyó a mediados de la década del '50 gracias a la donación de la venezolana María Teresa Castillo de Otero, en ese entonces de una familia con impecable tradición periodística en Venezuela. La misma que ayudaría a escapar a jóvenes venezolanos encarcelados por la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, becándolos para estudiar periodismo en Chile: Federico fue el único que pudo lograrlo. Moreno, flaco, con sus orejas grandes y la guayabera que lo delataba caribeño, se paseaba aun temeroso por los pasillos universitarios.

“Yo procedía de un país muy pacato en ese entonces, en donde tomar la mano a una compañera o amiga era mal visto. Y en Santiago yo veía a las parejas besarse en las calles, a plena luz del día. Era otro mundo para mí”, relataría el mismo en el libro *Vendedores de Sol* donde confesó además que su pasión original era la medicina, carrera de la que fue expulsado por su militancia comunista cuando en 1952 comenzó la dictadura de Pérez Jiménez.

28

Fue ahí, en medio de ese estupor de lo nuevo, de una carrera desafiante que no había escogido voluntariamente pero que convirtió en su mejor arma de lucha, que conoció a Olga, una blanquísima y estilizada joven que arribaba en un barco desde la Yugoslavia de postguerra, con sus axilas sin depilar y su compleja lengua *srpsko-hrvatski* (serbocroata).

Olga siempre quiso ser periodista. En las tardes de tertulia cuando nos contaba algunas peripecias de su vida migrante, recordaba su llegada a Chile. Lógicamente no hablaba nada de español, pero lo anecdótico es que ni siquiera en su propio idioma sabía cómo se llamaba aquel oficio al que ella quería dedicar el resto de su vida. “Ese en el que las personas trabajan en las noticias contando la verdad de lo que ocurre”, describía tímidamente a los paisanos yugoslavos ya instalados en Santiago.

Solo tenía 18 años y con su hermano Nikola habían sobrevivido a los quehaceres clandestinos de la guerrilla partisana donde su madre, Kita Franulic, se había enfrentado a los nazis durante la Segunda Guerra Mundial cuando ellos eran apenas unos adolescentes.



Federico Álvarez y Olga Dragnic

Kita era prima hermana de Lenka Franulic, reconocida periodista y profesora de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, descendiente de la primera oleada de Franulic que habían llegado hasta Antofagasta. Lenka era tía de la joven Olga y ya convertida en una de las buenas periodistas del país, recibió a su recién llegada sobrina.

“Lenka me atendió en forma algo extraña, porque así era ella. Me dijo: «¿cómo se te ocurre estudiar periodismo si no sabes ni hablar bien el castellano?»”, contó en *Vendedores de Sol*, reivindicando después a la eximia periodista que posteriormente habría valorado el esfuerzo y el rigor de Olga para aprender una lengua tan distinta a la suya en un tiempo récord e instruirse, además, como una de las mejores alumnas de la Escuela. Junto a Federico, fueron de los primeros periodistas en titularse en la Universidad de Chile y, ya convertidos en un joven matrimonio, viajaron a Venezuela.

Es probable que aquella conversación que sostuvo con Lenka y la experiencia temprana de haberse enfrentado a un periodismo puro e implacable en el que las habilidades y el compromiso son más importantes que cualquier vínculo, hayan acrecentado aún más la probidad y el rigor que caracterizaron a Olga.

Y aunque en la intimidad familiar siempre contaba con algo de estoica pena la severidad que le impuso Lenka justamente por ser su

familiar, debo confesar que cuando yo quise estudiar periodismo en Venezuela, la misma Olga, convertida ya en una experimentada y reconocida profesora de la Escuela, hizo caso omiso de mis intereses hasta que pude demostrar cierta habilidad para el oficio e ingresar a la carrera por mi cuenta.

Quizás para muchos no es fácil entender esa pulcritud ética, exigente y desafiante a toda prueba, pero la recompensa cómplice y acogedora que generaba Olga en torno a sus pupilos traspasó los años, la historia y el protocolo. Junto a Federico, construyeron una tradición periodística única, rigurosa y humilde. Alumnos llenos de canas y arrugas, seguían llamándolos “profesora”, “maestro”, aunque la amistad fuera larga y profunda.

Alejandro Kirk es uno de ellos. Estudió con ambos en Caracas y como si las coincidencias lo hubieran puesto en el camino del fiel discípulo, al igual que ellos, pero a la inversa, inició su carrera en Venezuela para continuarla hoy en Chile, siendo un activo miembro de ese movimiento latinoamericano que apostaba al periodismo como trinchera.

“Ella exigente, implacable, y siempre disponible. Y nosotros entendiendo de a poco el oficio, que es por naturaleza el oficio humilde, y casi siempre mal pagado, de saber escuchar, observar e interpretar. Que los datos, nombres y fechas no son azares. Que quien se digne leernos, merece ese mínimo respeto. Que una historia debe ser honesta desde la primera mirada.

“Luego, con Federico, en Periodismo Interpretativo aprenderíamos que los hechos son parte de procesos históricos, que sin contexto no hay historia posible, que para un periodista hablar por hablar -o escribir para llenar páginas, que es lo mismo- es de vagabundos innobles. Que si bien el llamado periodismo objetivo que nos impone la prensa comercial no existe, tampoco es coartada para marramucias.”

Olga como profesora de Periodismo en la Universidad Central de Venezuela.

Cuando Ale Kirk supo que Olga había fallecido allá, en Caracas, desde Chile escribió certero una suerte de réquiem político para su despedida que, lo mismo homenajea su legado humano y periodístico como reprende a quienes lo han traicionado: “se completa así el fin de una época marcada por este matrimonio clave del periodismo venezolano del siglo XX: generaciones de egresados de la



Universidad Central de Venezuela aprendimos de y con ellos una conjunción imborrable de técnica, rigor y ética.

“En ese periodismo del dúo comunista Dragnic-Álvarez había amplio espacio para abrazar las mejores causas, como jugársela por el pueblo, por ejemplo, pero –eso sí– con «mucho fundamento». Con ellos se aprendía lo mismo para hacer periodismo revolucionario que neoliberal. Eso lo resuelve cada uno con su pensamiento. Lo que no se aprendía, era a acomodar la realidad.

“Rigor, le llaman. Porque al final final, la verdad es siempre revolucionaria. ¿O no?

“Dudo por tanto, que no sientan un bilioso reflujo de pena y culpa los ex pupilos de Olga y Federico que hayan abandonado el rigor, en función de lo que perciben como su tarea urgente en este período. Sea para defender el proceso bolivariano, que para destruirlo. Porque lo aprendido no se desaprende, pero sí se puede traicionar”, escribió Kirk.

Y Olga nunca lo traicionó, justamente porque la ética pura que regía su actuar, marcaba claramente y sin posibilidad de confusión, el límite entre un trabajo periodístico discreto y esa suerte de poder que parece marear a algunos que ejercen el periodismo como herramienta para fines personales, favores o beneficios.

“Cuando comiences a trabajar en medios de comunicación, sentirás que tienes un poco de poder. Cada vez más. Y ten cuidado

porque uno se puede confundir. La gente te pedirá influir en sus intereses y para ganarse tu simpatía, te llegarán regalos e invitaciones. Si las aceptas, ya no eres libre”. Ese fue el único *sermón* que tuve de Olga cuando ingresé a la Escuela. Nunca lo olvidé. Luego supe de las ofertas que recibió Federico para ser espía y de tantas otras que Olga fue esquivando a lo largo de su vida y que incluían todo tipo de agasajos.

Recibió de las manos de Hugo Chávez la condecoración Francisco de Miranda porque se trataba de una reconocimiento del Estado, pero nunca aceptó un premio porque los consideraba una forma solapada de apoderarse de la independencia de un periodista, y aunque durante años fue convocada a grandes cargos y ministerios, solo aceptó recibir en aquellos viejos sillones de ratán a quienes le pidieron albergue, apoyo y orientación en una buena causa que, lo mismo podía estar ocurriendo en Venezuela o en Chile sin que se notará que existían miles de kilómetros entre ambos países.

La muerte de Olga que sigue a la de Federico, termina con ese vínculo exquisito y mágico que existió entre el periodismo chileno y el venezolano durante tantas décadas y de la que hoy quedamos muchos huérfanos educados al alero de un cariño, ética y rigor entrañables.

“Basta Paola...”, casi puedo escucharla.



Olga Dragnic en sus últimos años.

Alejandro Cabrera

HOMBRE DE SU ÉPOCA Y DE TODAS LAS ÉPOCAS

Por Gustavo González Rodríguez

(Nota: Este texto está basado en el discurso del entonces director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, Gustavo González Rodríguez, en el funeral de Alejandro Cabrera Ferrada, el 2 de abril de 2006)

En nombre de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile y del Instituto de la Comunicación e Imagen, hago llegar nuestro pésame y toda nuestra solidaridad a la esposa de Alejandro Cabrera Ferrada, Angélica, a sus nueve hijos y 12 nietos, con un especial abrazo fraterno para María Eugenia, la segunda de sus hijos, compañera de nuestra generación; compañera de quienes estudiamos en la querida Escuela de la calle Los Aromos entre 1966 y 1969.

Fue en aquellos años que tuvimos la suerte de contar entre nuestros profesores al “Negro Cabrera”. Claro que entonces, desde nuestra condición de alumnos, no nos atrevíamos a mencionarlo por su apodo, sino que le guardábamos una suerte de reverencial respeto, como correspondía con un académico que se caracterizaba por su rigor y por su afán de insertarnos desde temprano, a través de su cátedra de Periodismo Informativo, en todas las dimensiones que forman a un buen periodista: disciplina, sacrificio, capacidad de iniciativa, metodología, pero también libertad y un profundo sentido de la ética como elemento rector de nuestro trabajo.

Gracias a Alejandro Cabrera aprendimos que la noticia no tiene horario pero que siempre hay que llegar a tiempo. Él nos introdujo en la valiosa e impagable rutina de la lectura temprana de los diarios. Nos enseñó el secreto de la libretita en que debíamos anotar los acontecimientos relevantes, como una especie de mini archivo personal cuando aún faltaba mucho tiempo para la invención de los sistemas electrónicos personales de bancos de datos. Alejandro Cabrera nos empujó a tomar en serio nuestra profesión, a saber que preparar bien una entrevista o dominar el *background* de los acontecimientos y procesos no era solo una cuestión de respeto hacia nosotros mismos y hacia nuestro trabajo, sino sobre todo un deber hacia la sociedad a la cual nos debemos en aras del derecho a la información y de la libertad de expresión.

En el elenco de maestros que marcaron nuestro paso por la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, Alejandro Cabrera brilla con su talento junto a Mario Planet, Mario Céspedes,

Raúl Iriarte, Abelardo Clariana, Mauricio Amster, Anselmo Sule y otros grandes maestros que tampoco están ya con nosotros.

Un gran periodista chileno

Pero no hemos venido aquí a despedir solo al profesor, sino también a un gran periodista chileno, cuya trayectoria cruza gran parte de la segunda mitad del siglo XX y del inicio del nuevo milenio. Su paso por El Siglo y Última Hora, por las revistas Ercilla y Cauce, así como su labor de corresponsal de O’Cruzeiro Internacional, dejan testimonio del hombre que conjugó acertadamente el ejercicio práctico y cotidiano de la profesión con la academia. Del mismo modo, su trabajo internacional en el Acuerdo de Cartagena, en Perú, y más tarde en la Corporación Andina de Fomento, en Venezuela, dan relieve al organizador, al comunicador que ayudó a tender puentes de hermandad en nuestra América Latina.

Como sabemos, Alejandro Cabrera fue el líder natural de esa generación privilegiada que protagonizó el inicio de la formación universitaria de periodistas en nuestro país. Él fue uno de los 40 ávidos jóvenes que el 20 de abril de 1953 llegaron hasta el local situado en San Antonio 263 para escuchar la primera lección de Introducción al Periodismo de don Ramón Cortez Ponce.



Ernesto Merino, Antonio Marinovic y Alejandro Cabrera, miembros de la primera generación de la Escuela de Periodismo.

Hombre de su época, pero también hombre de varias épocas, el “Negro Cabrera” personificó mejor que nadie la transición entre el periodismo empírico y el periodismo universitario. Asumió con convencimiento, pasión y argumentos irrefutables la bandera de la necesaria e imprescindible formación académica de los profesionales de la prensa. Pero al mismo tiempo, nadie como él supo asumir el ejemplo de los grandes periodistas formados en la “universidad de la vida”, como Juan Emilio Pacull, que desde el Círculo de Periodistas impulsaron la creación de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Fue, entonces, casi un proceso lógico que este maestro formador de periodistas universitarios dedicara los últimos años de su vida al rescate y revitalización del Círculo, convertido hoy nuevamente en un polo de atracción para los jóvenes profesionales del periodismo.

El profesor que respetábamos casi con temor en nuestros años de estudiantes se nos fue transformando con el tiempo en un amigo mayor, en un colega que seguíamos observando como un maestro, que ya no nos enseñaba las aplicaciones de la pirámide invertida ni los elementos de la noticia, sino que nos invitaba a bregar permanentemente por la defensa y desarrollo del periodismo universitario. Lo vimos en abril de 1993, junto a otros periodistas de la primera promoción de la Chile, en la reinstalación del monumento a Ramón Cortez Ponce en el local que la Escuela ocupaba en el antiguo cuartel de la DINA en la calle Belgrado, llamada hoy calle Periodista José Carrasco Tapia. Sin duda, ese fue uno de los actos que contribuyó a exorcizar ese recinto de triste y siniestro pasado.

Con ocasión también de los 40 años de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, Alejandro Cabrera publicó, como sabemos, “Vendedores de sol”, una hermosa metáfora de nuestro oficio que le dio título a un libro que reúne valiosos testimonios de sucesivas generaciones de estudiantes de nuestro plantel.

Interlocutor permanente de las nuevas generaciones

Militante de la memoria y del futuro, el “Negro Cabrera” fue un interlocutor permanente de las jóvenes generaciones de estudiantes de Periodismo. Cada 20 de abril llegaba hasta nuestra Escuela a conversar con los alumnos, a transmitirles la mística de nuestra profesión y contarles como fueron los primeros balbuceos de la

enseñanza universitaria. Él vivió nuestras mismas angustias ante la intervención de la Universidad de Chile y el menoscabo que la dictadura quiso hacer de nuestra Escuela, del Colegio y del Círculo de Periodistas y de nuestra profesión. No sólo mantuvo en alto las banderas de la dignidad, sino que también contribuyó como el que más a la preservación del ejemplo de nuestros mártires, afán que lo llevó a emprender como su última obra en el Círculo la construcción del Memorial de los periodistas y estudiantes de periodismo asesinados o desaparecidos por el régimen dictatorial.

Su amor hacia la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, su alma mater, lo llevó a apoyar con entusiasmo y sin ningún reclamo de protagonismo el proceso de rescate y reconstrucción de nuestra Escuela que se inició en 1997, cuando los propios estudiantes impulsaron un proceso de renovación de cuadros directivos y académicos. Lo vimos desde entonces participar en debates, jornadas de reflexión y en actos públicos, como cuando acompañó como representante de la primera promoción la inauguración del nuevo edificio de Periodismo, hoy sede del Instituto de la Comunicación e Imagen, en el Campus Juan Gómez Millas.

Podemos decir con orgullo, y con profundo respeto hacia los demás planteles de enseñanza de Periodismo, que nuestra Escuela ha vuelto a ser la primera de Chile, no solo por historia o infraestructura física, sino fundamentalmente por convocar a los mejores puntajes de la PSU y por la excelencia de sus académicos, por ser una expresión viva de universidad pública, de pluralismo, diversidad y compromiso social. Ese logro se lo debemos al ejemplo de quienes fueron nuestros maestros, y sin duda en un primerísimo lugar a Alejandro Cabrera Ferrada.

Maestro, descansa en paz. Nuestro compromiso es ser fieles a tu legado.



Alejandro Cabrera habla en el acto de conmemoración de los 40 años de la Escuela y de reinstalación del busto de Ramón Cortez Ponce, 20 de abril de 1994. (Fotografía del libro *Vendedores de Sol*)

Eduardo Ted Córdova-Claure

MI AMIGO TED

Por Abraham Santibáñez



El joven reportero Ted Córdova en el Muro de Berlín

34

Nos conocimos hace mucho más de medio siglo. Fue en la que Santiago del Campo bautizaría como “la guagua de fierro, cemento y cristal”, el entonces flamante edificio de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, en los confines del Instituto Pedagógico. Ted Córdova (más tarde optó por firmarse Córdova-Claure) venía de Bolivia, porque su padre insistía que estudiara Arquitectura. Yo venía de más cerca, de Vicuña Mackenna al llegar a Plaza Italia, donde había estudiado Química y Farmacia por un año.

Desde entonces, fuimos buenos amigos, aunque no coincidíamos en todo: en la amistad y en el matrimonio pensar siempre igual no ayuda mucho. Pero creíamos en el periodismo y mirábamos al mundo con sano escepticismo, dudando siempre de las verdades oficiales y las consignas partidistas.

En esos días, con apoyo de otros compañeros, creamos un diario mural: Sygma. Era una placa de madera terciada cortada como paleta de pintor. Era una manera práctica de aplicar nuestros conocimientos. Un día nos llegó una carta del director de la Escuela, Santiago del Campo. Hacía valer su derecho a rectificación para

aclarar algo que habíamos afirmado. En vez de imponer su autoridad, nuestro “colega” del Campo simplemente nos pedía publicar su carta.

Así lo hicimos.

Al terminar el primer período de clases estrenamos una mini-comedia musical del propio Ted: *Detrás de la puerta angosta*, repleta de alusiones a personajes y situaciones de la Escuela.

Peripecias en el sur

Unas semanas después partimos mochileando al sur. A veces en micro, a veces en tren, a veces “haciendo dedo”, llegamos hasta orillas del lago Villarrica donde nos instalamos en una vetusta carpa de lona, desechada (con razón) por el Ejército. Leíamos, nos bañábamos en las frías aguas del lago junto al Toltén y conversamos largamente junto a improvisadas fogatas. Yo ya me había iniciado en Hemingway, pero con Ted lo aprecié más y –supongo– ambos nos identificábamos con su carrera de reportero de guerra y escritor. El viaje me enseñó de Chile mucho más de lo que sabía: anduvimos

a caballo en Villa Alegre; fuimos de Chillán a Concepción en un modesto vagón de tercera con mamás que daban pecho a sus hijos; estuvimos en la también nueva Escuela de Periodismo de la Universidad de Concepción; visitamos Huachipato y nos alojamos –a lo rico– en un modesto hotel cerca de la estación de Temuco. Llegamos hasta allí –gracias a una sugerencia del jefe de estación de Lautaro– en un tren de carga.



1957, Lautaro: en el tren de carga.

No diría que pasamos hambre. Tampoco sed, sobre todo en las tierras del Maule.

Seguramente nadie, o casi nadie, de las personas que conocimos (estudiantes de Periodismo, periodistas, familias cuyos hijos estudiaban en Santiago y nos servían de contacto en muchos lugares) se acuerda de nosotros. Pero los he recordado mucho a lo largo de los años, sobre todo después de saber en 2011 de la muerte de Ted en su último refugio, en Havelock. Carolina del Norte.

Dura encrucijada

Nuestras carreras profesionales siguieron cursos diferentes. Como periodista rebelde e indomable por vocación, Ted cubrió noticias de todo tipo, incluyendo las guerras de Centroamérica, las dictaduras de Sudamérica. Aparte de su trabajo inicial en Prensa Latina en Chile y en otros medios locales donde colaboró desde los años de universidad, se desempeñó como comentarista y como reportero en Buenos Aires, Caracas y otros lugares. En Bolivia fue director de diarios y de la TV pública. Estaba en este último cargo en agosto de 1971 cuando fue derrocado el Presidente Juan José Torres. Esa noche Ted fue gravemente herido en un ataque contra su jeep. Recordó así el incidente:

“De pronto, en una oscurísima calle, justo frente a una curiosa casa, la del gran pintor Guzmán de Rojas que se había suicidado unos años antes, tronó el ratatat de una ametralladora. Siempre

me han preguntado que se siente cuando las balas hacen impacto en el cuerpo de uno. No es un gran, estridente dolor. Se siente –por lo menos en el calibre que me tocó–, como si uno estuviera siendo pinchado por muchas agujitas calientes... Eso era lo que yo sentía en el brazo derecho y en las piernas, de modo que instintivamente me agaché y me hice un ovillo, debajo del volante. Una segunda ráfaga raspó mi espalda. Si hubiera estado erguido, me atravesaban el pecho a la altura del corazón”.

Sobrevivió. Y para llegar a Chile a recuperarse con su familia, debió hacer un innecesario periplo por Uruguay. El nuevo gobierno de La Paz le negó la posibilidad de viajar directamente a Santiago, pese a su gravedad.

En las siguientes décadas, incluso después que su salud empezó a flaquear, continuó desarrollando sus comentarios llenos de reflexiones y datos interesantes y siempre atractivamente escritos.

“Al filo de la revolución”

Hombre de izquierda, desde nuestros años en Periodismo mostró un duro rechazo a toda forma de totalitarismo. Juntos publicamos memorables comentarios cuando la Unión Soviética aplastó a los rebeldes húngaros en 1956. Hizo lo mismo en los años en que en nuestro continente florecían las dictaduras apadrinadas por Estados Unidos.



Estados Unidos, junio de 1964. Ted, María Cristina Sanhueza, su esposa, y sus hijos Luis y Pía, posan junto a Benjamin Franklin y George Washington.

En 1962, uno de sus primeros libros (*Al filo de la revolución*), fue definido por sus editores de La Paz, como un libro-reportaje “producto de sus experiencias”.

Y precisaban: “Pocos periodistas bolivianos han incursionado, en sus comentarios, en el difícil campo de las relaciones internacionales. T. Córdova, valientemente, encara los graves conflictos sociales que hoy afligen a la América Latina. En su obra se refleja la desorientación que sufren los pueblos y los gobernantes en esta hora en que los planes y proyectos tratan de resolver crisis sociales y económicas”.

Nadie, ni siquiera Ted, quien se define en este libro como “un periodista, ante todo”, podía anticipar lo que vendría en las décadas siguientes.

Su primera novela se llamó *Cita en Tierra Coraje*, basado en sus recuerdos del yacimiento minero de Catavi, la localidad donde nació. Años más tarde publicó *Testigo de la Crisis*, libro periodístico sobre el gobierno que estableció Hugo Banzer tras el golpe de estado de 1971. *Venganza del Che* es otra de sus obras. Otros libros-reportajes suyos recogieron sus análisis sobre Chile y Venezuela.

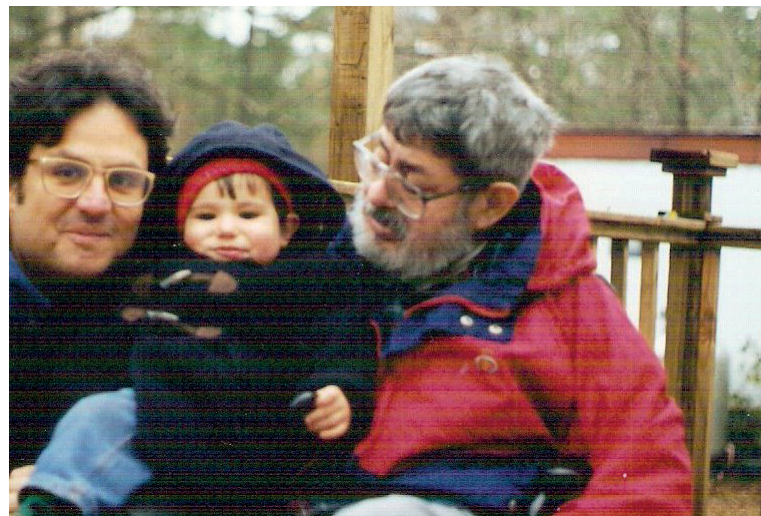
Adiós de un sibarita

Su última producción es, en cierto modo, un buen resumen de su manera de enfrentar la vida. Ya condenado por un veredicto médico, escribió *Adiós al sibaritismo*. El mismo Ted lo describió al darlo a conocer:

“Este es un libro sobre la vida y la muerte. La buena vida y la absurda muerte. Este es un libro de reflexiones y anécdotas sobre la vida desordenada de los periodistas, sobre la buena comida y sobre el daño mortal que puede producir esta combinación de actividad profesional y hábitos alimentarios. Es un libro sobre la gula intelectual, una especie de suicidio racionalizado porque en fin de cuentas, conduce a la muerte prematura... Es más bien una advertencia, principalmente dirigida a muchos amigos y por supuesto resultará familiar para innumerables lectores. Pero también es una autoadvertencia, porque escribo sobre la gula todo el tiempo pensando en la muerte.

Y en que el fin de la vida puede venir en cualquier momento, después de una buena comilona, inclinado uno sobre la máquina de escribir”.

Insistió en el tema de la muerte poco antes de su despedida final. En una carta de innegable tono *hemingwayano* se dirigió a todos sus amigos repartidos por el mundo:



Ted, con su hijo Luis y su nieto Adriano.

“Les escribo –señaló en el lead de la noticia– con mi memoria reforzada por los buenos momentos que pasamos juntos.

Los tengo muy cerca de mí ahora que me estoy muriendo. Es una agonía tranquila que me permite ciertas libertades, pero es una agonía inexorable. Cuando ocurra lo previsto, mi querida y abnegada esposa, Mary

(mcboylan@hotmail.com) que me acompañó en todo este período, junto a nuestra maravillosa hija Fiona, les enviará el dato final”.

Así fue.

Cuando se estableció en Estados Unidos para cuidar mejor su debilitada salud, reanudó un boletín que antes editó en Caracas (Orbita bip) esta vez en formato electrónico. Vino a Chile una vez más y estuvo, como antes en casa de mi madre, en nuestro hogar actual en San Miguel.

En 2006, la Asociación de Periodistas de La Paz, que es la máxima entidad gremial boliviana, le había otorgado el Premio Nacional de Periodismo.

Fue una verdadera sorpresa según reconoció: “En el pasado ya me habían dado una Mención Especial, pero en el 2006 me sorprendieron con el Premio Nacional; la verdad es que como por mi profesión, viajé y viví en diferentes países, yo pensaba que en Bolivia, mi propio país, yo era prácticamente un desconocido. Ha sido muy gratificante comprobar que no era así, de modo que este Premio renovó mis lazos con mi patria de nacimiento”.

Tras su muerte, me ha parecido que es su mejor epitafio.



Agustín “Paco” Oyarzún UN OFICIAL DE LA MEJOR MADERA VERDE

Por Toño Freire

A mediados de los 50 –como siempre ha ocurrido– se tenía desconfianza de los compañeros que luciendo trajes militares llegaban a estudiar a la Universidad de Chile. Utilizo el verbo “lucir” porque el corte perfecto de sus uniformes merecía tal evaluación. Sin arrugas, ajustado al cuerpo, gorra para aumentar estatura, galones estrellados, ancho cinturón por si poseían barriga, zapatos lustradísimos, les otorgaban una prestancia que imponía distancia e incluso temor en los más pruriginosos.

Fue lo que acaeció al ver entrar a nuestras primeras clases de Periodismo a Agustín Oyarzún Lemonier; quien, a su atuendo de oficial de Carabineros, sumaba una corpulencia respetable: entre macizo y gordo. Inquietud que sólo tendió a atenuarse cuando, sentado en la primera fila, giró su cabeza y empezó a esbozar una sonrisa y mirarnos con franqueza. Fue el instante en que se ganó el apodo de Paco y en que quedó depositado para siempre su grado de capitán en el fondo de su maletín negro.

Al poco tiempo de conocerlo, confirmé que aquella actitud inicial no había sido fruto de una conducta estudiada, dado el hecho de

que era un profesional, guardián del orden, que nos superaba en edad por más de diez años. Su comportamiento, simplemente obedecía al afán sincero de un hombre cabal dispuesto a convertirse en un amigo y compañero de estudios.

Rápidamente confraternizamos. Perfeccionista, durante los recreos, por iniciativa suya, para enriquecer el vocabulario, nos interrogábamos acerca de nuevas palabras y conceptos. Bromeando internalizamos perínclito, chirigota, ápside, mandala, deísmo, y los usamos en nuestros escritos. Empezamos a estudiar juntos en su casa de un condominio de Carabineros existente en Arturo Prat con Maule. Por igual, en compañía de Manolo Lisbona y Sergio Gutiérrez, su oficina en la comisaría de San Isidro con Santa Victoria se transformó en centro de nuestras tareas. Enseguida del aprendizaje pasábamos al Casino donde, escuchando sus anécdotas vividas mientras prestaba servicio en villorrios fronterizos con Bolivia, entre trago y comida, cruzábamos alegremente la medianoche. Quizás en esas veladas nació la fuerte ligazón que motivó que, cuando cursábamos el último año de la carrera, Agustín me promoviera para que en la escuela me eligieran el mejor compañero.

Aplicando los conocimientos periodísticos adquiridos, Oyarzún empezó a colaborar en la publicación institucional y en la década de los sesenta fue director de la Revista de Carabineros. Posteriormente, habiéndose acogido a retiro, optó definitivamente por el periodismo. Para su primer proyecto abrió oficina de redacción en calle Alonso Ovalle y con él trabajaron colegas como Josefa Aubá y María Inés Sáenz. Hombre inquieto por las letras, entregó para la posteridad su libro biográfico *La Muralla*. Más adelante, en su editorial e imprenta ubicada en calle Bascuñán Guerrero con Alameda, creó las publicaciones *Aquí Está* que cubría temas policiales y de actualidad y *Supermusicales*. Las dos obras colgaban en los quioscos y, en especial, en una estrategia inédita, un equipo especial de canillitas las vendía arriba de los buses asegurando su permanencia.

La carta

A través de la revista dedicada al mundo artístico, Agustín una vez más dio muestra de su sincera lealtad. Debido a la persecución de la dictadura, después del Golpe me vi obligado a partir a Venezuela. Eran tiempos de muerte y tortura en que a la gente que hubiese pertenecido a la Unidad Popular se le cerraban las puertas laborales. Cuando mi esposa, la actriz Patricia Larraguibel, fue a Televisión Nacional a pedir trabajo para mí, un ex discípulo de Periodismo la rechazó aduciendo mi presencia en las temidas listas negras. Incluso a los allendistas se les perseguía estando en el extranjero. Ninguna de esas instrucciones importó para que él me contactara en Caracas. En emotiva carta, pagándome justos emolumentos, me designó corresponsal de *Supermusicales*.



Fernando Jaras, Lidia Baltra y Agustín Oyarzún

Desde allá enviaba una columna de opinión y realizaba entrevistas a chilenos que llegaban a actuar junto al río Guaire. Confieso que no le tomé el peso a la tarea desempeñada hasta la tarde de octubre de 1978 en que me tocó ir a conversar con Fernando Ubierno al hotel Anauco Hilton. El muchacho cursaba la carrera en nuestra Escuela y con sus creaciones se había transformado en la figura más brillante de su generación. En gira por el continente, procedente de Lima, lo aguardé al borde de la alberca acompañado del fotógrafo y camarógrafo Hernán Garrido, asimismo viviendo el exilio. Casi me caigo al agua cuando al verme lanza la exclamación:

—No me diga que es el famoso corresponsal de la popular Supermusicales. Es un honor para mí ser entrevistado por usted.

Achunchado por su inocente reacción, me deshice en explicaciones mientras su representante Jorge Mackenna exponía acerca de la sencillez del cantautor y yo, internamente, agradecía al Paco la oportunidad brindada en horas amargas para mantener contacto con Chile.

El busto

Brinco ahora más atrás. Séptimo mes de 1974, pleno de pavor, sangre, incertidumbre, otorga a Oyarzún la oportunidad de demostrar el auténtico afecto que siente por el plantel en que se formó como reportero. Recibo su llamada:

—Toño, por razones que son de dominio público, el año pasado no se celebraron los veinte años de la fundación de nuestra Escuela. Considero que, en condición de ex alumnos, deberíamos desarrollar una iniciativa. Estoy pensando en algo así como regalar un busto de Ramón Cortés para que luzca en el patio del edificio de Macul. Es evidente que para concretarlo tendríamos que realizar una colecta entre los ex compañeros. Su acto inaugural a fin de año, además nos serviría para un reencuentro de amigos después de los difíciles momentos vividos.

No quisiera omitir nombres, si olvido alguno, perdónenme, sin embargo creo que en la Comisión pro Busto estuvimos Manolo Bravo, Werner Arias, Juan Rocha, quien escribe y Agustín. Él, por supuesto, confeccionó el listado con apellidos adinerados a quie-

nes ir a pedir dinero. Uno de los donantes fue su compadre Fernando Jaras Fleischmann, copropietario de *La Tercera* y que fuera nuestro compañero de curso. El resto del billete se juntó entre los ex alumnos. La empresa más cruenta consistió en ubicar el artista que esculpiera la pieza en piedra. Trajín intenso que culminó en el taller de un afamado escultor que trabajaba y vivía en las cercanías de plaza Chacabuco. Tal como deseaba Agustín, ese diciembre se descubrió el rostro pétreo de don Ramón que después fue trasladado a la sede de la Torre 15 en Portugal, de ahí al plantel de calle José Carrasco y hoy se yergue en el Campus Juan Gómez Millas.

Una vez más, gracias noble *Paco*: un oficial de la mejor madera verde. Y para saludarte, de nuevo retrocedo en el tiempo. Me congelé en la tarde del trágico 11 de septiembre de 1973 para agradecer la llamada telefónica que me diste al producirse el Golpe militar, en el instante en que el reloj marcaba las 16.00 horas. En el día más doloroso de la historia nacional del siglo XX, cuando la vida de los izquierdistas no valía nada para los bárbaros pinochetistas, serenamente me dijiste: *Toño, seré breve, vas a pasar momentos muy difíciles. Anota este teléfono. Cuídate. Voy a cortar.* Jamás olvidaré esas quince palabras que simbolizan una amistad de acero nacida en las aulas de nuestra querida Escuela de Periodismo.



Revista Aquí Está, fundada por Agustín Oyarzún

Érica Vexler

PERIODISTA INOLVIDABLE

Por Lidia Baltra

40

Tenía una personalidad arrolladora. Donde llegaba atraía las miradas y despertaba de inmediato simpatías y odios. Con ella no había término medio. Pero nadie podía ignorarla.

Érica Vexler, periodista chilena de padres judíos rumanos, falleció en Tel Aviv el 30 de abril de 2011, víctima de un enfisema pulmonar que la tenía abatida desde hace muchos años.

Estudió en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en 1954, formando parte del segundo curso de la Escuela. Luego viajó con sus padres a Israel, recorrió Europa, permaneciendo en París durante un tiempo. Se casó y se separó. Nunca quiso hablar de ese matrimonio.

Volvió a Santiago de Chile en 1957 con una hijita y se reincorporó a sus estudios de Periodismo en la flamante casa de estudios de calle Los Aromos, en Ñuñoa. Allí la conocí, pues llegó a mi curso.

Fuimos buenas amigas y compañeras, nos visitábamos en nuestros hogares y más de alguna vez estudiamos juntas. Érica era una en-

tretenida contertulia, con una cultura general amplia, buena labia y fumadora empedernida. Los visité muchas veces en su elegante departamento de la Avenida Bustamante, donde conocí también a su pequeña hija Mariana, que era celosamente cuidada por su madre y una niñera mientras Érica estudiaba o trabajaba. Iniciamos al mismo tiempo nuestro trabajo de aprendices de periodistas.

Éramos estudiantes de segundo o tercer año en la Escuela de Periodismo cuando se nos presentó la oportunidad de trabajar con otras compañeras como Raquel Correa y la brillante reportera ya profesional Licia Ballerino, en el programa “Apuntes” de Radio Minería, un programa escrito, leído y dirigido por mujeres. Lo dirigía Lenka y lo leían frente al micrófono Mireya Latorre, Elina Zuanic (hermana de Gina) y Eliana Bocca. Asistíamos a la reunión de pauta, escuchábamos las instrucciones de nuestra maestra Lenka y salíamos cada una por su lado a reportear para volver al cierre con nuestras carillas –seis copias mecanografiadas y copiadas con papel carbón–, para la revisión de la maestra.

Hacía poco que Érica me había confidenciado que ella se dedica-

ría a las Relaciones Públicas. Era lo único que tal vez sus padres, un matrimonio judío de mucho dinero, aceptaban como destino para su hija. No entendían qué hacía ella mezclada con periodistas, en espacios bohemios. El ambiente en las grandes empresas era aceptable para su nivel social y como relacionadora pública podría ganar más dinero que como reportera.

Meta: ser la mejor reportera

Yo la entendí en ese contexto. Pero tras conocer a buenos periodistas entre sus maestros, y trabajar incluso con la que ella más admiraba, Lenka Franulic, tuve más argumento para convencerla de que la esencia del periodismo, si una lo ama, era la búsqueda de la verdad en los hechos que ocurrían en la sociedad, y estaba en los reportajes, las crónicas, las entrevistas. De pronto cambió de rumbo y se declaró orgullosa de tener como meta ser la mejor reportera de nuestro pequeño país.

Érica se dedicó en cuerpo y alma al periodismo y por su elegancia, buena conversación y personalidad, no tardó en destacar en los ambientes en que se movía. Muchos colegas la criticaban y otros no la soportaban justamente por eso. Le comenzaron a colgar aventuras con celebridades de la política chilena, como el canciller Gabriel Valdés y otros, porque ella lograba acercárseles y dialogar como una par. Y así consiguió golpes periodísticos en su primer medio, el semanario policial *Vea*.

Los chismes malintencionados se acallaron cuando entabló una larga relación con el periodista Humberto Malinarich, quien llegó a ser director del famoso semanario *Ercilla* y ella una de sus periodistas estrella.



Érica Vexler entrevista al primer ministro de Israel Shimon Peres

Cuando aún existía en el país la pena de muerte, narró la ejecución de los victimarios Luis Osorio y Francisco Cuadra, asesinos de las ancianas Rosario y Manuela Vera Romero y su empleada, Sara Álvarez, noticia que conmovió a la opinión pública en la década de los 60. La invitaron a presenciar el feroz castigo junto a otros dos periodistas, Raquel Correa y Patricia Guzmán. Anduvo mucho tiempo comentando esa estremecedora experiencia.

Fue la primera en denunciar por la prensa, a fines de los 60, el nido nazi que se ocultaba en Parral, en Colonia Dignidad, donde se había constituido un Estado dentro del Estado. Pasarían cuarenta años antes de que su jefe, el enfermero nazi Paul Schäfer pudiera ser capturado por pedófilo y colaborador de la DINA-CNI, policía secreta de Pinochet.

En lo político, Érica tuvo simpatías por la “revolución en libertad” de Eduardo Frei, pero la formación hogareña de padres judíos que debieron huir de la persecución nazi en Rumania, su tierra natal, la marcó profundamente. Y cuando la Unidad Popular ganó las elecciones de 1970, ella salió del país con ellos.

Periodista internacional

A partir de entonces la perdí de vista, pero desde México me llega la información de la segunda etapa de su vida en la voz de su amiga Elsa Cárdenas, abogada mexicana a quien conoció en 1978 y quien seis años más tarde llegó a hacer un postgrado en Tel Aviv. Allí comenzaron a vivir y trabajar juntas. Tras el fallecimiento de Érica en 2011, ella nos contó la segunda parte de su historia:

“Érica llegó a Israel a fines de 1970 y a los pocos meses empezó a trabajar para Televisa, una de las grandes empresas de la tele-

visión mexicana, en el noticiero *24 Horas* conducido por Jacobo Zabudovsky.

“Inmediatamente se destacó como la mejor corresponsal al entrevistar a muchas personalidades, como el Rey Hussein de Jordania, a los presidentes egipcios Anwar el Sadat y Hosni Mubarak, a toda la plana de la Organización para la Liberación Palestina (OLP) incluido Yasser Arafat, a los presidentes libaneses y a todos los políticos israelíes destacados. Pero no sólo se desarrolló como periodista de primera en el mundo político. También entrevistó a la Madre Teresa de Calcutta

“Pusimos una compañía productora de noticias en el Medio Oriente y nos fue muy bien económicamente. Viajamos para hacer reportajes especiales a Marruecos, Chipre, Jordania y Egipto, hicimos reportajes sobre la moda en Francia y entrevistó al Secretario General de la ONU en New York.

“Trabajó con colaboraciones escritas para dos periódicos mexicanos ya desaparecidos: *Novedades* y después *El Herald*o.

“Recibió el Premio Nacional de Periodismo de México en 1985. A partir de 1998 trabajamos para Organización Radio TV Fórmula en México, también de la familia Azcárraga, como Televisa. Érica cubrió la guerra del Líbano en 1982 y después cubrimos juntas el retiro del ejército israelí del sur libanés en 1985, la Primera Guerra del Golfo Pérsico en 1991 y las dos Intifadas.

“Viajamos a donde quisimos y disfrutamos de todo lo bueno que la vida puso a nuestra disposición. Estuvimos en Chile en marzo-abril del 2007. Fue la única vez que Érica regresó a su país, principalmente para visitar a Patricia Verdugo que ya estaba muy enferma del cáncer que la destruyó.

“En noviembre de ese mismo año nos encontramos con mis padres en París para asistir a un concierto de Charles Aznavour al que el mismo Aznavour nos invitó.

“En octubre del 2008 viajamos a Houston para estar junto a mi padre, gravemente enfermo, más bien para despedirnos de él, y al re-

gresar a Israel en noviembre Érica empezó a sentirse cansada pero seguía trabajando y con la cabeza muy lúcida y brillante.

“Al año siguiente enfermó de pulmonía y así empezó la disminución gradual de sus fuerzas. No quiso volver a salir a la calle para que los vecinos no vieran «la degradación de su cuerpo», como ella misma decía. El último viaje lo hicimos a París en junio del 2010 y allí sí aceptó ir en silla de ruedas y con el concentrador de oxígeno portátil que aliviaba su enfisema.

“La mala relación con su hija Mariana le minó la salud no sólo física sino emocionalmente, toda su vida. Mariana se casó con un israelí y tiene una hija que se llama Jenny. La nieta Jenny tiene 20 años, ya terminó su servicio en el ejército israelí y en octubre de 2011 empezaba los estudios universitarios. Quiere ser periodista, cosa que llenaba de orgullo a Érica.

“Lo que sí puedo decir con certeza es que Érica tuvo una vida plena, muy difícil pero llena de logros y éxitos. Todo aquel que la conocía se quedaba muy impactado con su arrolladora personalidad”.

Érica cruzó las fronteras en la tierra y al final, agotada, se elevó por sobre ella para descansar en paz.



Érica en su casa en México.



Gonzalo Bertrán. Referente fundamental de la TV chilena.

Gonzalo Bertrán Martínez-Conde TENAZ Y PRECLARO COMO POCOS

Por Giacomo Marasso

La última vez que pude compartir unos gratos momentos con Gonzalo Bertrán Martínez-Conde fue en Madrid, entre el queso manchego curado, jamón ibérico y “de copas”. Estábamos celebrando el hecho de habernos encontrado en el Estadio Santiago Bernabeu: habíamos llegado al campo deportivo junto a mi amigo Gutenberg Martínez para ver jugar a Iván Zamorano, que brillaba en esos años vistiendo el uniforme merengue del “Madriz”, como se les oye a los españoles nombrar el Real Madrid. Eran los años del Canal 13 para Gonzalo.

Después de esa entretenida velada no supe más de él hasta que recibí el 30 de enero del 2001 la noticia en la voz de nuestra querida Tere Maluenda: Gonzalo había partido finalmente a la Casa del Padre, después de años de luchar tenazmente contra la leucemia.

Del mero Periodismo a las Comunicaciones

Tenaz y preclaro como pocos, Gonzalo Bertrán, encabezó desde 1965 en nuestra querida Escuela de Los Aromos, donde llegaba en su FIAT 600 blanco, con el pleno respaldo de nuestro director Mario Planet, la gran transformación que situó a nuestra carrera en la

dimensión de las Artes y Técnicas de las Comunicaciones.

Anteriormente lo había hecho como integrante del grupo político-intelectual “Ariete”, colectivo integrado por estudiantes entonces demócrata cristianos –Oscar González Clarke, Rodrigo de Arteagabeitia, Oscar Saavedra, Nicolás Luco, Manfredo Mayol, Guillermo Osorio y Santiago Pavlovic– entre los que recuerdo.

Luego en 1968, cuando fuimos elegidos presidente, él, y vicepresidente, yo, del Centro de Alumnos, precipitamos la reforma definitiva con un Congreso Nacional de Estudiantes de Periodismo realizado en nuestra sede. Ahí fue cuando en todas las Escuelas del país pasamos de estudiar el “oficio” de periodista a licenciarnos en Comunicaciones Sociales, a la luz de las teorías reveladoras de Marshall Mac Luhan y su Aldea Global. Y eran los años de la Reforma Universitaria: 1966 la Católica de Valparaíso, 1967 la Católica de Santiago y 1968 nuestra Universidad de Chile. Dos meses pasamos en toma en la Casa Central, mayo y junio.

Activista de la Revolución en libertad

Activo militante DC, Gonzalo situó su dimensión política en el rol



Pionero en el salto del Periodismo a la Comunicación.

de una vanguardia intelectual al servicio de la promoción del pueblo. Recordemos que en el aire se respiraba la Revolución en libertad con todas sus reformas y, como si fuera poco, las oleadas de aire fresco que entraron cuando se abrieron de par en par las ventanas del pensamiento político cristiano con el Concilio Vaticano II del Papa bueno, Juan XXIII.

Él mismo fue coordinador nacional de los Trabajos de Verano de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, FECH, bajo la dirección de la Democracia Cristiana Universitaria, experiencia pionera en voluntariado juvenil que profundizaba el compromiso de las nuevas generaciones con las causas solidarias y políticamente transformadoras que se pusieron en marcha con la “Patria Joven” durante la campaña de Eduardo Frei Montalva. Este modelo fue replicado después por la Unidad Popular en los Trabajos Volunta-

rios y también por los gremialistas de la FEUC, especialmente en Punitaqui.

Fue el mismo presidente Frei quien le confía la creación y puesta en marcha de Televisión Nacional a un grupo de 52 fundadores. Entre ellos Gonzalo, que asume la Dirección de Programas; Jorge Navarrete la Dirección General; Ángel Lara la Fiscalía; nuestro compañero de promoción Jorge Argomedo el área internacional de Prensa y mi primo hermano Marcos Salazar en la Producción.

Fundador de la Televisión Nacional

Ahí Bertrán concentra todos sus empeños, apartándose de toda otra esfera de participación. Después de todo, la historia había puesto en sus manos la mejor herramienta para unir, informar y entretener a la “aldea global”.

Gonzalo Bertrán Martínez-Conde se convirtió en un modelador de la Televisión Nacional y un formador de generaciones de realizadores televisivos, a tal punto, que se construyó toda una mitología en torno a su gravitación en el poder del cálido medio de comunicación. Hubo, por supuesto, ridículas acusaciones en su contra: en 1970 el comando de la candidatura presidencial de Jorge Alessandri le atribuyó el “uso político” del temblor de las manos del anciano político en el programa de la franja presidencial que dirigía Gonzalo, imagen que quedó en las retinas de los televidentes durante su presentación en TVN. Aunque es cierto que algún comando adversario aprovechó con gran oportunismo esta situación, empapelando Santiago con un afiche de la versión temblorosa del logo AV (de Alessandri Volverá) pocos días después de la transmisión.

Solidaridad con los perseguidos

Siendo opositor al gobierno de Salvador Allende y producido el golpe de Estado, Gonzalo acepta la gerencia del Canal nacional con el propósito explícito de impedir el desarme de la estación y la represión de los trabajadores.

Finalmente termina ganándose la antipatía de los directivos de TVN y emigra a la Corporación de Televisión de la Universidad Católica (hoy simplemente Canal 13).

De la misma forma, asume la dirección de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, que estaba cerrada desde septiembre de 1973, con el propósito de normalizar sus actividades y neutralizar a quienes querían clausurarla definitivamente.

“Fui a hablar con el rector (designado), general de Aviación César Ruiz Danyau, y le pedí que no cerrara (la Escuela). Le hablé de la necesidad de mantener el periodismo a nivel universitario. Dos días después me llamó el interventor de la sede oriente y me dijo que tenía el encargo del rector de nombrarme director de la Escuela de Periodismo y tenía que presentar un documento en el cual justificara que no se debía cerrar la Escuela. Ese año egresaron y se titularon 25 o treinta alumnos de la promoción del 73”, escribió Gonzalo en el libro *Vendedores de sol*.

El testimonio del periodista Nelson Sandoval patentiza lo dramático de este episodio. Él, junto a Braulio Olavarría, ambos militantes del MIR de entonces, y otros estudiantes, habían dedicado su Seminario de Título nada menos que a “El Militarismo Latinoamericano”. Advertido sobre el documento, Gonzalo lo quemó personalmente hasta reducirlo a cenizas. “No fue un acto bárbaro, fue una acción salvadora”, subrayó Sandoval. Bertrán había evitado que el archivo cayera en manos de los organismos de seguridad, eliminando el riesgo consiguiente para sus autores. Finalmente Sandoval se tituló con un Seminario sobre Periodismo Infantil en 1980.

Gonzalo deja la Escuela como profesor de televisión cuando los representantes de la dictadura que controlaban la Universidad de Chile deciden trasladar la sede, abandonando el edificio de Los Aromos. “Le dije (al director Eduardo Latorre) que eso no se debía hacer porque era una donación a la Escuela de Periodismo”. En efecto, el inmueble que hoy pertenece a la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, UMCE, fue una donación de la familia venezolana dueña del diario *El Nacional*, diseñado espe-

cialmente para una Escuela de Periodismo, con sala de máquinas de escribir y laboratorio fotográfico.

Lo mejor de la entretención televisiva

Luego de ser despedido de TVN, fue recibido junto con el locutor César Antonio Santis en Corporación de Televisión de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Junto con él, se inició otra época de éxitos en los programas de entretención: en 1979 condujo *Lunes Gala* y *Esta noche Fiesta*; desde mediados de los años 1980 hasta 1995, *Martes 13*, considerado el último gran estelar de la televisión chilena.

También en esos años se le concedió la dirección de eventos, como la visita de Juan Pablo II a Chile y del programa político *De cara al país*. En 1995, empezó su último programa, *Viva el lunes*, con la conducción de Kike Morandé, Cecilia Bolocco y Álvaro Salas.

Desde 1986, Bertrán tuvo que conllevar su calidad de director más importante de Canal 13 con una leucemia que se trataba en los Estados Unidos.

Tras finalizar *Viva el lunes*, luego de la partida de Kike Morandé a Megavisión, Bertrán falleció en Santiago el 30 de enero de 2001. Tras su muerte, Canal 13 lo homenajeó con la participación de los ya ex animadores del programa estelar. En su funeral, su féretro fue conducido por las afueras de los estudios de Canal 13 y de Televisión Nacional de Chile. En la actualidad, el estudio donde realizó muchos de sus programas lleva su nombre.

El actual Instituto de Comunicación e Imagen, ICEI, de la Universidad de Chile tiene una deuda de honor y gratitud con este alumno que en sus 56 años de vida dio tanto brillo, en las buenas y en las malas, a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

Alexandra Barrientos

MI HOMENAJE A UNA MUJER EXTRAORDINARIA

Por Horacio Marotta

(Nota: Este texto recoge las palabras con que el periodista Horacio Marotta despidió los restos de Alexandra Barrientos, el 15 de agosto de 2013)

— 46

Antes de leer esto que me salió del alma y escribí anoche hasta la madrugada, quiero pedirles disculpas... Se supondría que como colega, periodista, tendría que haber hecho una semblanza o un recuerdo de la vida profesional de la Alexa, que realmente fue muy meritoria, importante y agregaría brillante, privilegio mío de haber compartido gran parte de esa carrera en Chile y en Suecia...

Sin embargo decidí contar historias personales, un cuento, una novela, que retrata más profundamente lo que fue ella, precursora, valiente, única...

Alexandra, Cuqui, Mono, Lali, mujer total e irrecuperable, te fuiste así repentina e inesperadamente...

Pero no te has ido, no te irás nunca de nuestro recuerdo y nuestros corazones.

Es verdad que la pena y el dolor hoy son enormes porque tu pérdida es irreparable y te vamos a echar de menos, al menos yo, y sé que muchos más, mientras vivamos...

Vivirás en nuestros recuerdos, tantos recuerdos, tantas historias, tantos años, tantos triunfos, tantas derrotas, tantos mundos, tantas ilusiones, tantas luchas, tantas causas, todas justas e importantes, todas honestas a concho, todas sentidas y vividas a concho.

Cuando te conocí, teníamos la vida entera por delante y era lo único que teníamos, la vida por delante, las esperanzas, los sueños de gloria, las ganas, la juventud, la irresponsable juventud, las irresponsables ganas, los anhelos de plenitud, las contradicciones telúricas, los miedos.

Circulábamos precariamente, sin saberlo, por la hoja de la navaja, estábamos atados por mil cosas a un pasado que se deshacía en giros, que se caía a pedazos.

Intuíamos que éramos pioneros, que estábamos inventando caminos al andar, con miedos.

Nos pesaban la familia, las tradiciones, la educación, nos atraía la ruptura, lo nuevo que no sabíamos muy bien lo que era, igual queríamos cambiarlo todo, crecíamos sobre un volcán a punto de entrar en

erupción, nosotros mismos estábamos a milímetros, todos los días, de entrar en erupción, nuestros sentidos explotaban, pero los reprimíamos, porque eso nos habían enseñado.

Estábamos divididos, grotescamente rotos, partidos en dos, entre el desenfreno y la tradición, entre los consejos paternos, la familia, el ser buenos ciudadanos integrados, el mirar el futuro con esposa, hijos, casita Corvi, tal vez una *citrola*, hijos, gatos, perros, jardín... y la ruptura, la noche, la poesía, la bohemia, la rebeldía.

Kafka, Camus, Sartre, Ginsberg, Kerouac, De Sica, Fellini, Antonioni, Visconti... Acorralados entre las Doris Day y James Dean, entre Gandhi y el Che Guevara, aterrados entre Praga y Budapest, atrapados entre Santo Domingo, Argelia y Vietnam...

Sé que en alguna parte me estás escuchando, lo siento así, sin ser creyente de nada, pero si creyendo en ti y en tu capacidad enorme de seguir acá entre nosotros.

Tengo que confesarte, el Cufifo todavía me habla, me conversa, me aterriza, me trae noticias tuyas, se acuerda de la Rosita que fue, según él, su mejor interlocutora, sí, ya se, estoy tan loco como siempre, o un poco peor, pero igual lúcido, y lleno de recuerdos.

Y quiero sentirte de nuevo como entonces, volver al pasado y revivir, sentir que la derrota no pasó, que no nos perdimos, que seguimos enteros, únicos, vitales, que seguimos teniendo las mismas ganas, el mismo brillo en la mirada, ese brillo que tú me contaste, con el que me mirabas de lejos, allá en la remota sala de máquinas de la Escuela, cuando yo no te miraba, no te conocía, pero tú a mi sí me conocías, tú a mi sí me mirabas, a punto de casarte, con el destino ya hecho, caminando igual que yo por el filo de la navaja, en la orilla del precipicio, en las puertas del averno, en la contradicción total, dividida, rota, insegura, mucho antes de que los fósforos flotaran y revelaran la verdad, intuyendo que habían otras vidas posibles, que la ruptura no era el abismo, sino el comienzo...

Cometeré el pecado de confesar que no me acuerdo en que día, a qué hora, en qué lugar ni en qué circunstancias, ocurrió uno de los hechos más trascendentales que me han ocurrido en la vida.



Alexandra Barrientos

Un hecho que marcó mi vida para siempre, y la tuya, y que además marcaba un hito en lo que éramos, en la vida que vivíamos, en el entorno cultural en que habíamos sido criados, marcó la ruptura, la frontera entre dos épocas.

De ese momento símbolo conservo recuerdos muy nítidos, pero solo te veo a ti, veo tus ojos, tu mirada intensa, tu insegura seguridad, tu voz profunda salida del alma, del útero, de la médula de tus

huesos, de tus sentimientos más profundos y de tu racionalismo más profundo, de tu valiente femineidad, de tu incipiente liberación, de tu desgarradora ruptura con el pasado, de tu salto al vacío, de tu apuesta por la historia, por un futuro distinto, por tus ganas, por tus necesidades...

Rompiendo cadenas ancestrales, te lanzaste a mis brazos, me besaste apasionadamente y me declaraste tu amor, así, sin mediar provocación, tomaste la iniciativa, no aguantaste más, rompiste todos los tabús, te saltaste todas las inhibiciones y trancas, mandaste a la mierda todas las enseñanzas, religiones, filosofías, culturas, derrumbaste el muro centenario, hiciste que mil millones de abuelas y madres se revolvieran en sus tumbas, muchas para escandalizarse y pocas para aplaudirte, reivindicaste a todas las feministas del mundo, las que aullaban por las calles del mundo desarrollado ondeando sostenes y las calladas y sumisas del Tercer Mundo. Pasadita la mitad del siglo 20, pusiste la primera piedra del Tercer Milenio.



Horacio Marotta, Alexandra Barrientos y Miguel Davagnino

Esto que relato hoy, conteniendo mis lágrimas, es la Alexandra que conocí, que viví, que disfruté durante casi medio siglo de nuestras vidas, con alejamientos y cercanías, pero con un amor entrañable, mutuo, indestructible y eterno.

Esa es la Alexa maravillosa que dedicó su vida a las más grandes causas e ideales, sin claudicar jamás, la militante aguerrida, constante y consecuente que durante los tres años del gobierno popular, trabajando en el Ministerio de la Vivienda hacía trabajos voluntarios el fin de semana e iba a cargar sacos, o a palear barro en las poblaciones...

La solidaria con todos, la profesional acuciosa hasta la exasperación, la trasnochadora que podía trabajar hasta la madrugada. Cuántas noches pasamos juntos en Estocolmo editando programas radiales, cuando no había computadoras, cuando cortábamos cinta magnética centímetro a centímetro para armar una entrevista, un reportaje...

Ya, creo que ya es mucha mi lata, termino acá, con un párrafo de una carta entrañable que conservo y que me mandó hace ya muchos años... Son sus palabras, es su letra... La retrata tal y como era, o es, y me da vergüenza leerla, pero creo que es parte de esta novela, de esta semblanza, de este desentrañar a la Cuqui verdadera, valiente, sincera, transparente, eterna, entrañable, que conservaremos para siempre en nuestras almas y corazones...

“Y aquí estoy, sola con mis gatos, para variar los gatos, me acuerdo del Cufifo y claro, de ti flaco, lindo el flaco, puchas que te quiero, y tenía que llamarte hoy, nos íbamos a juntar mañana, y no te llamé, me enredé en mi misma, en los miedos, en huevadas absurdas, igual tengo ganas de verte, tal vez de abrazarte, de sentirte, las mismas ganas que me han acompañado toda mi vida, entre maridos y sicólogos, te he echado tanto de menos, desde que yo me metí por el Pasaje España y tu seguiste de largo por Estado, desde entonces que te ando buscando por todas partes, he andando porfiando contigo, ahora para mí es un poco como hace mucho, cuando te quería decir tanto y todas las formas me parecían indignas de ti y no abría la boca...

¿Se me irá a quitar alguna vez?... Si, tú me salvaste la vida, cambiaste mi vida, rompiste el libreto, me impulsaste a ser libre, abriste mi jaula, y a lo mejor los fósforos nadando en la pileta son implacables, y al final nuestras vidas se van a unir, después de tanta historia, de tanto desencuentro, de tantos muertos, de tantas penas, de tantas lejanías, e igual me da miedo, igual me siento una lola ridícula frente a tu lucidez de siempre, a tu fuerza, a tu embrujo de mono de madera, de acuariano típico, de volado inconsciente, loco, poeta, anarco, lindo, y podría entregarme entera, pedirte que me quieras, que cargues conmigo y mis traumas ancestrales, cargar con las tuyas, con tus penas recónditas, con tus cicatrices que no muestras, empatar nuestras historias, completar nuestras historias, confundirlas, amasarlas, a lo mejor transmitir las, ojalá por radio, hacer un radioteatro, yo la Mireya Latorre y tú el Emilio Gaete, o transmitir de nuevo juntos el plesbicieto para Suecia, o besarnos apasionadamente arrodillados en el suelo escuchando al Pato Manns como en Akalla, o en tu cumpleaños en Hellenelund, cuando cumpliste 36, y yo me fui con mi marido de entonces pasado de copas y tú te quedaste a crear, a inventar a la Sonia Paulette Patricia, que salió igual a ti, hermosa como tú, o más hermosa que tú, y éramos tan locos, tan apasionadamente locos que pudo

ser de otra manera, flaquito lindo y entrañable, fue rico estar en tu cumpleaños número 60, y no te llamé hoy, y no sé muy bien por qué, espero que tu insistas, estoy sola, te sigo queriendo...”

Y yo la sigo queriendo y la seguiré queriendo mientras viva...

Amigos queridos, que esta no sea una despedida, que sea el comienzo de un encuentro fraterno entre todos los que gozamos su vida, su presencia, su bondad, su amor, su solidaridad... Que su recuerdo nos una... Que su ejemplo nos una...

Que las lágrimas que hoy derramamos por su partida fertilicen la tierra y la hagan florecer, con sus ideas, con su fuerza, con su coraje...

Que su ejemplo de vida, de ruptura, de ansias de libertad, de igualdad, de fraternidad, nos unan y nos acompañen en las luchas que siguen vigentes, hoy, como antes y por siempre, hasta conquistar un mundo mejor, hasta concretar los sueños que ella mantuvo durante toda su incomparable vida...

Ella era una artista, de la palabra, de la información, del cariño, de la solidaridad a toda prueba...

Despidámosla con un aplauso que llegue hasta el cielo, hasta las estrellas y cantemos, todos juntos, moros y cristianos, más allá de nuestras posibles diferencias, La Internacional que creo que ella quisiera oír de nosotros.

Wladimir Aguilera

MI AMIGO Y MI JEFE

Por Elia Parra Domínguez

50

¿Me salvó Wladimir de algo peor, de la cárcel, o al menos del exilio? Me hago estas preguntas al recordar cuando se me acercó en La Moneda, con aire solemne, un año antes del golpe de Estado. “Tenemos que conversar”, dijo, muy serio.

En aquel tiempo él cubría Moneda para el diario Clarín, además de su jefatura en Comunicaciones del Servicio de Cooperación Técnica (Sercotec). Por mi parte, trabajaba en Comunicaciones del Departamento de Cultura de la Presidencia de la República. Nos veíamos a diario e intercambiábamos copuchas, con el patio de Los Naranjos como escenario. “Copuchas”, les decíamos entonces a lo que pasaba en el país, recién sospechando que esos rumores e informaciones eran más grave que eso.

Pero a Wladimir Aguilera lo conocí mucho antes, cuando él era dirigente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile (FECH) y yo una simple alumna de Periodismo en esa misma casa de estudios y, como él, alucinaba con la política. Y Wladimir, en este plano, era ingenioso, inteligente y hábil en el arte de hacer coincidir posiciones que, a primera vista, parecían irreconciliables.

Pero también se mostraba firme con sus oponentes, defendiendo las convicciones que en ese tiempo lo habían llevado a militar en la Democracia Cristiana, pero que en las postrimerías del gobierno de Eduardo Frei Montalva lo harían reconocer filas en la naciente Izquierda Cristiana.

Creía Wladimir en la política como la única forma de transformar la sociedad, de hacer que los sueños de tantos dejaran de ser solo sueños; creía en las utopías como parte de la épica que en aquellos tiempos –hablamos de fines de los 60 e inicios de los 70– iluminaba y fortalecía la lucha estudiantil y juvenil, cuando la mayoría de los dirigentes a nivel nacional se dedicaban en cuerpo y alma a su afán, más allá de intereses personales; cuando dirigir no era solo ejercer el poder sino lograr que ese poder fuera la principal herramienta transformadora. Y así lo entendía Wlady, soñando, como tantos otros, en que solo el esfuerzo y las ganas harían de Chile un país más justo, equitativo y feliz.

Sí, quería en esos tiempos un país feliz, porque él era positivo y optimista, tanto en la política como en el trabajo. Contagiaba sus

estados de ánimo, muchas veces a pesar de sí mismo... Lo recuerdo llegando a cualquier lugar con un aire de misteriosa solemnidad que muy pronto, ante la más mínima provocación, se convertía en sonoras carcajadas .

Con el programa de la Unidad Popular

Cuando se acercó a mí ese día en La Moneda, su actitud también era solemne. Con absoluta seriedad me pidió que habláramos y, como tantas otras veces, no confié en él y me quedé esperando lo que venía. Sin embargo, continuó serio y señaló que no le tincaba para nada que yo siguiera trabajando allí “porque el asunto se está poniendo cada vez peor”. Y me ofreció trabajo en Sercotec, como su segunda de a bordo. Incluso habló de horarios y de sueldo. Lo pensé pocos días y acepté: allá también estaría haciendo un aporte, tal vez más directo, al programa de la Unidad Popular al que ambos adheríamos.

Trabajar junto a Wladimir Aguilera fue una gran experiencia para mí. En un ambiente de gran y mutua confianza, trabajábamos duro. Quizás porque era su segunda de a bordo, cumplí misiones periódicas en diversas zonas del país donde Sercotec impulsaba a pequeños y medianos empresarios y él no podía ir. Orientada por “mi jefe” pero con una gran libertad para moverme según mis criterios.

Así era el Wlady, seguro de lo que quería pero capaz como pocos de delegar funciones, en definitiva, seguro de sí mismo y de su capacidad profesional: no necesitaba aplastar a otros para permanecer él; nunca, en ningún ámbito, advertí en él este tipo de actitudes. Todo lo contrario, a través del trabajo él enseñaba de manera permanente, aconsejaba, sugería, a veces sin proponérselo.

Durante esa corta etapa lo vi claramente como mi amigo, primero mi amigo, y también mi jefe. Muy sólido, capaz de calmarme con serenidad frente a un temblor en el octavo piso en el que trabajábamos. Y desde luego, con un claro ascendiente profesional sobre mí, ya lo mencioné antes: sus consejos y sus textos impecablemente escritos, frutos de excelentes reportes bastaban para otorgarle toda la autoridad necesaria para sentirme muy satisfecha en mi trabajo.

Lamentablemente –y todavía me duele– este tiempo se terminó. El golpe de Estado nos incomunicó totalmente, después de haber sido ambos despedidos de la institución, por razones políticas. Las sombras oscuras que impedían a muchos encontrarse, también nos cogieron entre sus redes. Poco después yo me fui del país y pasaron varios años antes de saber nuevamente del Wlady.

Años de la dictadura y del NO

Los años de la dictadura fueron difíciles para Wladimir Aguilera. En *Vendedores de sol* dejó testimonio de que, una vez despedido de



Wladimir Aguilera, director del *Fortín*, junto al legendario Hernán “Chamullo” Ampuero.



En la tradicional ceremonia de cambio de folio en el *Fortín Mapocho*.

52 sus trabajos, se ganó la vida primero haciendo sándwiches y luego como distribuidor de comidas. “Aquí se me ocurrió convertirme en distribuidor de mariscos y pescados. Me fue bastante bien y amplí el rubro a productos de mar congelados. Gané plata. Compré un puesto en Lo Valledor, pero, con el tiempo, tuve problemas al cambiar el sistema de salarios. Yo pagué mucho y quebramos”, escribió.

“Finalmente, con mi mujer, vendimos la mitad de nuestro predio agrícola. En seis meses reventó y vendimos la otra parte de la chacra. Se acabó el chacarero y volví al periodismo en el Fortín Mapocho”, agregó.

Eran los años en que la prensa antidictatorial se abría paso y el “Fortín”, como se lo llamaba, hacía su gran contribución a la derrota de Augusto Pinochet en el plebiscito del 5 de octubre de 1988. Wladimir llegó a ser director del diario.

“Participé en la Franja del NO, mostrando los fraudes de las noticias que publicaban en la Franja del SÍ. Tuvimos un tiraje récord en la historia del diario. Después, se fue de espaldas. La empresa andaba muy mal y renuncié cuando empezaron a despedir periodistas”, recordó. El Fortín Mapocho se cerró definitivamente el 6 de julio de 1991, día en que lanzó su última edición.

Restablecida la democracia se trasladó a Iquique para dar vida como director a El Nortino, un diario regional de la empresa La Nación, que circulaba también en Arica. Después, retornó a la capital donde se hizo cargo del departamento de Relaciones Públicas en la Municipalidad de Santiago.

En *Vendedores de sol* Wladimir recordó su ingreso a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en 1965. Como ya tenía cuatro años de Pedagogía en Castellano pudo entrar al segundo curso y egresar en 1967.

“La Escuela fue para mí básica en cuanto a la formación y el adiestramiento. Nos permitían trabajar y estudiar, ya en segundo año. Había profesores que enseñaban y ayudaban mucho, como Mario Planet que era un gran amigo, Luis Domínguez, Antonio Skármeta, Manuel Eduardo Hübner, el señor Carrasco, que era tan sistemático”, señaló en *Vendedores de sol*. En junio de 1980 venía llegando del campo y se enteró por el diario La Segunda de la muerte de Mario Planet: “Lloré mucho”, escribió.

Por todos los años que compartimos con Wladimir Aguilera, por las “copuchas” intercambiadas, por coincidir en nuestros afanes de justicia social, por haberlo sentido siempre un gran amigo, fue muy duro enterarme de que estaba enfermo, grave, y que había sido sujeto de dos trasplantes de hígado que felizmente le salvaron la vida. Pero esto también duró poco.

Ya vivía yo en Chile cuando Wladimir nos dejó en agosto de 2014. Gran pérdida, para su familia, el periodismo y sus amigos, entre los que me honro de haber formado parte.

Edmundo Villarroel Ilic

UN AMIGO QUE VIVIÓ A SU MANERA

Por Doris Jiménez Villarroel

La última vez que vi a Edmundo fue en mi cumpleaños de 1998. Esa mañana me sorprendió una llamada de su hermano Leonardo, que en voz baja me susurró *“tu amiguito quiere verte, está en el Hospital Salvador”*.

—¿Por qué en el hospital?, pregunté.

Creía que se había repuesto de una larga enfermedad que lo tuvo postrado por más de un año, pero —al parecer— en las últimas semanas había recaído en la leucemia y debieron hospitalizarlo nuevamente. “Está con una fuerte depresión”, me explicó Leonardo.

Esa tarde, tal como me indicó Leo, me dirigí a un pabellón aislado de El Salvador. La enfermera me condujo hasta el fondo del estrecho pasillo a una habitación solitaria con un único paciente: Edmundo, pálido y somnoliento, que desde una grisácea cama de hospital me sonreía disculpándose.

Me dijo: *“Te mandé llamar porque hoy es tu cumpleaños y aquí no hay teléfono para saludarte”*.

La enfermera me advirtió que tenía permitida dos horas de visita y agregó, *“por favor, convérsele, no deje que se duerma y hágalo tomar agua”*. Y así, entre cabeceos, sorbos de agua y... *“No soporto mis olores”*... dijo. Entre conversaciones entrecortadas y muchos recuerdos transcurrió esa intensa tarde del 13 de octubre de 1998. Al día siguiente, el 14, volví a recibir una llamada de Leonardo. *“Tu amiguito falleció”*, me dijo.

Del GUR al MSP

Corría la década de los sesenta cuando conocí a Edmundo. Ambos éramos alumnos de la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, en una época en que a esta Facultad se la consideraba el semillero de la futura elite del país. Tanto docentes como alumnos convivíamos con cierta armonía, a pesar de las diversas ideologías del Chile republicano de aquel tiempo.

En las décadas previas, se había producido con gran fuerza el advenimiento de las clases medias impulsadas por los 14 años de gobiernos radicales anteriores a Jorge Alessandri (1958-1964) y el Grupo Universitario Radical (GUR) había desplazado del Centro

de Alumnos a los Larraínes, Errázuriz u Orregos del Partido Conservador, que ya estaba fraccionado y daba paso a la Revolución en Libertad demócrata cristiana, mientras en el horizonte se instalaban los ideales marxistas de la Revolución Cubana.

Para quienes recién ingresábamos a la Universidad, adolescentes que en su mayoría proveníamos de liceos laicos y gratuitos, este crisol de ideas, conocimientos y debates al que nos enfrentábamos, constituyó un proceso iniciático que definió el camino futuro de nuestras vidas.



Edmundo Villarroel y Doris Jiménez, 1964.

El caso de Edmundo fue diferente. Hijo de una familia radical, su madre de origen yugoslavo, doña Dinka Ilic, dramaturga e intelectual, feminista y progresista, mantuvo un fuerte lazo umbilical con su vástago y su influencia fue decisiva en el derrotero que asumió Edmundo. El padre, don José Villarroel, amable y cariñoso, durante muchos años se desempeñó como ejecutivo en el mineral de carbón de Lota, circunstancia que obligó al traslado de sus dos hijos a Santiago a estudiar en el Internado Nacional Barros Arana (INBA). En esa institución Edmundo comenzó a perfilarse como dirigente estudiantil. Siendo militante de los secundarios radicales, en 1956 fue presidente del Centro de Alumnos del INBA y al año siguiente, 1957, fue elegido para presidir la FESES (Federación de Estudiantes Secundarios de Santiago) donde le cupo una activa participación en las protestas populares contra la carestía del 2 y 3 de abril, fuertemente reprimidas por el gobierno del entonces presidente Carlos Ibáñez del Campo.

Cuando ingresó a la Escuela de Derecho, Edmundo ya se erigía como un destacado dirigente del mayoritario Grupo Universitario

Radical (GUR), cuyo ideólogo era el entonces destacado académico Alberto Baltra (aunque misógino, pues sostenía que las mujeres íbamos a la universidad a buscar marido), economista de sesgo izquierdista y crítico a la concentración de poder del empresariado nacional, ideas que influyeron y se plasmaron en la memoria de grado de su ayudante, el entonces joven Ricardo Lagos Escobar: *La Concentración del Poder Económico*.

Un hecho de la macro política cambió la correlación de fuerzas en la Escuela de Derecho: a fines de 1961, la incorporación como ministro de Relaciones Exteriores de Alessandri del dirigente radical Carlos Martínez Sotomayor (conocido como “Chicharrita Sotomayor”) motivó a Ricardo Lagos a impulsar el quiebre de la Juventud Radical. En mi recuerdo surgen los nombres de Sergio Gutiérrez Olivos, Jorge Arrate, Edmundo Villarroel y Juan Facuse como los últimos presidentes radicales del Centro de Alumnos, cuando la supremacía de un fraccionado GUR fue desplazada por los emergentes candidatos demócrata-cristianos, entre otros, Luis Maira, Juan Enrique Miquel o José Miguel Insulza, mientras en el país ya se vislumbraba el arrollador triunfo de Eduardo Frei Montalva en las presidenciales de 1964.

Para entonces, la disidencia de la Juventud Radical creaba un nuevo movimiento político, el MSP (Movimiento Social Progresista) de efímera duración y disuelto al poco tiempo a consecuencia de un desgraciado incidente: dos integrantes del movimiento, Bolívar Aparicio y Gaspar Gómez Ortún, intentaron fabricar en un departamento de la calle Tenderini una bomba para hacerla estallar en la embajada de Estados Unidos, en protesta por el bloqueo a Cuba, durante lo que en 1962 se conoció como la *Crisis de los Misiles*. Desgraciadamente, cuando lo manipulaban, el artefacto les estalló en las manos y Gaspar, un joven trabajador de la Compañía de Teléfonos, o de Electricidad, perdió su brazo derecho. Muchos años después, en mi exilio en Venezuela, encontré a Gaspar por casualidad y me enteré que en Alemania le habían fabricado un brazo ortopédico y que después del *golpe* regresó a Chile donde fue preso y torturado en las cárceles de Pinochet.

Como consecuencia del fallido Social Progresismo, los jóvenes radicales buscaron nuevas opciones. Algunos, como Edmundo Villarroel, Jorge Arrate y Eduardo Trabucco ingresaron al Partido So-



Encuentro de exalumnos de Periodismo con el profesor y senador Anselmo Sule. Edmundo Villarroel es el segundo de izquierda a derecha en la última fila.

cialista. Otros se fueron al PC, que dirigía en la Escuela de Derecho Carlos Berger, el más abnegado y consecuente militante de ese partido que he tenido oportunidad de conocer. Alguno, como Genaro Arriagada, dijo haber tenido ... un encuentro con Dios, y se integró a la DC, y otros, como en mi caso, ingresamos al MIR.

Nuevas búsquedas

Creo que mi acercamiento a Edmundo se produjo mientras él ejercía la presidencia del Centro de Alumnos en la Escuela de Derecho, cuando un grupo de compañeras decidimos apoyarlo en la producción de la *Semana Mechona*. Fue un arduo y divertido trabajo que nos obligó a compartir muchas horas para organizar, entre otras actividades, las regatas del Mapocho, el paseo de los alumnos, la velada buffa, la fiesta del sábado... Recuerdo que un día raptamos a nuestro ídolo, Leonel Sánchez, el famoso futbolista de la "U", que con buen humor aceptó permanecer varias horas en nuestro casino. Conseguimos con Rodolfo Soto, que organizaba los clásicos universitarios, una jirafa enorme que ubicamos en la entrada de la Escuela, que nos fue robada por los estudiantes de Ingeniería y cuya recuperación requirió una gran pelea. En definitiva, la semana fue un éxito y así, poco a poco, sin darnos cuenta, surgió entre nosotros un afecto, que pronto se transformó en un ingenuo pololeo de varios años.

Vivimos buenos momentos. Para los jóvenes chilenos de esa época el porvenir se proyectaba feliz. Creíamos firmemente que participaríamos en la construcción de un mundo mejor. El país bullía de utopías y proyectos. Con poco dinero accedíamos al cine, al teatro, a la lectura, a la música, al baile. Nos intercambiábamos libros, leíamos a Marx, a Sartre, a Ionesco, Brecht, la Beauvoir o a los latinoame-

ricanos, que ya surgían como un *boom*. Soñábamos que seríamos Cortázar o la Sagan. Los fines de semana nos juntábamos en alguna casa con un vino caliente y una guitarra y cantábamos zambas y canciones de la revolución española o simplemente escuchábamos a oscuras a la Piaf, a Joan Baez, a Piazzolla o los poemas de Guillén.

Con Edmundo empezamos a frecuentar Il Bosco, el lugar de reunión de la bohemia capitalina. Yo tomaba un té ruso y él una cerveza y, poco a poco, nos fuimos relacionando con un mundo nuevo que a nosotros, estudiantes de derecho, nos fascinó. Conocimos gente distinta, nos empezamos a codear con Jorge Teillier, Stela Díaz Varín, Tito Mundt y el sinfín de personajes que poblaban la noche santiaguina, incluidas otras sensibilidades que nos perturbaban y cuestionaban nuestra formación pequeño burguesa de clase media.

Resultaba fácil enamorarse de Edmundo, pero creo que lo que más atraía era su inagotable curiosidad intelectual, la mordacidad de su humor y la enigmática sensación de dolor que solía proyectar. Nuestra relación sentimental tuvo altibajos dolorosos, siempre hubo algo indefinible que se interponía y que yo no lograba detectar. Los rumores de su doble vida llegaron a mi madre que intervino en forma poco sutil y provocó mucho sufrimiento en los dos.

Yo me alejé de Derecho al inicio de mi cuarto año. Me fui a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Por eso, mi sorpresa fue mayúscula cuando al año siguiente supe que Edmundo también se había incorporado a Periodismo y al igual que en Derecho fue elegido presidente del Centro de Alumnos. Ambos egresamos en 1969 y formamos parte de la generación Mario Planet. Cuando salimos de Periodismo yo entré a la televisión y pronto me enamoré y me casé. Hoy tengo hijos y nietos. Ambos salimos exiliados por el golpe de estado y nos reencontramos en Venezuela.

Edmundo tuvo varias relaciones amorosas con estupendas mujeres, ninguna prosperó. Siguió los pasos de su madre y se dedicó a su gran pasión, el teatro. Obtuvo numerosos éxitos como dramaturgo. Por fin venció sus demonios y decidió vivir a su manera. Nunca dejó de saludarme para mi cumpleaños, hasta el 13 de octubre de 1998.

Santiago, octubre 2013

Myriam Sáa Contreras **¡QUÉ LINDA ERA LA NEGRITA!**

Por María Verónica Martínez Rogers



Myriam Sáa, 31 de enero de 2010

56

Myriam Saá Contreras era hermosa por dentro y buenamoza y graciosa por fuera. Y muy inteligente, vital, valiente, luchadora y de gran fortaleza. Una mujer excepcional, alegre y sabia, de simpatía desbordante, cálida y acogedora, con una solidaridad a toda prueba. Optimista, fue una apasionada amante de la vida, su familia, la justicia, la democracia, las comunicaciones, la amistad y también el baile.

Desde la pubertad destacaron sus dotes de lideresa, primero como presidenta del Centro de Alumnas del Liceo 8, donde estudió, y luego como dirigente en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, a la que ingresó con solo 16 años, en los albores de los 60.

Durante la dictadura colaboró sin desmayos por recuperar la libertad de expresión y el Colegio de Periodistas, participando en la organización de encuentros y preparación de documentos para seminarios que con tal objetivo realizaban los comunicadores. Mientras que desde su lugar de trabajo oficial, el cooperativismo, dio vida y dirigió proyectos que buscaban,

mediante la utilización de diversos medios de comunicación, mantener la esperanza en los golpeados campesinos e indígenas de nuestro país, aplastados por la contrarreforma agraria. Abogando por la importancia de trabajar unidos, cuando el gobierno autoritario predicaba la atomización y el individualismo de su modelo neoliberal.

Jefa de los periodistas de la Izquierda Cristiana

Al mismo tiempo, Myriam luchó por la vida cuando en Chile hacerlo era ponerse en riesgo, frente a los fusiles y la barbarie. Como jefa de los periodistas de la Izquierda Cristiana, la “Negrita” asumió sin dudar su misión como tarea cotidiana, venciendo el temor y la inseguridad, pero convencida que así cumplía su deber de mujer, de madre, de compañera. Y demócrata cabal.

Con su proverbial responsabilidad y la entrega, con las que actuó en todos los ámbitos de su vida, cumplió también esta tarea clandestina que abrazó, con valentía, sin estridencias ni protagonismos. Día a día arriesgándose, pero repartiendo alegría, amor, esperanzas y confianza en una luz al final del camino.

Ella siempre supo enfrentar con sabiduría los propios problemas y los de quienes le confiaban los suyos, tranquila y racionalmente, para encontrar alivio y la mejor solución. Con buen criterio y esa inmensa ternura que sabía entregar en gestos y en palabras de comprensión por los sentimientos y decisiones del otro. Fue generosa para prodigar amor y amistad.

Al término de la dictadura esta mujer emprendedora levantó una pequeña empresa de comunicaciones a la que imprimió la misma calidad y rigurosidad con la que ella siempre laboró. Le gustaba el trabajo en equipo, sabía lo importante que es concitar voluntades, buscar criterios comunes, crear espacios de encuentro. Todo ello, sin predicar, solo con su ejemplo.

Su compromiso era a toda prueba, sin confrontación, sino con claridad y calidad.

Myriam fue una profesional responsable y democrática, extraordinariamente trabajadora, “tejedora” de relaciones profesionales y políticas fructíferas aún en condiciones muy adversas.

Cuando parecía que le había llegado el tiempo de disfrutar plenamente de la vida en su amada parcela de Paine, junto a sus hijos, sus nietas y al “mejor amor de toda su vida”, con quien tenía planes matrimoniales, le sobrevino el mal del siglo en el 2011.

Con su entereza habitual, apenas supo de su enfermedad, la Negrita tomó como un trabajo seguir todas las indicaciones y tratamientos para erradicarla.

Repetía: Lo que vale la pena es disfrutar de la amistad y el amor y todas las cosas buenas y lindas que nos rodean. Ese es mi mayor y mejor aprendizaje 2011. He aprendido a disfrutar la vida, quizás como nunca lo había hecho, gozando las pequeñas cosas, el nacimiento de mis flores en la parcela, ver correr a mis nietas, los pequeños gestos de amistad y de amor.

No fue extraño, entonces, que familiares, amigos, compañeros y colegas, hayan copado el teatro Camilo Henríquez para despedirla y testimoniarle en el último adiós su cariño, respeto y admiración por una mujer de excepción.

(Esta semblanza, aparte del conocimiento directo de la autora, es una síntesis de lo expresado por diversos compañeros y amigos con motivo de la partida de Myriam).

ELEGIA PARA UNA AMIGA ENTRAÑABLE, IRREMPLAZABLE, HERMOSA Y QUERIBLE

Por Horacio Marotta

58

Estupor, incredulidad, pena enorme, golpe en el alma... Me corren lágrimas por la cara al intentar escribir estas líneas...

¿Cómo enfrentar tu pérdida, tu ausencia infinita?

Tal vez recordando y atesorando tantos recuerdos, tantos minutos cálidos y hermosos vividos contigo, desde que éramos lolos, aprendices de comunicadores en esa escuela histórica en que nos tocó convivir.

Myriam, negra linda, te has ido a volar por el infinito en día de casi luna llena, con tu cara y sonrisa de luna llena, con tus ojos de estrellas, con tu fuerza de cometa, con tus convicciones de vida, con tu entereza y fuerza, ejemplo para todos... Con tu belleza física y de alma, con tu alegría, con tu solidaridad a toda prueba, con tu inteligencia, con tu vivacidad, con tus ganas infinitas de vivir a concho, todo y en cada momento de tu vida, ganas contagiosas, hermosas...

A lo largo de nuestra historia común, tantas veces, nos encontrábamos y nos desencontrábamos... Una historia cíclica de encuentro hermosos y lejanías insondables, cada cual en lo suyo, pero mante-

niendo un lazo, eléctrico, telúrico, mágico, que siempre terminaba en algún reencuentro placentero y profundo, en el rellenar historia de los tiempos en que no nos habíamos visto ni hablado...

Tantas coincidencias, profundas. Tanto cariño compartido. Tantas aventuras. Tantos exitosos proyectos profesionales que hicimos juntos...

Seguro, también compartimos fracasos y derrotas, más de una, pero los dos éramos capaces de sobreponernos y seguir adelante, seguir intentándolo siempre.

Te encantaban las ostras, y ojalá con champaña, y eso lo compartimos tantas veces, en locales “pulentos” cuando las vacas estaban gordas o en clandestinos cuando estaban flacas...

Conversaciones profundas e inteligentes, análisis desapasionados de la realidad nacional, humor, mucho humor, cariño por los amigos comunes, proyectos, ideas, poesía, música, luna llena, estrellas, tu cara, tus ojos, tu sonrisa permanente.

A seres tan hermosos como tú, nadie los puede olvidar nunca.

Llevaré tu recuerdo en el alma hasta que nos encontremos, tarde o temprano en el otro lado de la luna... Y tu estarás ahí, fundida con la luminosidad de la luna, con tu cara sonriente perpetua, tus ojos de estrellas, tu alma transparente, tu aura luminosa, tu pelo negro, tu mirada penetrante, tu feminidad arrolladora y provocadora.

Puchas que tengo pena, dolor que me llega hasta la médula de mis huesos.

Estupor, incredulidad, pena enorme, golpe en el alma... Me corren lágrimas por la cara al intentar escribir estas líneas.

Ninguno de los que te conocimos te vamos a olvidar nunca, vamos todos a sacar fuerza de tu legado para recordarte, en tu alegría, en tu sonrisa permanente, en los entrañables momentos que nos toco, a cada cual, convivir contigo.

Yo, agnóstico militante (no como tú, que fuiste cristiana militante toda tu vida), tengo la esperanza de que nos reencontraremos algún día, en cualquier remoto lugar del universo, que ojalá se parezca a una isla paradisíaca, en que podamos seguir compartiendo ostras, champaña y profundas conversaciones.



Julio Fuentes Molina, Myriam Saa y Alejandro Arellano

Juan Bastidas

UN ALMA GENEROSA Y SOLIDARIA

Por Alipio Vera

60

Juntos entramos a la escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en 1969. Juan Bastidas era entonces capitán de Carabineros de Chile. Aunque muy pocas veces lo vimos de uniforme, su imagen de hombre afable, amigable y bonachón no cambiaba cuando vestía de oficial. Asumía con orgullo su condición de uniformado y estaba siempre presto a colaborar con causas justas o a contribuir en la solución de problemas sociales, algunos de los cuales yo mismo lo insté a resolver. Tal vez por eso eligió para su tesis de titulación como periodista el tema de “Carabineros frente al desarrollo socio político de Chile 1927-1966”.

Tuve la fortuna de ser su amigo. Y mediante esa amistad demostró la magnitud de su alma generosa y solidaria. Por entonces, era yo un estudiante provinciano que debía trabajar por las noches para mantenerme en la capital y poder seguir estudiando. No siempre contaba yo con los recursos que necesitaba. Juan Bastidas era uno de los escasos compañeros que lo sabía. Y nunca tuvo dudas para brindarme un apoyo incondicional y permanente. Incluso, internado una vez en el servicio médico de los alumnos en el hospital J.J. Aguirre, Juan se daba tiempo para visitarme en mi lecho de

enfermo y de ponerme al día de las últimas materias, en las diferentes cátedras, facilitándome, además, la entrega de los trabajos pendientes. El venezolano Miguel Mata y Marcela Calvo acompañaban a Juan en estas visitas.

De vuelta en la escuela, no había día en que el “paquito” Bastidas no me invitara a tomar un café o un desayuno en el casino de don Alfredo.

Luego de egresar, el año 1969, nos encontramos algunas veces, mientras él servía como oficial de intendencia y yo como debutante reportero en la naciente Televisión Nacional de Chile.

Un servidor público

Para José Blanco Jiménez, compañero de aquellos años en la Escuela de Periodismo, Juan Bastidas fue el prototipo del servidor público.

“Se veía mayor que nosotros y lo era: había cumplido hacía poco los 35 años. Sabíamos que era capitán de Carabineros de Chile, pero

vestía de civil y no hacía notar su condición. Con el sistema de escalafón de ese tiempo, para llegar a ese grado se necesitaba haber estado por lo menos unos 14 años en la institución y los tenía. De allí su actitud reposada, su participación restringida en los debates y su escasa vehemencia cuando le pedían hacer uso de la palabra” recuerda Blanco.

Continúa: “Tengo tres recuerdos: cuando el profesor Luis Fernández Navas le pidió que leyera su trabajo sobre la Exposición dedicada a la presidencia de Manuel Montt; cuando mostró al profesor Sergio Carrasco una propuesta de afiches para una campaña de autoprotección ciudadana; y cuando –como un ejercicio en la clase de Ariel Dorfman– se entrevistó recíprocamente con Marcela Otero acerca de la infidelidad y se defendió diciendo «No soy casado».”

“Eran tiempos –agrega José Blanco– en que un carabinero se sentía por sobre todo un servidor público. Y no cabía duda, porque los sueldos de los pacos estaban lejos de ser reguleques”.

Brutalmente torturado

Tras el golpe del 1973 perdimos contacto por un tiempo. Injustamente acusado de participar en el “Plan Zeta”, un montaje de la dictadura, fue despojado de su uniforme y luego brutalmente torturado, casi hasta la muerte. A veces, él me lo contaba más tarde, hacia esfuerzos sobrehumanos para asomarse a una ventana en el recinto de la Fuerza Aérea de Chile, en el Bosque, para que lo vieran de lejos su esposa y sus hijos, y sonreía para que creyeran que estaba bien.

El propio Juan rememoró así esos terribles días en el texto que escribió para el libro *Vendedores de sol*:

“El 11 de septiembre de 1973 me sorprendió cuando ya era mayor de Carabineros y ejercía el cargo de fiscal administrativo en la Pre-

fectura General de Santiago. Al día siguiente presenté mi renuncia a la institución por no estar de acuerdo con la usurpación del poder legítimo. Una semana más tarde me detuvieron en mi domicilio y me encerraron en la Academia de Guerra de la Fuerza Aérea. Se me involucró en el proceso caratulado «Bachelet y otros» y fui sometido a torturas. Carabineros entabló juicio de competencia y, al ganarlo, logré mi traslado a otro sitio de detención para someterme a un «proceso en tiempo de guerra» por «graves delitos». El 7 de enero de 1974 fui sobreseído de todas las acusaciones en mi contra.”

Finalmente, liberado de las falsas acusaciones, no quiso volver a vestir el uniforme. Por corto tiempo trabajó en la Vega Central de Santiago vendiendo frutas y primores. Su temple de hombre aguerrido lo estimulaba a luchar por los suyos, en cualquiera tarea que dignificara su persona. Así, con algunos pocos recursos, se aventuró en Arica, en negocios de importaciones y exportaciones. Ahí sumó algunos recursos para alcanzar su meta que era la vida apacible del campo sureño.

Compró un fundo en Paillaco, cerca de Osorno. Pero se quedó sin capital para hacerlo producir, mientras le urgía responder a las necesidades de su familia. Entonces las vueltas de la vida nos vuelven a reunir. Era el año 1979. Yo era director de El Diario Austral de Temuco y tenía fuerte influencia en una pequeña cadena que conformaban el Correo de Valdivia y La Prensa de Osorno.

Juanito tocó un día la puerta de mi casa, en Temuco. La alegría del reencuentro fue inmensa, tremendamente emotiva, más todavía cuando mi familia conocía la historia de la amistad universitaria y del drama que él había vivido. Ahora él necesitaba un trabajo con urgencia. Y yo podía devolver la mano a quien tanto me había ayudado.

Volvió a Paillaco con la felicidad de tener trabajo en La Prensa de Osorno, que le quedaba a un paso de su predio.



El capitán Juan Bastidas de civil (Fotografía del libro *Vendedores de Sol*).

Después, la historia fue más simple y feliz por un buen tiempo. Con el retorno de la democracia se convirtió en el brazo derecho del nuevo intendente de la décima región de Los Lagos, Rabindranath Quinteros, hoy senador de la república.

José Blanco apunta:

“Supe que lo torturaron en la FACH por no estar de acuerdo con el golpe de Estado. Volví a verlo ya sesentón en Puerto Montt, como asesor de prensa del intendente Rabindranath Quinteros. Entre tantas cosas de las que hablamos, me confesó que haber sido oficial era lo mejor que le había pasado en su vida.

Y, por su labor, confirmé que seguía siendo lo que siempre fue: un servidor público”, concluye Blanco.

En esa etapa de restablecimiento democrático, con su vida ya reconstruida, Juan Bastidas, periodista universitario, ex mayor de Carabineros de Chile, nos dejó para siempre, tras sufrir un accidente carretero cuando viajaba ente Puerto Montt y Paillaco.

Había partido un gran amigo, un profesional de las comunicaciones, generoso como pocos, un compañero de aquellos que han dejado huella por su inteligencia, su bondad, su gentileza, su entereza frente a la adversidad y por su grandeza humana.



El joven capitán, de uniforme, saluda al presidente Eduardo Frei Montalva (Fotografía del libro Vendedores de Sol).

Patricio Muñoz Madariaga POR SOBRE TODO, LA AMISTAD

Por Federico Gana Johnson

El Pato Muñoz iba por el mundo creyendo que la amistad es una necesidad biológica. No podía estar sin sus amigos, ellas y ellos. Desde sus primeros años en la Escuela de Periodismo sólo tenía tiempo para conversar con los compañeros, para reírse porque sí nomás, narrando las experiencias que le iban ocurriendo. Y eran muchas.

El Pato luchaba incansablemente por mantener la buena salud anímica, la defendía a ultranza con el sentido de la amistad. Para él ser buen amigo era una obligación y estar preocupado de cada uno de sus compañeros en todos los momentos, era algo más que normal. Era indispensable. Y traspasaba esa manera de ser a todas las circunstancias de la vida diaria, ya fuera en lo laboral o en lo familiar o durante aquellas otrora noches bohemias de verdad y cuando con avidez y entusiasmo desbordado esperaba –esperábamos, porque me incluyo con orgullo y grandes dosis de nostalgia– las amanecidas en los bares del centro de la capital. El parecido físico del Pato con su padre Osvaldo Muñoz Romero, Rakatán, le abría todas las puertas de las noches, era recibido con enorme beneplácito al visitar rincones que de día costaba visualizar pero que, al

caer las tardes, se iluminaban como estrellas perennes reuniendo personajes de la política, de los espectáculos (que era importante, no se llamaba farándula aún) y de la vida cultural en todas sus manifestaciones. Eran aquellos tiempos en que nosotros los jóvenes nos codeábamos naturalmente con lo más selecto de la vida y de la noche metropolitanas.

El Pato Muñoz era, en lo profesional, un reportero-guionista-escritor-romántico-poeta y bohemio encarnizado, cuya principal meta siempre la buscó en las relaciones humanas suavizadas con la sonrisa y el buen humor, entendido éste no como el mero reventador de una simple risotada sino como el más fino aliciente del buen pasar y la simpatía. Yo, humildemente confieso que conozco muy pocas personas (y tal vez ninguna como Patricio) para las cuales la cordialidad constituya la principal condición de la vida. El Pato Muñoz no sólo fue una de ellas sino que entregó ejemplos de esa cordialidad a cada instante de los muchos verdaderamente épicos que vivió. Lo hizo sin titubeos en todas partes, incluso en aquellos lugares donde nadie lo conocía y, en este caso que paso a narrar, donde tampoco tenían la menor intención de conocerlo. Ocurrió en una comisaría

de Recoleta cerca del Cementerio General y donde llegó en carácter de detenido por no portar documentos de conducir.

La historia, que tenía celosamente guardada en los primeros días después de ocurrida, me la contó él mismo, una noche en que me invitó a la mesa que compartía con dos personas a las cuales yo no había visto nunca:

“Te presento a mis carceleros”, me dijo.

Apenas transcurridos unos minutos esos carabineros, que vestían de civil sólo para charlar libremente con el ex detenido, me contaron con lujo de detalles (en eso el Pato los contagió pues era



En plena labor profesional, el “piloto” Patricio Muñoz

tremendamente detallista y demoraba horas en narrar un simple hecho), que la tarde de la detención “el detenido se había quedado conversando” con los policías y, bueno, después fueron amigos y esa noche estaban recordando, nada más.

Por mucho tiempo Patricio aseguró no necesitar licencia de conducir pues tenía amigos en la Comisaría y no le gustaba perder el tiempo haciendo trámites.

Pasear con Patricio por las calles céntricas era siempre insopor- table, porque no se avanzaba ya que el Pato (bajo, gordo, con una

chaqueta que le cruzaba apenas, desinhibido, siempre caminando rápido y a veces con una gruesa barba que más lo achicaba) se dedicaba a saludar e iba presentándonos personas a las que abraza- ba al pasar. Siempre alguien tenía algo que conversar con él y se encargaba de presentar amistosamente a quien uno no volvería a ver nunca más, aunque quedásemos perfectamente presentados. Y, como andábamos siempre apurados porque Pato andaba de un trabajo en otro...

Podría decirse que oficina principal de Patricio era cualquier es- quina...su gran oficina eran las cuatro tradicionales manzanas del centro de Santiago y ya atendía en el Rápido (como lo recuerda más adelante María Eugenia Borel), como en el Café Haití o recibía visi- tas ajenas al ajetreo periodístico en su propio escritorio del diario. Yo no sabía cómo lograba pasar todo el día conversando con tanta gente y, sin embargo, cumplía con su trabajo impecablemente.

A propósito del párrafo anterior, Manuel Soto recuerda algo que muchos otros, cada uno a su manera, también recordarán:

“Fue una noche, a principios de los 70. Yo colaboraba con el padre de Patricio, Rakatán, en un programa en la Radio Pacífico donde repetía su consabida frase «Hay ambiente», sobre la noche santiaguina. Terminado el espacio radial fuimos a tomar un trago al bar de calle Huérfanos frente al Bim Bam Bum. Al poco rato se nos unió Patricio hijo y después el entonces líder estudiantil Jaime Ravinet. Conversamos como se hacía en esos tiempos, sin censura y de variados temas de actualidad, en especial asuntos relacionados con el mundo artístico, donde Rakatán era una autoridad indiscutible y daba gusto escucharlo. Patricio también dominaba el tema y dejaba muy en claro que, al igual que su progenitor, ya iba en camino y con bastante recorrido para convertirse en una destacada figura en ese campo como un clon de su padre y con un sentido del humor envidiable. Así, estuvimos arreglando el mundo, como era natural y siempre tan necesario hacerlo.”

El material del reporte diario del Pato era la gente común y corriente y sus experiencias y comentarios sencillos, que recibía con- versando con la calma y tranquilidad que irradiaba hasta en los peores momentos, que los tuvo. Y tuvo varios.

Una gran amiga del Pato, Mónica Iradi, compañera de curso en Periodismo, anota:

“Pato tenía una profunda habilidad, era mágico para escribir guiones con envidiables toques de humor. En algún período de nuestras vidas profesionales en televisión estuvimos a cargo de producir un programa llamado Trepo y Trepa. Patricio era un verdadero artista para combinar actividades o noticias del quehacer diario con ingredientes humorísticos, hablábamos de lo humano y lo divino, tomaba un papel y garabateaba palabras que surgían de la conversación y después, con ese papelito en las oficinas del Canal (que por lo demás eran verdaderos sucuchos y no elegantes oficinas como las de hoy), comenzaba a escribir a toda velocidad en una vieja máquina manual, hasta crear un libreto con estilo coloquial y con el humor que se le desbordaba por los poros. No podía escribir de otra manera, las cosas no le podían salir serias..., ¡ni siquiera cuando tenían que ser serias!. Era un agrado trabajar con Patricio, siempre estaba dispuesto a hacer del trabajo un placer y no un mero deber. Hicimos muchos programas hasta el último día que emitió sus transmisiones el Canal 9 de Televisión, el 11 de septiembre de 1973.”

Mi compadre

Demasiado temprano, en lo que fue la plenitud de nuestras vidas, el Pato falleció. Se lo llevó un cáncer contra el cual peleó de todas las maneras posibles, sobre todo la fórmula más eficaz y que él manejaba a la perfección: la del buen humor y que nos permitió a muchos de sus amigos ahuyentar la pena y el dolor de ir viéndolo como se acercaba al final, aunque intentara disfrazarlo. Creo que así nos hizo un regalo. Hasta muy poco tiempo antes del desenlace, visitábamos su casa en Bilbao Oriente de Santiago y ahí hasta cuando no se pudo más, hubo buen ánimo. Jamás olvidaré esa circunstancia y ojalá otras personas (y yo también incluido) pudiésemos, si llegara un instante así parecido, actuar de la misma ejemplar manera. Es que nunca faltó la mesa bien servida, el ajetreo familiar y las risas, en un entretenido ambiente familiar dónde no faltaban los asados y, en verano, una piscina de buen tamaño en el reducido espacio del jardín.

El Pato y yo fuimos compadres pues soy el padrino de su hija Amparo. Padrino “cacho” seré, pero compadres fuimos. Y así nos

tratamos ahora con mi comadre Luz María, a la cual también habría que levantarle un monumento pues, como recuerda la periodista María Teresa Maluenda, siempre Luz María y Pato se amaron profundamente:

Dice María Teresa:

“Tengo dos recuerdos. Lo primero y lo principal en mi memoria es ese halo de amor apasionado y de gran complicidad que envolvía a Pato y a mi amiga Luz María, en cuya casa estuvimos juntos muchas veces. En esos años de pololeo todos éramos muy jóvenes pero yo sentía que ellos vivían ya un amor definitivo que difícilmente podía romperse. El otro recuerdo es de luz y de sombra porque creo que fue la última vez que lo vi: Patricio estaba muy enfermo pero con el mismo ánimo y el buen humor de siempre para recibir a sus amigos. Lo fui a ver y le llevé un cajón de frambuesas. Recuerdo con especial cariño esa conversación de los dos, sentí que le había dado una pequeña alegría con algo tan simple. Le encantaban las frambuesas...”

Antes de enfermar y porque los verdaderos amigos nos cuidábamos mutuamente, nos veíamos a diario y nos encantaba vagar. Con el paso de los años desempeñamos labores periodísticas en varios medios. Alrededor de los ochenta trabajábamos en diversas publicaciones de la empresa El Mercurio y muchas veces las horas de almuerzo nos encontraban en cualquier barrio alejado de la zona céntrica, donde buscábamos realidades de la gente que Pato pudiéramos reflejar en nuestras crónicas. Sosteníamos diálogos infinitos, caminábamos cuadras y cuadras, nos sentábamos en cualquier bar o restaurante a divagar un poco más... y nos pasaban muchas cosas que quizás no sean perfectamente dignas de contarse, pero...

En cierta ocasión fuimos invitados a participar como jurados en el concurso de belleza que anualmente se llevaba a cabo en la Hostería y Centro de Eventos La Ponderosa, cerca de Colina. Una de las candidatas era la hija del dueño. Fuimos excelentemente atendidos y, al momento de definir cuál de las competidoras se llevaría la corona, elegimos a la que nos pareció más bella, más hermosa, más simpática y más inteligente. A los breves instantes recibimos toda la ira del dueño de casa, porque no habíamos seleccionado a su hija. Obviamente, regresamos a Santiago esa misma noche, an-

tes de la cena con que se celebraría a la reina. Sin embargo, como jurado habíamos apelado a la máxima honestidad y sinceridad de nuestros entusiastas corazones.

Apenas ocurrido el golpe de Estado de 1973, sorprendentemente me ofrecieron hacerme cargo de la oficina en Santiago del Diario Color, de Concepción. Llevé a Patricio como ayudante. Exactamente al tercer día de estar desarrollando nuestra labor periodística con toda la seriedad del caso, se nos avisó que debíamos abandonar el diario, por órdenes superiores. Fue nuestra primera actividad profesional en dictadura.

Y una de las mejores confidentes de Patricio fue mi propia madre, Perla Johnson, recientemente fallecida. Pato vivió en casa de ella durante algunos meses en que él y Luz María estuvieron alejados. Muchísimos años después, ya Pato fallecido, mi madre con su débil memoria esfumándose, lo incluyó siempre en sus más bellos y fuertes recuerdos.

Pato, mil anécdotas

Quizás sean más de mil las historias que sobre Pato Muñoz Madariaga pudieran contarse. Una de ellas es su cercana amistad con Violeta Parra, que lo recibía alegremente en su carpa de La Reina según lo constata el periodista José Luis Córdova:

“Fuimos exactamente una semana antes de que ella se quitara la vida y no se le notaba tristeza alguna. O quizás se puso contenta de verlo”, señala Córdova.

A Ximena González, para quien Pato *“fue siempre el hermano chico de la Ivonne, mi gran amiga en los años de Universidad”,* la vida qui-

so después que lo reencontrara como el gran amigo de Jorge Uribe y convertido ya en un profesional del periodismo.

Subraya Ximena:

“Me llamaba extremadamente la atención lo parecido que era a su padre, tanto en lo físico como en su carácter, eran dos seres absolutamente iguales.”



Pato Muñoz con sus tres hijas: Consuelo, Paula y Amparo

Aprovecho de André Jouffé su pródiga memoria:

“Yo había renunciado recién a la revista Novedades y estaba cesante con mi mujer, Tatiana, embarazada. Pato me llama y me dice: te prometí que cuando se produjera una vacante en revista Onda, me iba acordar de ti. Entré a trabajar con Ximena Ortúzar, Francisco Leal y el propio Pato, hasta que nos pilló el Once. En la portada que no alcanzó a distribuirse aparecíamos todos los periodistas sentados

en el techo de una casa en Colón 8000, con las piernas colgando y el ministro Aníbal Palma al centro. Otra historia es que en noviembre de ese mismo año fuimos con Luz María, Pato, Tatiana y yo a Algarrobo y Tatiana tuvo en la noche los síntomas del parto de Andrea y no podíamos salir por el toque de queda. Fue una tortura, a las seis de la mañana finalmente rajamos a Santiago, perdimos una rueda en el camino y un auto que emergió de los campos aledaños se llevó a Tati al hospital. En una tercera oportunidad Patricio entrevistó en el sauna a Pedro Carcuro, fue genial. Hizo en general muy buenas entrevistas, innovadoras sobre todo”

María Eugenia Borel relaciona a Pato Muñoz con las empanadas de queso de El Rápido, en calle Bandera:

“En el diario teníamos poco tiempo para almorzar, éramos habitúes de las empanadas. La costumbre allí es que apenas se ingresa, los mozos desde el mesón preguntan ¿Tres de queso? Y con sólo afirmar con la cabeza... ya están servidas. Siempre compartíamos los gastos. Un día Patricio me pregunta...¿y cuánto salió la cuenta?. «No tengo idea, ¿no pagaste tú...?». Muertos de vergüenza, nos dimos cuenta de que habíamos hecho perro muerto sin querer... Durante mucho tiempo dejamos de ir a comer empanaditas fritas al Rápido, ni siquiera pasábamos por la calle Bandera... “

Otra anécdota, que también recuerda María Eugenia Borel, es de puro amor y ocurrió en la Sala de Ediciones Especiales, que funcionaba en el edificio de la Facultad de Música de la Universidad de Chile:

“Pato y Luz María se habían separado hacía ya unos meses. Esta decisión conyugal lo remeció de tal manera, que cada cinco minutos declaraba lo mucho que amaba a la Luzma, que estaba arrepentido, que la había embarrado, que no podía vivir sin ella y sin sus hijas, en fin, las típicas reacciones tardías que afloran frente a una separación. Había adelgazado, casi no comía de puro amor y tampoco trabajaba mucho por falta de concentración. Todos los días se instalaba frente al enorme ventanal abierto del noveno piso, a cantar románticas canciones de Roberto Carlos. Se las sabía todas. Y era bien entonado. El jefe, Guillermo Trejo, le dijo un día: «¡Ya pues Patricio, córtala con estas cancioncitas, estamos aburridos de escucharlas durante meses...!» A lo que Pato respondió: «¡Entonces me tiro ventana abajo!...» Todos nos quedamos mudos de espanto, estaba muy deprimido y podía pasar cualquier cosa, venía llegando de unas vacaciones en Brasil que de nada lo habían ayudado a subir su ánimo. Después de esta breve y contundente respuesta todos los periodistas, incluido el jefe Guillermo Trejo, le rogábamos a cada rato: «Ya pus Pato, cántate algo de Roberto Carlos»...”

Un par de años después volvieron a juntarse Patricio y Luz María. Y nació Amparo, la tercera hija. Mi ahijada. Y todos volvieron a ser felices.

Hoy, años después de que Pato falleciera y cuando la vida ha continuado, al estar escribiendo estas líneas estoy seguro de que Patricio habría hecho lo mismo, si hubiese sido yo el primero en partir. Eso sí, escribiría con más humor y con envidiable buen ánimo, que eran sus más tenaces herramientas para enfrentar las cuestiones de la vida.

HIJO, AMIGO Y COMPAÑERO

Por Luz María de la Vega

68

–Patricio qué serás cuando grande?

–Médico mamá! Así te podré curar cuando te enfermes, para que nunca tengas problemas ni te mueras.

Anita miraba con orgullo a su hijo menor, quien a los cuatro años leía correctamente y recitaba con gracia las poesías del cubano Nicolás Guillén que su madre tanto amaba. *Sensemaya, la culebra, sensemaya. ¡Mayombe-bombe--mayombé!* Los alumnos de la escuela de Doctor Johow con Dublé Almeyda, donde ella enseñaba castellano, también repetían *¡Mayombe--bombe--mayombé!*

Años después el amigo de su padre (y compañero de trabajo de quien sería su esposa), el periodista y director de TV Toño Freire y su mujer la actriz Paty Larraguibel, también recitarían lo mismo, moviendo con armonía sus caderas, en alguna reunión social.

*“La culebra tiene los ojos de vidrio;
la culebra viene y se enreda en un palo;
con sus ojos de vidrio, en un palo,
con sus ojos de vidrio.*

*La culebra camina sin patas;
la culebra se esconde en la yerba;
caminando se esconde en la yerba,
caminando sin patas.
¡Mayombe-bombe--mayombé!”*

Esa repetición cacofónica le resultaba atractiva a Patricio. La recitaba sin siquiera pensarlo mientras corría por el segundo piso de su casa en Los Talaveras, la misma que su madre compró con esfuerzo, guardando mes a mes los ahorros de su sueldo de maestra y de periodista de su marido.

“Osvaldo me entrega todo el sueldo a mí, porque sabe que soy buena administradora”, decía ella con orgullo. Fue tan bueno su método para ahorrar que le valió un premio al esfuerzo en el Banco del Estado, con lo que pudo comprar su casa, con grandes columnas y una amplia terraza en el segundo piso, similar a las de El Golf, pero en Ñuñoa.

Patricio era feliz en ese lugar, salvo cuando su hermana Ivonne quería que se tirara del balcón, mientras él se aferraba a los labrados

barrotes, colgando con sus pies hacia abajo. Meli, Emelina Saavedra Ramírez, como él graciosamente la nombró siempre con sus dos apellidos, gritaba como loca, porque *“se iba a matar el niño”*. No existían los celulares entonces y no había como avisarle a la señora, que en ese momento estaba a dos cuadras haciendo clases en la Escuela o andaba viendo como su marido se perdía entre las chicas del Bim Bam Bum, so pretexto de hacerle alguna entrevista para el *Vea* o el *Ecran*.

Los hijos de Rakatán

“Jamás se te ocurra ser periodista Patricio, porque esa profesión puede traerte gratitudes, pero destruye a las familias; es muy absorbente”, decía Anita Madariaga Letelier cuando pensaba en el futuro de su hijo. Sin embargo no podía dejar de reconocer que ella se había enamorado justamente de la multifacética cultura de Osvaldo Muñoz Romero, cuando terminó de estudiar Economía y se fue a hacer la práctica en Zigzag. Ahí dejó de lado los números para dedicarse de pleno a las letras y predicar donde pudiera estar su grito de guerra *“Hay ambiente, Rakatán”*, que terminó siendo su seudónimo.

Y, finalmente, los dos únicos hijos de Anita y Osvaldo terminaron siendo periodistas. El moderno edificio que amparaba a la Escuela



Patricio Muñoz y su padre, el legendario periodista Osvaldo Muñoz Romero, Rakatán. Al centro Luz María de la Vega.

de Periodismo, ubicado en calle Los Aromos con Máximo Jeria, quedaba muy cerca de su casa en Los Talaveras. Primero Ana Emilia Ivonne y cinco años más tarde Osvaldo Patricio, tomaron el mismo camino que Anita no soñó para sus hijos... estudiar periodismo.

La vida bohemia en casa no paraba, siempre había amigos de los hijos o del padre, o de la extensa familia de Anita. Se sucedían los embajadores, los periodistas, los políticos, los artistas: Marilú Marmentini, los Navasal, Tito Mundt, el director de TV9 Enrique Sepúlveda, el periodista Luis Hernández Parker con su mujer María Inés Solimano, y Yolanda Montecinos con Hans Hermann, o su segundo marido

Arístides Aguirre y luego Enrique Ernani. También Gladys del Río con Jorge Pedreros, Enrique Maluenda y Don Francisco. Todos disfrutaban los guisos de Meli: empanadas hechas en casa, plateada o pejerreyes fritos y huesillos con mote, junto a un amplio picoteo traído de Constitución, las tierras de Anita. La reunión dominical no fue abandonada por años en la casa de Los Talaveras, ni las vacaciones junto al río Maule con todos los primos de la extensa familia materna Madariaga Letelier.

“¡Mayombe-bombe--mayombé!

Sensemaya, la culebra,
sensemaya.

Sensemaya, con sus ojos,
sensemaya.

Sensemaya, con su lengua,
sensemaya.

Sensemaya, con su boca,
sensemaya ...”

Me gusta ese poema, decía Patricio, pero también le atraían entre otros Rilke, Neruda, Borges, Martí y Benedetti. Pero siempre aparecía en su mente *“¡La culebra muerta no puede comer/la culebra muerta no puede silbar/no puede caminar, no puede correr!/¡La culebra muerta no puede mirar/la culebra muerta no puede beber/ no puede respirar/no puede morder!/¡Mayombe—bombe--mayombé!”*

Patricio gozaba de la farándula de entonces, diferente a la que hoy existe, quizás porque consideraba que la de antes era más intelectual y bohemia. Su trabajo en los canales de televisión 13, 9 y 7 se combinaba con los de las revistas *Ecran* y *Vea*, como periodista innato, por lo que no siempre asistía a clases a la universidad. Por ello sólo fue ante la presión de la madre que decidió seguir estudiando, hasta que el título se lo pudiera *“meter por donde quisiera”*, a lo que ella con una dignidad de dama herida, pero con humor le respondería *“te estaré esperando con vaselina”*.

Patricio se había incorporado a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, cuando ya las clases habían comenzado hacía rato, aproximadamente en mayo de 1966. Y no dejó de llamar la atención con sus cultas acotaciones en clases y con su interpreta-

ción del Patito, imitando a Jorge Romero Donoso “Firulete”, un destacado humorista de radio y televisión, que había inventado este personaje de un inteligente y tierno niño.

Fue entonces cuando su compañera de curso, Luz María de la Vega Prat, lo vio por primera vez. Arriba del escenario se veía dulce, desvalido, pero inteligente. No fue hasta unos dos meses después cuando conversó con él, supo que sería el hombre de su vida, con quien tendría tres hijas (Consuelo, Paula y Amparo) y lo acompañaría hasta su muerte, pese a todas las dificultades que se les presentarían en su vida.

Desde entonces ella se preocupó por ayudarlo y sacarlo adelante, incluyendo tratar de que cumpliera la promesa que le había hecho a su madre de sacar su título.

Lo logró años después, a pesar de sus trasnochadas y amistades. Con ellos no sólo se juntaba en los bares y restaurantes más conocidos como la Casa de Cena y el Tip y Tap, el Arriero, el Congreso y tantos otros, sino que también muchos terminaban durmiendo en su casa. Le resultaban demasiado atractivas la manera en que se dialogaba con Edmundo Villarroel, Fernando Herrera, Guillermo Torres, Max Lauhié, Carlos Rojas, Gustavo González, José Luis Córdova, Pepe Blanco, Miguel Mata, Víctor Pérez, Juan Araya, Hugo Murialdo, Ricardo Rementería y los propios profesores de lujo que tenía en la época: Mario Planet, Poli Délano, Ariel Dorfman, Armando Herrera y tantos otros de los que llegó además a ser amigos.

Jorge Uribe, otro de sus compañeros de curso, fue un gran amigo de Patricio. Se paseaba en calzoncillos por el extenso jardín después de una noche de tragos, o de juntarse en El Bosco a discutir de política y recitar poemas.

Molestaban a Meli, quien los incitaba a vestirse, para que “no agarraran un resfrío” en vez de confesar el pudor que le daba verlos piluchos. Después se sucedieron los amigos del Partido Socialista, y aquellos con que tuviera hasta la más mínima afinidad.

Su hermana mayor ya se había casado y tenía la casa para él y dos dormitorios disponibles, para lo que quisiera, salvo que ella viniera desde Arica primero y luego desde La Serena, con su marido Intendente.

Simplemente infatigable

La Sirena, el Tap Room, y la Taberna Capri eran parte de su vida. Pero también las discusiones políticas hasta altas horas de la noche. Ya casado, no disminuyó ese tren de vida. Por ello al día siguiente de una de estas veladas, su mujer no podía entender como era capaz de ir a trabajar a todos los lugares donde tenía que cumplir. Era simplemente infatigable, con un humor y una inteligencia sin igual. Siempre tenía a flor de piel una respuesta y un conocimiento de la historia que dejaba atónitos a los demás.

Dio prueba de ello siempre. A los diecisiete años, estando en primero de la escuela Escuela de Periodismo, durante un examen de Historia, la comisión “rajó” a mucho de sus compañeros luego de preguntarles qué eran los “carritos de sangre”. Él sin titubear contestó que era la movilización colectiva que existía a mediados del 1800, con lo que aprobó el ramo. A la salida del examen los alumnos le preguntaron donde había leído eso, que no era parte de la materia enseñada por el profesor, y él contestó que fue meramente deducción “carros, transporte; sangre, animal”. Efectivamente los caballos con victorias eran el medio de movilización del siglo 19.

Otra anécdota divertida fue la ocurrida con el profesor Elio Varela, quien enseñaba Economía, y que era correligionario de Patricio. Él tenía la costumbre de eximir a sus alumnos que superaban la nota seis, por lo que la gran mayoría se esmeraba en no llegar al examen final, porque sabían que era extremadamente difícil. Patricio había faltado muchas veces a clase por sus obligaciones en la televisión, por lo que no pudo eximirse. Al dar examen obtuvo una nota inferior a cuatro, sin embargo con su simpatía habitual fue a disuadir al profesor para que lo dejara pasar porque su 3,8 era la nota más alta de los que habían dado examen. A lo que el profesor asintió. Enrique Canelo, envalentonado con esta iniciativa fue donde Varela y le dijo que era la segunda nota más alta del curso. Varela simplemente se rió porque alcanzaba casi a un tres, pero les dio a varios la oportunidad de un nuevo trabajo para lograr la meta necesaria para cursar el ramo.

La Plaza Ñuñoa, la Parroquia Nuestra Señora del Carmen, y Las Lanzas fueron muchas veces motivo de reuniones de diferentes grupos de la Escuela. Algunos paseaban por las arboledas o en la

glorieta, otros iban a encomendarse a la iglesia para sus exámenes o solazarse con algún sándwich. La terraza de la Escuela de Los Aromos era también motivo de encuentro, desde allí se podía apreciar a las chicas más hermosas y de buena situación económica llegando en auto, cuando la mayoría se movilizaba en bus. Allí algunas chicas contaban sus romances, otras ya casadas o separadas incitaban a las más novatas a “lanzarse a la vida”. Beatriz Undurraga, Marcela Otero y Blanca Edwards llevaban el pandero, cada una en su estilo, con distintas formas de enfrentar la vida. Patricio gozaba con cada una de sus acotaciones. En especial con Marcela con quien tuvo una importante complicidad; fue ella quien años más tarde –regresando de Cuba– le aconsejó que debía irse de su casa y separarse de Luz María porque no había que someter a las mujeres sino dejarlas libres “para que pudieran volar”.

También en la terraza de la Escuela se conversaba de los últimos partidos de fútbol, se contaban los capítulos de alguna telenovela, se “calentaba” la materia de la prueba que se daría a última hora rogando por que el profesor no alcanzara a llegar o se disfrutaba de los rayitos de sol. El director Mario Planet, arriaba a “sus chiquillos” incitándolos a que se portaran bien, mientras que el diario mural “El Loro Hoción”, con Samy Urzúa a la cabeza, daba cuenta de lo que pasaba fuera y dentro de las aulas.

No faltaban las elecciones dentro de la Escuela ni los grupos haciendo proselitismo político para convencer a alguno que no estuviera muy decidido o no presentara ninguna bandera. Tampoco estuvieron ausentes las fiestas en el subterráneo, donde se guardaban los equipos del laboratorio fotográfico. Era el momento de olvidar las fotos “santas y non santas” que allí se revelaron, para dejar cabida a las canciones de los entonces incipientes artistas Pollo Fuentes y Fernando Ubierno. Se invitaba también a los alumnos del Pedagógico, comenzaba el baile y la fiesta ardía.

Patricio disfrutaba de esas convivencias porque le encantaba bailar rock y twist, y Luz María lo acompañaba a la perfección. Las hermanas Jiménez formaban un dúo precioso con sus vocalizaciones; e Ivonne Collinet “le seguía la corriente” cuando tomaba su guitarra y no dejaba de cantar. La música fue una de las grandes pasiones de Patricio, no paraba de escuchar e imitar a Mercedes

Sosa, al Temucano, a Víctor Jara, a Patricio Manns y a la propia Violeta Parra, que se transformó en su amiga gracias a su padre. Los conjuntos Quilapayún, Inti Illimani e Illapu sonaban constantemente en su tocadiscos. Especialmente esto le apasionó cuando descubrió a los grandes de la trova cubana, como Silvio Rodríguez y Pablo Milanés y pudo comprobar “in situ” lo que era ese país, para que nadie “le contara el cuento del velo gris que lo cubría”.

Desgraciadamente ya sentía que era demasiado tarde para él. Un cáncer al pulmón lo estaba consumiendo, y aunque su suegra le pagó el viaje a La Habana, para hacerse tratamiento con renombrados doctores, él sintió que no podía perder el tiempo en eso y que como decía Guillen si la muerte, que era “una puta caliente”, se lo quería llevar, que así fuera, pero le no iba a perder tiempo en huevadas si podía conocer al pueblo y conversar con su gente.

El porfiado sobreviviente

Llevaba dentro de sí el peso de la tristeza de tantos años. De haber “perdido el tiempo en tanta juerga, en vez de estar con la familia, que son los que están contigo hasta el final”, como lo decía con pena al comprobar el alejamiento de alguno de sus amigos cuando se enfermó y ya no podía ni caminar. De haber sufrido el desaparecimiento de tantos de sus amigos de partido y haber soportado con impotencia como sus sueños de un Chile mejor y más justo para todos se vinieron abajo. De haber tenido que “mamarse” un trabajo que no le gustaba en El Mercurio, por tener que sacar a su familia adelante y haber perdido su carrera como libretista y animador en televisión, porque a los ojos del medio periodístico tenía una “estrella roja en la frente”, como le dijo seriamente alguna vez el tío de su mujer Ramiro de la Vega, quien fue el único capaz de darle una mano con un trabajo como periodista junto a un amigo de él, Eduardo Latorre en el Departamento de Comunicaciones de la Universidad de Chile.

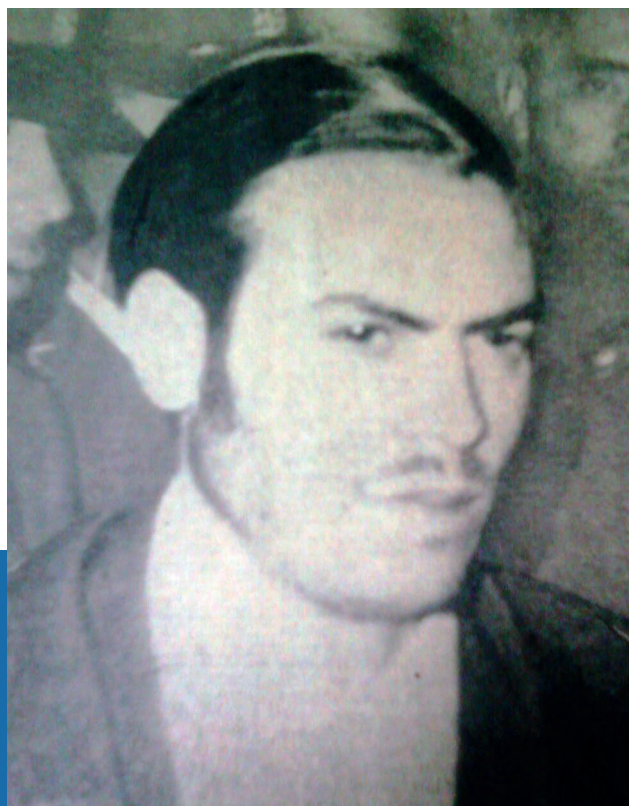
Ya llevaba casi dos años vendiendo quesos, medias y sándwiches envasados puerta a puerta. Y había cargado hasta sacos en la Vega, con su cuñado, para poderse ganar el pan. Ese era tu tesón para salir adelante y no dejarse vencer. Así se lo hizo saber a los amigos que también supo hacerse en el medio “momio”, sus compañeras de Ediciones Especiales María Eugenia Borel, Gabriela Piderit y Ma-

rieta Radnic, y los colegas de La Segunda Rodolfo Sesnic y de las Últimas Noticias Juan Gana, estos dos últimos murieron de cáncer el mismo año que él. Así lo conversó con su fiel amigo André Jouffé y su esposa de entonces Tatiana, cuando viajaban los fines de semana a la casa de Algarrobo de su suegra o partían a la Fuente Alemana a disfrutar un lomito. O fueron motivo de grandes divagaciones con Ivonne Collinet y sus hermanas, en su departamento de Antonio Varas donde conversaban hasta el amanecer, si es que Patricio no se perdía con Sandra Solimano, su compañera de Canal 13 y amiga de toda su vida.

Cuando operaron a Patricio y descubrieron que tenía un tumor alojado en la arteria aorta pulmonar –y lo cerraron porque si no se moría en la operación– le dijeron que sólo tendría tres meses de vida. Se acordó nuevamente de Guillén y de su visión de la muerte, y le dijo como hablando hacia el universo o las galaxias infinitas *“a mí ésta no me la gana”*. Los médicos oncólogos de la Clínica Ale-

mana, iban a ver extrañados a este sobreviviente y no se explicaban cómo podía vivir aún dos años después del diagnóstico. *“Es que yo tengo que ver crecer a mis hijas, y están demasiado chicas”*.

Al día siguiente de su entierro, Consuelo Muñoz, titulada hacía pocos meses de actriz, rendía un homenaje a su padre después de representar, como la protagonista más importante, la obra “Mamá me tragué un avión”. Su hija Paula, a fines de ese año 1993, con 17 años egresaba del Colegio Las Teresianas y Amparo sólo cumplió ocho años un mes antes de que el murió. Cada una en lo suyo, al paso del tiempo, tanto la actriz-terapeuta, ingeniero comercial y diseñadora gráfica, heredaron de él su pasión frente a las cosas, el sentido de la amistad, su forma de ser soñadoras, dispuestas a tomar riesgos y ser jugadas en la vida, y por supuesto el ser sociables y buenas amigas. Una manera de ser que hasta hoy comparten con su madre y los cuatro nietos que no alcanzaron a saben de él sino a través de las anécdotas que sus hijas mayores les han ido contando a los niños.



Jorge Silva arrestado en 1969

Jorge Silva Luvecce ANGEL Y DEMONIO

Por Gustavo González Rodríguez

Quizás tenía todo para ser una especie de ángel en aquellos años en que queríamos tomar el cielo por asalto. Pero la utopía sesentera que nos fue arrebatada por el terrorismo de Estado o por la traición de los políticos profesionales, se fue diluyendo en su caso también por obra de sus demonios internos. Jorge Silva Luvecce, brillante periodista, intelectual avanzado y combatiente revolucionario, fue también un narcisista megalómano y un marido machista y maltratador que murió como indigente, consumido por la demencia y una desnutrición avanzada.

¿Por qué recordarlo? Porque escribir sobre el Chico Silva es más que reconstruir aquellos años universitarios mágicos y de plomo que transcurrieron desde mediados de los 60 hasta el gobierno de la Unidad Popular, es más que recordar las pellejerías y bondades del exilio y es más que condolerse por las decepciones de la restauración democrática. Escribir sobre el Chico Silva es todo eso y mucho más: es un ejercicio doloroso y necesario que interpela a nuestra época y desafía lo que quisimos ser y terminamos siendo, para bien o para mal, todos nosotros.

Esquelético y extrovertido, con un look que remite a Mick Jagger, apareció un día de 1966 por el ahora mítico local de la Escuela de Periodismo de la calle Los Aromos. Venía de Valparaíso, donde había iniciado sus estudios universitarios. Se destacó de inmediato en el masivo universo de nuestro curso con su cabello castaño claro liso, pómulos hundidos y ojos oscuros que transitaban fácilmente de la picardía a la furia incontrolable.

Hiperkinético, divertido y grandilocuente

Era hiperkinético y divertido, pero igualmente profundo, sobre todo en las discusiones políticas y literarias. Grandilocuente, al llegar a la Escuela proclamaba su identificación con el Partido Socialista por la vocación latinoamericana e indigenista de su emblema. Se destacaba como un buen orador en las asambleas, donde la izquierda se confrontaba con la Democracia Cristiana en la conducción del movimiento estudiantil. Al mismo tiempo apreciaban los debates en el campo marxista entre “ultras” y “revisionistas”, con disputas irreconciliables entre castristas, maoístas y moscovitas.

Sin embargo fue el propio Jorge quien gatilló una singular acción unitaria de todos los grupos de izquierda hacia fines de 1967. Un paro de la Central Única de Trabajadores en noviembre de ese año culminó con siete muertos. Hicimos un diario mural en el hall de Periodismo sobre “Los crímenes del gobierno de Eduardo Frei Montalva”, en que se recordaba además la represión en marzo de 1966 de la huelga de mineros de El Salvador con un resultado de ocho muertos y 60 heridos.

René Divin y Enrique Bruna, estudiantes demócratacristianos de Periodismo, fueron sorprendidos destruyendo el diario mural por Jorge Silva, quien de inmediato corrió a buscar apoyo en el vecino Pedagógico. Llegaron comunistas, socialistas y miristas y se armó una gran gresca. Divin y Bruna huyeron por una calle aledaña y trataron de intimidar con un arma de fuego al grupo que los perseguía. En un acto temerario, Jorge avanzó y los desafió a disparar. No se atrevieron y siguieron huyendo hasta que sus perseguidores les dieron alcance, los golpearon y llevaron, bastante maltrechos, hasta la sede del Centro de Estudiantes del Pedagógico como virtuales prisioneros.

Se constituyó allí una especie de tribunal popular. Yo militaba entonces en la Juventud Comunista y era secretario general del Centro de Estudiantes de Periodismo. En esa condición les tomé a ambos extensas declaraciones que transcribí casi textuales. Divin y Bruna fueron liberados algunas horas después tras una suerte de negociación entre la policía civil y las autoridades de la Facultad de Filosofía y Educación. La Universidad de Chile abrió un sumario y designó como fiscal a un joven profesor de Leyes llamado Ricardo Lagos Escobar. Comparecí ante él y además de prestar declaración como testigo de los hechos le di copia de las declaraciones. Divin y Bruna fueron expulsados de la universidad.

Jorge Silva se mostraba ya entonces como impulsivo y hasta descontrolado. Pero al mismo tiempo se distinguía por sus inquietudes intelectuales. Lo recuerdo como un gran lector en aquellos años de Julio Cortázar. En las traspasadas interminables con Eduardo Marín, Guillermo Torres, Enrique Canelo y Rolando Gabrielli disertaba hasta el cansancio sobre la estructura jazzística de *El perseguidor*. Arrendaba una pequeña pieza donde tenía como su

bien máspreciado un tocadiscos portátil. Allí nos hacía escuchar a Charlie Parker o a Coltrane mientras se explayaba sobre la secuencia tema-improvisación, característica del jazz que Cortázar llevó al relato escrito. (Una secuencia, sabría yo más tarde, que también es propia del son y de la salsa, pero esa es otra historia...).

Fuimos una buena pandilla de bohemios universitarios. Eduardo Marín, nuestro compañero colombiano, gran bebedor y bailarín, pero siempre compuesto y profundo, desarrolló un gran aprecio por Jorge, al punto que le puso ese nombre a su hijo nacido en 1970, cuando el Chico Silva estaba recluido en la Penitenciaría.

El asalto al Portofino

Cayó preso el 25 de agosto de 1969, a raíz del frustrado asalto (o expropiación) del Supermercado Portofino, en la comuna de Ñuñoa, frente a la plaza Los Guindos.

Creo que fue en 1967 cuando Jorge se me acercó un día en la Escuela para contarme que había ingresado al Movimiento de Izquierda Revolucionaria. Influenciado sin duda por el ejemplo de Ernesto Che Guevara, citó aquella frase ya antológica de que “el deber de todo revolucionario es hacer la revolución”, para añadir que a su juicio la única organización revolucionaria en Chile era el MIR.

Le dijo adiós así al PS, pero su militancia mirista no fue muy prolongada. En junio de 1969, junto a Rafael Ruiz Moscatelli y otros jóvenes, se marginó de la organización encabezada por Miguel Enríquez para crear el MR-2 (Movimiento Revolucionario Manuel Rodríguez), grupo que llevó a cabo el asalto al Portofino. La resistencia de un cajero frustró la operación y el grupo huyó en un automóvil, pero Jorge quedó atrás y fue capturado en las cercanías. En los cuarteles de la Policía de Investigaciones fue salvajemente torturado por detectives antes de ser llevado, en vilo y casi desfalleciente, ante el juez, según testimonios fotográficos de la época.

En la política chilena se daban hechos cruciales. Se avanzaba en la gestación de la Unidad Popular con vistas a las elecciones presidenciales de 1970. Salvador Allende fue proclamado precandidato del PS en una dura pugna interna que requirió de dos votaciones en el Comité Central. El Partido Comunista postulaba a su vez a

Pablo Neruda y denostaba al MIR que, escéptico ante la vía electoral, había iniciado las “expropiaciones” de bancos. Toda la cúpula del MIR fue encausada por la justicia a solicitud del gobierno y debió ocultarse tras los arrestos de Sergio Pérez y Sergio Zorri-lla. El asalto al “Portofino” fue atribuido inicialmente al MIR, hasta que Ruiz Moscatelli reveló desde la clandestinidad la existencia del MR-2, que también pasó a ser descalificado como ultraizquierdista y provocador por Orlando Millas y otros dirigentes comunistas.

Desde la cárcel, Jorge Silva admitió a través de la revista Punto Final en septiembre de 1970 la corrección de la política de la UP que llevó al triunfo en las presidenciales. En uno de sus primeros actos como



El asalto al Portofino en la prensa

mandatario, a fines de ese año, Allende indultó a los presos del MIR y el MR-2. En 1971 ambos grupos emprendieron una efímera reunificación, hasta que Silva, Ruiz Moscatelli y otros cuadros resolvieron ingresar al PS.

El golpe de Estado sorprendió a Jorge Silva como colaborador de Chile Nuevo, una revista de la Subsecretaría

de Economía para los trabajadores del Área de Propiedad Social. También escribía columnas en Punto Final y alguna vez publicó un artículo en Chile Hoy, donde yo era editor de Economía.

A comienzos de 1969 se había casado con Cecilia Izquierdo, estudiante de Sociología. Con su pequeño hijo, Emiliano –apodado Lobito–, salieron al exilio y tras algunos años en Austria optaron por viajar a Ecuador donde los acogimos. Compartimos casa algún tiempo. La convivencia fue cada vez más difícil por sus síntomas

de inestabilidad psicológica y los arrestos de violencia que Jorge descargaba en Cecilia y Emiliano. Al mismo tiempo alcanzaba en 1976 su instante de gloria como triunfador en un concurso de ensayos de la Universidad Central de Quito con su obra *Nacionalismo y petróleo en el Ecuador actual*.

Maruja Bañados, periodista chilena exiliada también en aquellos años en Ecuador, da cuenta de esta parte de la historia del Chico Silva en el siguiente texto de este libro.

Demencia progresiva y muerte

Los años finales de la dictadura encontraron a Jorge Silva deambulando internacionalmente por Panamá y Alemania. Un buen día, a comienzos de los 90, apareció por la oficina de Inter Press Service (IPS) en Santiago. Ya sea había producido la trágica muerte de Cecilia en la frontera de Tacna y Arica (ver siguiente texto de Maruja Bañados). Él venía repatriado con un diagnóstico de enfermedad mental. Comenzó a ser tratado por Luis Peebles, médico siquiatra torturado tras el golpe de 1973 en Colonia Dignidad que lo conocía desde 1971 en Concepción, cuando ambos militaban en el MIR.

“Nuestro reencuentro en Chile fue fortuito. Me di cuenta que Jorge estaba muy perturbado y lo llevé al Sanatorio El Peral. Tenía una enfermedad siquiátrica no reversible. Los avances en el tratamiento fueron muy precarios, entre otras razones porque las más de las veces no quería admitir que estaba enfermo”, me contó el médico en una conversación a fines del año 2013.

Había señales ostensibles de su empeoramiento, que se traducían en megalomanías sobre libros que había escrito, contactos con altas personalidades internacionales e incluso planes delirantes de asaltar bancos para solucionar su situación económica. Con ese fin llegó una vez a mi oficina en IPS para pedirme que le proporcionara una pistola y después se quejaba ante amigos comunes por mi negativa.

Su enfermedad era una psicosis esquizofrénica. Estaba en la etapa defectual, última fase en que el mal comienza a juntarse con la demencia. Su enfermedad, que podía responder a factores genéticos, pudo haberse agravado por las torturas que sufrió en 1969 tras el

asalto al Portofino, pero también empeoraba por su negativa a admitirse como enfermo. Así, evolucionó hacia una psicosis maniaco-depresiva, en que los estados de depresión se alternaban con delirios de grandeza.

Luis Peebles cuenta que se marchó por su propia voluntad del sanatorio. No dejó datos de domicilio ni otras señas, pero al tiempo se supo que retomaba contactos con ex dirigentes del MIR y antiguos amigos, a los cuales fue acosando crecientemente en una mendicidad a veces agresiva.

Se le veía a menudo en la Escuela de Periodismo en la calle Belgrado, donde la señora Carmen, administradora del casino, le regalaba comida. Llamaba la atención de los estudiantes, que lo veían como un indigente en avanzado deterioro.

Los esfuerzos de numerosos excompañeros de Periodismo por ayudarlo fueron estériles. A veces lo veíamos vagabundear por calles de Santiago y pasábamos a su lado sin que nos reconociera, con rasgos ya evidentes de una demencia progresiva.

Terminamos perdiéndolo de vista, hasta que nos enteramos de que había muerto. El certificado de defunción del Registro Civil indica que falleció en la calle en la comuna de Providencia, el 14 de octubre de 2002 a las 6:35 horas. La inscripción la hizo el Hogar de Cristo y la autopsia en el Hospital de El Salvador detalla que murió a causa de una bronconeumonía bilateral y una caquexia, término este último que significa extrema desnutrición.

Nacido el 10 de septiembre de 1944, tenía 58 años.



Llevado ante los tribunales con evidentes señales de torturas.

Auge y caída

EL “CHICO” SILVA EN ECUADOR

Por Maruja Bañados Contador

Lo reconocí casi de inmediato. Fue en Quito, la bella capital ecuatoriana donde viví mi exilio como tantos otros chilenos. Volver a ver la figura menuda de Jorge Silva Luvecce me hizo revivir el Chile de 1969 y los años que vendrían. Recordé como lo había mostrado la prensa de la época, brutalmente torturado por la policía, tras el frustrado asalto al supermercado Portofino, que él protagonizó junto a otros de sus jóvenes camaradas del MR-2 para financiar sus acciones revolucionarias.

Ya habían transcurrido seis años desde ese suceso.

Él había llegado a Ecuador procedente de Viena, Austria, donde vivía con su pequeña familia como refugiado de las Naciones Unidas. Nos había ido a visitar a las oficinas del semanario *El Mundo*, medio periodístico recientemente fundado con el velado auspicio del gobierno militar. Hasta ese momento éramos un pequeño equipo profesional de periodistas ecuatorianos y chilenos encabezado por el colega Wilson Tapia Villalobos y dirigido por el escritor de izquierda Pedro Jorge Vera. La publicación estaba destinada a difundir y defender la obra del gobierno de

corte militar progresista del general Guillermo Rodríguez Lara, el *Bombita*.

En su siguiente visita a la revista el Chico Silva confesaría abiertamente sus intenciones de quedarse a vivir en Ecuador con su mujer Cecilia Izquierdo Yáñez y el pequeño hijo de ambos, Emiliano (llamado así en honor al líder de la revolución mexicana, Emiliano Zapata). Nos confidenció su sentimiento de rechazo hacia la fría sociedad vienesa a pesar de que allí tenían un buen pasar económico. Trabajaba en un banco y ella lo hacía como secretaria bilingüe español-inglés en una entidad internacional. Gozaban de una situación laboral privilegiada frente a la de otros exiliados chilenos.

La “Chica” Izquierdo

La “Chica” Izquierdo, como empezamos a llamarla, era de “buena cuna”, una menuda y bonita rubia de intensos ojos azules. Su padre, Jorge Izquierdo Edwards, había ocupado el cargo de vicepresidente de Lan-Chile en los tiempos de Jorge Alessandri. Por el lado de su madre era nieta del político liberal Eliodoro Yáñez, fundador del diario La Nación.

Lo que finalmente precipitó la irrevocable decisión del Chico de abandonar ese desarrollado país para quedarse en Ecuador fue la crónica enfermedad bronquial de su hijo, al que apodaban Lobito. El continuo llanto nocturno del pequeño había alterado la tranquila y normada vecindad vienesa del matrimonio. Los reclamos apuntaron duramente contra estos exiliados chilenos.

Tras su decisión de no volver a Viena, Jorge pasó a formar parte de *El Mundo* como reportero del sector Económico y Político. Muy pronto manifestó su fuerte y agresivo carácter que descargaba con mucha frecuencia contra los colegas ecuatorianos a los que denostaba por parecerles lentos. Sin embargo, nosotros lo acogimos con solidario afecto.

Tenía una inteligencia sobre el promedio y hacía gala de una arrogancia que a todos nos impresionaba. Era además un talentoso redactor. Sus artículos publicados en *El Mundo* llamaron la atención de las autoridades de la Secretaría Nacional de Información Pública a cargo del abogado y político Milton Alava. También se fijaron en mis notas periodísticas gremiales y misceláneas.

Como consecuencia de este reconocimiento, ambos fuimos llamados para elaborar la Memoria de los cuatro años del Gobierno Militar. Una vez que llegamos a acuerdo, nos dividimos el trabajo por partes iguales, eligiendo yo los temas del área social y Jorge los del sector económico. Trabajamos intensamente durante algunos meses, tiempo suficiente para profundizar la amistad entre él y yo. Me confidenció algunos dolorosos y traumáticos episodios de su niñez. Más de alguna vez he reflexionado sobre el triste final del Chico. Hoy concluyo que éstos influirían en su trastornada personalidad. Siendo niño, por ejemplo, presencié relaciones íntimas de su madre.

Una vez que entregamos el texto definitivo fuimos muy bien remunerados. No dejaba de ser paradójico que dos periodistas chilenos exiliados por la feroz dictadura militar de Pinochet hubiéramos sido distinguidos con su confianza por otro gobierno, también militar, pero de otro corte.

Un año después, en 1976, Quito fue la sede de un congreso latinoamericano de escritores, organizado por la Universidad Central del

Ecuador, la más importante de ese país, que congregó a destacadas figuras de las letras, entre ellos los uruguayos Eduardo Galeano y Mario Benedetti y el chileno Fernando Alegría. El evento dio lugar a un concurso en los géneros de novela, poesía y ensayo.

Esta fue la oportunidad para que el Chico rescatara los antecedentes recopilados para la Memoria y los convirtiera en un excelente trabajo de investigación que tituló *Nacionalismo y petróleo en el Ecuador actual*, con el cual obtuvo el Primer Premio en ensayo. Se trataba de un análisis crítico de la próspera realidad de ese nuevo país petrolero, miembro de la OPEP.

No puedo dejar de recordar algunas circunstancias reveladoras de la personalidad que rodearon esta premiación. Jorge trabajó día y noche en su ensayo, involucrando a Cecilia como dactilógrafa. A él ni siquiera le importó que la delicada yema de los dedos de su mujer llegaran al extremo de sangrar por el intenso tecleo.

Sueños de grandeza

Silva tomó muy en serio su nuevo rol de escritor. Se compró una *robe de chambre* que lucía mientras dictaba su trabajo y una boina, estilo bolchevique, que lucía cuando salía a la calle.

La vida del exilio nos había unido muy estrechamente a los Silva-Izquierdo y a nosotros, los Vásquez -Bañados (en esa época estaba unida sentimentalmente al hoy fallecido periodista Oscar Vásquez). Nos reuníamos a almorzar los fines de semanas al más puro estilo chileno: con empanadas de horno y vino tinto, productos de los que nos surtíamos en una “picada” de compatriotas también exiliados igual que nosotros. Entre brindis y risas discutíamos el texto y también el seudónimo que debería usar el autor.



Jorge Silva y Cecilia Izquierdo en Quito, septiembre de 1977.

A Oscar y a mí se nos ocurrió que debía ser el de *Bolívar Yaguar-cocha*. Jorge aceptó la idea ya que conformaba un acertado simbolismo: el nombre del Libertador unido a un vocablo quichua que significa *lago de sangre*.

Pero en nuestra última reunión caímos en cuenta que el plazo de inscripción de postulantes al concurso había vencido un día antes. Este serio inconveniente lo salvó Oscar, quien como periodista funcionario de la Universidad Central era el encargado de recibir las inscripciones de los autores.

Obtenido el premio, el Chico Silva manifestó sus intenciones de viajar a París, allí –dijo– estaba su nuevo destino ya que se sentía en condiciones de emular a intelectuales de la talla del argentino



Maruja Bañados y Cecilia Izquierdo en Ecuador.

Julio Cortázar y del colombiano Gabriel García Márquez. ¿Eran ya los primeros síntomas de su desconexión con la realidad? Se puso entonces en campaña y dirigió sus pasos hacia su suegro Izquierdo Edwards, quien le proporcionó el pasaje aéreo a Francia.

Pasaron unos cuantos meses sin que nadie, ni siquiera su esposa ni nosotros supiéramos de él. Un día retornó, pero sus conflictos con Cecilia llevaron a que separaran casas. Un atardecer quiteño, cuando Cecilia regresaba del cine acompañada de su buen amigo, el periodista chileno Gustavo González, jefe de redacción de la revista Nueva, otra publicación ecuatoriana donde yo también había trabajado, Silva saltó de entre las sombras y se abalanzó lleno de celos sobre González con intenciones de agredirlo. A raíz de este

incidente Oscar y yo auxiliamos a la “Chica”, ayudándola a mudarse de casa con su pequeño Lobito. El matrimonio estaba irremediablemente roto.

El Chico volvería irse una vez más de Ecuador. Estuvo en Panamá trabajando como periodista en la UPEB (Unión de Países Exportadores de Banano) y luego viajó a Alemania donde emparejó con una enfermera de esa nacionalidad. La azarosa vida que le dio a su nueva mujer motivó a su suegro alemán a pagarle un pasaje de vuelta a Latinoamérica. Al tiempo llegó el rumor a nuestros círculos de exiliados que él se hallaba en Perú y que había empezado a mendigar y a dormir en las calles de Lima.

Yo regresé a Chile en 1988. Me conecté con Cecilia en uno de los viajes que ella hizo a Santiago ya con planes de regresar definitivamente con su nueva pareja, un periodista colombiano ex miembro del M-19.

Al año siguiente, la “Chica” viajó desde Quito con la intención de radicarse en Chile, donde ya vivía *Lobito* bajo el cuidado de una de sus compañeras de partido. Venía con su segundo hijo, fruto de su nueva relación sentimental. Hizo escala en Tacna con la intención de dirigirse a Arica para visitar a su padre que acostumbraba a veranear en esa limítrofe ciudad. Tomó un taxi colectivo y cuando cruzaron la frontera, el automóvil se estrelló muriendo en forma instantánea ella y el niño.

También el Chico apareció tiempo después viviendo en Santiago. En los círculos de amigos se comentaba que su vida había tocado fondo, sin embargo continuó escribiendo. Un día llegó a presentarnos a nuestra casa en Nuñoa un delirante, aunque coherente novelón, sobre extraterrestres que vendrían atacar a nuestro país.

Las numerosas y escabrosas historias sobre la vida del Chico en Santiago y sus escándalos se multiplicaron. Más de alguna vez “se tomó” la sede del Colegio de Periodistas, donde protagonizó alborotos de diversa índole.

Después no supe más de él, hasta que me enteré de su muerte como indigente.

Jorge Uribe Navarrete

SOLO TÚ PODÍAS PONER FIN A TU VIDA

Por José Blanco Jiménez

80

No te mataron en la Moneda
No te mataron en el Medio Oriente
Sólo tú podías poner fin a tu vida, querido compañero.

Uso el vocablo “compañero” en su original significado etimológico: “el que comparte su pan conmigo”. Y aclaro en inmediato el concepto, porque no pertenecíamos a la misma tienda política, pero fue una persona que siempre compartió sus logros conmigo y con los demás.

La nuestra no fue una amistad de parrandas o de estudio. Fue simplemente el acercamiento de dos personas que se respetaban y compartían momentos de vida en común. Como cuando me pidió que lo acompañara a comprar el disco “*Toi, mon ami, mon amour*”, que quería regalar a su polola, Cecilia Tormo.

Me acuerdo que la primera vez que oí su nombre en nuestra Escuela de Periodismo fue cuando me señalaron que él estaba inscribiendo a los que tenían que seguir el curso de Cultura Chilena, que dictaba Wilson Tapia. Y después el que vendió apuntes del curso de Historia

de Chile, que dictaba Mario Céspedes, “editando” los cuadernos de algunas de nuestras colegas.

Socialista desde la cuna

Gustavo González Rodríguez recuerda que Jorge era un poco mayor que la mayoría de los que ingresamos a la Escuela de Periodismo en 1966 y para costearse los estudios manejaba un taxi. También que “*tenía algo de seductor y se llevaba muy bien con todas las chicas del curso*”, citando el “*especial afecto que le guardan hasta hoy Pilar Errázuriz y Kitty Oyarzún. Por esas malas bromas de la vida, fui yo quien les informó del suicidio de Jorge, que las golpeó profundamente.*”

Y agrega Gustavo: “*Socialista desde la cuna, Jorge tuvo condiciones de liderazgo que desplegó en muchas ocasiones, algunas que ahora pueden parecer banales. Recuerdo que al inicio de las vacaciones de invierno en 1966, el profesor Alejandro Cabrera nos dio la colosal tarea de revisar la prensa día a día y elaborar un informe que debía entregarse también cotidianamente en la secretaría de la Escuela, con hora de cierre. Más de la mitad de nuestro numeroso curso se sintió maltratado y Jorge fue el catalizador del descontento interpelando a*

Cabrera y sus ayudantes con la frase «Ustedes nos están quitando el sagrado derecho a las vacaciones», respaldada con aplausos.”

Pero, “como los chilenos solemos ser de pasiones largas y rencores cortos, fue Jorge Uribe precisamente quien años más tarde invitó al profesor Alejandro Cabrera al cuerpo de docentes de la Universidad de Santiago para un curso de regularización de periodistas que se inició en 1993.”

Hasta allá me llevó también a mí, porque me estimaba y reconocía la calidad de mi formación académica y profesional. Apenas se enteró de mi precariedad económica, me ofreció trabajo, no como otros que me dieron teléfonos que no contestaban o se hacían negar por parientes o secretarías. Yo nunca le pedí nada, pero Jorge era así.

Vuelvo al testimonio de Gustavo: *“Con Jorge no solo compartimos la actividad académica en la Universidad de Santiago, sino también gran parte de la vida profesional desde 1987. Yo trabajaba en la Agencia Inter Press Service, que arrendaba un piso en la calle Phillips, donde Jorge a su vez subarrendaba una oficina como corresponsal de Excelsior. Así, seguimos juntos los acontecimientos del fin de la dictadura, la visita del Papa, las ruedas de prensa clandestinas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez y el Plebiscito de octubre de 1988. Fuimos activos socios de la Agrupación de Corresponsales y a la vez sumamos esfuerzos en esos años con Norma Berroeta, Víctor Pérez, Ana María Ortiz, Giacomo Marasso y tantos más en el reencuentro de la Generación Mario Planet.”*

El diario Excelsior fue la gran plataforma profesional de Jorge Uribe. Tanto en México como más tarde en Chile brilló como un gran corresponsal de guerra, con misiones en Centroamérica y luego en el Medio Oriente. En la última Guerra del Golfo estuvo a punto de ser fusilado por un grupo irregular cuando abandonaba Irak e intentaba llegar a Jordania.

Nuestro cuate Jorge

Con respecto a su exilio, resultan iluminantes los recuerdos que me entregan dos compañeros que lo compartieron en México.

El primero es el de Franciso Leal:

“Durante nuestros años de estudios en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, mantuve con Jorge Uribe Navarrete una enriquecedora amistad. Solíamos estudiar y parrandear juntos. En el Gobierno de Salvador Allende intercambiamos permanente información: él como subdirector de la OIR en la Presidencia; y yo, como director de la revista juvenil Onda, que producíamos en Editorial Quimantú.

Tras el golpe cívico-militar del 11 de septiembre de 1973 perdimos contacto, aunque luego me enteraría que él junto a Víctor Pérez Villanelo habían logrado salir de La Moneda, en medio del bombardeo y una nutrida balacera.

A comienzos de 1974 nos reencontramos en Ciudad de México. Jorge se había convertido en un gran conocedor de esta gigantesca urbe, y se sintió complacido al enseñarme cómo debía desenvolverme en esta formidable ciudad. Me reiteraba que la Avenida Insurgentes y la Avenida Reforma eran las arterias más transitadas.



Jorge Uribe Navarrete, profesor en la USACH.

A mí me costó acostumbrarme, al comienzo, a tan intenso ajeteo, extrañando cada día a mi familia que había quedado en Chile, particularmente a mi hija Daniela Andrea, entonces de siete meses de edad. Jorge me conformaba: “Ya vendrán, no te aflijas.”

Fue precisamente mi cuate Jorge Uribe quien me advirtió de las precauciones que debía adoptar al consumir agua o al engullir los famosos taquitos. “Ten mucho cuidado —me decía—, pues el agua puede estar contaminada; y los taquitos te pueden causar infección estomacal.”

Así que aprendí a beber sólo agua envasada y a evitar consumir tacos mexicanos en cualquier changarro callejero, por mucho apetito que tuviese.

Jorge se incorporó entonces al diario Excelsior y yo comencé a colaborar en la revista Mañana. Al año arribaron a Ciudad de México mi hija Daniela y su mami, Ana Luisa, maravilladas ante la imponente capital mexicana. Y Jorge reiteraba sus sabios consejos: “No deben beber agua de la llave, ni comer taquitos callejeros...”

Así de afectivo fue siempre mi dilecto colega. Apacibles recuerdos, perennes, afloran hoy en mi mente de este entrañable y perpetuo amigo de toda una vida... ¡mi apreciado cuate Jorge Uribe Navarrete!”, remata Francisco Leal.

Y el segundo testimonio –y tal vez definitivo– es el de Hugo Murialdo:

“Mi relación con mi amigo Jorge la podría explicar en tres etapas de nuestras vidas: la primera se refiere, obviamente, a la que vivimos en la Escuela de Periodismo, donde, además de compañeros de curso (Generación Mario Planet) establecimos una gran amistad, tanto académica como “extracurricular”. Cabe mencionar, por otra parte, que con Jorge éramos camaradas de partido.

La segunda etapa la podría contextualizar a partir del triunfo del doctor Salvador Allende en las elecciones de septiembre de 1970. Una vez que Allende asume la presidencia, Jorge es nombrado subdirector de la OIR (Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia de la República). Al año siguiente, yo entro a trabajar al Departamento de Comunicaciones de INDAP (Instituto Nacional de Desarrollo Agropecuario), motivo por el cual establecimos un nexo profesional como las circunstancias lo ameritaba. En 1972 soy designado secretario de prensa del Ministro de Economía, compañero Carlos Matus, por lo que la relación con la OIR y particularmente con Jorge, se hacían mucho más urgentes.

Dentro del contexto de esta segunda etapa, es necesario incluir, por supuesto, el golpe de Estado. Menciono esta situación debido a que nos llevó a ambos a vernos en la necesidad de partir al exilio. El destino nos vuelve a juntar, pues coincidimos –sin acuerdo previo– en la



Noche de fiesta (1986). Jorge Uribe, Juan Guillermo Mellado y Basko Asún.

Embajada de México. Creo que Jorge me precedió en el arribo a dicha legación diplomática y lo hizo acompañado de su compañera Ximena González y las dos hijas de ella. A los pocos días de estar en la embajada, mi madre logra introducir una maleta con ropa. Recuerdo esta anécdota, porque este hecho me permitió obsequiarle una camisa a mi colega, amigo y camarada que me la recibió con un gran regocijo y un desproporcionado agradecimiento. Cuando Ximena y sus hijas partían al exilio, al dejar la embajada, recuerdo haber visto a Jorge que las despedía muy emocionado, incluso con un incontenible sollozo.

La tercera etapa, la ubico en el escenario de retorno a nuestra patria. Yo regresé a principios de 1989 y Jorge ya estaba radicado en Chile. Nuevamente mantuvimos una fuerte relación de amistad. A fines de 1993, mientras yo me desempeñaba como jefe del Área de Estudios de la Oficina de Informaciones de la Cámara de Diputados, recibo una llamada de Jorge para invitarme a formar parte del cuerpo docente de la Escuela de Periodismo de la USACH, un hermoso proyecto que daba sus primeros pasos. Además de colegas docentes, fuimos compañeros en el magíster de Filosofía Política en la misma USACH.”

¿Qué podría agregar?

Fue sobre todo un buen amigo, que nunca pidió nada a cambio. Y se fue calladamente, sin aspavientos, sin molestar a nadie. Se quitó la vida en enero de 2008. Sobreviven no sólo sus escritos y sus buenas obras, sino también (y tal vez sobre todo) los apodosos que nos puso a cada uno de nosotros.



Jorge Uribe en el lago Colbún.

NINGÚN ESTADIO LLEVARÁ TU NOMBRE, JORGE

Por Enrique Fernández

(Nota: Enrique Fernández, periodista y académico universitario, ex subdirector de la Agencia France Presse en Chile, publicó este texto a los pocos días de la muerte de Jorge Uribe)

Una antigua leyenda dice que los periodistas mueren de a tres.

Por eso, ocho días después de la partida de Julio Martínez, gran comentarista deportivo, se fue Jorge Uribe Navarrete. ¿Y quién era él, se preguntará usted? Fue un gran corresponsal internacional. Ni más ni menos.

--*Pero tengo que decirte algo, Jorge.*

--*Soy todo oídos... para escuchar una nueva lección de tan insigne colega*— responderías con tu habitual tono, mezcla de oculta caballerosidad y abierta ironía.

--*¿Sabes una cosa? Ningún estadio llevará tu nombre, Jorge.*

La idea de bautizar al coliseo de Ñuñoa como Estadio Julio Martínez surgió desde la derecha. La hizo suya el oficialismo a través del secretario general de Gobierno, Francisco Vidal. Pero nadie ha propuesto el nombre tuyo, porque no te conocieron, Jorge Uribe Navarrete.

Cuando murió el cronista deportivo, la cobertura en televisión y los demás medios informativos fue digna de un funeral de Estado. Los reporteros y columnistas entraron en una febril competencia de florilegios para el viejo comentarista que emocionó a generaciones con su verba. Alguien lo recordó como “el poeta de las cosas simples” y olvidó que ese apodo le perteneció al argentino Héctor Gagliardi, en la década de los años 50. Otros lo evocaron como “el caballero del deporte” y olvidaron que ese calificativo distinguió en los años 60 al comentarista radial Raimundo Loézar Moreno.

No te conocieron, Jorge, porque tú sólo eras un corresponsal.

Antes de la dictadura de Augusto Pinochet fuiste subdirector de la Oficina de Información y Radiodifusión de la Presidencia de la República (OIR). Durante tu exilio en México, a partir de 1974, pusiste tu pluma al servicio del diario Excelsior. Cubriste la Guerra del Golfo, en 1990, la tensión del Medio Oriente entre árabes e israelíes, los conflictos fratricidas en América Central... Viajaste por diferentes países cumpliendo tus funciones al servicio de la noticia.

Pero en Chile nunca nadie te vio en los televisores, haciendo gala de tu audacia.

Cuando regresaste a tu país, te convertiste en uno de los profesores fundadores de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Santiago, en 1992. Pusiste en ese trabajo todo lo que aprendiste desde tus jóvenes comienzos, allá en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Ahora, como profesor, ante los futuros profesionales de la prensa, insistías en que “la neutralidad no existe”. Ellos te escucharon decir que no se puede ser neutral frente a las violaciones de los derechos humanos, recibieron tus enseñanzas y hoy las aplican en los medios de comunicación. Pero esa tarea tuya tampoco la conoció la opinión pública.

Los lectores, auditores de radio y televidentes, no supieron del silencioso entusiasmo que ponías en cada nueva tarea. No conocie-

ron tus sutiles bromas o tus indignadas palabrotas, cuando era necesario indignarse frente a la prepotencia y la injusticia social.

El público, el gran público, alguna vez leyó un artículo tuyo en *La Nación*. O aquella magistral entrevista al ex presidente Patricio Aylwin, publicada en el *Excelsior* de México y reproducida en la prensa chilena. En ella Aylwin revelaba inéditos entretelones de sus tirantes vínculos con Pinochet, que pensaba recuperar el poder en 1994. ¿Te acuerdas, Jorge?

Tenías 68 años cuando decidiste partir. Y, sin embargo, no habrá un estadio que lleve tu nombre.

—*¿Y a mí qué me importa?*— sería tu lógica respuesta.

De acuerdo, Jorge. Descansa en paz.



Hernán Barahona HERNÁN, ACUSA Y ADVIERTE... (1937-2008)

Por Raúl Rodríguez

Carismático, militante y comprometido con las luchas sociales. Este es Hernán Barahona, un hombre de radio y un hombre de partido.

Entraba a la sala de clases con su cigarro en la mano; era de largas conversas con sus alumnos sobre el periodismo nacional; no faltaban tampoco unas buenas cervezas cerca de Radio Nuevo Mundo; historias de cantina donde tejía el mejor análisis de la jornada como en los mejores tiempos de la bohemia reporteril santiaguina.

Es la otra imagen del periodista: no del extrovertido, canchero, incisivo o parlanchín, sino de un carácter flemático y de paso cansino, que supo cultivar la templanza como hábito para ejercer liderazgo.

De indicaciones precisas, y generoso en las oportunidades a quienes trabajaban o colaboraban con él, Hernán Barahona se convirtió en formador de varias generaciones de alumnos y periodistas.

Supo sostener un proyecto de radio partidista, de esas que voló la dictadura después del golpe de Estado, con escasez de recursos, sobre la base de un equipo comprometido y con la convicción de que los trabajadores son los protagonistas de las luchas sociales.

“Era un profe a tiempo completo. Era una persona que, junto con

demostrar su adhesión a la ideología comunista, sentía una gran pasión por el periodismo apuntando al cambio de la sociedad para generar mejor democracia. Cuando departíamos, de alguna manera él se encargaba de ir formando, con un carisma que lo hacía una persona muy atractiva”, cuenta Juan Pablo Aranda, Papiro, camarógrafo y ex reportero de Radio Nuevo Mundo (1997-2011).

Uno de los amigos más entrañables de Hernán fue José Luis Córdova con quien compartió estudios de Derecho y Periodismo, el exilio y la transición democrática: *“Era una persona excepcional, de mucho carisma, muy pedagogo. Tenía un magnetismo especial y un conocimiento bastante sólido de lo que es el periodismo y las comunicaciones”.*

José Luis, jefe de prensa del Partido Comunista, lo define como *“un gran conversador, muy fumador y, por qué no decirlo, le gustaba la conversación con una cerveza, bebida que aprendió a querer en Praga. Dejó huella tanto para el periodismo como para sus camaradas del partido”.*

Desde la Escuela hasta el exilio

Hernán Barahona entró a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en 1966, luego de su paso por Leyes en la misma casa de Bello. En *Vendedores de sol*, publicado en 1994, con ocasión de los 40 años de la Escuela, el mismo Hernán recuerda su paso por la sede de Los Aromos, ubicada en el ex Pedagógico, antes de ser cerrada y trasladada por los militares golpistas, quienes veían en todas las carreras del área social un foco de conflicto para el régimen: *“Tuve excelentes amigos, muy buenos compañeros. Un rasgo especial era estudiar en grupo, ayudarse. Había un trabajo social, colectivo, que generó un tipo de profesional solidario en contraste con el periodismo de hoy, impersonal, competitivo (...) que es otra forma de enfrentar y practicar la profesión. Éramos gente con muchas inquietudes sociales, culturales y políticas. Se trató de la generación que se formó con la revolución cubana”*.

En este contexto conoció a uno de sus amigos y compañeros de curso, Gustavo González, quien fuera entre 2003 y 2007 director de la Escuela de Periodismo: *“Conocí a Hernán Barahona el año 1966, cuando ambos ingresamos a la Escuela de Periodismo. Él venía de cursar algunos años en Leyes y, por tanto, era mayor que muchos de los mechones. Incluso ya estaba casado, con una hija del profesor Astolfo Tapia, un exdiputado socialista, que en aquella época era secretario general de la Facultad de Filosofía y Educación (de la cual dependía Periodismo). Le hacíamos bromas por este vínculo, diciéndole que estaba bien apitutado, aunque en rigor nunca lo vi aprovecharse de esta situación. Era relativamente quitado de bulla; no participaba en asambleas ni tenía una militancia activa en Periodismo, aun cuando sabíamos de su postura de izquierda, que fue ratificada más tarde como militante del Partido Comunista y su trabajo en Radio Magallanes al momento del golpe de Estado”*.

Su facha, su carácter y su disposición al diálogo marcaron desde joven la impronta de Hernán, tanto dentro como fuera de las aulas, recuerda Gustavo: *“Sus participaciones en clases eran siempre acertadas y en el trato más personal era un gran conversador, con un fino sentido del humor. Vestía siempre de terno, tal vez por la influencia de la Escuela de Derecho, cuyos alumnos en ese entonces jamás se sacaban la corbata. Fuimos grandes amigos, de largas conversaciones en el casino de Periodismo o en algún bar de reuniones bohemias”*.

Barahona egresó en 1969 de la Escuela de Periodismo más antigua del país, fundada en 1953, cuyo sello marcó su desarrollo profesional en los tiempos convulsos de la “Patria Joven” y de los cambios sociales que demandaba el país en medio del ascenso de la clase popular: *“la universidad jugó un rol muy importante en el conflicto social y político, en la época de la reforma universitaria. La universidad era abierta, accesible, autónoma, un foco cultural, y en especial en la Escuela se acentuaba esta libertad”*.

Ese espíritu imprimió en su paso por el comando presidencial de Salvador Allende y luego en Radio Magallanes donde ocupó el cargo de redactor político.

“Trabajamos en radio durante la Unidad Popular. Él trabajaba en la Magallanes y yo en la Portales, que eran las radios de izquierda que más se escuchaban en ese momento”, relata



Gran periodista radial

José Luis Córdova, quien detalla el cambio que provocó en sus vidas personales y profesionales el 11 de septiembre de 1973: *“En vísperas del golpe de Estado, julio del 73, Hernán viajó a Berlín al Festival Mundial de la Juventud. A su regreso lo sobrevino el golpe. Por los contactos que había hecho en Alemania, él salió del país y no tuvo que sufrir los rigores de los inicios de la dictadura militar. Después de que yo estuve detenido en el estadio Nacional, salí a Argentina, mientras Hernán ya se había instalado en Praga, Checoslovaquia, donde estuvo a cargo de un programa de radio Praga Internacional, en español, que se llamaba Chile, acusa y advierte. Él hizo algunos contactos para saber de mí cuando yo estaba en Buenos Aires, en vísperas del golpe de Estado de 1976. Conseguí salir y trasladarme a Praga donde empezamos a trabajar juntos. Yo colaborando en la radio y trabajando para la agencia de noticias CTK. Compartimos muchísimo diariamente, hasta que, en 1985, Hernán fue autorizado para volver a Chile, no así yo que no pude volver hasta que concluyó el exilio”*.

Tiempos de periodismo militante, solidario, de denuncia, de expresión de los exiliados, desarraigados y trasplantados en la Europa del Este.

“Vivió gran parte de su exilio en Checoslovaquia. Una vez, de paso por esa linda ciudad, lo visité e hicimos un largo tour nocturno por bares, en compañía de un periodista portugués cuyo nombre no recuerdo. De vuelta en Chile, al fin de la dictadura, nos seguimos viendo con frecuencia, tanto en reuniones de periodistas, como en su oficina en Radio Nuevo Mundo, o en la sede de la Agencia Inter Press Service, donde trabajaba yo,” recuerda Gustavo González.

Así en el 89-90, incluso con Pinochet como dictador y luego como



El profesor Barahona

comandante en jefe del Ejército, Hernán volvió a encontrarse con su amigo José Luis en radio Nuevo Mundo. Aquí pasó la última parte de su vida, entre el periodismo de la izquierda *extra parlamentaria* y de la clase trabajadora, sus clases en la Universidad de Chile y su rol en el Comité Central del partido.

Radio Nuevo Mundo

“Su paso por radio Nuevo Mundo fue histórico, en los momentos más difíciles de la radio, cuando no había financiamiento. Sin embargo, imprimió mística al medio como también a todas las personas que trabajaban con él. Hacían incluso ollas comunes para comer, pues trabajaban todo el día en la radio” destaca José Luis.

Para Papiro *“había una vocación que estaba siendo entregada en cada momento ya que tenía una entrega total por el trabajo que hacía. Nos podíamos acostar a las 4 de la mañana pero a la 6 estaba al pie del cañón; era el primero en estar. La calidad de su trabajo nos permitió*

tomar en cuenta el trabajo sindical. Ahí estábamos con la CUT, la ANEF, con los trabajadores en general. Esto nos inculcó Hernán”

Sus clases, sus alumnos, su radio abierta a los estudiantes, fueron su espacio natural para sugerir el debate y la práctica por la radio, hasta que a mediados de la década del 2000 comenzó a empeorar su salud.

“Cuando yo era director de la Escuela de Periodismo y se necesitó llenar una plaza de profesor de Periodismo Radiofónico no dudé en contactarlo para ofrecerle el puesto. Fue una decisión muy acertada, como quedó demostrado en sucesivas evaluaciones estudiantiles. Fumador empedernido, un cáncer le pasó la cuenta y tuvo que abandonar la actividad laboral. Varias veces lo llamé por teléfono, pero creo que me faltó valor para visitarlo. Lo acompañé en su funeral, con su ataúd cubierto por dos banderas: la del Partido Comunista y la del Audax Italiano,” cuenta Gustavo.

Canal 9, Sábados Gigantes, el comando de prensa de Salvador Allende, radio Magallanes, radio Praga Internacional, revista Ahora, agencia Prensa Latina y radio Nuevo Mundo tienen su huella hasta que el 15 de junio de 2008, después de 2 años de padecer cáncer, fallece Hernán Barahona.

71 años, que se llevan gran parte de su legado, de historias de partido y resistencia; de clases universitarias y de mucha radio; y con el peso a costas de ser uno de los que rescató y difundió el último discurso del Presidente Allende por Radio Magallanes.

El ayer y el hoy del “nuevo periodismo” de cambio de siglo, Hernán lo comprendió a cabalidad: *“Creo que la misión principal de un periodista sigue siendo informar y eso no es cuestión de poner varios datos o contar las cosas como uno cree, es toda una técnica. Creo que en Chile hoy tenemos un periodismo chato, uniforme, contemplativo, autorreferente. Espero que eso sea secuela de la dictadura. Los periodistas jóvenes son profesionales ocho horas al día. Antes uno era reportero las 24 horas. Ha desaparecido un poco la mística, el amor por el periodismo en sí. Hoy día se ama más lo que deja el ejercicio profesional, o se cree que da, desde la fama hasta el dinero. Este es un problema a resolver”*

José Miguel Zambrano

ETERNO IDILIO CON CARTAGENA

Por sus compañeros/as de la Generación Mario Planet

88

“¡Ahhhh, Cartagena...Huidobro, Zambrano, Délano!”

El comentario brota espontáneo de la boca de un cartagenino al pedírsele asociar apellidos de famosos al popular balneario del litoral central. Es un acto reflejo que hunde sus raíces en la identidad que los tres personajes –un poeta, un periodista y un escritor– lograron fundir con su amada Cartagena.

José Miguel Zambrano, miembro de la generación Mario Planet de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, inició su idilio con la ciudad costera en su niñez cuando, estimulado por su padre, descendía por un acantilado que estaba a los pies de su casa para ir a mariscar en las frías aguas del Pacífico. En ese descenso quedaba deslumbrado al observar la inmensidad del Océano y el choque de las blancas y espumosas olas sobre las rocas.

Era un admirador incondicional del poeta Vicente Huidobro, y por eso cuando sus amigos lo visitaban en su casa de Cartagena, el paseo obligado era visitar su tumba en el cementerio de la ciudad. Una vez en el lugar, lo primero que hacía era leer en voz alta el epi-

tafio que los hijos del poeta colocaron sobre la lápida: *“Aquí yace el poeta Vicente Huidobro / Abrid la tumba / Al fondo de esta tumba se ve el mar”*.

Para hablar de la vida y personalidad de José Miguel Zambrano hemos escogido varios testimonios de quienes compartieron estudios y trabajo con el periodista cartagenino.

“Nuestro hombre en Europa”

Por Juan Araya Díaz

En la segunda mitad de la década de los 70, compartía en Buenos Aires mis labores de periodista de las agencias Latin Reuters y Noticias Argentinas, con las de colaborador en el semanario Somos, de la prestigiosa Editorial Atlántida.

Una noche de domingo, en uno de los pisos del edificio de calle Azopardo, escuché a uno de los editores de la revista El Gráfico impartir frenéticas instrucciones a sus subalternos:

“Llamá al chileno... Estoy seguro que lo consigue...”

La adrenalina estaba en su punto más alto porque era la hora de cierre (dead line) del entonces popular semanario, una verdadera biblia del deporte para los latinoamericanos hasta la década de los 90.

Carlos “Lole” Reuteman venía de ganar, de manera brillante, el Gran Premio de Fórmula Uno en el circuito de Brands Hatch, en el distrito de Kent, y la instrucción del editor de El Gráfico, Osvaldo Orcasitas, era perentoria para que ubicaran en Londres a José Miguel Zambrano, el corresponsal chileno de las revistas de editorial Atlántida, donde se publicaba El Gráfico.



Histórica foto en Cartagena de parte del curso de la Generación Mario Planet. Año 1966. José Miguel Zambrano, anfitrión del encuentro, aparece en primera fila con el torso desnudo.

Orcasitas conocía bien a Zambrano porque semanalmente requería de sus servicios para seguir a los deportistas argentinos que triunfaban en el viejo continente. José Miguel era pieza clave de las principales revistas de la editorial, como El Gráfico, Gente y Somos, pero también de otras publicaciones del continente y de España.

Su multifacético profesionalismo le permitía manejarse desde los ámbitos de la realeza hasta los de la política, el deporte y el espectáculo.

Me reencontré con José Miguel en Londres en el verano de 1982, cuando ya había terminado la Guerra de las Malvinas, y de boca de él supe lo fundamental que había sido como corresponsal para las publicaciones argentinas, una de las cuales lo envió a las lejanas islas en el Atlántico Sur en las cruciales semanas previas al inicio del conflicto, el 1 de mayo de 1982.

¡Y qué mejor relajo de esos calientes meses que invitarme a jugar una pichanga en uno de los amplios parques cercanos a su residencia en Londres, para compartir con residentes de varias nacionalidades latinoamericanas”

De mariscador a corresponsal en Europa **Por Luz María de la Vega**

La vida de José Miguel en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile estuvo unida a un velo de misterio y a su halo de conquistador. Tenía un imán especial con las mujeres. Quizás porque siempre estaba contando alguna anécdota, quizás por sus profundos ojos azules y su espontánea sonrisa alba.

Venía de Cartagena y se decía que su padre era pescador y él buzo. Su atlético porte hacía pensar que esto era una realidad; sin embargo, años más tarde supimos que su padre era funcionario municipal y José Miguel se dedicaba a mariscar sólo por afición.

Era tan amigo de sus amigos, como mi propio novio de entonces, Patricio Muñoz Madariaga, otro de nuestros compañeros. Por ello no fue extraño que se frecuentaran constantemente y que terminara alojando en su casa, como Jorge Uribe, Enrique Canelo y Federico Gana, éste de un curso superior.

Los unía además la pasión por la política. Eran del mismo bando, y no era extraño que se quedaran en el legendario restaurant Il Bosco hasta la madrugada, discutiendo el tema del momento. En más de alguna ocasión llegaron a dar pruebas directamente desde ese establecimiento a las aulas de Los Aromos con Máximo Jeria.

Un día supe que se había ido al exilio, lo mismo que le aconsejaron todos a Patricio que hiciera, y que él con testarudez se negó a hacer, *“porque nadie lo iba a echar de su país”*, decía Patricio sin dimensionar el peligro de sus palabras.

Londres fue una buena plaza para José Miguel. Pese a las dificultades del idioma y la tristeza del exilio, logró poder subsistir con su mujer y sus hijos. Fue tanta su incorporación al medio que terminó sien-



Con los futbolistas argentinos Julio César Villa y Osvaldo Ardiles y el periodista Oscar Vega Onesime.

do corresponsal de El Mercurio en Inglaterra. Yo tenía noticias de él constantemente y hablábamos por teléfono con alegría porque mi hermana Ximena de la Vega era la secretaria de los Editores de Crónica de El Mercurio. Ximena le tenía mucho aprecio ya que lo había conocido en las fiestas de la escuela, cuando ella salía con Francisco Palma y después Max Lauhié, y luego ella lo vio constantemente en nuestra casa, cuando nos casamos con Patricio.

Por eso no era extraño que cuando venía a Chile, pasara a visitarme a mi oficina y me contara detalles de su vida.

De regreso al país, se instaló en Viña con su mujer, a quien me presentó pues era decoradora y quería que yo le hiciera una entrevista

en la revista VD donde yo trabajaba. Al poco tiempo supe que se habían separado, y que combinaba sus quehaceres como la cara visible del congreso ante la prensa.

Un día, mientras almorzaba con Patricia Rodríguez, la agrónoma a cargo de los jardines del Congreso, en un pequeño negocio junto al edificio del parlamento, reconocí una de sus risotadas que venía desde uno de los apartados del lugar. No me equivocaba. Era él. Terminó compartiendo con Homero Monsalves, el fotógrafo que me acompañaba, mientras yo seguía entrevistando a Patricia.

Tiempo después nos invitó a un grupo de compañeros a conocer su refugio en Cartagena. Una casa con maravillosa vista a toda la bahía y

un recorrido por todo el entorno que se quisiera cualquiera tener diariamente. Sus últimos días los pasó allí, y hasta ahí fuimos varios de los más allegados, luego de la misa que se realizó el día de su funeral.

No me cabe la menor duda que el espíritu de José Miguel ronda por todos esos lugares que tanto amaba y defendía con pasión, porque *“es un patrimonio que no podemos perder”*, como decía con ahínco.

También está en nuestros corazones, porque no recordamos al hombre cansado y sin fuerza que vimos en las últimas reuniones de la Generación Mario Planet, sino al de la sonrisa soñadora y pelo rizado rubio, que buscaba conquistar la capital.

“Jamás olvidó mi bikini naranja”

Por Oriana Zorrilla

Conocí a José Miguel Zambrano y a su hermana el año en que dimos Bachillerato en el Liceo Manuel de Salas.

Yolanda era una hermosa niña de larga y gruesa trenza rubia que dio la famosa prueba para ingresar a la Universidad ese mismo año; no sé cuál de los dos estaba un poco atrasado...también cerca de nosotros se sentó Ricardo Yocelovsky, quien luego ingresó a estudiar sociología. Él era un estupendo músico que formó parte del grupo Los Curacas con Alberto Zapicán, Carlos y Mario Necochea y Pedro Aceituno... grupo muy interesante en los años 70, que dirigió Ángel Parra y que forma parte de otra interesante historia. José Miguel y Ricardo continuarían su amistad, más tarde en la misma trinchera política, pues ambos fueron militantes del MIR.

José Miguel y yo nos hicimos amigos y durante esos días –cuatro o cinco– en los cuales debíamos dar las pruebas de comprensión y redacción, castellano, filosofía, historia, idioma y otras que no recuerdo; compartimos felices esa etapa que concluía con nuestra adolescencia. Estábamos a un paso de la Universidad, y en marzo nos encontraríamos estudiando Periodismo.

Previamente, ese verano nos volvimos a ver en Cartagena, la hermosa y popular playa del litoral de los poetas. José Miguel era hijo



16 de abril de 2011. Caleta de Cartagena. Angélica Sáez y sus tres hijos con las cenizas de José Miguel.

de un pescador (después supimos que en realidad era funcionario municipal) y oficiaba de “salvavidas” en la Playa Chica durante el verano. Su figura bronceada, sus preciosos ojos verdes y sus cabellos rizos y dorados hacían suspirar a las jóvenes cartageninas y a las veraneantes. Me acuerdo que hacía unos valientes y audaces saltos desde el Atún Club hasta la orilla de la Playa para impactar más aún a sus admiradoras. En aquel tiempo me parecían saltos desde una altura increíble y los asociaba con los famosos clavadistas de Acapulco.

Muchas veces me invitó a pasear por los roqueríos o por esas románticas escaleras de Cartagena, y siempre detrás aparecía mi padre quien confiaba poco en el pretendiente. Fue un verano estupendo y lleno de emociones porque José Miguel disputaba mi atención con Diego Rodríguez Dip, hijo de una diputada demócrata cristiana y de un comerciante de la zona.

La universidad, la política –mi vínculo con las Juventudes Comunistas– me impedían tener amores con un “ultra”, y luego el golpe de Estado nos separó por muchos años. Una vez normalizada la vida del país nos reencontramos en el Colegio de Periodistas. Me acuerdo, como si fuera ayer, cuando me dijo que jamás olvidó mi bikini naranja...

Lentejas en el exilio

Por Ana María Ortiz

El cariñoso José Miguel tenía siempre alrededor a hombres, mujeres, amigos, amigas con los que compartía su casa, música, vino, alegría.

José Miguel cocinero. En un minuto preparaba pebres, picadillos, cosas ricas y su famoso postre de peras calientes con helado arriba. Aunque fuéramos 30 o más en la mesa. Tenía en su casa un quincho, con bar y terraza frente a ese mar que grandioso te baña. Ahí, en las balustradas le ponía pedacitos de carne a unas enormes gaviotas. Eran sus mascotas y les tenía nombre.

José Miguel, cartaginense o cartagenino hasta la médula. Allá frente al mar de Cartagena levantó su casa vecina a la de Poli Délano, su gran amigo, en el barrio de la Caleta. Y frente a esa casa, en el mar también dejamos sus cenizas. Donde él mismo se metía siempre a bucear. Era como un Neptuno.

Por Cartagena organizó uno y otro festival, de arte, de pintura, de música. En las plazas, en las calles, conciertos en la iglesia, óperas; tenía dos pianos en su casa, unas antigüedades para que tocaran sus amigos barítonos y sopranos, hizo jornadas de pintura con arena, en la playa Chica o en la playa Grande. Logró que se limpiara la



Con el rey Juan Carlos de España.

Laguna de Cartagena, que ahora es una reserva, un humedal, con cisnes y todo tipo de aves. Está al final de la Playa Grande casi en el límite con San Sebastián. Logró que se reconstruyera la antigua estación de Cartagena, que hace muchos años se había quemado. Se la jugó por su balneario, donde se quedó hasta el final.

José Miguel después del 11 de septiembre de 1973 se fue a Londres, donde vivía con Angélica y los tres niños en una casa en las afueras de la capital inglesa. Allá llegamos a verlos con Ivonne Collinet, a quedarnos con ellos unos días. Al reencuentro. Yo con dos guaguas: Camilo y Lautaro, la Ivonne con una, la Paula, y ellos tenían tres. Vivimos al más puro estilo refugiados. Todos durmiendo en el suelo o como fuera. En más de alguna ocasión, cocinamos lentejas. En Londres eran para nosotros un manjar.

José Miguel, amó, amó y amó. Le gustaba tanto organizar encuentros. Y siempre te abrazaba fuerte y algo te regalaba. Yo tengo un gorro bolchevique que me dio. Él era coleccionista de gorros. Tengo una lámpara con opalina y bronce, antigüedades que cachureaba. Su casa estaba llena de antigüedades. También nos dio un remo y uno de los cuadros hechos con arena. ¿Se acuerdan cuando llegaba a la Escuela con una bolsa de mariscos de regalo?

No sé si será feo decirlo pero para su funeral fueron a despedirlo tres de sus esposas. ¡Qué símbolo de lo cariñoso que era!

En el corazón del jet set europeo

“Cartagena llora la muerte de su periodista de talla mundial”, tituló el diario El Litoral de San Antonio cuando falleció José Miguel.

La frase no era exagerada porque reflejaba fielmente la que había sido la trayectoria profesional de Zambrano en su estadía en Londres, donde partió con su familia después del golpe.

Entrevistó a reyes europeos como quien entrevista a los alcaldes del litoral chileno. Trabajó en la BBC de Londres, en la agencia Reuters, en Play Boy y en medios argentinos, chilenos y del viejo mundo. Fue amigo de Peter Gabriel, Yoko Ono, Sting y entrevistó a

directores y actores de Hollywood. Cubrió la Guerra de Las Malvinas y se refugió en su amada Cartagena.

Fue periodista, intelectual, aficionado a la pintura, aventurero, sa-gaz y amante de Cartagena, pero por sobre todo un hombre sencillo y de buen corazón.

Muchos no sabían que este hombre de boina española que caminaba tranquilo y seguro por las calles cartageninas era un cofre henchido de experiencias, historias y grandes triunfos, terminó el diario El Litoral en su semblanza.

El recuerdo de su viuda

Angélica Sáez, la primera esposa de José Miguel y madre de sus únicos hijos, compartió con él sus años en Londres, donde desempeñó su labor profesional más prolífica, porque mostró su versatilidad para abordar una amplia variedad de temas, desde el deporte hasta la alta política y el espectáculo.

Angélica, residente actualmente en Viña del Mar, narró un fragmento de esa experiencia:

De las entrevistas que más recuerdo fue la que le hizo a Yoko Ono, la viuda de John Lennon. Fue una conversación muy larga y relajada y, casi al final, Yoko le prometió a José Miguel que vendría a Chile y, por supuesto, a Cartagena. Lo mismo con Glenda Jackson, vecina del barrio de Greenwich, y a Ed Easner, en un reportaje para Playboy.

Con Julie Christie, la inolvidable actriz de Doctor Zhivago, la entrevista fue tan amena y entretenida que hablaron de lo humano y lo divino. Ella le comentó que era vegetariana y, por supuesto, José Miguel la invitó a casa a comer nuestra comida muy chilena, el pastel de choclos (sin la carne) y un paté de huevos de pescados, que a Julie le encantó tanto que llamó varias veces para pedir la receta.

La entrevista que lo dejó nervioso fue al Doctor Wilson, creador de la Oveja Dolly. La conversación se realizó por teléfono y, en-

tre tantas preguntas, lo comparó con los experimentos del médico nazi Joseph Mengele. El doctor Wilson casi le corta la comunicación, muy molesto le dijo que él era judío y que no aceptaba esta comparación.

Fueron muchos los reportajes. Basta recordar que José Miguel era corresponsal de todas las revistas de la Editorial Atlántida de Buenos Aires, Gente, Para Ti, Somos, El Gráfico. Colaboró también con Manchete de Brasil y Cosas de Chile.

Uno de los acontecimientos que más recuerdo fue la cobertura que hizo para el canal 13 de México de la boda de Diana con el Príncipe Carlos. Nos fuimos toda la familia a Gales a la presentación de Diana como Princesa de Gales. Fueron tres días muy entretenidos y José Miguel mandaba sus despachos a México desde teléfonos públicos en cada pueblito de la campiña británica.

Para El Gráfico las notas eran desde el tenis en Wimbledon hasta los grandes premios de Fórmula Uno, pasando por el seguimiento de los astros del fútbol argentino, como Osvaldo Ardiles y Julio César Villa, de los que José Miguel se hizo grandes amigos.

Una de las anécdotas más bonitas fue el vínculo profesional que estableció con el desaparecido piloto brasileño, Ayrton Senna.

Senna llegó muy joven a Europa y le pidió a José Miguel que le sacara fotos a su flamante auto de fórmula uno, con el que pretendía obtener los primeros triunfos que lo catapultaran a la fama en la categoría estrella del automovilismo.

El corresponsal chileno accedió de inmediato fotografiar al auto “branco” de Senna. Cuando éste pretendió pagarle sus servicios, José Miguel le respondió: *“no me debes nada, pero cuando seas famoso quiero que la primera entrevista exclusiva me la concedas a mi”*.

El que sería uno de los máximos ídolos del deporte brasileño cumplió su palabra y Zambrano se luciría con una las primeras grandes entrevistas al piloto de Fórmula Uno.

Enrique Canelo Córdova TENÍA NOMBRE DE ÁRBOL FUERTE

Por Federico Gana Johnson



Enrique Canelo, con su perfecto bigote de trapecio.

94

Su bigote era, geoméricamente, una perfecta figura de trapecio. La intensidad de la navaja hacía que la figura variara según el pulso de cuando manejase el adminículo. O del eventual corte que (quizás, nunca se supo), le confiara a un peluquero de barrio. Quisiera, al comenzar a escribir estas líneas, conocer a ese peluquero pues hay diálogos que se convierten en tesoros. Y a Canelo le gustaba conversar. La verdad, hablar, reír, discurrir. Escuchaba poco, debido a la porfía que lo caracterizaba, esa característica del ser humano (lo que se llama humano), que en él era ineludible, pero aceptada por todos.

Meritoria, además.

A Canelo le habrían dado la Medalla al Mérito, si ella fuese permitida para aquella parte de la existencia que no se mide en éxitos comerciales, en buenos pasares económicos ni en “felicidades de la vida”, vaya uno a saber lo que eso significa. En cambio, se la hubieran otorgado por todos los motivos que tienen que ver con la amistad, el ejemplarizado ejercicio de la profesión de periodista, el compañerismo laboral, la acuciosidad del detalle informativo que

en Economía vale como el oro, su entrega de hecho y de corazón a las mil y una horas de cierre que conoció en los días y las noches, sobre todo las noches, de su vida. Y por el buen humor, claro está.

Es que, en aquello de cumplir, Enrique Canelo fue, de verdad, ineludible. Cumplió con todo, y también con él mismo. Yo aquí confieso un ejemplo que me fascina, de su libertad de decisión. Es una breve e inofensiva historia en la que Enrique demostró no sólo su personalidad, sino también que a él no le venían con huevadas. Así, tal cual, aunque alguien se enoje.

Estábamos en el día final de la APEC 2004, la jornada de cierre en que nacen (y luego se olvidan) los acuerdos trascendentales entre los presidentes y principales representantes del mundo. Corrían trescientos, cuatrocientos, quinientos periodistas buscando las noticias fundamentales para Oriente y Occidente. Yo estaba a cargo de la Sala de Prensa bajo aquella inmensa, aplastadora carpa en la Ciudad Empresarial de Santiago y desde dónde, oficialmente, se dictaban los caminos a recorrer por las potencias y sus dignatarios. Todos los sistemas, todos los computadores, todos los teléfonos,

todos los faxes despachaban. Yo nunca había visto efervescencia igual y era, de alguna manera ahí, el jefe del buque informativo. Entonces, se me acercó Canelo, con esa cara sonriente y moviendo los bigotes escalenos o isósceles y me entregó su crónica para ser distribuida entre los periodistas del mundo:

Título: AQUÍ NO HA PASADO NADA

Texto: No hay (porque no ha pasado nada).

Por Enrique Canelo Córdova, Enviado Especial a APEC 2004

Miré alrededor. No sé si sonreí o me enojé. O ambas reacciones, que sería lo obvio. Y, por supuesto, no me atreví a introducirlas en los teletipos que abrazaban a todos los continentes ni mucho menos a que ello fuera la crónica oficial del Departamento de Comunicaciones de la APEC 2004.

Pero Canelo tenía razón. Hoy, a once años de aquella APEC, las cuestiones no han cambiado mucho. Mejor dicho, nada. Tal cual. Y lo había manifestado aquella libertad absolutamente irresponsable de Enrique Canelo. Eso sí, en el momento impreciso. No muchas personas lo saben y que me perdone ahora Rose Marie Graepp, nuestra jefa máxima en Comunicaciones de aquella APEC: no hubo crónica, Rosa. Y no te enojés.

Brindemos, mejor.

Es que Canelo era como los periodistas de antes. Como lo fuimos varios y cómo nos gustaría que las generaciones futuras (las presentes, digamos) fueran también así. Nunca supe si Canelo tuvo celular y, si lo hubiera tenido, no lo cambiaría cada tres meses ni andaría tras el aparato último modelo. Es que a Canelo las cosas nunca le fueron fáciles y por eso valoraba cada instante. Como la amistad, bello ejemplo. Conservaba los datos de sus amigos para siempre. Era, a propósito, amigo del zapatero remendón de su barrio (y vivió en tantos barrios, remendó tanto sus zapatos andarines). Por otra parte, Canelo (le gustaba que lo llamaran Canelo, no Enrique ni “guatón”) fue un tenaz defensor de la identidad de país, de la personalidad llana y abierta de su gente y que parece que se va perdiendo, de la memoria colectiva que se va tirando. Le gustaba el recuerdo imperecedero del pasado común y corriente,

la anécdota efímera y total. Era amigo fiel de la moral que a veces se desecha si de ganar dinero se trata. Canelo, en cuatro palabras, era de los buenos. Y, como tal, la biografía de este colega nuestro que también pudo ser músico percusionista, humorista de irónica chispa espontánea en el momento exacto pero que, sobre todo fue un dedicado trabajador de la palabra periodística amén de gozador de las noches capitalinas, no es una biografía fácil. En todo caso, comencemos con la verdad oficial, un poco de formalidad biográfica, aunque Canelo diría “para qué”. Así supimos de su despedida:

(Radio Universidad de Chile, 1 de agosto de 2014). Tras una larga enfermedad, falleció en Santiago el destacado periodista, Enrique Canelo Córdova (68), quien durante su carrera profesional realizó un valioso aporte al desarrollo de la actividad informativa, trabajando en importantes medios nacionales e internacionales. Nacido en Santiago, estudió Periodismo en la Universidad de Chile, donde se graduó hacia fines de la década de los 60, iniciando su carrera laboral en el Canal 9 de TV y Radio Portales, para luego desempeñarse en la agencia de noticias United Press International (UPI) y en medios de circulación nacional como La Nación, Las Últimas Noticias (LUN) y el Diario Financiero, donde participó como uno de sus periodistas fundadores. También fue colaborador columnista del diario electrónico de Radio Universidad de Chile. Ya jubilado oficialmente, continuó su actividad profesional trabajando en Comunicaciones del Servicio Nacional de la Mujer (Sernam). Sus funerales se realizaron en el Cementerio General, hasta donde concurrió más de un centenar de amigos, colegas y familiares, que le brindaron un sentido y cariñoso último adiós.

Último adiós que no es verdad porque por ahí anda Canelo, tan presente como siempre.

“Cuando jugábamos a la trascendencia”

Gracias a la memoria, la acuciosidad reporteril entregada y el sentimiento de amistad del periodista Gustavo González, vaya este tronco central con multifacéticos datos de los inicios de Canelo y, párrafo a párrafo, de casi toda su vida.

Canelo era un joven travieso común y corriente que egresó del Liceo 7 de Hombres de Ñuñoa José Toribio Medina. Luego, ingresó

en 1966 a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Venían con él algunos compañeros de liceo. No eran del mismo curso José Blanco, Patricio Caldichoury, Carlos Araya ni el propio Gustavo, pero conocían ya de la fama que lo acompañaba, por aquella mezcla maravillosa de la música de percusión y el sentido del humor a toda prueba. Como “mechón”, fue integrante inmediato del equipo de productores del diario mural en apoyo a la candidata a reina de la Escuela de Loreto Herman y que llamaron Guirigay. El mentor del diario era Benigno Ramos. Todo calzaba pues “*guirigay*”, según la RAE, significa “lenguaje oscuro y de dificultosa inteligencia”. O, también, “gritería o confusión que resulta cuando varios hablan a la vez o cantan desordenadamente”. Era justamente lo que sucedía. Benigno pauteaba, tecleaba los textos con una velocidad admirable, era el padre-editor. Cuando Canelo cubrió la derrota del plantel “mechón” de baby-fútbol femenino a manos del segundo año, escribió: *Nuestro equipo inteligentemente se dejó ganar...*

Rescatamos de la memoria de Gustavo:

“A las pocas semanas, nuestro periódico pasó a ser propiamente un diario mural, exhibido en un panel que nos agenció don Alfredo García, el querido «Viejo Alfredo», aunque el nombre cambió a *Guirigay*, por un descuido del que pintó el logotipo. A todo esto, Canelo ya había sido reclutado por El Loro Hoción, popular periódico mural que editaban Toño Márquez, Samuel Urzúa y Félix Castro. Apenas iniciados en el periodismo universitario, fuimos testigos y víctimas de una «operación grúa» que se llevó a nuestro genial redactor...”

En aquellos años primerizos de la Escuela ya era popular el “gua-tón” Canelo, con una estampa gruesa y acogedora, coronada por una cabellera rizada y su perfecto bigote negro, complementos físicos de un carácter que desbordaba simpatía. (¿Desde cuándo tuvo esos bigotes geométricos Canelo?). Vivía en un permanente ritmo de sonrisas y acotaciones humorísticas, a menudo irónicas



Siempre alegre, histriónico, inagotable.

pero nunca agresivas ni malintencionadas. Y también lo rodeaba un permanente ritmo musical, su peculiar chasqueo de dedos en onda de cumbia o cueca. Luego supimos de qué sangre venía aquello. Es que el padre de Canelo, don Jorge, fue primer timbal de la Orquesta Sinfónica de Chile, había integrado bandas militares y, una vez ingresado al mundo de la música “cult”, el afamado maestro Erich Klaiber quiso llevárselo a Alemania. Canelo entonces, pudo perfectamente ser también músico, pero cuando don Jorge quiso enseñarle de las corcheas, de los silencios, de los rulos y de las cuartinas, abandonó sin ton ni son el arte musical para dedicarse al periodismo. Sin embargo, como lle-

vaba aquella rítmica sangre en las venas, perfeccionó los dotes de percusionista con golpes de excelencia.

“Quemaba los cueros”

“Vibraba con la salsa y la música tropical de los orígenes. Sabía en el bongó los toques del son, de la rumba, del danzón, y si escuchaba una plena puertorriqueña, también quemaba los cueros. En 1985, una vez formado el Club de Salsa Chile, nunca faltaba a las rumbas y, si me lo permiten, fue un personaje indispensable. Bailador, de un humor chispeante. Con sus bigotes de escobillón, que servían para disimular el mal estado de su dentadura, atraía a las muchachas que estaban por ingresar al mundo de la salsa y que requerían de maestros como él”, asegura su amigo y colega Víctor Manuel Mandujano.

Gustavo regresa a la Escuela:

“...No fue un alumno brillante. Era una época en que pensábamos que no valía la pena serlo. Era más importante en esa histórica transición de los años 60 a los 70 bañarse de futuro y de utopía. Así, jugábamos a la trascendencia sin perder la oportunidad del goce diario, la travesía bohemia por Il Bosco y el Black and White. Compartíamos entre tragos los más sesudos análisis de la situación nacional e internacional. Comentábamos los últimos libros de García Márquez y Julio Cortázar. Amábamos nuestra Escuela (1). Nos

reíamos irreverentemente de los políticos chilenos. En esos ejercicios Canelo era uno de los tantos que evidenciaba su identidad con la izquierda socialista, con inclinaciones hacia el MIR. Y creo que en el terreno sentimental y afectivo no fue un conquistador ni un mujeriego audaz. En los prados de la Facultad de Filosofía y Educación profundizó el pololeo que venía desde la secundaria con Alicia Páez, estudiante de Pedagogía en Francés, gran amiga a la vez de Patricia Grogg, alumna de Literatura que iniciaría en esos años un romance de largo aliento con Eduardo Marín Gavi-ria, el circunspecto y talentoso ciudadano colombiano que tuvimos como compañero de curso en Periodismo. Enrique y Alicia se casaron el 3 de septiembre de 1971 y permanecieron juntos unos diez años. Tuvieron dos hijos: Pablo y Patricia. Patricia les dio dos nietas, Amapola, hoy de 17 años, y Magdalena, de 10”. (2)

Más de los años 70. Las reminiscencias del entusiasta inicio del gobierno de la Unidad Popular los plasma textualmente Gustavo González en el ambiente acostumbrado de repetidos e insistentes asados parrilleros:

“...Departíamos con tres jóvenes parejas: Enrique y Alicia, Eduardo Marín y Patricia Grogg y Jorge Silva (recién indultado por el presidente Salvador Allende) y Cecilia Izquierdo. Los «solterones» de esos encuentros éramos Rolando Gabrielli, el «poeta maldito» vecindado desde hace muchos años en Panamá, y yo. El tiempo, el trabajo y sobre todo el golpe del 11 de septiembre de 1973 se encargarían de separarnos, en algunos casos temporalmente y en otros tal vez para siempre. Y fue recién a comienzos de 1986, en los preparativos del retorno a Chile, que me reencontré con Enrique y otros entrañables amigos, ex compañeros y ex alumnos de la Escuela de Periodismo. Con su proverbial buen humor, influido pero no sometido por la dictadura, Canelo me resumió sus años de sobrevivencia bajo el pinochetismo con la siguiente frase: *Saqué un Magíster en pellejerías...*”

Y es que con su personalidad desbordante e histriónica, Enrique Canelo fue un periodista de ley, más cerca de los padres fundadores de la vieja guardia que del periodismo adocenado y domesticado que se implantó en Chile en las últimas décadas. Por eso Canelo pasó por una gran “movilidad laboral”. Tras el Golpe del 73 salió

del Canal 9 de la Universidad de Chile. Entre obligadas cesantías temporales pasó, como se dijo más arriba, por la agencia UPI, la Radio Portales y Las Últimas Noticias (en al menos dos períodos). Restablecida la democracia trabajó en La Nación y fue miembro del equipo fundador de El Diario Financiero (3), para volver alguna vez a La Nación, siempre manifestándose como un reportero de tomo y lomo y eximio redactor, preciso en los detalles mínimos de la información, serio en la veracidad de lo comunicado. Pero también una persona con la cual nunca las risas estaban exentas del trabajo diario, aún en los momentos más tensos del despacho en los medios establecidos y en los innumerables “pitutos”, como lo de aquella APEC donde reportó seriamente que “no había pasado nada”. Como lo recuerda el colega Gonzalo Mizala, fue también la época en que creó imaginariamente al personaje “Chapulín de los Consumidores”. Claramente, Canelo era un tipo visionario a como diera lugar.

Fue hace poco tiempo, el año 2014, cuando sufrió un cáncer al colon, complicado por una posterior infección que le causaría la muerte (4). Y nos quedamos muy tristes. Murió arropado por el afecto de sus colegas y compañeros de la Generación Mario Planet de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, en especial María Teresa Maluenda que, literalmente, removió cielo y tierra para asegurarle buena atención médica. En su lecho de moribundo al interior del malamente iluminado sótano de un Consultorio público de calle Nataniel en el centro de la capital y desprovisto de



Encuentro musical en la cumbre. El percusionista Enrique Canelo y el salsero Víctor Manuel Mandujano.

su corpulencia y sus kilos, lució hasta el final su imponente bigote, ya blanco pero siempre geométrico. Algunas de las últimas frases suyas fueron para comentar, con la serenidad y el humor que nunca le abandonaron, las características de la bacteria que se lo estaba llevando, con tan desmedido apuro. Fue su forma de despedirse, ahí en aquel vetusto consultorio de Salud al cual uno nunca quisiera ingresar. “Es lo que hay –acota Mandujano– pero es la realidad de muchos de los que llenos de ilusiones, abrazamos esta bella, noble y mal pagada profesión”.

Las cenizas de Enrique Canelo, que recuerdan un interminable anecdotario y que de seguro contienen silentes los sonidos de percusión salsera de su propia mano y de cuecas como música de fondo, reposan en el restaurante La Casa de Cena, tal vez el último escenario de sus escapadas bohemias, que tan bien reflejó con su eterna, avizora mirada periodística.

Entre el Pit Bar y la Casa de Cena

Extractamos algunos párrafos de aquella personalísima crónica que un día (una noche, quizás) le salió del alma a Canelo para mostrar la realidad que se vivía al interior de esas paredes que encerraban mesas de mantel blanco y un bar de espejos, suerte de santuario de los bohemios que resistieron a vaso firme los avatares en los peores años del régimen militar, amparados en el mismísimo toque de queda. Y que eran su casa, como que ahí están sus cenizas. Tanto así, que en cierta oportunidad Hernán René Cardemil Copelli hizo gala de su espíritu de servicio cuando el Pit Bar cercano cerró una semana por remodelación. René colgó en la reja, ahí en plena Alameda al llegar a Vicuña Mackenna, una nota que informaba: “A quien necesite comunicarse con el señor Enrique Canelo, tenga la bondad de dirigirse a Simpson 20, la Casa de Cena, donde atenderá transitoriamente, por reparaciones”.

Otro ejemplo de lo que ocurría en aquella morada, de finas líneas arquitectónicas: otra noche el propio René junto con Octavio “Negro” Cavada le explicaron a un joven subteniente de Carabineros al mando de una patrulla que ingresó una noche al PIT a pedir “los carneses”, que por favor no molestaran a un señor que yacía doblado sobre el mesón, bajo el argumento de que pretender sacar un curado de un bar era lo mismo que ingresar a una iglesia y detener

a alguien que estuviera rezando. La sentencia dio resultado.

Escribió Canelo, en *La Nación Domingo*:

“Este santuario de la bohemia es considerado una suerte de monumento nacional que preserva las vivencias y recuerdos de quienes militamos en la juventud del siglo pasado. En los duros años del toque de queda no sólo constituyó el refugio fraterno de quienes se resistían a adecuarse al nuevo orden en materia de horarios, también incubó un microclima que echó sólidas bases para amistades que superaron las pruebas de la desconfianza y mantuvieron vivo el respeto democrático entre quienes pensaban distinto. Ahí también lloramos todos juntos cuando se leyó una carta de Mario Gómez López (4), quien se aprontaba a retornar al país tras un largo exilio y con su vehemencia famosa indicaba que lo que más echaba de menos de Chile era entrar a un boliche, pedir un lomito con palta y chorrearse hasta el codo”.

Y terminó con esta anécdota:

“La fábula con que cerramos este breve recuento se remonta cuando el terreno que alberga al edificio de Telefónica era un sitio eriazado que ocupaba un circo en la temporada de primavera. Entonces, un joven reportero que estaba de novio, fue objeto por parte de sus compañeros de trabajo, de un almuerzo despedida de soltero en la Casa de Cena. Era una tarde de sábado. Pasadas las horas, un parroquiano que estaba en la barra, pide la cuenta, paga, se despide y se va. Al cabo de un rato la persona regresa incómodo. Recuerdo que estábamos el Negro Cavada, parece que Cardemil y alguna otra persona, y el compungido parroquiano nos mira y nos suplica: «No me vayan a tomar para el chuleteo, no estoy mal, pero no puedo salir porque en la puerta está echado un camello». Lo acompañamos a la puerta y, en efecto, había un camélido que, ejerciendo su atávica costumbre de rumiar, parecía sumido en profundas reflexiones... Sucedió que los festejantes del segundo piso, al pasar por el circo “arrendaron” un camello con su chofer, que cayó víctima de las muestras de cariño al contar sus anécdotas circenses y ello, unido a las profusas libaciones “se arrebató” y cayó dormido debajo de una mesa. Cuánto se tardó en revivir al domador, da para otra crónica”.

Y la última humorada de Canelo permanece aún en su muro de Facebook, escrita con fecha 2 de agosto de 2014, (todos preferimos suponer que desde el Más Allá), tras la misa oficiada en su homenaje: “Gracias a todos los que me acompañaron a mí y mi familia el día de hoy”.

Es que, como ya escribimos más arriba, se trató de un último adiós que no es verdad porque por ahí anda Canelo, tan presente como un árbol fuerte, siempre en el corazón de sus amigos, sus camaradas y tanta gente que supo de él.

Anotaciones al margen:

(1) “Amábamos a nuestra Escuela...” Un tiempo antes de morir, Canelo escribió: Recuerdo a Mario Planet Rojas abriendo una botella de pisco sour, que él mismo preparaba, en su casona esquina de una calle de Ñuñoa, la misma que cuando se abría la puerta de entrada, tenías que dar un rodeo para no tropezar con los libros que no habían alcanzado lugar en algún anaquel. Don Mario alentaba a sus alumnos, a los que luego convertía en verdaderos compinches, para seguir la aventura del conocimiento y hacer de nuestro noble oficio de periodistas, una carrera. Bajo el alero de su amigo y secretario general de la Facultad de Filosofía y Educación, Astolfo Tapia, Planet lideraba a un grupo de académicos cuyo mayor mérito, a mi modesto juicio, era constituir una manga de provocadores que nos estimulaban a pensar, a investigar para dar sustento a los sueños de cada cual... Cuesta escribir una historia de nuestra escuela. Aquella situada en calle Los Aromos, edificación adecuada y adosada a la parte oriente del que fuera el glorioso Instituto Pedagógico. Con todo, dejando a un lado la nostalgia, siento que lo importante es tratar de trasladar esa épica de quienes pasamos por sus aulas y pasillos a nuestras generaciones de recambio... Hoy enfrentamos nuevos desafíos, y de eso nos darán cuenta quienes se han mantenido unidos a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile que, desde mi particular punto de vista, está cumpliendo muchos menos años de los que yo tengo”.

(2) Fue el 8 de mayo de 2003 cuando Amapola, con apenas cinco años, llegó con su madre a un desbordado auditorium José Carrasco Tapia en la Escuela de Periodismo, a la ceremonia en que la Universidad de Chile condecoró al flamante ministro de Cultura

de Brasil, Gilberto Gil. El famoso cantante, que pronunció un bello discurso antes de cantar acompañado por una guitarra prestada por el público, recibió una flor de manos de Amapola y abrazó y besó con cariño a la nieta de Enrique Canelo.

(3) Acotación de Víctor Manuel Mandujano: Durante nuestra época en el Diario Financiero, uno de los pocos diarios modernos que se armaban en un bar (el City), Canelo escribía como un mecanógrafo, con los diez dedos. Ni miraba el teclado, y despachaba unas cuantas carillas en unos minutos, casi sin corregir. Era sorprendente, porque en nuestra Escuela de Periodismo de la Universidad Chile, nadie nos enseñó a escribir a máquina. Nos tiraban a los leones. Por eso, casi todos escribimos con dos dedos, perdiendo tiempo y generando deformaciones profesionales que se convierten con los años en malestares al cuello, a la espalda y a la columna vertebral.

(4) Enrique Canelo Córdova y Mario Gómez López murieron con menos de 24 horas de diferencia, Enrique el 1 de agosto de 2014 y Mario al día siguiente.



Con su amigo y colega Gonzalo Mizala. Fundadores del *Diario Financiero*.

Alejandro Villalobos Muñoz

VIVIR Y MORIR DE SUEÑOS

Por Carlos Araya Cortés



Alejandro Villalobos, creativo y soñador empedernido.

100

Seguro que no quería partir. Imposible, para la tarea de padre que cumplió con devoción hasta el último aliento. Sólo la muerte inesperada, unos pocos meses antes, de su esposa Irene Bravo, a la que conoció en sus andanzas juveniles por el barrio de las calles y pasajes de Coquimbo y Avenida Matta, aflojó su deseo de vivir. La había conocido cuando ella tenía apenas 14 años y él 17. Un breve pololeo y muy luego, en diciembre de 1962, se casaron. Pronto, en mayo del 63, nació el primero de sus hijos: Marcos. Después, como en un torrente, llegaron otros ocho. Si algo lo hizo feliz en su paso por esta tierra, no fue otra cosa que su numerosa familia. Por eso, cuando se quedó sin su gran pilar, no tuvo más fuerzas para seguir viviendo.

Así, definitivamente, a mediados de septiembre de 2014, a los 72 años, se fue Alejandro Villalobos Muñoz. Y lo hizo como el gran soñador que siempre fue, imaginando quizá qué paraíso grandioso. Creyendo en aguas de cristal, cielos azulados y transparentes, montañas y bosques tan verdes como agrestes. Seguramente escuchando trinos deavecillas traviesas y de vuelos infinitos.

Cuando hablaba del aire, lo veía deslizándose entre gigantes de acero y concreto, a veces inquieto y casi invisible, saltando por los techos, corriendo por las veredas, atravesando calles, invadiendo plazas y parques, silbando alegremente en su felicidad. Lo quería vital, puro y ligero, muy diáfano, claro y por sobre todo amigable.

Este mismo aire, que por allá a fines de la década de los ochenta y comienzos de los noventa agobiaba con su negrura de suciedad a los habitantes de Santiago, y que fue determinante para concretar el mayor sueño que todo periodista quisiera concretar en su vida: crear y ser dueño de su propio medio de comunicación. Una iniciativa que se inició con la Revista InduAmbiente, magazín especializado en información técnica ambiental, la cual creció vertiginosamente bajo el alero de la editorial Tiempo Nuevo, y que contó con el apoyo invaluable de quienes habían sido nuestras compañeras de curso, Norma Berroeta y Mónica Iradi. Todos juntos la echamos a andar a comienzos del año 93.

Así las cosas, no tuve ninguna duda que al momento de realizar la semblanza de Alejandro, tendría que asumir la tarea de hacerlo.

Razones sobran: compartimos por casi quince años este meritorio y exitoso emprendimiento profesional en el campo de las comunicaciones, el que se prolonga hasta el día de hoy. Y que en su historia de más de 22 años, también tiene en sus registros otros dos nombres de la generación del 66: Víctor Pérez y Carlos Rojas, éste último como corresponsal en Estados Unidos.

Los Primeros Pasos

La vida nos cruzó en variadas y diferentes ocasiones. Como si el destino nos hubiera marcado. Teníamos muchas convergencias; tantas, que el segundo apellido de mi padre también era Villalobos, aunque por mera coincidencia. De eso nos reímos muchas veces. Nos afectaron, por cierto, fuertes divergencias. Pero lo esencial, el amor por el periodismo y las ganas de aprovechar las oportunidades que ofrece la profesión, nos mantuvieron unidos por largos años como socios y amigos.

Cuando Alejandro llegó a comienzos de 1966 a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile para integrar aquel que sin duda fue el mayor curso de estudiantes de periodismo que pasó por el inolvidable edificio de calle Los Aromos, no tuvo ningún complejo para confesar a quienes quisieran escucharlo que estaba allí casi por casualidad. Nacido en julio de 1942, ya tenía 23 años y comentaba que era bueno para los números y que no tenía problemas para redactar y escribir de manera entretenida cualquier texto que le solicitaran. También, que le gustaba la lectura y que devoraba con avidez todos los libros y revistas que caían en sus manos.

Pero también tenía un sueño, uno más de los tantos que surgían a raudales de su generosa imaginación: ejercer la medicina. Quería ser médico. No le faltaron aptitudes académicas para intentarlo. Sin embargo, pese a su buen puntaje, se llevó una tremenda decepción a la hora de cumplir con el riguroso examen psicológico para ingresar a la Escuela de Medicina. Por algún motivo que nunca quiso asumir ni comentar en profundidad, le detectaron un problema que le impedía cumplir con los requerimientos exigidos para desarrollar la profesión a la que aspiraba.



Compañeros, amigos y socios. Alejandro Villalobos y Carlos Araya.

Recuerdo haberlo visto en las salas, los pasillos y casi siempre en el casino de la Escuela acompañado del que fuera su gran amigo Jorge Uribe, con el que formaban una dupla bien compenetrada. Era frecuente encontrarlos charlando, riendo y gastando bromas a los mechones con menos años y más inexpertos que ellos. Se notaba que tenían más rodaje de vida.

Tiempo después Alejandro me contaría que se conocieron en la Casa de Menores, institución a la que se habían integrado al poco tiempo de concluir sus estudios de humanidades. Había sido buen alumno en el Instituto Nacional, y pese a su expulsión por permanentes ausencias, no tuvo problemas para incorporarse al Barros Borgoño. Su tarea allí era algo parecida a la que desempeñaban los tradicionales inspectores en los liceos y colegios de educación pública. “Teníamos que lidiar con muchachones bravos y desadaptados que llegaban allí por su mal comportamiento social. La pega no era fácil, pero el sueldo nos permitía cubrir nuestras necesidades”, recordaba. En eso estaban cuando se les ocurrió cumplir con el trámite del bachillerato para la postulación a la educación universitaria. El puntaje, sin ser brillante, les alcanzó para ingresar a la carrera de Periodismo, que entre todas las que barajaron les pareció la más interesante.

Para Alejandro la vida no era fácil. Tampoco la había sido en su niñez. Cuando niño, su padre dejó a la familia y se quedó con su madre, a la que le brindó su apoyo y cuidado cuando la afectó un cáncer que terminó con su vida. Ahora, casado y ya con algunos hijos, necesitaba recursos extras para sostenerse. Así fue como se les ocurrió

con Jorge Uribe comprarse un taxi, el que les brindó satisfacciones y tiranteces en su amistad. Medio en broma y medio en serio, se les veía discutir por la “entrega” diaria de los dineros que recaudaban a diario conduciendo el Simca 1000. Nunca se supo, y fue materia de habladurías, qué ocurrió y quien se quedó con dinero de la venta del auto cuando decidieron dar término al negocio.

La combinación de sus inquietudes y virtudes, así como el desparpajo con el que transitaban por la vida, les permitió tempranamente –incluso antes

de concluir con las exigencias académicas para la correspondiente titulación— iniciar el ejercicio de la profesión. Fueron unos adelantados, como algunos otros más del curso, en comparación al resto de los compañeros, que lidiaban para terminar de la mejor manera la carrera para buscar luego una oportunidad en el mundo del periodismo.

Ganándose la vida

Socialistas por convicción, el triunfo de Salvador Allende en 1970, fue un magnífico escenario tanto para Jorge como para Alejandro. El primero se ganó un espacio en la OIR (Oficina de Informaciones y Radiodifusión de la Presidencia) y el segundo se incorporó al Diario La Nación, ejerciendo primeramente como periodista deportivo y luego como reportero político.

Allí nos volvimos a encontrar. Di mis primeros pasos en Crónica y luego me integré a la sección Deportes. Más tarde, en un escenario convulsionado, me asignaron a Policía. Los sucesos del 73, con el golpe de Estado consumado, nos separaron. Y a él, por su filiación política, lo obligaron a buscar refugio en legaciones extranjeras. A poco tiempo del golpe, agobiado por la situación, se asiló en la embajada de Italia. Tras permanecer allí por algunas semanas y ante las dificultades de abandonar el país, resolvió salir del recinto diplomático y buscar algunas opciones de sustento, cosa difícil porque ya tenía siete hijos. Sucesivos allanamientos a su casa y la constante angustia de su familia lo impulsaron a un segundo asilo, esta vez en la embajada de Colombia. A mediados de 1974 consiguió viajar a Bogotá. Se fue solo y poco después se llevó al grupo familiar. Allí viviría por largos 18 años.

Durante el exilio, trabajó en el diario *El Bogotano*, convirtiéndose en uno de sus mejores periodistas. Y, de manera paralela, dictó clases en la Universidad Central en la cátedra de redacción periodística. A finales del 75, se integró al equipo de la agencia de publicidad Leo Burnett, en la que comenzó como copy creativo. Luego lo ascendieron a creativo y más tarde a director creativo. Esto generó en Alejandro una segunda carrera, ganando premios nacionales e internacionales en ésta y otras importantes agencias. Sin embargo, y pese a sus éxitos, no dejaba de pensar en el regreso a Chile.

Retorno y Reencuentro

Abiertas las puertas del retorno, su regreso al país en 1989 lo trajo con una importante experiencia en publicidad y una familia numerosa, por lo que necesitaba ganarse un espacio en un medio que simplemente desconocía. Nos reencontramos otra vez a comienzos de los 90, en una de las reuniones del curso de la Promoción del 66, y convinimos en intentar algún desarrollo periodístico y comercial. Su urgencia de sustento, su abundante ansiedad soñadora y su innato talento creativo, resultaron determinantes al momento de plasmar la idea que juntos concebimos para el nacimiento de Revista InduAmbiente.

Trabajamos codo a codo, entre lágrimas de sacrificio y risas de esperanza. Hacia fines del año 92, como nunca disfrutamos cada hora de los esfuerzos desplegados. Sin saber hacia dónde íbamos. Apenas con la certeza de que podríamos crear algo magnífico. Amantes del deporte ambos, solíamos refugiarnos en aquella voluntariosa expresión premundialista del 62 en cuanto a que “nada teníamos y queríamos hacerlo todo”. Al cabo de pocos meses, en marzo del 93 lanzamos la primera edición de la revista. Y después vinieron otros productos de la pujante editora.

Quizás si la mejor cualidad de Alejandro frente a la vida fue su intento permanente para superar escollos. Nada veía difícil. A todo le buscaba una solución sencilla, aunque su propia respuesta al problema no le resultara del todo convincente. Tuvo nueve hijos y, tal vez como una manera de saldar su recóndita e involuntaria culpa de haberlos obligado a crecer en un país ajeno, a todos les brindó apoyo y respaldo permanente. A algunos los vinculó con el periodismo y el medio ambiente, como es el caso de Marco Antonio y Tatiana, fotógrafa; Christian, en labores de armado y diseño; Katia, como ingeniera ambiental; Ariel, en diseño gráfico y publicitario. También les entregó fortalezas, en la medida de sus posibilidades, a Claudio, Iván, Alejandra y Enzo.

Fuimos como aire y tierra. Él con sus visiones de etéreas grandezas y yo con la solidez de la realidad. Una mezcla perfecta, o casi perfecta, para desarrollar el más promisorio y longevo medio de información nacional sobre los asuntos del medio ambiente y el

uso adecuado de los recursos energéticos.

El 2006 quiso abrirse camino con algunos de sus hijos en una incursión editorial por el mundo de la minería y energía. Y dividimos la senda que juntos habíamos recorrido por muchos años y con tanto éxito.

Un par de meses antes de su muerte supe que la enfermedad que sufría desde algunos años lo estaba complicando. Y que la inesperada partida de su compañera de toda la vida, Irene, lo tenía casi indefenso. Lo visité una tarde de septiembre y lo acompañé en su cama de hospital. Me contó que tenía nuevos planes y que podríamos concretarlos. Nos abrazamos, como viejos camaradas. Y quedamos de vernos para seguir conversando en torno a un buen vivo. Pero Dios quiso que no alcanzáramos a brindar por la vida y el medio ambiente. Una pasión que nos unió por mucho tiempo.



Alejandro Villalobos y Carlos Araya con el personal de Induambiente, un equipo especializado en comunicaciones ambientales. Al centro de la foto Norma Berroeta y Mónica Iradi, compañeras también de la Generación Mario Planet.

Verónica Schwartzmann Rauch

LA MULTIFACÉTICA

Por Hugo Mery



Verónica en sus años de estudiante, con Samuel Urzúa, ayudante de Fotografía.

104 Periodismo no fue su primera elección. Sus espectaculares 32 puntos en el bachillerato (con un mínimo de 18 puntos y un máximo de 35) permitieron a Verónica Schwartzmann franquear las puertas de cualquier carrera que quisiera. Así, incursionó primero en Derecho y después en Economía, dándole vueltas a la carrera de su madre, asistente social. Finalmente se decidió por Periodismo, dándose cuenta de inmediato que en calle Los Aromos estaba lo que buscaba: conexión cotidiana con la realidad, ambiente de libertad y cambio y estímulo para insertarse en los movimientos sociales y políticos. Siguió siendo buena alumna y “matea” como siempre, no dejando de articularse como independiente de izquierda en los movimientos de la época. Junto a su compañera Carmen Gloria Dunnage se movilizó por el Mapu, como lo hiciera después por el Partido Socialista.

Amistosa e interesada en la gente como era, trabó amistades, algunas de las cuales perduraron hasta el fin de sus días, con compañeros como Montserrat Tohá, Vivienne Barry y el marido de ésta, el “Pelao” Juan Enrique Forch, la ya fallecida Ximena Solís Vildósola, Victor Hugo de la Fuente, el después escritor Darío Oses y la oyen-

te por harto tiempo Mónica Mosca.

Después de participar activamente en la campaña presidencial de Salvador Allende, Verónica se dio a la tarea de preparar su tesis y examen de grado para titularse, logrando distinción máxima en la prueba decisiva. Previamente, hizo su práctica profesional en Televisión Nacional, bajo la égida de Bernardo de la Maza, junto a Santiago Pavlovic. Pese a sus buenos recuerdos de esa época con el gran profesional que para ella era Bernardo descubrió que no le gustaba aparecer en pantalla y eludía las sugerencias en tal sentido de aquel. Esto sin hacer caso a su buena estampa y bonita voz.

Muy pronto, el gobierno de la Unidad Popular le ofreció llenar un cupo socialista en comunicaciones en la Corfo, puesto en que la sorprendió el golpe de Estado.

Ella entonces pensó en irse a Israel. Judía observante, el llamado ancestral se veía favorecido por lo que ocurría en Chile, donde nació. Su madre y abuelos eran de Polonia y se vinieron a Sudamérica, casándose su mamá con un judío sefardí nacido en Santiago.

Pero el destino llevaría a Verónica Schwartzmann Rauch a Europa. Su pareja, el periodista Hugo Mery, que finalmente se convertiría en su marido, tenía una beca en París para el programa “Jurnalites en Europe” y no pudieron separarse, en los 38 años en que estuvieron juntos.

Fue un año de vivencias plenas dando rienda suelta a sus intereses culturales, sociales y lingüísticos (pese a que fue educada en la Alianza Francesa, para después estudiar en el Liceo 1 de Niñas, quiso profundizar el francés en París). Su pasión por el arte la hizo visitar todos los museos europeos que pudo y no dejaba de admirar las arquitecturas más impresionantes, las que podía describir elocuentemente. Una vez en un balcón elevado del jardín de las Tullerías le describió a su novio los detalles de todo lo que se podía ver desde allí, que no era poco: la place Concorde y sus fuentes de agua, la Asamblea Nacional, edificios aledaños, la organización del tránsito, etcétera, etcétera.

Juntos iban casi todos los días al cine, pues París –sobre todo en el barrio latino– ofrece un permanente festival de películas de los más diversos países, géneros y autores. Escuchaban siempre radio, sin mayor acceso a la televisión –que en ese tiempo aquella era casi toda hablada, con muy poca música– interesándose especialmente en las emisiones periodísticas y culturales. También leían diariamente *Le Monde*.

Como Chile estaba de moda en ese entonces, alternaron con muchos franceses conversando en comidas e instantes bohemios sobre las inquietudes y aspiraciones de ambos lados.

Cuando acabó la beca, Verónica consiguió –con su llegada a la gente– compartir alojamiento en un departamento y luego reemplazar por un mes a los dueños de casa de otra vivienda durante sus vacaciones.

De vuelta a Chile se encontró con una vida diplomática en la que hizo gala otra vez de sus aptitudes personales. Esto no obstó para que no quisiese regresar al periodismo activo. Durante largo tiempo estuvo en la agencia Orbe. Cuando no hacía mesa, como reportera era muy rápida y eficaz, tanto para recoger y formular preguntas,

como para despacharlas al instante por teléfono al editor de turno. Posteriormente, quiso incursionar en el periodismo interpretativo elaborando varios reportajes sobre costumbres, espectáculos, salud y temas de esa categoría para diversas revistas, la principal de las cuales fue *Pluma y Pincel* con la edición de José Miguel Varas y la dirección de Faride Zerán, quien le alababa su estilo dúctil, pluma ágil y enfoques certeros.

Finalmente, decidió incursionar en otra de sus vocaciones: la pintura y la artesanía. Presentó cuadros en óleo a un concurso de Almacenes París obteniendo el tercer lugar entre una cuarentena de obras.

No dejó nunca de cultivar las relaciones humanas sin prejuicios ni discriminaciones de ninguna especie. Pese a que no soportaba el antisemitismo, criticaba las políticas del gobierno y el Estado de Israel en los territorios palestinos que ocupaba, repudiando las atrocidades contra pobladores civiles en Gaza y Cisjordania.

Dueña de un gran sentido del humor, no sólo buscaba y gozaba los buenos chistes, sino que ella disfrutaba contar chistes que se reían de los judíos.

Como éstos:

–Jacobó e Isaac, eran socios en una joyería. Un día el segundo le dijo al primero que necesitaba tomarse unas vacaciones, porque estaba extenuado.

En su ausencia, hubo un atraco al negocio.

Entonces, Jacobó puso un telegrama urgente: Isaac, asaltaron la joyería. Se robaron tu parte.

–Una señora, en Israel lloraba en el tren: uy uy uy, que tengo sed uy uy uy.

Un vecino de asiento, no soportando más le pasó una bebida: ahí tiene, señora, para que calme su sed.

Ella sorbió un trago largo y al poco rato comenzó nuevamente; uy uy uy que tenía sed uy uy uy.

–Jacobó e Isaac una vez deciden hacer un paseo juntos a un lugar muy lejano. Como durante varios días no aparecían de regreso, su gente decidió ir a buscarlos en las áreas que ellos habían señalado. ¡Jacobó e Isaac! ¿están cercaaa? Contesten si nos escuchan... Jacobó

bo e Isaac ¿dónde están?

Finalmente se escucha la respuesta: aquí, pero nosotros ya dimos, ya dimos.

Verónica gozaba el humor tanto como otras manifestaciones. La música, por ejemplo. Su canción favorita era Yesterday de Lennon y MacCarntney y en su último tiempo había descubierto a I've got you under my skin, por Frank Sinatra. Pero su gran cantante favorito era Joan Manuel Serrat a quien vio en Santiago, París y Buenos Aires. Disfrutaba del baile y su rostro se ponía radiante cuando se alcanzaba la plenitud en una buena pieza.

Pero su alegría más radiante la demostró cuando nació su hijo Hernán, a quien deseó y buscó con denuedo.



Con su hijo Hernán.

María Celina Arosteguy Fernández (Mao)

TRASCENDENTE, LUCIDA Y GENEROSA

Por María Eugenia Borel

Acompañé a un buen amigo al cementerio. En el camino nos detuvimos en la Pérgola de Las Flores, preguntó cuántas rosas rojas había en un enorme balde metálico. Bien rojas, brillantes, frescas y perfumadas.

–Solo he vendido tres, deben quedar 97– le respondió la señora.
–Me las llevo todas, incluido el balde– afirmó, sin siquiera preguntar el precio.

Era mediodía, esa primavera santiaguina había sido extremadamente calurosa. El césped sobre la tumba de María Celina, conocida por todos como Mao, estaba húmedo, no había flores, solo una lápida con su nombre que indicaba el día de su funeral: 4 de febrero de 1996. Un inesperado y fulminante accidente cerebrovascular le había quitado la vida a los 46 años, ocho meses antes. En silencio, fue colocando, una tras otra, una al lado de otra, pegaditas, las hermosas flores sobre el pasto.

Mientras la tumba se convertía en una perfumada alfombra roja llena de vida, imágenes de la Mao se agolpaban en mis recuerdos,

tan nítidas que hasta pensé que su muerte era solo idea mía, que estaba en mi imaginario.

Estuvimos allí un par de horas, casi en silencio, solo algunos queltehues y otros visitantes al cementerio distraían nuestros recuerdos. ¿Por qué habrá siempre tantos queltehues en los camposantos?

La Mao vivió y disfrutó intensamente sus amores, era bien arriesgada, muy cómplice, pero así como entregaba locamente su corazón, con idéntico entusiasmo se desencantaba.

El golpe de estado del 11 de septiembre del 1973, la sorprendió trabajando como reportera en el canal Trece de TV, mientras yo hacía mi práctica, en un programa dirigido por Gonzalo Bertrán en Televisión Nacional. Esa terrible noche, ella tuvo la buena idea de quedarse a dormir en casa de su hermana Pilar, en Providencia.

Idea que tal vez la salvó de ser detenida y torturada, dado a que hasta ese momento compartíamos un pequeño departamento situado en calle Carrera, con Sazié, justo al lado de la sede política



Celina Arosteguy en sus años de estudiante.

del Mapu Garretón, lugar que fue varias veces allanado por los militares, igual que los departamentos y casas de los alrededores.

A nuestro departamento, en un tercer piso, sin ascensor, los militares entraron por la ventana, descolgándose con cordeles desde el techo del edificio, por la única ventana al oriente, desde donde unas pocas horas antes, yo había visto el rugiente y amenazador paso de los aviones que bombardearon la Moneda y las columnas de humo, como consecuencia del voraz incendio que provocaron las explosiones lanzadas por aviones de la Fuerza Aérea, como si hubiésemos estado en una guerra feroz.

Nuestro amigo y compañero René Toro también vivía en el vecindario, en una antigua construcción ubicada en calle Echaurren muy cerca de la Alameda. Famosas eran los malones y encuentros políticos que se realizaban en esa casona, que después del golpe de estado se extendían por toda la noche hasta el término del toque de queda, a las 7 de la mañana. Las llamábamos “Las macumbas de René Toro”. Allí se conversaba de política contingente, se bailaba, bebía alcohol, se fumaba uno que otro salivoso y comunitario pucho de marihuana. También se pololeaba y surgían efímeros romances.

Concluido el toque de queda, con la Mao, una de las pocas alumnas de la Escuela de Periodismo que tenía auto, un ajetrezado Fiat 600 blanco, transportábamos juntas a los compañeros que no eran capaces de llegar a sus casas por si mismos..., obvio, que después de una muy regada noche de macumba, eran muchos los “heridos” y debíamos hacer varios viajes. René Toro facilitaba su casa, pero se negaba a dar desayuno y a prestar camas.

Ella era así, de una generosidad sin límites, todo lo compartía, si alguien en la escuela no tenía dinero ni para micro, de alguna parte lo obtenía y se lo daba, nunca prestó plata, siempre la dio sin devolución y así, también su afecto, su tiempo, sus libros, su ropa, regalaba todo lo que podía.

Amiga querendona, sensible, leal y exigente. Y también muy severa, si hubiera vivido en Inglaterra, perfectamente podría haber trabajado como “Nany” en la casa real británica. Siempre pulcra e impecablemente vestida. Era enemiga de las burradas y se tomaba todo muy en serio, desde “copiar” en una prueba de televisión o de economía, hasta disputar un juego de pingpong en el acogedor y luminoso hall de nuestra escuela.

Decía, que las cosas hay que hacerlas bien, si se copia en una prueba, se copia bien, no a medias. Y si hay que “soplarle” materias a alguien, hay que hacerlo con responsabilidad.

Todos disfrutábamos enormemente las “pruebas para la casa” que nos dictaba el profesor de sicología social, Patricio Saavedra.

Aún recuerdo lo que sufríamos con esa asignatura, todo lo que teníamos que leer, comentar, compartir materias y... después de dos noches y días sin dormir... ir a dejarlas a toda carrera a la casa del profesor antes de las 7 de la mañana, casa que por suerte estaba ubicada en Dr. Johow, muy cerca de nuestra linda y querida Escuela. El plazo de entrega era a esa hora o nada. Lo peor era que las notas no eran individuales sino que grupales, o sea, si alguien fallaba, todos nos perjudicábamos. Y los grupos los designaba el profe.

Salvador Allende, su paradigma

La Mao fue allendista hasta su partida, enfatizaba que sus ideales políticos y sociales estarían siempre a la izquierda, en el lado de su corazón. El presidente Salvador Allende era su paradigma. Con don Mario Planet conversaban horas, días enteros, de igual a igual, no de maestro a alumna, para ambos era el líder, el ejemplo a seguir, a imitar. A menudo iban caminando hasta la Fuente Suiza, se instalaban en el segundo piso a disfrutar las exquisitas empanadas fritas, que servían sobre unas lustrosas y negras mesas de madera.

No nos perdíamos las marchas universitarias y estudiantiles por la Alameda, por Grecia, por Teatinos, pero, jamás en esos tiempos se quebró una ampolleta, ni se dañaron jardines, ni vidrios, ni semáforos, ni menos hubo asaltos al comercio ni encapuchados: nuestra generación actuaba a rostro descubierto.

Aún recuerdo la imagen de la Mao, durante un multitudinario desfile por la Alameda frente al edificio de la Universidad Católica, donde se desplegaba en todo el ancho un enorme cartel con la leyenda en letras rojas “El Mercurio Miente”, misma frase en papel, bastante más pequeña, que ella lucía en su trasero, afirmada con alfileres sobre los ajustados jeans azules. La fotografía testimonial de ese histórico momento estudiantil la rescaté desde los archivos fotográficos de El Mercurio varios años después, empresa periodística en la que trabajé durante 23 años consecutivos.

Cuando le entregué la foto, la Mao contenta como cabra chica, la guardó como su más importante tesoro. Para ella tenía una connotación histórica, era un testimonio vivo de su paso como alumna de Periodismo, siempre repetía que a la universidad no solo se va a estudiar una profesión, a obtener un título, también a luchar

por los ideales políticos y sociales. Personalmente, hoy, pagaría una fortuna por tener en mis manos esta fotografía, imagen que tal vez podrían ilustrar estos recuerdo que escribo sobre ella.

Era una ávida lectora. En una semana podía leer dos o tres libros, le agradaba conversar los temas, analizarlos, reflexionarlos. Le irritaba que las personas, especialmente jóvenes, no tuvieran opinión, que fueran “como amebas” que daban vueltas por la vida. En este sentido, nuestra Escuela fue una importante formadora intelectual



Reunión en casa de Celina. Junto a María Eugenia Borel y Cornelio González. Atrás, Guillermo Castillo y Víctor Manuel Mandujano

y política, en realidad había muy pocas “amebas” dentro del alumnado y profesorado. Obvio, todo antes de la dictadura.

Disfruté, el largo discurso que Fidel Castro pronunció en el campus de la Universidad Técnica del Estado, hoy Universidad de Santiago. Fue tema de muchas entretenidas jornadas de conversación. Discutía con los profesores, jamás se dejó influenciar por la opi-

nión de algún maestro, ni menos ponía “caritas” para conseguir una mejor nota. Nosotros, sus compañeros de periodismo, siempre la molestábamos diciéndole que era “la regalona de don Mario Planet y de don Carlos Andrade”, a lo que ella respondía: *“para mí mis regalones son don Alfredo y Panchito”*, el mayordomo, y el auxiliar del laboratorio fotográfico y de cine, situado en el subterráneo.. Panchito, Panchito, cuantos secretos se habrá guardado... de alumnos que furtivamente buscaban los cuartos oscuros para un fugaz encuentro amoroso...

La Mao comenzó a trabajar en el Canal 13 de TV cuando estaba en tercer año de periodismo. Trabajo y estudios a los que puso fin el golpe de Estado. En el canal la despidieron sin darle argumentos claros y nuestra querida Escuela fue clausurada por más de un año académico.

Nuestra generación, sin duda, fue castrada profesionalmente a partir de esa fecha, muchos alumnos se fueron de Chile, otros cambiaron de actividad y muchos no pudieron concluir sus estudios por prohibición de la dictadura: no había matrículas para ellos.

Encuentros clandestinos

Con muchos compañeros que se quedaron en Chile, nos reuníamos periódicamente en la clandestinidad. A veces en la Plaza de Armas, en el Mercado Central, en las liebres Pedro Valdivia/ Blanquedado, verdes, cuadradas y feas llamadas “las Marujas”...porque se sospechaba que la dueña era la Maruja Ruiz Tagle, esposa del ex presidente Eduardo Frei Montalva. Nos poníamos de acuerdo en la hora y, a medida que la liebre avanzaba por las calles Alameda, Providencia y doblaba por Pedro de Valdivia, nos íbamos subiendo hasta llegar casi al terminal, bien lejos, en realidad, tal vez bien al sur de la comuna de Ñuñoa. Obvio, siempre uno de nosotros tenía que ir medio agachado semicolgado de la puerta, que era el “pase” para subir y encontrarnos en el interior.

Nos hacíamos los desconocidos hasta casi el final del recorrido, nos bajábamos, estábamos horas conversando para después iniciar el viaje de regreso. Con la puesta en marcha del Metro, nuestros encuentros se modernizaron: los hacíamos en diferentes estaciones.

Guillermo Castillo Sánchez, amigo y compañero de curso recuerda aún con cierta angustia, uno de los tantos “episodios” que vivió con la Mao tras el golpe militar:

“Nos juntamos a los pies del cerro San Cristóbal, y subimos a un trencito (que de hecho era un tractor) que hacía el recorrido por el zoológico y la Virgen. La cita fue allí, ya que íbamos a conversar de cómo podíamos ayudar a unos amigos que tenían que salir de Chile y esperaban nuestra solidaridad. No me imaginaba su incondicional ayuda y la valentía que demostró en todo momento. Reconozco que me equivoqué con la Mao. Hasta ese instante, la consideraba una buena amiga, pero nunca tan comprometida y valiente. Su cara y su físico delgado, siempre elegante, decía otra cosa.

Lo que iba a ser un encuentro clandestino, resultó ser todo lo contrario, ya que éramos los únicos en la piscina Tupahue que estábamos vestidos, tomando sol. Éramos el centro de atención y de bromas de los niños que jugaban en el agua. Rápidamente salimos del lugar y nos instalamos cerca de la Virgen, como si fuéramos pololos. En esos días, hasta la sombra podía ser sospechosa, había «sapos» civiles y militares por todas partes.

Entre el sol veraniego y unos helados de vainilla, bastante desabridos, acordamos la hora del encuentro en el barrio Providencia y, de cómo lo haríamos, para ingresar clandestinamente en la Embajada de Italia, a dos compañeros estudiantes que necesitaban con urgencia salir de Chile.

Con la Mao estábamos muy asustados, con ganas de salir corriendo, al borde del arrepentimiento. Ya se acercaba la hora del toque de queda y juntando todo el coraje posible, con nuestros amigos hechos un ovillo dentro del viejo Fiat 600, estacionamos en calle Miguel Claro y con la fuerza que da el terror, de un par de brincos, como si fueran competidores en una Olimpiada, saltaron el alto muro que protege la embajada italiana de la calle.

Los aplausos con que fueron recibidos los amigos en el interior del recinto diplomático, nos indicaron que nuestra misión había sido cumplida. Unos meses después supimos que uno de ellos estaba en Panamá y el otro en México.

De este tema nunca más hablamos con la Mao. No era necesario.

Empresaria exitosa

Después del golpe, por seguridad la Mao regresaba solo ocasionalmente al departamento de calle Carrera, se quedó junto a su hermana Pilar y su cuñado, Jaime Caro, ambos médicos, en una vivienda ubicada en Carlos Antúnez.

“Nuestro departamento” pasó a ser una especie de “albergue ocasional” para los amigos a quienes sorprendía el toque de queda en pleno centro de Santiago. Hasta hoy, disfrutamos con mucho cariño estas conversadas noches donde no había mucho que comer, pero, sí muchos temas que comentar.

Tampoco encontró trabajo como periodista. Sus ingresos provenían de la creación de difíciles puzzles que vendía a periódicos y revistas. La recuerdo sentada sobre su cama, en posición loto, con una escuadra, varios diccionarios y montones de papeles, trabajar hasta altas horas de la madrugada. Era así, sus compromisos y responsabilidades los ejercía a concho, era muy prolija y rigurosa en todo.

Varios años después del golpe, un día cualquiera, mientras esperaba locomoción en Avenida Providencia, conoció a su futuro marido. Tras un tiempo, se casaron, dando inicio a una pequeña fábrica de muebles de “palos quemados” y “carteras de mezclilla”, muy de moda en aquellos años. Tuvieron dos hijos: Celina y Francisco.

Le encantaba tener su casa los fines de semana llena de amigos, era una espléndida anfitriona. Le gustaba jugar póker, preparar ricos aperitivos y comidas. Los asados eran memorables, siempre con la mejor carne, con los mejores vinos.

Durante 26 años fuimos, amigas, hermanas, confidentes. Compartíamos las fiestas navideñas, de fines de año, las vacaciones en su departamento de Reñaca. Éramos tres las inseparables: la Mao, la Taty (prima política de ella) y yo, nos llamábamos “las tres mosqueteras”. ..Estuvimos juntas hasta el último suspiro que nuestra querida amiga dio en este mundo... y en un último acto de generosidad, sus órganos fueron donados.



Una instantánea de Mao en las playas de Papudo, durante un viaje de curso.

En 1970, la Mao llegó a estudiar a la Escuela de Periodismo, venía de haber cursado una carrera paralela de matemáticas en la Universidad Técnica del Estado. Cuando apareció por los pasillos, los varones quedaron hechizados: Delgada y esbelta como un junco: ojos profundamente azules, pelo castaño, dientes y boca de aviso publicitario.

Obviamente, era muy solicitada como modelo en las clases de fotografía del profesor Domingo Ulloa. Ella, siempre dispuesta, disfrutaba enormemente esta ocasional vitrina como si se tratara de la filmación de una película. Una de las imágenes que

ilustran esta nota fue tomada por Guillermo Castillo Sánchez, compañero y amigo.

De apariencia frágil, pero nadie, se atrevía a contradecirla sin un buen argumento, sin información. Muy fuerte, lúcida, tenía magnetismo, era querida y también cuestionada, tal vez por su personalidad un poco arrogante. No era fácil acercarse a ella, pero quienes lograban traspasar esta barrera, contaban con su afecto y lealtad hasta el fin de los siglos...

Era seca para las matemáticas, esto fue decisivo en el éxito comercial que tuvo el inicio de su modesta fábrica de palos quemados, que tras algunos años, se convirtió en una destacada mueblería de Avenida Tobalaba, en Providencia, éxito empresarial y económico que ella habría cambiado feliz por haber escrito una pequeña crónica o una noticia radial para un sencillo medio de comunicación.

El sol seguía pegando fuerte en el cementerio, ubicado al costado norte de Americo Vespucio. Era tan implacable el calor que antes de retirarnos ya las bellas rosas rojas comenzaron a perder su brillo, su lozanía, aferrándose más al césped de la tumba como queriendo proteger a quien yacía en el interior. La Mao, habría preferido que sus restos fueras cremados, tampoco habría estado de acuerdo con una misa fúnebre. Era agnóstica profunda. Y no tuvo tiempo para decidir por sí misma.

Después que me titulé de periodista en 1977, nunca regresé a nuestra querida Escuela de Periodismo, ubicada en calle Los Aromos, pero sigo recordando con inmenso afecto los hermosos años que viví como alumna, y que seguimos recordado en la actualidad, junto a Guillermo Castillo, Juan Guillermo Mellado, Ximena Ortúzar, Carmen Torres, Ruth Velasco, Lina Castañeda, Víctor Mandujano, Carlos Guerra, Enrique Contreras, entre otros, testigos de la fecunda vida de nuestra querida amiga y compañera Celina Arosteguy Fernández.

René Toro

ÚNICO, MULTIFACÉTICO, QUERIDO

Por Carlos Guerra



María Eugenia Borel, René Toro y Ruth Velasco en la Escuela de Periodismo.

René era un personaje único, conocido por todos, multifacético, querido, con buena pinta y un gran amigo. Fuimos compañeros en la Escuela de Periodismo desde que ingresamos en 1971, hasta que el golpe militar nos separó en 1973. En el internato disfruté enormemente de su amistad.

Podría escribir muchísimas páginas sobre René, vivencias universitarias inolvidables.

Era un hombre de izquierda, nunca muy comprometido, pero siempre dispuesto a trabajar en los cordones industriales, en los talleres laborales, en la lucha por conseguir que los trabajadores fueran ganando espacios en la sociedad chilena. Y, también, muy malo para los deportes....

Nunca pasó inadvertido. Lo pasaba bien y mal. Sus días eran fantásticos o malos como el natre, no había grises, iban de un extremo a otro.

Pero ninguno de sus compañeros podríamos decir, que era una persona aburrida, latera. Al revés : era un personaje indispensa-

ble en cualquier grupo, hablaba y se reía fuerte, cantaba, contaba chistes, era el primero en entusiasmarse para ir por unas cervezas a Las Lanzas, a un local del Club Radical (ubicado en Dr.Johow con Eduardo Castillo), a la Fuente Suiza a disfrutar de ricas empanadas fritas.

Entre estos encuentros, recuerdo una escena inolvidable : Cerca de las dos o tres de la mañana, junto a Ximena Ortúzar, María Eugenia Borel, Gonzalo Mizala, yo y otros que no recuerdo después de 40 años, íbamos por calle Estado a tomar micro en la Alameda, de pronto René a todo pulmón comenzó a cantar una área de ópera, que con el silencio de la noche, se escuchaba como un potente despertar de buena música en plena madrugada. Tenía una hermosa voz.

A ninguno de nosotros llamaba la atención estos cantos en cualquier parte, así era René. Aauténtico, hacía lo primero que se le venía a la mente.

Como tantas veces, habíamos estado arreglando el mundo en el 'Black and White', tradicional lugar nocturno donde se podía be-

ber en los años 70 un refrescante blanco con chirimoya o durazno o un tinto con frutilla. También allí, en un viejo piano, siempre alguien vestido de ajetreado negro, tocaba algún lastimero tango... que nadie escuchaba.

Este local e Il Bosco, situado en la Alameda con Estado, eran los únicos lugares donde los parroquianos, estudiantes e intelectuales de la época conversaban durante noches enteras. Inolvidables sitios para el recuerdo.

A medida que avanzábamos, la potente voz de René retumbaba en los altos edificios, de pronto reía fuerte, hablaba y volvía a entonar una nueva área. Para cantar no necesitaba estar bebido, su carácter era instintivo, espontáneo, era una persona muy natural sin envoltorios que lo camuflaran.

Nada obteníamos haciéndolo callar a punta de garabatos, que cantara más despacio, porque nos podrían llevar detenidos por desorden callejero, seguía cantando más contento y más fuerte. De pronto, escuchámos muchísimos aplausos y voces que venían desde los balcones de los edificios por donde íbamos pasando, asustados le implorábamos que se callara, pero, la sorpresa fue enorme cuando no solo lo aplaudían sino que, además, le solicitaban que interpretara otras áreas operáticas, incluso le tiraban monedas y dinero en agradecimiento a tan musical despertar.

El ¡¡¡¡bravo, bravo, bravísimo !!! retumbaba en calle Estado hasta que de amanecida, por fin, abordamos una micro de regreso a casa.

Así era René, para nosotros pasó a ser leyenda.

Buen alumno, inteligente, teatral, explosivo y un buen conversador.

Le encantaba hablar en francés, todos sus movimientos tenían un propósito, donde la medida no era un don que cultivara.

Personalmente, de vez en cuando me acuerdo de René, me gustaría que conversáramos, que recordáramos esos inolvidables años que fuimos compañeros en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, aunque esta vez no fuera en una traspasada madrugada en el 'Black and White'.

Fue arrestado y torturado tras el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. Quedó muy afectado en su salud y falleció exiliado en los Estados Unidos.

Ximena Ortúzar dedica estas líneas a nuestro compañero :

Recordar a René es escuchar de nuevo sus ineludibles carcajadas y ver otra vez sus evidentes lágrimas ante una situación conmovedora.

Fuimos amigos. Nos unió un proyecto común de país y el gusto por la ópera, la literatura y el cine. De vez en cuando encontrábamos un tiempo para hablar de ello.

Recibí su solidaridad y su generoso apoyo. Compartimos situaciones y desafíos. Ambos buscábamos entonces nuevos caminos y definiciones.

No sé si logró lo que buscaba.

Nos separó el 11 de septiembre de 1973. No volvimos a vernos.

Y aunque no reanudamos la comunicación, al saber –tardíamente– de su muerte, me sentí un poco más sola.

Patricia Bravo Berli

SUS OJOS DE AGUA

Por Mónica Silva Monge

Cuando la noticia de su fallecimiento se regó a varios puntos en Chile y otros países, Susana Vázquez, nuestra compañera ecuatoriana, se enteró –me cuenta– de cuántas personas habían recibido de Paty Bravo lo mismo que ella, *“su espíritu diáfano igual que sus ojos, su inteligencia inspiradora, o ese temple suyo, siempre allí, férreo y sin ostentación”*.

Cuenta Susana que en esos años 70, llegada a Santiago desde Quito, cruzando Macul, una camioneta la pasó a llevar. Siguió heroica su camino a la Escuela, y en los pasillos estaba Paty, que la instó a ir al médico. No se dejó convencer por ella, que alegaba que no había de qué preocuparse. *“Paty insistió en que fuéramos a su casa por si necesitaba algo, y allí estuve durante dos meses”*, dice, y continúa...

“Volví a Chile, donde están todos mis amigos, después de casi tres décadas. Paty, Leo, su esposo, y su hijo me esperaban en la estación Mapocho. Fuimos a su casa, disfrutamos de su mesa, de su casa abierta. Paty, con su afecto a prueba de años, me invitaba a volver, ya que pensaba hacer un segundo piso para los amigos de otros lares. En esos días hubo un encuentro maravilloso con Gustavo González,

Ruth Velasco, Lina Castañeda, Mónica Silva M., y otros más. En la frontera con el Perú, rumbo ya a Ecuador, sollozaba sin consuelo.”

“Un par de años después, volví a Santiago y una vez más Paty estaba allí. Nos tomamos los mejores piscos de la vida, conversamos; entendía todos mis entuertos y fantasías. Fuimos al centro de artesanías en el cerro Santa Lucía y me regaló una bandejita de madera con su cuchara. Es mi tesoro aquí en Atenas, donde vivo hace años. Nos despedimos. Nos escribíamos: su nieto estaba a punto de nacer; me dijo que también por eso, no tenía ninguna gana de morirse.”

“No pude volver como quería, a verla, por el miedo a que la perdiéramos y no habría otro día. No te resignas a que sea verdad, no quieres tratarla como a enferma y no fui a verla. Ahora, la recuerdo mientras hojeo una y otra vez el libro de Paty sobre Violeta Parra que Mónica me envió a Ecuador”, termina diciendo Susana.

Patricia Bravo: El canto de todos

Una gran amiga de Paty fue Patricia Stambuk, quien evoca momentos personales: *“Reflexiva, racional, pero también muy emoti-*

va. *¿Eres buena abuela?, le pregunté cuando nació Vicente, su primer y único nieto. Y me dijo con su sencillez y dulzura habitual: «me gusta darle besitos».*

Patricia recuerda que se hicieron amigas haciendo la fila para matricularse en la Escuela, y que muy pronto compartieron la tarea autoimpuesta de investigar sobre la vida de Violeta Parra a cinco años de su muerte, *“haciendo entrevistas a diestra y siniestra, hur-*



Patricia Bravo

gando en cada detalle (...) Disfrutamos tecleando en las noches y en los fines de semana, transcribiendo las entrevistas, redactándolas, como si fuera nuestro mejor panorama.”

Todo se interrumpió con el golpe militar. El libro fue publicado tiempo después en varias ediciones bajo otras firmas y sin auto-

rización de sus autoras. Pero Paty no entró en malos humores por eso y dejó que los hechos decantaran. Patricia Stambuk la convenció de “dar la pequeña-gran batalla de recuperar ese visionario trabajo de investigación.”

Paty invirtió gran parte de las fuerzas que le quedaban en revisar y agregarle contenido al texto ya hecho. Sobre esto, su tocaya dice que *“Fue un reencuentro que quizás esperábamos por mucho tiempo, una búsqueda de justicia en un ámbito menor, que ella había postergado, teniendo como norte, siempre, otras búsquedas de justicia en ámbitos mayores”.* El nombre que Paty decidió para la edición, publicada póstumamente, fue *Violeta Parra. El canto de todos*, que según Patricia Stambuk fue “un reflejo de lo que ella misma quiso ser en su vida: el canto de todos”.

“Ya pues, Chiclayo, córtala, no sigas...”

Paty Bravo fue la primera amiga que hizo en la Escuela Víctor Alvarado, “Chiclayo”, nuestro compañero peruano. *“La pátina de los años no ha podido sepultar la vívida imagen de ella de esos días de marzo del 69 - dice-. Vestía un conjunto de saco y pantalón azul. Delgadísima, con una timidez natural, que le brotaba y hacía sonrojar, sin impedirle comunicarse ni rezagarse. Sin manicure ni retoques en su rostro lozano, donde resplandecían unos ojos glaucos arrobadores y una sonrisa de la que siempre me sentí agradecido de recibir. Cuando ya nos hicimos amigos yo le pedía que sonriera una y otra vez. «Ya pues, Chiclayo, córtala, no sigas», se convirtió en la frase que siempre me regalaba cuando me ponía reiterativo,”* confiesa. Chiclayo también intentó dejar de fumar para ver si lograba que su amiga “depusiera el gusto por el humo”. No lo logró.

El compañero peruano repasa la oportunidad en que lo invitó a su casa en Maipú, *“donde departí con su padre, su madre y hermano, uno de los encuentros vertebrales de mi vida chilena. Paty se mostró interesada por conocer la lucha revolucionaria del pueblo peruano. Quería saberlo todo... y su interés no era gratuito –sigue Víctor-, estaba inserta en un proceso de formación que la llevaría a su serio compromiso político con el pueblo chileno y latinoamericano, y la historia. Estaba en la orilla de un caudal de ideas revolucionarias en el que ella navegaría hasta recalar en el MIR chileno”.*

“Luego del golpe pinochetista del 11 de setiembre de 1973 –rememora Chiclayo– que nos lanzó por caminos distintos, nunca interrumpimos nuestra comunicación y siempre hubo en la distancia el espacio y tiempo para dar curso a la encendida fe en los destinos de Chile y la patria latinoamericana, y enviarnos mutuamente revistas y reflexiones. Aun guardo sus trabajos publicados y sus mensajes online, siempre fervorosos y anclados en la simpatía y afecto, en la lealtad ineludible a nuestras creencias y los sueños que supimos transmitirnos,” termina.

Paty en el corazón de todos

Mi amiga Paty fue coherente en todas sus facetas. Ambas nos negamos a realizar el falso periodismo que debía efectuarse en tono de sobreviviente al golpe. Cuando yo le conté que estaba trabajando en otras cosas para ganarme la vida “sin entregarle el alma al diablo”, ella a su vez, me dijo que estaba trabajando en una fábrica, por lo mismo. Nos dimos muchos abrazos y nos deseamos suerte. Esto se repitió cada vez que nos encontrábamos. En cierta ocasión, ya post dictadura, nos juntamos en un paradero de buses y le dije... *“mira, ese flacuchento que se va ahí es uno de los pacientes viviendo con VIH, con los que yo trabajo... Se está muriendo y tengo la desgracia de haberme hecho su amiga... y por eso ahora voy a sufrir mucho”*. La Paty me abrazó fuerte, una vez más. Ella ya estaba enferma y yo no sabía.

Ahora me he quedado con sus abrazos y su recuerdo iluminador, y como dice Chiclayo, *“siento que he perdido una de las luces más potentes de mi existencia”*.



Patricia Bravo, año 2005. Trabajando con las mujeres rurales.

Cornelio González

EL HIJO DE TALAGANTE

Por Héctor Velis-Meza

118 Cornelio González representa lo que se puede conseguir con espíritu ético, sencillez, sentido común, humildad, inteligencia, talento, disciplina, responsabilidad y... la ayuda inestimable del Estado que, en la década de 1980, renunció a la gratuidad de la educación universitaria.

Cornelio vivió su infancia y juventud en Talagante, una localidad ubicada a 38 kilómetros de Santiago, cuando esta distancia, a veces, se recorría en más de una hora por el Camino a Melipilla y no por la Autopista del Sol, como ahora. Parece que a Cornelio, la capital no le gustaba, porque cuando se casó con Katia Quintana se fue a vivir a Peñaflor y solo en la última etapa de su corta y fructuosa vida se trasladó a la metrópoli del ruido y la contaminación.

Cornelio siempre se sintió orgulloso de su familia y de sus orígenes humildes y sacrificados. Nunca se quejó de las estrecheces económicas y de la ausencia de comodidades, porque en su vida siempre privilegió lo espiritual por sobre lo material y el conocimiento por encima de la futilidad del hedonismo. Cuando salió del liceo en 1969 hizo lo que todos los muchachos talentosos de su época ha-

cían: postular a la universidad sabiendo que si eran aceptados en la carrera de su preferencia iban a estudiar sin necesidad de hipotecar su futuro en una institución financiera.

La vida es muy curiosa y la mayoría de las veces, inexplicable. Cornelio ingresó a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en 1970 sin tener una vocación muy definida. Del curso era uno de los menores, junto a Verónica Vergara, Sergio Mardones y Gino Marini. Rápidamente destacó por su inteligencia y no le costó mucho convertirse en uno de los mejores alumnos. También llamaba la atención por su honestidad intelectual, una sensatez más propia de un adulto que de un adolescente y un trato particularmente cálido y gentil. No se le escuchaban malas palabras, nunca descalificaba y trataba de pasar inadvertido, pero no lo conseguía precisamente porque sus virtudes lo hacían sobresalir.

Sergio Mardones lo recuerda por *“su sencillez y su capacidad de asombro, su ausencia de vanidad y de envidia. Tal vez por eso era tan querido y respetado por todos sus compañeros, independiente de la postura política que tuviesen, en esos años de polarización”*.

Ángela Suárez, también compañera de curso, retiene en su memoria su rostro de niño inocente: *“Era sencillito, afable, silencioso, pero cuando hablaba era imposible no escuchar sus palabras, siempre juiciosas, medidas, conciliadoras, respetuosas y pronunciadas con un tono de voz que apaciguaba los ánimos e invitaba a la reflexión.”*

Gustavo González Rodríguez fue su profesor en la Escuela de Periodismo y evoca el tiempo en que llegó a su aula: *“Creo que fue en 1972 cuando tuve de alumno a Cornelio en el curso de Periodismo Interpretativo que yo impartía. Era la época en que ganaba terreno el llamado Nuevo Periodismo y a mí me encantaba compartir en clases lecturas de revistas que estaban en ese molde. Mi favorita era la revista argentina Panorama, por donde pasaron grandes plumas del periodismo latinoamericano, como Tomás Eloy Martínez y Juan Gelman. En sintonía con las enseñanzas del maestro Mario Planet, apostaba a tener alumnos capaces de debatir y opinar sobre los más diversos tópicos de la actualidad política, nacional e internacional, pero que a la vez pudieran proyectar esos conocimientos en capacidad de análisis e interpretación y que sobre todo escribieran bien. Estábamos entonces en un terreno un tanto híbrido, como son en definitiva los territorios periodísticos, en los parámetros de la densidad y lo coloquial, del dato duro revestido del factor humano. Como docente en ciernes, en esos años en que campeaba la ideología, me gustaba teorizar sobre las estructuras de los reportajes y alguna vez le planteé a Mario Planet mi idea de sistematizar un «periodismo dialéctico». El tener alumnos como Cornelio González era un aliciente para caminar en esa dirección. Su sencillez, la introversión que lo caracterizaba, su aparente timidez que lo dibujaba como «un tipo quitado de bulla», desaparecían en los reportajes que escribía para el curso de Periodismo Interpretativo. Corregir sus textos, mecanografiados en las viejas Olympia y Remington de la sala de máquinas de la Escuela, era un placer y un aliciente para perseverar en nuestras propuestas de formar buenos periodistas en momentos en que la creciente polarización en Chile revalidaba el fácil discurso de trinchera en todo el espectro político de los medios.”*

Años más tarde, Gustavo González volvió a encontrarse con Cornelio, lejos de Chile, y en otras circunstancias: *“Tras el desbande del golpe de Estado, estando yo en Quito, lo vi aparecer*

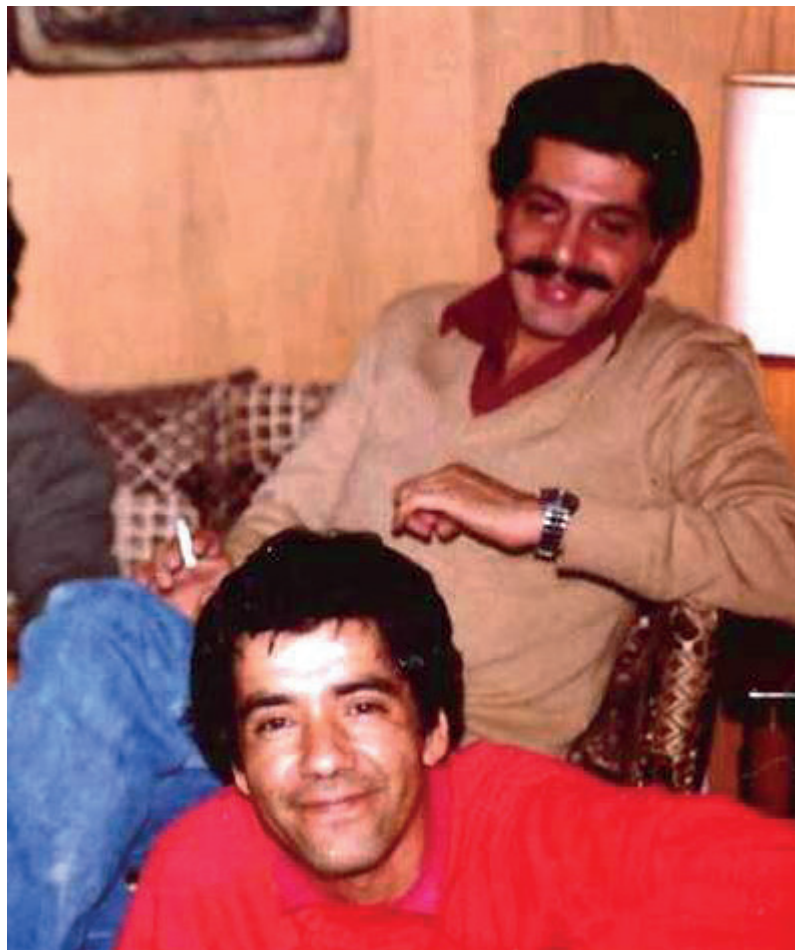
una vez por esas tierras, acompañado de su hermano. ¿Fue en 1975, en 1976? Lo cierto es que compartimos una grata velada con amigos chilenos y ecuatorianos en mi casa de Guápulo, una suerte de lugar mágico que desde la altura andina mira hacia el oriente amazónico. Muy apesadumbrado, nos confirmó que nuestro común amigo Luis Durán era ya un detenido-desaparecido. Compartimos rones y vinos, con unas latas de cholgas y choritos chilenos que Cornelio cargaba en su mochila. Años más tarde, hacia fines de 1985, recordamos esa velada con Cornelio y un numeroso grupo de compañeras y compañeros de nuestra Escuela, cuando estuve de visita en Chile, preparando mi regreso al país que se concretaría en diciembre de 1986.”



Cornelio González, siempre sonriente.

Gustavo González retornó al país como corresponsal de la agencia Inter Press Service para, como él cuenta, ser testigo y cronista de los últimos años de la dictadura: *“En ese ambiente, pude conocer de cerca la encomiable labor de Cornelio en Cieplan, así como su trayecto, una vez restaurada la democracia, en el Ministerio de Hacienda. Su muerte me golpeó, no solo por tratarse de una partida tan prematura de un periodista tan brillante. Me golpeó y me conmovió como testigo del masivo encuentro de quienes lo acompañamos hasta el Crematorio del Cementerio General, donde Cornelio nos dijo adiós desde un sencillo ataúd de rústicas tablas de embalaje para declarar que se iba con la misma sencillez que marcó su vida, dejándonos una huella imborrable”*.

Cornelio fue muy cercano a Verónica Vergara. Fueron tan próximos que terminó casándose con su mejor amiga, Katia Quintana, y fue padrino de su primer hijo. También fueron compañeros de labores en la revista *Ercilla*. Cornelio siempre estuvo a su lado, especialmente en sus momentos más difíciles, y jamás dejó de apoyarla cuando a ella le faltaban energías para seguir viviendo. Cornelio, pese a su figura frágil, tenía una vitalidad interior que lo hacía sobreponerse ante cualquier adversidad. Él fue quien el 11 de agosto de 1978 me llamó para avisarme que Verónica, a los 25 años, había sufrido un accidente de tránsito a una cuadra de su trabajo, infortunio que cinco días más tarde le costaría la vida. Cornelio puso la entereza en esos momentos de abatimiento. Y no era primera vez que lo hacía, ya lo había hecho meses antes de esta tragedia. Un lunes llegó a mi casa en Ñuñoa para acompañarme en el doloroso trance de la enfermedad de mi madre. Y ese día fue testigo y sostén de mi infortunio, porque horas más tarde ella falleció. Al día siguiente, Cornelio me entregó una carta que guardo como un bien muy preciado, en la que habla con cariño del dolor, la angustia, la purificación y la muerte.



Cornelio González y Víctor Manuel Mandujano

Con claridad y simpleza, primero me habla de él: *“Héctor, ya sé. Hoy fue un día horrible para ti y tu hermana. Un nuevo dolor se suma a otros recientes y parece ser el tiempo de la impotencia y las lágrimas. Quiero contarte que yo también he sufrido -todos sufrimos alguna vez por alguien o por algo- y he asumido el dolor hasta el extremo, hasta la extenuación de los sentidos, hasta pensar que todo ha terminado”*.

Luego continúa: *“Pero es bueno sufrir, como es buena la risa y la alegría. El dolor es hoguera de templanza y el vacío vital en que te sume, te conduce a la síntesis que supera el horror de estar tan solo. La experiencia terrible te tira hacia el abismo, te revuelca en la mierda de tu propio infortunio, pero después quiere germinar y (es la vida que triunfa) pugna por surgir y te obliga a acceder a una nueva dimensión de tus potencias, te urge a crecer como hombre y por ti mismo. Es la lección que todos aprendemos”*.

Más adelante, Cornelio habla de la muerte con frases que más tarde recordaría cuando él se enfrentó a este trance inexorable: *“Cuando uno cree en Dios todo se simplifica. La muerte es un dolor que lacerará a quienes quedan vivos y la vida rota no conoce el fin: la muerte es el comienzo de otro tránsito que conduce al ser humano al encuentro precioso con su creador. Pero aún si no crees, aún si intuyes que la muerte*

marca el fin de todo, entenderás que cada vida tiene un sentido, que no en vano se proyecta hacia otras vidas para contribuir al sino de la especie justificándose a sí misma en el amor. Tu mamá los amó a ustedes por sobre muchas otras cosas y ustedes no la defraudaron: fue feliz. Y les dejó la meta que toda madre asigna a quienes aman: que construyan el molde de su propia felicidad”.

Estas palabras retornaron a mí cuando supe que con entereza y tranquilidad había enfrentado los días postreros de vida, siempre consecuente con lo que creía. Y claro, también había construido con tesón y cariño el molde su felicidad.

Diecisiete años después de escribir esta carta, a los 42 años, el 23 de agosto de 1994, Cornelio no tuvo más fuerzas para seguir luchando contra el cáncer y falleció rodeado de su esposa, sus dos hijas y el cariño inmenso de sus amigos y compañeros de labores.

Curioso, triste e inexplicable. Los más jóvenes del curso fueron los primeros en abandonarnos y los mayores seguimos vivos, alimentándonos del recuerdo imborrable y del afecto que nos dejaron, que no desaparece y que nos da fuerzas para seguir adelante.

Cornelio no solo estudió Periodismo. Paralelamente también siguió la carrera de Derecho, que abandonó después del golpe militar. No le interesó ser alumno de los ideólogos del nuevo régimen, porque decía que no tenían nada que enseñarle, menos ética y principios morales.

Después de salir de la escuela, Cornelio trabajó en Agencia Orbe, El Mercurio, Ercilla, Estrategia y CIEPLAN, donde conoció a economistas que después llegarían a los gobiernos de la Concertación: Alejandro Foxley, Mario Marcel, Patricio Meller, Nicolás Flaño, Andrés Velasco, José Pablo Arellano y Manuel Marfán, entre otros. El triunfo de Patricio Aylwin lo llevó al Ministerio de Hacienda, su último trabajo, donde su aporte en las comunicaciones institucionales y su relación con los medios de prensa fue tan profesional, que hoy en la oficina de comunicaciones de esa secretaría de Estado existe una placa que recuerda su paso por esa institución.

En la tierra que lo vio nacer, la Escuela Municipal Básica de Talagante lleva su nombre y su himno, creado por la profesora Paola Boza, lo recuerda: *“Era un hombre / oriundo de Talagante / virtuoso, culto, humanista / que luchó por los iguales. (...) / Don Cornelio González / se llamará una escuela / que cuando entres te encantarás. / Era Cornelio González / humilde y muy afable / ejemplo de periodista / que todos si bien lo saben. / Gracias a ti, gracias por tus consejos. Gracias a ti, gracias por tus enseñanzas.”*

En el número 39 de la Colección Estudios de CIEPLAN, algunos economistas de la entidad lo recordaron. Nicolás Flaño escribió que *“en un mundo donde lo único que parece importar es el éxito material o el lucimiento personal, donde el materialismo nos acecha y el éxito personal nos encandila, Cornelio era aquel que entre nosotros nunca*



Vista parcial de la Escuela Cornelio González de Talagante.

exigía nada y lo daba todo.” Mario Marcel agregó que Cornelio *“...en sus últimos meses llegó a comprender que la muerte no es algo malo, a lo que se debe temer y silenciar, sino un desenlace que podemos enfrentar con valentía y dignidad. (...) Los últimos meses muestran a un Cornelio voluntarioso, afectuoso, humano.”*

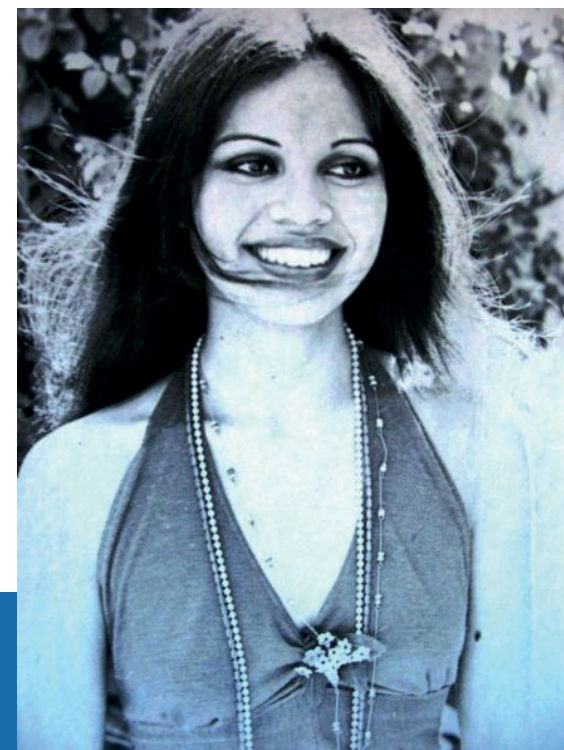
Manuel Marfán, cuando lo despidió dijo que Cornelio tenía algo especial *“...que invitaba a la bondad, a la superación personal, y a la construcción de afectos.”*

Así era nuestro compañero y lo que pensaba lo expresó con estas palabras en la carta que me dejó: *“La tarea de los que sufren es superar el dolor paralizante, ahondar en las raíces de la angustia para emerger después, purificados, a la vida que sigue inexorable. No es preciso olvidar: no se podría. Pero un gran restaurador, el tiempo, siempre permite el dulce rescate del recuerdo.”*

Cornelio González, como estudiante, fue perseverante, generoso para compartir sus conocimientos y solidario con sus compañeros; como profesional, fue exigente, riguroso, integérrimo y responsable y, como persona, afable, accesible y cariñoso. Fue siempre igual, desde que llegó una mañana de marzo de 1970 a Los Aromos, donde tenía su sede la Escuela de Periodismo, sencillo, cordial, algo tímido, hasta cuando cruzó las puertas de Teatinos 120, para convertirse en el hombre de las comunicaciones del ministro de Hacienda. Los años no le borraron el rostro de niño bueno... porque su alma era bondadosa.

Verónica Vergara ¿A DÓNDE FUE?

Por Jorge Marchant Lazcano



Verónica iba apurada por la vida, tal vez presintiendo que sería corta.

122

Voy a intentar evocar a Verónica sin remitirme a ningún archivo, o fecha, o dato específico, sino apenas al recuerdo, al lejano recuerdo, a una historia que sucedió hace tanto tiempo y que parecimos no haberla vivido, porque la vida tuvo tantos giros, algunos nobles, otros más perversos, más para el que recuerda que para la recordada, quien desapareció de un día para otro en la década del setenta del siglo pasado y quedó para siempre como una jovencita atolondrada que iba en su pequeño coche a darle de mamar a su segundo hijo, recién nacido, cuando sucedió aquello.

Habíamos entrado a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile con el advenimiento de la Unidad Popular. Verónica venía de Talca, de una familia de dentistas, con varias hijas criadas en una semi solvencia provinciana, candorosa y reprimida, que después le cobraría la cuenta.

Era un espíritu libre en todo sentido. Siempre lo he dicho. No hicimos más que entrar a la politizada Escuela de Periodismo en una época vibrante y aguerrida para que nos dieran vuelta en el más amplio sentido de la palabra. Estábamos ingresando a la vida adul-

ta en el mejor de los tiempos, cuando aún era posible creer en las utopías y Chile podía salir de la miserable condición en que había estado sometido por toda su historia anterior. Vivimos esos tres años de euforia juvenil creyendo que el futuro sería muy luminoso en un sentido colectivo. Aun así nos preparamos individualmente con maestros que nos abrían los ojos al mundo de la literatura y de la cultura, como Alfonso Calderón o Luis Domínguez. Leíamos con entusiasmo a los nuevos escritores latinoamericanos, redescubríamos a maestros norteamericanos como Scott Fitzgerald o a franceses como Raymond Radiguet. El cine nos permitía conocer otros mundos, incluso sociedades tan distintas como las socialistas, una vez que la industria norteamericana bloqueó su envío de estrenos para acelerar la caída de Allende.

Todo eso lo plasmamos en un primer ejercicio de periodismo, una revistita supuestamente cultural hecha a mimeógrafo que se llamó *Kutral* y en la cual hasta Nemesio Antúnez nos colaboró.

Cómo Verónica iba apurada por la vida, tal vez presintiendo que esta sería corta en exceso, se enamoró impulsivamente y en los al-

bores de la dictadura ya estaba casada con un compañero con el cual formábamos una amistad inseparable. Eran años siniestros para emprender hazañas como aquella. El país entero parecía haberse vuelto en contra de jóvenes idealistas porque comenzó a extenderse como una maldición algo llamado “apagón cultural” que nos dejó a oscuras. Vivieron juntos con cierta dificultad en esos primeros años –recuerdo un departamentito cercano a Mapocho– y de pronto todo pareció arreglarse económicamente cuando encontraron trabajo en una importante agencia informativa.

Su marido llegó a ser director de dicha agencia y entonces, en cierto aniversario, en medio de una gran fiesta, sucedió lo imprevisible: Verónica miró para el lado y descubrió a quien parecía ser el hombre de su vida. Creo que me lo escribió en alguna carta que no buscaré, porque yo por entonces había comenzado a vagar por Buenos Aires, arrancando de los malos aires que se respiraban en Chile. Verónica habría bailado toda la noche con ese hombre que parecía seducirla, niña todavía, niña torpe, haciendo peligrar todo a su alrededor. Bailó y bailó hasta que la fiesta se consumió por completo y después de eso la frágil vida que había creado se vino guarda abajo. No eran tiempos para bailar, menos con un marido que la amaba a su lado, y aguardaba por ella, pero, ya sabemos, era un espíritu libre, las cartas estaban echadas y el castillo de naipes se derrumbó estrepitosamente.

Como dos amantes malditos salieron a recorrer tierra. La veo a ella como una suerte de Manon Lescaut acompañada por su propio Des Grieux, sin música de Puccini ni desierto de Louisiana, abatida por el peso de la condena social. Pasaron por Buenos Aires en donde nos encontramos, y en algún momento de la aventura, al cabo de los meses, Verónica tuvo a su primera hija. Era un amor desatado y sin trabas, pura pasión, nada de raciocinio, en tiempos en que el odio se había instaurado en nuestra patria, ella parecía encarnar una suerte de heroína trágica, una heroína de melodrama al parir a su segundo hijo cuando finalmente había logrado encontrar un trabajo estable en una tradicional revista santiaguina.

Su marido, que siguió siendo un buen amigo mío por mucho tiempo, ha dicho por años que tal vez iban a intentar renovar su amor. Entonces, cuando aún estaba en sus veinte años, se cierra todo sin

un final claro para Verónica –nunca sabremos adónde fue, mucho menos esas dos criaturas que quedaron esperándola–, porque su segundo pequeño hijo recién nacido aguardó en vano por la leche materna y ella no llegó, y su automóvil quedó despedazado en la esquina de Eliodoro Yáñez con Los Leones por un anciano irresponsable.

Fue de las primeras en irse en una época de desaparecidos y muertos sin sepultura. Así como llegó a nuestras vidas llena de optimismo, nos dejó amargados y expectantes ante el camino que deberíamos seguir adelante, sin su presencia, sin su alegría, sin su coraje, sin su promesa de llegar a ser una gran periodista. Sus hijos crecieron como una especie de hermanos de su propia madre, al ser adoptados por sus abuelos, lo que habla de amor y redención, pero al mismo tiempo, en una lectura más sombría, de traición latente.

No hay mucho más que decir de una muchacha que ha muerto en el umbral de la vida. Apenas recordar los versos de Gabriela Mistral en su “Canción de las muchachas muertas”:

“¿A dónde fueron y se hallan
Encucilladas por reír
O agazapadas esperando
Voz de un amante que seguir?”

Ella fue el rostro del amor, agazapada o no, lo vivió a concho. Ella es el mejor rostro sonriente de esa década olvidada en el tiempo.



En Talca, Héctor Velis Meza, Angela Suárez, Verónica Vergara, Jorge Marchant Lazcano. Alrededor de 1972.

Juan Carlos Díaz Velásquez

ROTUNDO, APASIONADO, TRABAJÓLICO Y GOZADOR

Por Carolina Román

— 124

Decididamente nunca he conocido a alguien que haya gozado tanto de la vida como Juan Carlos Díaz Velásquez, el Tata para todos los que lo conocimos ejerciendo su profesión. Cuando me entrevistó en abril de 1991 para ser parte de un nuevo programa de TV me pareció de primera “jodido”, es que nadie que haya trabajado con él puede no coincidir en que era un ser rotundo, apasionado, vehemente en su opiniones, trabajólico, pero por sobre todo un gozador de la buena mesa.

Buscaba una “bestia de trabajo”, me dijo, alguien con experiencia y que fuera capaz de dejar los pies en la calle reportando, así que cuando terminó la entrevista, pensé que no lo volvería a ver: yo no tenía experiencia en televisión, aunque ganas de aprender nunca me faltaron. Dos días después Juan Carlos, me llamaba para formar parte del Enrédese, uno de los tantos programas que La Red lanzaba ese año para ser parte de su parrilla televisiva de 24 horas.

Así comenzó mi relación con el Tata. Trabajamos 19 años y seis meses juntos y aunque yo ya sabía las reglas básicas del periodismo, fue él quien me mostró el camino para hacer de esta pega un

lugar de grandes satisfacciones y un carrusel de emociones.

Cuatro horas de televisión a la vena

Quien haya trabajado en un programa franjeado, sabe lo complejo que puede llegar a ser producir, preparar y hacer una, dos, tres o cuatro horas de televisión a diario. Pero para Juan Carlos era como respirar. Estaba acostumbrado, era metódico, puntilloso, busquilla y ese era el sello que buscaba para sus equipos. Siempre prefirió a las mujeres, porque son más esforzadas, trabajadoras y fuertes, así que se rodeó de chiquillas y a todas nos enseñó un poco de la magia de esta pega, que era más que una tarjeta bien escrita o una entrevista bien hecha. Era mucho más, sin duda. Es que para hacer de la televisión un espacio mágico había que dejar un poco la vida en cada espacio, había que ir más allá de lo evidente, buscar lo que no estaba en una guía o un computador, salir a la calle a encontrar el secreto de las personas y preocuparse de los detalles, siempre de los malditos detalles.

Pero sería mezquino describir al Tata solo como un jefe enérgico, a ratos malgenio, un poco impaciente... Juan Carlos era más y eso

una lo podía ver después de almuerzo o en los cumpleaños.

Tardes de boleros y pautas de cumpleaños

Los cumpleaños eran un momento especial en el *Buenos días a todos*. Dudo que en algún otro lugar nos hayamos reído tanto o disfrutado así, como cuando en la reunión alguien estaba de aniversario. Es cierto, muchas veces solo habían papas fritas, torta y bebida para el cumpleaños, pero lo mágico venía al momento de las palabras y es que ahí cada uno soltaba la lengua y el Tata nos hacía hablar a casi todos. Él, como siempre, prefería escuchar a hablar, ese era su secreto.

A veces cuando la pega estaba floja cantábamos boleros. Tenía un cancionero desguañangado que veces agarrábamos y nos poníamos a cantar, era como una terapia para soltar tensiones y volver a la pega recargados.

Entre canción y canción, el Tata contaba lo que para nosotros eran las aventuras de un gozador. Había estado en Correos de Chile y de allí lo habían despedido por haber escrito en la revista Ramona, de la Juventud Comunista, cuando estaba en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, donde estudió entre 1970 y 1974. Había conocido a la mismísima Tía Carlina allá en Vivaceta y al Blue Ballet. Había estado en los mejores tiempos de Candy Dubois en Le Trianon. Era algo así como un periodista de la vieja guardia que se había reinventado cuando llegó a la televisión.

Cuando quería molestarlo, Mauricio Correa contaba cómo había conocido al Tata en los pasillos de RTU (Red de Televisión de la Universidad de Chile). Andaba de blanco, decía, lo confundió con un enfermero. Otras veces era un vendedor de helados. Es que dentro de sus costumbres, el Tata en verano usaba alpargatas de marca Iberia, fabricadas por una antigua empresa de San Bernardo. Ese

era uno de sus sellos, después fueron los mocasines sin calcetines, una moda de la que solo él y Jorge Hevia eran fervorosos simpatizantes.

Su casa por 23 años

Aunque el Tata estuvo en casi todos los canales de la televisión chilena, no hay duda alguna que para él TVN fue su casa, un lugar al que llegó cuando recién comenzaba la etapa democrática del canal y en el que estuvo en sus buenos y malos momentos. Allí supo navegar cuando la situación era adversa y enseñarnos a todas a preservar los equilibrios programáticos, un aprendizaje esencial para mantener la salud del programa en pantalla.

En el *Buenos días a todos* “crió” a generaciones de periodistas, noteros y, por qué no decirlo, rostros de TV. Felipe Camiroaga, por ejemplo, era solo un lolo buenmozo cuando llegó al programa y de la mano del Tata y con su propio genio se convirtió en el “animador de la televisión chilena”. A Margot Kahl le echó el ojo cuando leía noticias, matea y empeñosa la apoyó cuando decidió dar el salto a la animación, un camino nada fácil, en el que el Tata como buen barquero le iba abriendo el camino para que luciera sus habilidades. Así cuando Tati Penna terminó por dejar el matinal, Margot la reemplazó como si hubiese estado allí toda su vida.



“Mechón” de Periodismo, en un paseo a Pomaire con su compañera de curso Carmen Torres, 1970. (© Fernando Velo)

Cuando en el verano del 98, Margot y Jorge se fueron de vacaciones juntos, fue idea del Tata y Mauricio poner a Felipe y Karen Doggenweiler a hacer el matinal en verano. Nunca nos reímos tanto, es que pocas veces dos personas tan histriónicas se juntan en la pantalla para poner su talento al servicio de un programa de TV. Gozábamos como cabros chicos...

Así también apoyó a Tonka Tomicic en sus inicios como animadora,



El Tata, en el extremo derecho de la foto junto a Raquel Argandoña, con el equipo de *Buenos días a todos*.

cuando se sumaba a la dupla Hevia-Camiroaga, que se habían quedado huérfanos de señora, pues Karen había partido a su pre natal. Supo reinventar por años, el programa que amó con locura, en el que vio crecer, desarrollarse y volar a decenas de compañeros, periodistas que lo llamaban Tata, no por costumbre, sino porque efectivamente sentían que este caballero de cabello blanco, cara picada por el acné y palabras profundas sabía encantar y convencer a quien se le pusiera por delante.

El fatídico 2 de septiembre

Lo vi llorar muy pocas veces, porque Juan Carlos era un hombre pragmático. Sin embargo, cuando ocurrió la tragedia de Juan Fernández, el 2 de septiembre de 2011, algo en el Tata se quebró. Cinco amigos, compañeros, casi hijos, habían partido de manera inexplicable en un viaje que nunca debió hacerse. Mientras todos llorábamos, el Tata nos consolaba, aunque también al final se dobló... Felipe había sido como un hijo, su hijo mayor, un hombrón de cuarenta y tantos años, que solo al Tata hacía caso cuando lo llamaban al orden.

Después de la partida de los cinco, nada volvió a ser igual. Más allá de la magia perdida, algo se fue haciendo cuesta arriba para el Tata. Finalmente fue su salud la que dijo basta, sus pulmones, expuestos a casi dos cajetillas diarias de cigarrillos en su juventud terminaron por pasarle la cuenta. Falleció a los 70 años el 12 de mayo de 2015.

No estuve allí cuando comenzó a costarle respirar ni tampoco cuando empezó a usar oxígeno para ir al trabajo. No estuve cuando decidió operarse, pero siempre me las ingeniaba para estar al tanto de los detalles, de su valentía, de las ganas de volver a comer lo que le gustaba, de salir de viaje con la Negra, por eso se trasplantó en busca de un alargue que le permitiera seguir gozando. Sé que en febrero seguía pensando que podría volver a trabajar. Sé que unos días antes de caer definitivamente doblado por su enfermedad, el Tata pensaba en ideas para reposicionar su amado matinal... nunca, nunca dejó de pensar en el trabajo, pero no por eso dejó de gozar de la vida: las mejores picadas, los mejores viajes, Juan Carlos los disfrutó en la plenitud de su vida, siempre junto a su mujer, pues la niñitas ya estaban grandes y ahora después de una vida de sacrificios les tocaba a ellos.

Voy a echar de menos sus besos y abrazos, voy a echar de menos sus consejos, casi todos certeros. Voy a echar de menos cuando me decía “¿Guachi me arreglas esta cosita?”. Es que Juan Carlos sabía muchas, muchas cosas, pero la computadora e internet nunca fueron sus grandes amigos. Era a la antigua, anotaba todo en un cuaderno, con su letra grande en lápiz azul como de médico, solo así se sentía seguro y dominando el panorama de las cosas.

Adiós Tata, seguro como dijo tu hija Marcela en tu despedida te encontraste allá arriba con un equipo completo para hacer un matinal. Pero estoy segura que antes de empezar, organizarás una fiesta...donde de vez en cuando se escucharán las palabras sexo, sexo, tus preferidas cuando querías demostrar que estabas gozando de la vida.

Orlando Escárate Valdés UN CORAZÓN AZUL

Por Patricia Andrade



Orlando Escárate: Ñuñoíno, egresado del Liceo 7, ateo e hincha de la U.

Tocar el himno de la Universidad de Chile en su funeral, cubrir su ataúd con la bandera del club y lanzar sus cenizas en el estadio de la U, fueron tres peticiones que me hizo mi esposo Orlando. Espero cumplir la tercera... alguna vez.

A Orlando lo conocí cuando trabajábamos en La Tercera. Yo era una recién llegada a la sección Crónica y él trabajaba en Deportes, como subjefe. De allí en adelante fuimos una sociedad en un sentido amplio. Conformamos durante casi 25 años una familia, tuvimos tres hijos, nos amamos, reconfortamos y apoyamos. Compartimos profesión, tiempo, dinero y sobre todo los mismos valores, que fueron la base de nuestro proyecto en común.

Orlando se sentía orgulloso de ser egresado de la Universidad de Chile. Lo llenaba de satisfacción y lo expresaba sin esfuerzo, porque no solo fue el lugar donde se formó académicamente, sino también el espacio físico y humano donde pasó de ser un ingenuo adolescente, que con 16 años ingresó a primer año de Periodismo, a convertirse en un hombre, en un profesional con ese sello característico que tenemos todos quienes pasamos por sus aulas.

“¿A qué otra universidad iba a ir?”, me dijo alguna vez. La U era la única opción para un hijo de mamá separada, vecino de Ñuñoa, egresado del Liceo 7, ateo, y que salía de madrugada a pintar consignas.

Orlando tenía en alta estima la Escuela de Periodismo ¡Cuántas veces lo escuché decir!: “Este cabro es bueno porque viene de la Chile”. ¡Cuántas veces recomendó contratar a egresados porque decía que la pluralidad, capacidad de análisis, tolerancia, esfuerzo y una formación amplia no se compran en cualquier parte!

La U en su corazón, la Escuela en su alma

La U estuvo en su corazón y la Escuela en su alma. Cómo gozaba contando las anécdotas de las clases, las historias de sus variopintos compañeros de curso porque por los efectos del golpe de Estado de 1973 y su necesidad de trabajar, se demoró muchos años en obtener el título.

“Lo único que podíamos hacer era jugar a la pelota”. Y eso hizo en la década del setenta, cuando las pichangas y los campeonatos ocu-

paban gran parte, si no todo su tiempo. Se emocionaba cuando contaba que su facultad humanista le había ganado al gigante de Ingeniería, que tenía cientos de peloteros, en la final de un campeonato universitario. Un triunfo que calificaba como histórico e irrepetible.

Cómo reía hasta que le saltaban lágrimas cuando conversaba de la vez que fueron a jugar con alumnos de la Escuela de Carabineros. Debe haber sido el año 71 o 72. Relataba que cuando llegó la hora del compromiso y ya estaban en camarines, se dieron cuenta que faltaba el bolso con el equipo de los jugadores.

“No alcanzábamos a buscar otra ropa. Decidimos salir a jugar igual”, me relató ciento un veces, siempre con su misma carcajada larga, Y así fue. Jugaron ante los compuestos “pacos”, unos aspirantes a oficiales que exhibían tenidas impecables y zapatos lustrados, vistiendo solo camisas y...calzoncillos.

No me acuerdo del resultado, pero sí de la consecuencia: al día siguiente, Carabineros mandó un reclamo escrito a Mario Planet, director de la Escuela, quien los llamó a su oficina. Luego de retarlos por el desatino, les compró uniformes a todos.

El gran golpe del “Cóndor” Rojas

De las pichangas universitarias, Orlando pasó al periodismo deportivo y el fútbol no solo ocupó su tiempo libre, sino también sus horas de trabajo. Sabía tanto de tácticas, estrategias y de todo el entramado de este deporte que a veces parecía un oráculo, aunque su mérito era la buena valoración que hacía de las variables psicológicas, humanas y tantas otras internas y externas que influyen en un resultado. Hizo una ascendente carrera en el área deportiva, ya que partió como reportero y terminó como editor. Entremedio reportó tres mundiales y se anotó decenas de golpes periodísticos, el más bullado de los cuales fue la entrevista a Roberto Rojas tras el escándalo del Maracanã del 3 de septiembre de 1989, que hasta hoy figura en compilaciones de buenas entrevistas.



Años de Escuela. Formación estelar de los “pelusas” de Periodismo. Orlando Escárate al extremo derecho, de pie.
(© Fernando Velo)

Yo admiraba su capacidad para trabajar bajo presión. No se inmutaba si en minutos tenía que hacer de nuevo un diario porque había ocurrido, por ejemplo, una tragedia que obligaba a cambiarlo todo. Era tremendamente organizado y exigente y aunque sus colegas reclamaban que “era el único negro que tenía esclavos blancos”, sabían que a la hora de trabajar era el primero de la fila.

Si bien su ética del trabajo lo alejaba del reportero deportivo “termocéfalo”, adjetivo que él usaba para referirse a sus colegas que no se

sacaban nunca la camiseta, cuando se alejó del área de deportes, dio rienda suelta a su sentimiento azul. Como olvidar las tardes que pasamos en la galería sur del Nacional, puerta 12; la emocionante campaña que trajo de vuelta a nuestro equipo a la Primera División en 1987 o el primer campeonato azul luego de 25 años de sequía.

Hoy, mientras escucho una grabación del 2011 donde anticipó que la U daría vuelta el 0-2 con la Católica y alcanzaría su estrella número 14, no puedo sustraerme de la euforia que lo embargó esa noche. Era el mes de junio y por entonces ya había ganado la pelea a un primer tumor cerebral. Esa noche sintió que el no rendirse era una característica tanto suya como de la U.

Dar la lucha hasta el final

“No darse nunca por vencido es una enseñanza que yo he aprendido entre otras cosas de la U, equipo que vengo siguiendo desde hace 57 años... Una vez tuve que esperar 25 años para ser campeón y no me importó. Este triunfo es para los verdaderos hinchas, para aquellos que lo son a concho y que entendemos que uno tiene que dar su lucha hasta el final”, se escucha emocionado.

Finalmente, pocos meses después, un segundo tumor irrumpió en su cerebro y lo destruyó lentamente. Pero no se dio por vencido y dio la pelea hasta el final. Como lo hizo toda su vida.

Orlando nació el 19 de enero de 1954 en Ñuñoa, Santiago, y falleció el 20 de noviembre de 2012.

En su extensa vida profesional trabajó en agencia Orbe, revista Estadio, radio Minería, radio Portales, radio Universidad de Chile, revista Deporte Total, La Tercera, La Cuarta, La Nación, La Voz de la Tarde, entre otros.

En sus inicios se especializó en periodismo deportivo. Laboró 24 años en La Tercera donde ocupó diversos cargos de responsabilidad, entre ellos Editor de Deportes, Editor Coordinador, Editor Dominical, Editor de Reportajes, Editor Nacional y Editor Coordinador de Informaciones.

Fue editor general de La Nación y de La Voz de la Tarde y subdirector y director de La Cuarta.

Fue padre de cinco hijos: Kalú y Leonardo, de su primer matrimonio, y Natalia, Iñaki y Aníbal.



Posando con las copas de la Universidad de Chile.

Irene Geis

¿POR QUÉ TE HAS IDO, MUÑECA BRAVA...?

Por Lidia Baltra Montaner

130

¿Por qué te has ido, Muñeca brava...? Así hay que interpelar a Irene Geis, querida amiga y colega que partió el miércoles 22 de junio de 2022, de su casa de Martín Rivas hacia el barrio eterno, donde de seguro la esperaba un coro de angelitos en alegre bienvenida.

Porque así era Irene: alegre, comunicativa, buena para la charla, para juntarse a tomar un vinito con los amig@s. Y cuando se aproximaba el amanecer, escuchar y cantar tangos, con su voz ronca que le venía tan bien al género... su música popular favorita desde antes de su exilio en Buenos Aires...

Para el matrimonio de Nancy Grunberg, una amiga común, le pidieron que cantara algún tango y ella, lo pensó un instante y acto seguido –acompañada nada menos que por la orquesta de Jascha Friedmann, famosa entonces– interpretó una “Muñeca brava” que quedó para siempre en la memoria de ese gru-



Irene Geis, la primera mujer que dirigió una Escuela de Periodismo en Chile.

po. No como la mujer frívola que describe ese tango, sino como la “mujer hermosa y querible” a la que cantan en la Argentina de hoy.

Crecida en Chile

Irene nació en Alemania como Irene Bluthenthal Geis, nacionalizada chilena en cuanto pisó nuestro suelo con su familia. Cuando comenzó su carrera, un día decidió suprimir el apellido del padre para honrar solo a la madre: Gertie Geis, que le dio también una hermana, Inés, que la sobrevive. Gertie fue una dama alemana de mucho carácter y muy sociable. Le gustaba compartir con los amigos y amigas de su hija y aunque vivían separadas,

la acompañaba durante sus largos veraneos en Isla Negra. Era frecuente que las visitáramos en ese balneario del litoral central –hoy Litoral de los Poetas–, donde por muchos veranos arrendaron una misma casa con hermosa vista al mar.

A Irene le gustaba comer bien y le gustaba cocinar. Cuando joven experimentaba exquisiteces en la cocina. Una vez comentó de un pato “a l’orange” que era tan rico y le quedaba tan bueno. Ni cortos ni perezosos, entre varios amigos nos fuimos al mercado de San Antonio y le compramos un pato para que nos hiciera una demostración de sus habilidades culinarias. No se inmutó y muy pronto nos invitó a degustarlo a su casa. Le quedó muy sabroso, pero tanto o más gozamos con su papel de amiga y anfitriona.

Grandes años

Estudió en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile (adscrita hoy a la Facultad de la Comunicación e Imagen) en la quinta promoción de la novel institución donde pronto destacó por su inteligencia, agudeza y locuacidad. Era el alma de todos los recreos del flamante edificio de calle Los Aromos en Ñuñoa, siempre rodeada por compañeros y compañeras en los pasillos o en la cafetería, que disfrutaban con su entretenida conversa y chacoteo. Eran los tiempos de grandes directores como Ernesto Montenegro, Ramón Cortez, Mario Planet... Los favoritos de Irene eran los dos últimos. El segundo, veterano periodista que sobresalía por su carácter de hombre duro y el vozarrón con que nos llamaba sus “queridos guanacos”. “Era un gran papá –recordaba Irene–, un caudillo que nos «guanaqueaba», nos regaloneaba, nos introducía en un mundo mágico, salíamos a pasear, a comer, a tomar con él. Yo lo quería muchísimo...”

Su paso como estudiante en la “U” no lo cambiaba por nada. “Toda la atmósfera de la Escuela era como era Chile, una época amable (fines de los 50 y comienzos de los 60). La política no era odiosa, se vivía en forma moderada...”

Entre sus grandes amores están el periodismo y la casa donde lo aprendió: la Universidad de Chile. “Para mí –escribió en *Vendedores de Sol*, 1994– la palabra Universidad de Chile es emocionante, amo a su club deportivo (soy socia desde los cinco años), a la Casa Central, a sus rectores, a su piscina, etc...” Así como lamentaba que el Chile al que volvió de su exilio no era ya el mismo.

Extensa trayectoria

Dirigió el semanario *Siete Días* en la empresa Zig-Zag, y posteriormente, el matutino *Fortín Mapocho*, un diario opositor bajo la dictadura militar. Pero antes y entremedio, fue reportera y redactora de *La Tercera de la Hora* (donde se inició), el semanario *Flash* y el vespertino *La Segunda*.



Entrevistando al gran actor francés Jean Paul Belmondo.

Su llegada a la televisión fue en el Canal 9 de la Universidad de Chile, su Alma Mater. Se inició en este medio en 1967, año en que ganó el Premio Lenka Franulic a la mejor periodista, junto con otro del Taller de los 60 de la prestigiosa Casa de las Américas. Salió tras el golpe cívico-militar de 1973, refugiándose en Argentina, donde tenía un hermano y varias sobrinas.

Exilio en Buenos Aires

En Buenos Aires era una reina. Conocía los mejores lugares para pasear, comer o tomar un trago. Uno de sus favoritos era el *Unión Bar*, barrio San Telmo, donde por todos los rincones se escuchaba la “canción de Buenos Aires”, el tango. Allí fuimos más de una vez y la coreamos con: “Hoy... vas a entrar en mi pasado/ En... el pasado de mi vida...” de “Los Mareados”, uno de sus tangos favoritos.

“Irene contaba que un día, paseando por la calle Florida en Buenos Aires, un típico porteño dado a galán, comenzó a caminar tras ella acosándola a piropos. Molesta, se acercó a un policía y lo acusó: «Agente, ese hombre me está siguiendo...» El guardia la miró de arriba abajo y le respondió: «Mirá, si yo no estuviera de punto fijo en esta esquina, también te estaría siguiendo». No le quedó más que reír y continuar su camino”, recuerda el pe-

riodista Gustavo González que trabajó con Irene en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en el nuevo local del Campus Juan Gómez Millas.

Durante su exilio en Buenos Aires escribió en el diario *La Calle* y luego fue secretaria-asistente de Jacobo Timerman, director del prestigioso diario *La Opinión*, de oposición a la dictadura militar, donde afirmaba haber tenido una gran escuela. Un diario que inspiró a Emilio Filippi en 1987, al dirigir *La Época*, el importante diario disidente chileno bajo dictadura.

Se la veía tan a gusto en Buenos Aires, donde habían llegado huyendo del golpe varios otros colegas, como Mary Zajer y Camilo Taufic, Leonardo Cáceres y Gaby Meza, el ex director de su Escuela de Periodismo Mario Planet, Julio Lanzarotti (fundador de la *Revista del Domingo*), Lucho Córdova, Faride Zerán, y figuras señeras de la vuelta a la democracia como Carmen Hertz, Ricardo Lagos con Luisa Durán, entre otros. Pero... también debió salir de ahí cuando la dictadura militar se endureció y secuestraron a su jefe, Jacobo Timerman, quien fue detenido desaparecido por un tiempo... Había comenzado a actuar la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina).

Viaje a Alemania

Como la situación en Chile no mejoraba, en 1977 partió de Buenos Aires a su Alemania natal donde pasó algunos meses “dando bote”, decía. Desde que volvió a Chile ese mismo año, lamentó lo que le costó retomar su carrera. “Aparecía en todas las listas negras. Todas las puertas estaban cerradas. Incluso tomé un curso de cosmetología,... pero aclara nunca llegué a ejercer...”, aclara.

Sin embargo, aquí no se la había olvidado y comenzaron a llegarle ofertas. Primero de la revista *Clan*, para años después ser la redactora política de revista *Análisis*. Simultáneamente ejerció como corresponsal del diario italiano *Il Manifesto* y de *La Razón* de Buenos Aires. Ese año publicó su primer libro *Exiliario*, con cuentos de experiencias en el destierro.

Se arriesgó como copropietaria de la revista sobre artes *Pluma y Pincel*. “Al año quebramos”, cuenta. Entonces la llamaron del matutino *Fortín Mapocho*, donde culminó como directora. “Fue una experiencia horrenda: el nuevo periodismo post-dictatorial no tenía nada que ver conmigo ni con lo que yo había estudiado”, dijo.

En su carrera académica fue directora de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Concepción, siendo la primera mujer en ejercer ese cargo. En 1989 fue contratada por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano en Santiago, donde también dirigiría su Escuela de Periodismo. También fue jefa de carrera en la Escuela de Periodismo de la Universidad Bolivariana y dictó el curso de Periodismo Político en la Universidad de Chile. Fue muy apreciada y querida por sus alumnos y alumnas, algunas de las cuales la continuaron visitando y asistiendo en su casa hasta el final.



Abril de 2017. María Olivia Monckeberg, directora del ICEI, le entrega reconocimiento a su trayectoria.

Apasionada

Era apasionada en todo. En política, en tiempos de la Unidad Popular, abrazó el MAPU, aunque como era periodista antes que nada, escogió simpatizar más que militar en ese frente. También en el amor. Se casó una sola vez, con un joven santiaguino llamado Antonio Varas, de quien bromeábamos por su nombre igual al de un parlamentario chileno del siglo XIX y de la calle que lo recuerda. No tuvieron hijos –Irene nunca fue madre– y se separaron al poco tiempo. Pero Irene vivía enamorada... Recordamos algunos de sus romances, soñados o reales, con el músico Sergio Ortega, el periodista Eduardo Olivares (hoy en Francia), con Carlos Toro, que fue subdirector de Investigaciones (hoy PDI) y tiempo después, tras su muerte, con su hermano Juan Claudio. Algo de sus penas de amor escribió en su segundo libro *Copa de Vinagre*. El último fue *De La Guerra* (2015), una especie de ensayo sobre la tortura. Fue asimismo coautora de *Corresponsales bajo dictadura (Chile, 1973-1990)*, publicado el año 2018.

Afortunadamente, experimentó la alegría de festejar con todos el regreso a la democracia en el país. Una de sus últimas tareas antes de retirarse en su acogedora casa de La Reina, fue como periodista de *La Nación*, en 1990, el año de su redemocratización.

Irene, muñeca brava: tus amig@s, compañer@s y colegas que quedamos aquí, te extrañaremos y mucho.



Gran amiga de sus amigos. Irene (última fila al centro), en la celebración del 30° aniversario de matrimonio de María Matilde Armengol y el periodista Enrique Martini.

UNA PERIODISTA DE INTENSAS PASIONES

Por Oriana Zorrilla

134

Apasionada por las noticias, sarcástica, certera de opiniones y una voz de tonalidades inconfundibles, Irene Geis llamó a sus más cercanas amigas y colegas para decir adiós a un mundo inhóspito para los y las periodistas “de antes”.

Es cierto que estaba algo aislada por sus dolores físicos y del alma, pero la corresponsal extranjera, escritora y atractiva mujer que nació en Alemania, se fue con la admiración y la gratitud de quienes compartieron con ella labores profesionales, de sus alumnas/os en las universidades de Concepción, de Chile, Bolivariana y Academia de Humanismo Cristiano y de los lectores de sus libros publicados entre 1984 y 2015.

Se reconocía como una mujer “de izquierda” sin militancia que escogió su trinchera siendo reportera política del vespertino *La Segunda* al conocer entre los periodistas del sector político a Manuel Cabieses y, en su paso por la Universidad de Concepción la impactó esa pléyade de dirigentes encabezados por Miguel Enríquez. Admitió haber militado en el MAPU a instancias de Rodrigo Ambrosio, sin embargo, su espíritu libertario no la amarró por mucho

tiempo. Fue a Salvador Allende a quien le dedicó su máxima admiración y respeto, tanto por su vida como por su muerte.

Hija de un matrimonio judío-alemán llegó a Chile de dos años, se sintió siempre desarraigada al ser tratada como “*judía de mierda*” en su infancia en un colegio religioso. En el liceo 7 descubrió su vocación de periodista y luego de estudiar con las primeras generaciones de la Universidad de Chile se transformó en reportera del diario *La Tercera*, redactora de la revista *Flash* y directora de *Siete días*.

También fue conductora y editora de programas en Canal 9 de la Universidad de Chile, primera mujer directora de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Concepción y cronista sobresaliente en el vespertino *La Segunda*. Su extensa carrera periodística la hizo merecedora del premio Lenka Franulic y el del Taller 60 que otorga Casa de Las Américas, ambos en 1967.

Irene Geis vivió un intenso exilio en Argentina y luego en Alema-

nia. En Buenos Aires fue una reconocida periodista del matutino *La Calle* y luego en *La Opinión*, además de recoger el material para dar a luz sus libros *Exiliario* y *Copa de Vinagre*.

“Pitucas sí, viejas no”

De regreso a Chile encontró un país complejo y a personas que eran capaces de atravesar la calle para no encontrarse con ella. Se incorporó a la revista *Análisis*, y más tarde a *Pluma y Pincel* y fue directora de *Fortín Diario*, mientras seguía trabajando como corresponsal de *Il Manifesto*, *Latinamerican Newsletter* y del vespertino bonaerense *La razón*, como asimismo de la revista *Nueva Sociedad* de Venezuela

Dos anécdotas de Irene Geis en el recuerdo. Una que rememora Patricia Collyer, cuando les decía a los periodistas jóvenes de *Análisis* “traten de llegar inteligentes mañana”. Y otra en mi memoria: en una de las múltiples manifestaciones en defensa de la libertad de expresión durante la dictadura, caminábamos con mordazas por la calle Huérfanos, con abrigos de pieles, después de asistir a un desayuno para corresponsales extranjeros con una alta autoridad de gobierno. De pronto, comenzó la represión y fuimos subidas en vilo a un carro policial. Irene con voz autoritaria exigía nuestra libertad. Llamaron a un carabinero de más rango, quien exclama: “¿qué hacen estas viejas pitucas aquí?” e Irene, de inmediato, responde: “pitucas sí, pero no viejas”. Fuimos liberadas al instante, sin usar las mordazas, desde luego.

Impulsiva y muy estricta, el apego y rigor por las noticias era a toda prueba, sentía que el periodismo perdió con Pinochet, con la transición y sigue perdiendo en la actualidad. Efectivamente, en estos años se va extinguiendo una forma noble y sabia de ejercer el periodismo.

Vehemente en sus afectos y su cercanía con Argentina era una amante del tango, ese ritmo y esas letras que transmiten agonía, a veces llanto y quejas, sensualidad y sentimientos, compañerismo y amistad.

Una de sus mejores amiga, Mary Zajer, la despide con un verso de “Naranja en Flor” el tango favorito de Irene: “*Primero hay que saber sufrir, después amar, después partir y al fin andar sin pensamiento. Perfume de naranja en flor, promesas vanas de un amor que se escaparon con el viento.*”

Hasta siempre Irene Geis, amiga y colega. Todos somos más pobres sin tu presencia.

TANTO PERGAMINO, TANTA DEFERENCIA

Por Diego Zúñiga Contreras*

136

**Alumno de Irene Geis los años 1999 y 2002 en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, tanto en la sede de José Carrasco Tapia como en el campus Juan Gómez Millas. Como profesional, trabajó en Política del diario Las Últimas Noticias y actualmente es redactor y editor de Deutsche Welle, en Alemania*

El frío. La sala helada. Los inviernos insufribles. Las ventanas que filtraban hielo de la calle. Los recuerdos que surgieron en esas conversaciones informales, por WhatsApp la mayoría, con viejos compañeros de esos años de precariedad, reflejaban un escenario muy patente, el de la falta de recursos en una escuela sumida en el olvido, en un país con un periodismo depauperado, donde el aprendizaje y la academia se realizaba en viejas habitaciones donde, años ha, torturadores fumaban y revisaban legajos con la calma de quienes creen que estarán arriba por siempre.

En esos lugares, ateridos y con las manos partidas, tomábamos apuntes. Eso sacudieron de la memoria esos compañeros, invitados a recordar esos años en que conocimos a Irene Geis. La excusa para estar con ella era su ramo Redacción Periodística, primero, y

luego, ya en mejor situación (salas frías, pero nuevas y en otro edificio, en el campus Gómez Millas), Periodismo Político. Había cierta magia en su clase. Si hemos de ser honestos, no éramos muchos en la sala y eso, que a primera vista suena como una desventaja o una afrenta a la profesora, terminó siendo un premio. La teníamos solo para unos pocos, ávidos de estrujar sus conocimientos y, especialmente, sus historias.

Irene Geis, ya lo habrán escrito otros colegas en este mismo libro, era una periodista única. Primera directora de una escuela de la carrera, trabajó durante años en prensa escrita, fue corresponsal y una pionera en el verdadero sentido de la palabra. A mí me abrazó la sorpresa, y el orgullo también, qué va, cuando ojeando unas viejas revistas “7 Días” me encontré con su nombre en la dirección. O cuando me enteré que trabajó en “Flash”, otra de esas revistas que yo apilaba en mis estanterías, como el coleccionista impenitente de material periodístico que hasta ahora soy.

Era raro tener a una profe con tantos pergaminos y que, a la vez, nos tratara con tanta deferencia. Nos enseñaba, claro, pero tam-

bién nos oía, nos invitaba a reflexionar, a entender la realidad con mirada crítica. No solo nos presentó la parte académica del oficio, sino que fue más allá y nos ofreció una vertiente más pícaro del desempeño profesional. “Aprendan a leer documentos al revés, así van a poder saber qué cosas tienen los entrevistados sobre la mesa”. Es raro, pero ese consejo me quedó grabado a fuego, y me sirvió un par de veces. O hacer las preguntas teniendo una noción clara de qué iba a responder nuestro interlocutor para nunca dejarnos sorprender. Estar siempre más informado que el otro, elemento vital y dato clave en esta profesión.

Historias sabrosas

Tenía historias sabrosas, como cuando contó que un entrevistado la persiguió alrededor de un escritorio, desesperado por hacerle ver su malestar por una nota. O que Augusto Pinochet era muy amable con las periodistas bonitas, y no precisamente por su poco probable bonhomía. A una el dictador le habría regalado un collar que luego una señora de alta sociedad reconoció como propio, donado en esos años en que los ricos entregaban sus joyas para reconstruir la patria. No sé si estas historias son reales, pero hacían de la clase una delicia imperdible.

“Tengan archivos”, nos decía. De seguro eso impulsó aún más mi natural compulsión por la compra de revistas antiguas. El año 2002, tras el término de una clase de Periodismo Político –a la que solíamos acudir seis o siete alumnos– nos pidió a dos que nos quedáramos un rato más. Nos quería invitar a su casa, a tomar té, a conversar de política. Una oportunidad única que con Iván Carvajal no nos quisimos perder. Ese día conocimos a su perra, que estaba echada sobre un sillón que, claramente, era de su propiedad (en el que no podíamos sentarnos), y vivimos una experiencia que, por suerte, no era desusada en esa escuela: la de departir con los maestros, la de escuchar y aprender de quienes sabían más.

Cuando ya empezaba a oscurecer nos despedimos. Antes de salir de su casa en La Reina, Irene nos entregó unas carpetas. Eran periódicos de septiembre del 73 y también de los primeros años de la dictadura, recortes de prensa, documentos sobre Pinochet y sus tropelías, material precioso. “Ustedes sabrán usarlo”, nos dijo. Hala-

gados por tamaña demostración de confianza y afecto, volvimos a nuestras casas conmocionados. Nos repartimos las carpetas según los intereses de cada cual, respetando la ecuanimidad: fue exactamente la mitad para Iván y la mitad para mí. Ambos conservamos esos documentos hasta el día de hoy.

A fines de 2002, la última clase de Periodismo Político fue también la última vez que vi a la profe Geis. Seguramente se fue en su pequeño Seat color verde por las calles de un Chile que ya no existe. Siempre tuve en mente contactar con ella, pero la vida tiene caminos tan raros y pasa tan rápido que uno no se da cuenta hasta que ya es demasiado tarde y no hay oportunidad de recuperar los años perdidos. Cuando me enteré de su deceso me abatió un dolor profundo, una llaga en el corazón mismo de mis primeros años como estudiante y como profesional.

En la Escuela de Periodismo de la Chile de esos años, la precariedad se combatía con ingenio, un don del que la profe hizo gala con generosidad. Estoy convencido de que quienes aprendimos con ella, y la quisimos por todo lo que nos entregó, nunca nos va a mortificar (demasiado) no haber respondido cabalmente a sus expectativas. Irene, alcanzar las cotas brillantes a las que Usted sí llegó era muy difícil. Usted estaba, sencillamente, a otro nivel.



Reporteando, con el presidente Eduardo Frei Montalva.

Eliana Cea

TALENTO E INQUIETUDES

Por Carlos F. Roa

(Seudónimo de Juan Guillermo Figueroa, cónyuge de Eliana)

138

Nos conocimos en la década de los 50, cuando ingresamos a estudiar Periodismo en la Universidad de Chile. Eliana Cea quiso ser abogada o pedagoga, pero la “picó un bichito”, según sus recuerdos. Optó al segundo curso de la escuela, creada en 1953, y fue seleccionada.

“Me sentí totalmente feliz”, escribió en *Vendedores de Sol*, obra de Alejandro Cabrera. “Hoy, después de cuarenta años, debo decir que no pude haber elegido mejor”.

Fue una de las nueve mujeres de la promoción junto a otros tantos varones. Más de veinte entusiastas del comienzo quedaron en el camino.

Por elección y convicción, Eliana se consideró siempre reportera. “Reporteando vuelvo a nacer”, declaró muchas veces, sin ocultar que en esa preferencia influyeron varios de nuestros maestros, gigantes del periodismo histórico, como Ramón Cortez, Lenka Franulic, Mario Planet, Juan Honorato, Augusto Olivares. Y dio pruebas de lo aprendido al realizar una especie de práctica –antes de

egresar– en el periódico *La Voz*, que dirigía el escritor Guillermo Blanco, y en Radio del Pacífico, donde escribió guiones sobre actividades artísticas.

La calle Los Aromos, al fondo del entonces Instituto Pedagógico, cobijó hasta 1981 a la flamante Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Tres de nuestros cuatro años de estudio transcurrieron en ese edificio que Santiago del Campo, su director entonces, describió como “un niño de cemento, hierro y cristal”. Allí sufrimos y disfrutamos, compartimos tareas y tardes de estudio; hicimos amistades. Nuestro curso fue auténtico ejemplo del Chile de siempre: heterogéneo en lo social y económico. Muchos compañeros eran ya mayores y habían interrumpido otra carrera. Una mitad provenía de liceos; la otra, de colegios privados. Sin embargo, hasta donde la memoria nos lo permite, allí primaron el respeto, la inclusión y la tolerancia.

El origen socio-económico no fue obstáculo en las relaciones personales de quienes egresaron. Amistades nacidas en las aulas se prolongaron por largos años, en distintos planos. Muchos com-

partieron una ideología, otros abandonaron. Primó el calor humano. Eliana desfiló, participó en manifestaciones y hasta compartió la calle con un par de amigas y colegas que, como ella, esperaban guagua, en intensas campañas electorales. En el mejor estilo del gremio periodístico, no faltaron las tertulias –presenciales o a la distancia– con amigas o grupos de amigas.



La joven Eliana Cea, en sus inicios como estudiante.

Una de ellas, Cecilia Binimelis, cuya amistad nació al fragor de luchas sociales, recuerda a Eliana de meses recientes: “En los últimos tiempos no nos vimos tanto presencialmente.

Desarrollamos una tertulia telefónica cada semana, que podía durar de una a siete horas (el día que batimos este record quedé con la mandíbula desencajada). Los temas a tratar eran vastos, como el universo: política, sentimientos, libros, la estructura mental del hombre y la mujer, la vida misma. Y un día de invierno a mediodía, su hija Marcela me avisó que la tertulia se había acabado”.

Primer trabajo

Eliana, autodefinida como “solitaria” (fue hija única, producto del barrio Brasil), se integró dentro y fuera de la escuela a los trabajos en equipo y al cultivo de actividades que le apasionaban. Tras egresar en 1957, merced al apoyo de uno de los “maestros”, logró trabajo en la sección Crónica de *El Diario Ilustrado*, junto a su compañera y amiga Ruth Chacón. En la práctica, se sumaban a otras jóvenes mujeres salidas de una escuela de periodismo que ingresaban al diarismo. Ambas se afanaron por llevar a la práctica los conocimientos adquiridos en la escuela, tratando de superar cierta sensación de temor e inseguridad que las invadió al principio. Salieron airoso en la cobertura de sectores como educación, Moneda, municipalidad, tribunales y actividades universitarias.

En un medio dominado por hombres, el inicio no fue fácil. “Me

encontré con un grupo de periodistas ‘viejos’ que eran fantásticos como reporteros y redactores. De ellos aprendí mucho”, contó Eliana en el libro de Cabrera. “Al principio nos miraban como intrusas que no sabíamos casi nada. Con el tiempo hicimos aportes que fueron reconocidos. Variábamos la redacción, buscábamos otros ángulos e investigábamos más”.

En una época de intenso quehacer político y cultural, la nueva generación de periodistas vivió jornadas de aprendizaje. Así, en su inédito libro *Mi vida con Pachita*, Eliana recuerda un gracioso y tenso episodio ocurrido en el ex hotel Carrera con ocasión de la visita de la actriz Marlene Dietrich, en 1959. Mario Gómez López, prestigioso periodista “sin pelos en la lengua”, preguntó a la diva cómo hacía para mantenerse tan bien a su edad (tenía 58 años). Hubo silencio y luego murmullos. Ante la insistencia de Gómez, defendiendo el contenido de su pregunta, el traductor acomodó el sentido de ésta y en un inglés perfecto le consultó a Marlene: “¿Qué hace Ud. para mantenerse tan bella y joven?”. Dietrich miró fijamente al periodista y respondió: “Tengo una sola receta: nunca hacer las cosas a medias”. El traductor fue un empresario que ofrecía una conferencia en otra sala y a quien se recurrió en reemplazo del intérprete original, que no gustó a la actriz.

Cuando llevaba dos años de ejercicio profesional, Eliana obtuvo el premio *Helena Rubinstein* que periódicamente se otorgaba a la periodista que destacara entre sus pares. Y en 1963 se hizo acreedora al premio municipal de periodismo de Santiago. Sin embargo, ese fue también un período de mucha tristeza. Su amiga y compañera Ruth perdió la batalla contra una sorpresiva y violenta enfermedad. Ambas ya estaban casadas y eran madres.

Más tarde ganó el premio Rotary Club y, en 2004, recibió una distinción a la “Trayectoria Periodística” otorgada por sus pares.

Libros y cine

Como millones de chilenos, Eliana trabajó con libertad plena hasta el 10 de septiembre de 1973. Al día siguiente, enviada a cubrir noticias a la ex Posta Central, supo de las primeras víctimas del golpe de Estado, e hizo los despachos correspondientes. No obstante, por

instrucciones del diario, debió retirarse a su hogar. Poco después empezaba el primer toque de queda impuesto por la junta militar que derrocó a Allende.

La política fue proscrita, de manera que el periodismo tuvo que reorientarse, relativamente. A Eliana le asignaron el sector económico y cosas especiales. Fue un extraño cuadro que se prolongó hasta mediados de la década de los 80.

Activa y responsable, compartió sus labores con el quehacer académico. Sin descuidar sus obligaciones reporteriles, fue profesora-ayudante de Juan Honorato y Alejandro Cabrera. Más tarde, al dejar el periodismo activo, hizo clases en las universidades Academia de Humanismo Cristiano, ARCIS y Bolivariana, poniendo el acento en los nuevos enfoques de la profesión y el aporte en ellos de Tom Wolfe. Además, colaboró en las revistas *APSI*, *Pluma y Pincel*, *Los Tiempos* y *Punto Final*. En esta última, una original y trabajada entrevista al líder sindical Clotario Blest dio origen a una separata de varias páginas. Sin embargo, tras el golpe de 1973, el ejemplar desapareció bajo el fuego por temor a un allanamiento militar.

Punto Final dejó de circular en papel, pero sigue vigente como medio digital. Su director, Manuel Cabieses, recuerda a Eliana en los aspectos profesional y personal:

“Cuando conocí a Eliana me di cuenta que no sólo trataba a una excelente periodista, sino también a una excepcional luchadora por la justicia social. Su escudo era la modestia que ocultaba un acervo enorme de conocimientos y sensibilidades. El respeto y afecto que la rodeaban, la convirtió en la presidenta de la Primera Asamblea Nacional de Periodistas de Izquierda de 1971. En ese sentido, Eliana conjugó en una sola personalidad el talento de periodista, la adhesión a los ideales de justicia e igualdad y el calor humano de su amor por su familia y en la relación con sus iguales”.

El cine y los libros fascinaron a Eliana desde

la niñez. Su opción posterior por el periodismo, de cuyo origen ya hablamos, estuvo vinculada al interés por la lectura y el saber. En uno y otro caso influyó su madre Praxedes, a quien ella llamaba Pachita. Tenía apenas seis años cuando vio María Waleska, con Greta Garbo. Y algo más de siete cuando comenzó a disfrutar de cuentos infantiles, que prefería a los juguetes. El barrio Brasil, donde vivían, las alentaba a ver películas. Había cuatro salas cercanas y una de ellas, Novedades, ofrecía funciones rotativas que madre e hija aprovechaban cada lunes.

Ambas aficiones se proyectaron en la adolescencia y madurez. Aún en la escuela, participó activamente en las funciones del Cine Club de la Universidad de Chile. En una de ellas y a propósito del estreno del documental *Mimbre*, de Sergio Bravo, con música de Violeta Parra, conoció muy de cerca a la por entonces principiante folclorista. La obra no dura más de nueve minutos y reproduce el trabajo en mimbre del artesano Alfredo Manzano, conocido como “Manzanito”. El personaje vivía en Quinta Normal y era considerado un virtuoso en el arte de tejer las varillas de dicho arbusto. A Eliana le llamó la atención la sincronía entre el movimiento de las manos del artesano –captado muy de cerca por Bravo– y la música, lo cual hizo notar a Violeta. “Esa era la idea”, respondió la incipiente cantautora al admitir sin modestia cuán asertiva era su música.

Siguió a actores y actrices que hicieron historia en el cine a partir de la década de los 30, así como a directores cuya vigencia es innega-

ble. Admiró, entre otros, a los estadounidenses John Huston, Orson Welles, John Ford, Martin Scorsese, Woody Allen, y a los europeos Ingmar Bergman, Luchino Visconti, Federico Fellini, Vittorio de Sica, Luis Buñuel, Pedro Almodóvar, Andrei Tarkovski, Alfred Hitchcock. Cientos de libros alusivos al séptimo arte, muchos de ellos de carácter biográfico, quedaron en su biblioteca. Entre tantos personajes, uno de ellos, Marilyn Monroe, concentró siempre la atención de Eliana, tanto por su origen como por su trágico final.

En materia de películas, sus favoritas fueron *La Calle*, *El ciudadano Kane* y *Cantando bajo*



Eliana e Irene. Ambas murieron el mismo día.

la lluvia. Pero nunca olvidó *Los Miserables*, una versión mexicana de la obra de Victor Hugo que despertó en ella gran interés por saber más de sus protagonistas. Asidua visitante de Librería Chilena, de propiedad de Pedro Salvo, a quien consideró “el mejor librero que haya existido”, se convirtió en entusiasta lectora de obras clásicas y de novedades bien tratadas por la crítica. Pensó entonces que seguiría los pasos de Salvo, objetivo que logró a fines de siglo.

María Eugenia Borel, muy cercana amiga y colega y también integrante de otra tertulia, la definió como “una consumista intelectual infinita”. “Eliana era loca por los libros”, dice hoy al evocar los tiempos en que ésta se convirtió en dueña de su propio local, la Librería Rayuela, en pleno centro de Santiago. La recuerda como “gran y entretenida conversadora, muy culta” que hablaba de autores, de cine, música, libros, mientras María Teresa Zegers, estrecha amiga y colaboradora, la asesoraba en la atención del público.

Hizo memoria de un simpático episodio que ambas protagonizaron. María Eugenia era visitante asidua de Buenos Aires, ciudad que también encantaba a Eliana. Al anunciarle su próximo viaje, a ésta le brillaron los ojos y, recordando su propia experiencia en la capital transandina, le pidió que le trajera el libro más requerido del momento: *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano. Argentina y Chile vivían bajo dictadura.



Redactora política en La Segunda.



Con Juan Guillermo Figueroa en Isla Negra.

—¿Cuántos te traigo? —preguntó Borel.

—Al menos unos 20 o más, lo que más puedas.

Le costó encontrar el libro, pero logró su cometido. Compró 23 ejemplares, incluido uno para ella, más un bolso para guardarlos.

Llevando el bulto al hombro, sorteó controles en Ezeiza y Santiago. Al día siguiente, se apersonó en Rayuela y dio cuenta de su cometido. Según hoy recuerda, Eliana se puso pálida, le temblaron las manos, se cubrió la boca.

—Ay, María Eugenia, qué horror. Era broma. ¡Broma! ¿Cómo pudiste pensar que te pediría en serio correr ese riesgo?

Dadas las condiciones imperantes, ambas se asustaron. Rápidamente, el contenido del bolso fue distribuido entre otros libros de Rayuela. Pocas horas después los ejemplares habían sido adquiridos por sus fieles clientes que, a juicio de Borel, “ni en sueños pensaron que *Las venas abiertas* ...llegaría a sus manos producto de una broma mal entendida”.

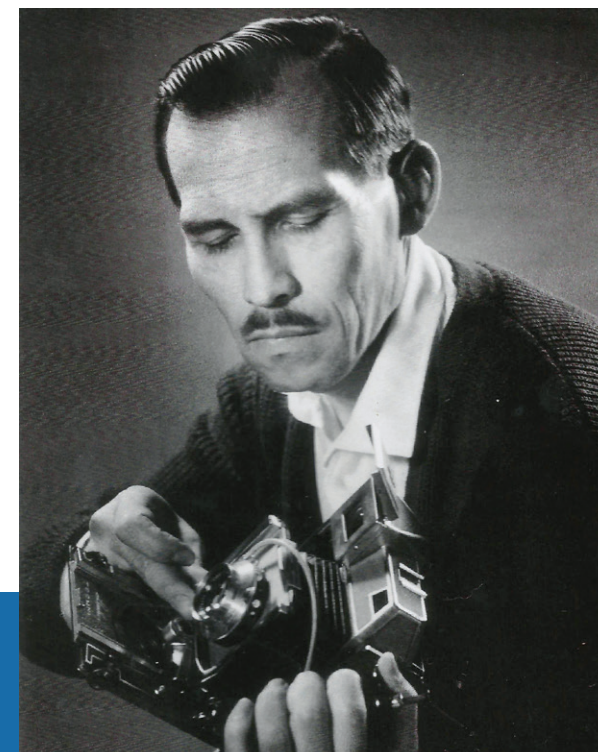
Aparte de muchos apuntes en agendas, cuadernos y papeles sueltos, además de un libro inédito sobre su propia vida, Eliana escribió *La Negra Lazo: memorias de una pasión política* y *Más allá del cuarto propio*, ambos de carácter biográfico. El primero trata de la vida de Carmen Lazo, la fogosa diputada socialista que destacó entre sus pares durante al menos un par de legislaturas y que, tras un exilio de diez años, siguió haciendo noticia al reanudarse la actividad política, a fines de la década de los 80. El segundo, de la doctora Neomicia Lagos, neurosiquiátrica, subdirectora del Instituto de Neurocirugía hasta el 11 de septiembre de 1973. Con ambas cultivó cálida amistad.

Eliana falleció en el sueño el 22 de junio de 2022. Le sobreviven el marido, con quien vivió 61 años, sus cuatro hijos y nueve nietos.

Domingo Ulloa Retamal

EL MAESTRO DE 1.200 PERIODISTAS

Por Víctor Manuel Mandujano



El profesor Domingo Ulloa con su cámara.

142

Texto elaborado con base en el libro “Domingo Ulloa. Revelando a Chile” (LOM Ediciones, 2018)

Este es uno de los episodios de nuestra historia donde habría que aplicar la vieja máxima “el pago de Chile” porque hasta su muerte, a los 92 años, Domingo Ulloa Retamal, connotado fotógrafo, laboratorista y docente, tenía sólo un reconocimiento bibliográfico acotado al Ballet Nacional Chileno (editado por la Universidad de Chile a fines de 2014), el que da cuenta de su extraordinario trabajo en el terreno de la fotografía, actividad a la que dedicó toda su vida.

Egresado de la Escuela Nacional Superior de Artes Gráficas en la modalidad de fotografía y cine, Ulloa se convirtió muy pronto en asistente de su profesor, Antonio Quintana, tal vez el más grande fotógrafo producido en el país. De él heredó la rigurosidad en los temas, en el encuadre y en el delicado proceso de laboratorio. Recordemos que Quintana fue también profesor de Química y Física.

Juntos emprendieron un largo recorrido que los llevaría al Laboratorio de Fotografía y Microfilm de la Universidad de Chile.

Después, a la Escuela de Periodismo, donde Ulloa desempeñó, desde 1962, la cátedra de Periodismo Fotográfico dejado por Quintana. Allí, dictó clases por más de 20 años, enseñando la disciplina de la fotografía a unos 1.200 futuros periodistas.

Tiempos de la Escuela

En temporada académica, los lunes y los miércoles, a las 8:20 de la mañana, por la entrada principal de la Escuela en la pequeña calle Los Aromos (hoy Juan Gómez Millas) de Ñuñoa, se estacionaba un jeep “Scout” de esos grandes, tipo Land Rover, con asientos traseros enfrentados, del cual descendían dos o tres personajes que dictaban la clase de Fotografía a los alumnos de primer año.

Uno de ellos, quien manejaba el vehículo todoterreno, era Domingo Ulloa Retamal, un personaje delgado, con lentes ahumados de marco de carey, bigotillo y traje formal. Su seriedad y trayectoria hacían temblar a muchos por la expectativa que causaba la presencia de un profesor riguroso, pero también generoso con aquellos que avanzaban, según sus instrucciones, en los estándares fotográficos de aquellos años.

Antonio Quintana, de quien Ulloa fue su alumno y ayudante, lo incorporó en 1962, como su asistente a la cátedra de Periodismo Fotográfico que él dictaba. Para ello, Domingo Ulloa debió ganar un concurso público.

En 1966, cuando el maestro Quintana comenzó a sentir los rigores de una enfermedad que lo llevaría a la muerte en 1972, Ulloa heredó su cátedra, la que desempeñó continuamente hasta 1983, cuando renunció voluntariamente.

Casi desde los inicios de la Escuela de Periodismo, Antonio Quintana se encargó de instalar, en el sótano de la escuela, un laboratorio muy profesional. Se encontraba junto a una imprenta que casi no usábamos los alumnos. Me imagino que allí se imprimían materiales de la propia escuela y del Instituto Pedagógico, en cuyos terrenos se levantaba el edificio de Periodismo, una construcción vidriada, moderna, que el escritor y filántropo venezolano Miguel Otero Silva (propietario del diario El Nacional) donó a la Universidad de Chile para construir allí la primera Escuela de Periodismo del país y, con certeza, una de las primeras de América del Sur.

Secundaban a don Domingo, a quien cariñosamente llamábamos “Don Chuma” o el “Ciego Ulloa”, los ayudantes Juan Guillermo Mellado y Samuel Urzúa (alumnos aventajados de cursos superiores) y Gustavo Pueller, reportero gráfico que culminó su vida profesional como editor fotográfico del diario La Época, tras un largo des-



Presentación de su libro, noviembre 2014, junto a la ministra de Cultura, Claudia Barattini, y Faride Zerán, vicerrectora de Extensión y Comunicaciones de la Universidad de Chile.

empeño en El Siglo hasta el golpe de 1973.

Sería injusto olvidar a Panchito, empleado de la universidad, encargado del aseo y orden del laboratorio, a quien a veces sacábamos “canas verdes”.

Las clases se iniciaban puntualmente a las 8:30 horas. Se realizaban alternadamente en la sala, en los extensos jardines del Pedagógico y en los laboratorios del sótano.

Ulloa fue siempre muy estricto. No aceptaba atrasados que interrumpieran su clase, de modo que la puerta se cerraba minutos después de las ocho y media y no había forma de ingresar sino hasta el cambio de hora. Había una sola excepción, la de Pablo Aguilera, quien en ese entonces leía un noticiero radial y tenía autorización para llegar a las 8:45. No sé cómo lo hacía.

Ya en terreno, el ambiente se distendía. Se hacían los ejercicios dictados en clase y se escogían como modelos a las chicas más hermosas del curso o a “voluntarias” entre las alumnas de las variadas carreras que se impartían en el Pedagógico. Las prácticas eran supervisadas por los ayudantes Mellado y Urzúa, bajo la atenta mirada del maestro Ulloa.

El laboratorio era la tumba de muchos. Esta clase la daba el propio Ulloa y consistía, en una primera etapa, en revelar los rollos tomados en terreno. Se preparaban los reactivos y químicos y luego, solo con una especial luz de seguridad verde (no se veían las manos), se sacaban la película del chasis y se introducían a mano en el revelador.

Más de alguno metió al revelador el chasis completo, sin haber sacado la película.

¡Pérdida total!

Esa luz verde servía para “inspeccionar” el progreso del revelado y tal técnica, que profesionalmente agradecí, más tarde permitía observar y retirar a tiempo la película cuando las imágenes comenzaban a oscurecerse peligrosamente. Digamos, se podía “salvar” un rollo en beneficio de las imágenes irrepetibles, como



Domingo Ulloa, gran laboratorista y artista del lente.

sucede con la fotografía periodística, donde no hay pose, o bien prolongar el tiempo de revelado cuando las imágenes estaban subexpuestas, muy débiles o muy “negras”.

En la gran sala de ampliadoras la situación era diferente. Con una luz amarillo, se podían observar, una vez que la vista se acostumbraba, los elementos de la ampliadora y las cajas de papel fotosensible para hacer las copias. Las clases eran también supervisadas por don Domingo, lo cual era otro lujo, puesto que él, quien aprendió las técnicas de laboratorio con Quintana, es hasta hoy considerado como el mejor laboratorista que tuvo Chile.

“¿Cómo va” decía, asomándose por sobre el hombro de los alumnos, que intentábamos realizar nuestras primeras copias en papel de fibra.

Más tarde, en cada momento, en cada hora libre, bajábamos al laboratorio para seguir practicando la inmensa magia de la fotografía y del laboratorio. Algunos, incluso, tuvimos más tarde un laboratorio propio, enamorados del arte que don Domingo nos supo transmitir.

Trayectoria

Domingo Ulloa Retamal nació en Santiago el 19 de diciembre de 1925, en el seno de familia muy extensa: su padre, Tirso Ulloa Fonseca, tuvo catorce hermanos, y su madre, Cecilia Retamal Gallegos,

dieciséis. De esta unión nacieron cinco hijos. Domingo fue el segundo, después de Juanita. Luego vendrían Luisa, Rafael y Cecilio.

Cuesta imaginar cómo, en aquella época, un joven sin antecedentes artísticos llegó a la fotografía. El propio don Domingo lo contó: “Fue algo muy casual. Estaba en el Liceo Valentín Letelier, en tercer año de humanidades, y entre mis compañeros figuraba Sergio González (que luego sería arquitecto), quien tenía un padre muy aficionado a la fotografía (el senador radical Exequiel González Madariaga). Vivían en la calle Loreto”.

“Sergio llevaba cámaras fotográficas y tomaba fotografías a los equipos de básquetbol, de fútbol y de gimnasia. En esos años se hacían revistas en todos los liceos. Yo fui uno de los que inauguraron el Estadio Nacional, en diciembre de 1938, representando a mi liceo como gimnasta. Sergio tomaba las fotografías y me invitó a ver cómo se hacía el proceso. Hasta tenía laboratorio en casa. Entonces me metí en ese mundo y descubrí el milagro más bonito que podría imaginarse. Procesábamos los rollos, los secábamos con alcohol (para tener los negativos cuanto antes), y nos poníamos a copiar en papeles, lo que requería de un largo tiempo de exposición”.

“Con Sergio nos aficionamos a la fotografía. Después, yo entregaba las copias. Era la primera vez que tomaba una cámara, camaritas pequeñas, tipo Leica, de 35 milímetros. El padre, González Madariaga, traía los equipos desde fuera del país”.

“Al terminar el sexto año de humanidades González se fue a Arquitectura y yo a la Escuela de Artes, donde se enseñaba fotografía y cine, litografía y grabado, linotipia, trabajos de gráfica y encuadernación. Allí se preparaba a los técnicos para Chile Films, que en esos años se estaba formando. Eran alumnos inscritos para los cursos de Fulvio Testi”.

“Esto ocurrió el año 1941. Me enteré por la prensa que se podía concursar, y en el mes de enero fui a inscribirme. Di exámenes y ya en marzo estaban los resultados en la prensa. Sólo tenía que matricularme. La escuela estaba en la calle Compañía 2951, cerca de Quinta Normal. Había internado, porque muchos alumnos venían de provincias, y se formaron dos grupos: uno de la parte técnica y

otro de la parte de oficios. En periodismo estaban un señor Lagunas y Arístides Araneda. Eran del diario La Nación. Pasé por gran parte de esas habilidades. Hice litografía y grabado en metal. Mi práctica fue en la Litografía Marinetti, famosa en ese tiempo, y luego en fotografía. Allí conocí al “chico” Quintana y sus ayudantes”.

“Antonio Quintana era hijo de Antonio Bellet (el mismo de la calle homónima), pero su padre no le dio el apellido. Sin embargo, sus hermanastros, Fernando, Jorge y María Bellet (que era escultora), lo trataban muy bien. La familia tenía una empresa muy grande de artículos eléctricos y a Antonio le pagaron todos sus estudios. Por su conocimiento y experiencia de vida, sus fotos tienen otro sentido y una potente fuerza social”.

Ulloa estudió tres años con Quintana y en ese tiempo trabajó tres meses en Chile Films, donde se desempeñó como ayudante de ilu-



El abuelo Felipe del pueblo Ona. Foto de Domingo Ulloa (1959).

minación y participó, con el profesor Testi, en “Romance de medio siglo”, la primera película que se hizo en esa empresa. “Podía optar por fotografía o por cine, pero los tres meses en Chile Films me desilusionaron”, y optó por la fotografía.

Trabajó en 1944-45 en una campaña del Ministerio de Salud para promover el consumo de leche pasteurizada. Continuó muy ligado a Quintana, quien era estrecho amigo de Pablo Neruda.

Ulloa contrajo matrimonio el 21 de agosto de 1948 con Alicia Valencia. Tuvieron tres hijos: Alicia, José Domingo y Pablo Antonio, este último llamado así porque tanto Neruda como Quintana quisieron ser sus padrinos, aunque ninguno de los dos pudo llegar al bautizo.

Alicia Valencia falleció en 1995 y en 1998 Domingo Ulloa contrajo matrimonio con Selma Vásquez Rojas, quien lo acompañó hasta su muerte.

Años de docencia

Así recuerda su paso por nuestra Escuela: “Estuve veintidós años en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile (hasta 1983) y después cinco años en el Bellas Artes, hasta el 87. En la Chile empecé en 1962, cuando era director de la Escuela Ramón Cortez Ponce”.

“En la Universidad de Chile tuve más de mil doscientos alumnos. Hubo años, con Quintana, con cursos de más de cuarenta estudiantes, cuando era su ayudante de laboratorio. Quintana se alejó el 65. Juntos trabajamos tres años y después me quedé solo, pero con ayudantes. De la misma escuela iban saliendo algunos ayudantes, y otros llegaron desde afuera, como Gustavo Pueller, fallecido en 2002, un personaje notable”.

Domingo Ulloa define sus años en la Universidad de Chile como los de profundos cambios. “Tras los sucesos de Francia, se produjo un revuelo y la universidad también tuvo una revolución. Nuevos programas, la toma de la Universidad Católica y ‘Chileno: El Mercurio miente’. Todas esas cosas las viví por allá por 1968”.

“Fue muy agradable la gente con quien me tocó tratar; a veces, ya mayores, como directores de diarios, de radios y otros que iban a

estudiar periodismo. Había abuelos, sacerdotes que eran directores de colegios, señoras ya de edad que eran abuelas y que iban a estudiar para después hacer la Vida Social en Diarios o Revistas. En muchos casos, la escuela les ‘prestaba’ mi cátedra para que hicieran el ramo. No hacían la carrera completa. Eso sí, en mi clase no entraban alumnos después de la hora. Me respetaban y yo los respeté a todos. Fue un período estupendo el que viví allí”

Cuando se le preguntó si recordaba a sus estudiantes destacados, el profesor Ulloa echó mano a su libreta y, con su habitual rigor organizativo enumeró los nombres de treinta y ocho mujeres y hombres, que fueron “todos alumnos de 7”, entre ellos sus ayudantes Samuel Urzúa y Juan Guillermo Mellado, e igualmente a quienes tuvieron carreras exitosas como reporteros gráficos, académicos o artistas de la fotografía, en los países donde algunos marcharon al exilio.

Pregunta: ¿Su interés como maestro nunca fue la formación de reporteros gráficos?

“Yo iba a explicar cómo la fotografía participaba y cuál es su función dentro del periodismo. Cómo se podía entonces, conversando con el redactor, coordinar para que una imagen tuviera concordancia con lo que los periodistas escribirían. En ese tiempo, por ejemplo, se hablaba de la sobreexplotación de los bosques en el sur, y la foto era la de un señor con un teléfono en una oficina. Claro, él era el que dirigía las maniobras pero no había nada de lo que se debía mostrar. Entonces yo procuraba que, en lo posible, la imagen no necesitará lectura (pie de foto). La idea es que hablara por sí misma”

Pregunta: ¿Buenos recuerdos con profesores de esa época en Periodismo?

“Claro, aunque no siempre nuestros horarios coincidían. Pero en las reuniones de Consejos nos encontrábamos. Desde luego con Ricardo Lagos, quien estuvo dando clases. Después fue secretario general de la Universidad, y por tanto mi jefe. También con el director Mario Planet, con Antonio Skármeta y Alfonso Calderón (ambos Premios Nacionales de Literatura), con Mauricio Amster, a quien conocí en los años 40, cuando yo trabajaba en publicidad. Él estaba en todas las agencias, en las principales ediciones de libros que se hacían en el país. Yo le llevaba las ilustraciones que pedían los autores y fuimos muy buenos amigos. Cuando trabajé con (Marcos) Chamúdez lo veía con mucha frecuencia. Eso sí, era muy

pesimista. Me acuerdo que cuando nació uno de mis hijos todos me celebraban, y él me dijo: «No sé si usted merece felicitaciones por traer hijos a este mundo horrible»”.

“La de profesor fue una etapa muy importante, porque el docente aprende tanto como los alumnos”, reflexionaba don Domingo Ulloa, fallecido el 18 de abril de 2018.



Luis Álvarez Baltierra: reportero, editor y académico.

Luis Álvarez Baltierra

LA VOCACIÓN DE UN REPORTERO-EDITOR

Por Abraham Santibáñez

Luis Álvarez Baltierra, como muchos periodistas de las primeras generaciones forjadas en nuestra Escuela, tuvo una formación cuya originalidad no se repitió más tarde. Parecía un representante de la vieja guardia, hecha a pulso, pero no escondía la apostura de un titulado en la universidad. Era una mezcla entre la pura vocación y la teoría que entonces –en los años 50 y 60– recién se consolidaba.

Como profesor por años, incluyendo su fructífero paso por la dirección de la Escuela de Periodismo de la Universidad Diego Portales, Lucho probó que su biografía fascinaba a los estudiantes de fines del siglo XX y comienzos del XXI. Tenía la experiencia del reporteo en la calle y el respaldo intelectual que recibió de sus profesores, una pléyade tan enamorada del reporteo como de la enseñanza. Como resultado logró permanentemente la adhesión incondicional de la mayoría de sus discípulos.

Cuando ya la televisión estaba instalada en Chile, su experiencia mayoritariamente en prensa escrita, despertaba permanente entusiasmo. Subrayaba que para trabajar como periodista en la

tele hay que saber escribir. Insistía, sobre todo, en que el trabajo periodístico, para tener impacto y ser perdurable, debe ser cuidadosamente planificado. Lucho había comenzado como editor en pequeñas publicaciones con el carabinero-periodista Agustín Oyarzún, también egresado del plantel de calle Los Aromos. Más tarde trabajamos juntos, primero en *Ercilla* y luego en *Hoy*.

Experiencias de un reportero

En un retrato suyo publicado en La Prensa Austral de Punta Arenas, se le rindió un sincero homenaje desde el título: “Recordando a Luis Álvarez Baltierra, baluarte del periodismo”:

“De esa época datan dos episodios que Luis recordaría permanentemente por la trascendencia que tuvieron para él: uno de ellos, el haber estado presente cuando Pablo Neruda pronunció el discurso declinando su precandidatura a la presidencia de la República en 1969, para apoyar a Salvador Allende. El otro episodio, fue la oportunidad que tuvo en 1971, en su calidad de columnista de *Ercilla*, de integrar la comitiva de periodistas que cubrió la gira de

Fidel Castro hasta Puerto Montt, ciudad en la que el líder cubano se embarcó en el Transporte Aquiles de la Armada rumbo a Punta Arenas”.

La misma nota anónima de La Prensa Austral agrega otros antecedentes:

“La primera colaboración de Alvarez en Ercilla fue en el N°1.841, correspondiente a la semana del 30 de septiembre al 6 de octubre de 1970, en la página 17. Su título: “Carabineros, 30 segundos al infierno”, una nota respecto de los carabineros asesinados en los asaltos a bancos, tan en boga en esa época. En el N°1.858, de la semana del 24 de febrero al 2 de marzo de 1971, el periodista ya figura en los créditos de la publicación en calidad de columnista, en la página 13 abre los fuegos con el reportaje “La tierra bajo el poncho”, dedicado al proceso de Reforma Agraria liderado por Jacques Chonchol, ministro de Agricultura del gobierno de Salvador Allende.

“Ahí en ese ambiente, Alvarez Baltierra se inició en el periodismo de fuste, había hecho sus primeras armas como redactor deportivo del diario El Siglo y también en diversas radios de Santiago. En 1970 trabaja en la “Revista del domingo” de *El Mercurio*”.

En lo personal, me atrevería a decir que su doctorado lo logró en la revista Cosas, donde desplegó toda su capacidad en la elaboración de pautas novedosas y atractivas en los tiempos difíciles de la dictadura. Un posgrado adicional lo ganó en la dirección de la Escuela de Periodismo de la UDP, donde no solo hizo clases sino que dirigió tesis y participó en trabajos de investigación. Encabezó la primera acreditación de la Escuela en el sistema creado por la SIP (Claep), cuando la experiencia en Chile era escasa en ese tema.

Tuvimos en esos mismos años la excepcional oportunidad de armar un programa de capacitación destinado a actualizar conocimientos de periodistas en ejercicio. Gracias a este proyecto, Lucho y otros colegas, tuvimos la posibilidad de recorrer Chile entero. Nuestro entusiasta público fueron centenares de periodistas de diarios regionales.

Niebla en la oficina

Además de la UDP Luis hizo clases en otros planteles y esos años de universidad fueron recordados con afecto por sus colegas. Al momento de su muerte, Enrique Ramírez Capello, recogió algunos decidores testimonios:

*“Recuerdo que cuando entraba a su oficina en la Escuela de Periodismo de la Universidad Diego Portales, era todo neblina, solo humo y no lograba encontrar al director hasta que escuchaba su grave voz que me invitaba a tomar asiento. Yo, sin ser fumador, salía de su oficina con unos cuantos puchos en mis pulmones”. (Manuel Antonio Contreras, profesor de castellano, enfatizando que Luis Álvarez fumaba dos cajetillas de cigarrillos al día).

*“Lo conocí a fondo y con hermosa sintonía. Cuando él era Jefe de Informaciones de “Ercilla”, yo colaboraba con entrevistas y crónicas documentadas sobre deportes. Él las revisaba de manera acuciosa y las titulaba con ingenio y soltura. No se inhibía para elogiar cuando encontraba excelencia. Titulado en la Universidad de Chile, tuvo un tránsito profesional amplio y de relieve. En esa revista escribí reportajes especialmente políticos, con mucho acierto y buen estilo interpretativo”. (El propio Enrique Ramírez)

Iván Sandoval Fuenzalida, profesor de Redacción y lingüística, invitado por Enrique Ramírez Capello, rememoró en su momento:

*“La gestión de Luis Álvarez en la Escuela de Periodismo me pareció muy buena, especialmente por la confianza que depositaba en el quehacer académico de los profesores. Junto a Pablo Contreras y con Lucía Castellón en calidad de decana, la Escuela logró los más altos índices de aprobación, ubicándose dentro de las dos mejores escuelas de Periodismo de Chile”.

El profesor Sandoval agregó un detalle fundamental: “Como hombre, Luis Álvarez era íntegro en su más amplia expresión”. Esta afirmación incluye, desde luego, la valorización de su vida familiar. Luis se casó con la Educadora de Párvulos Lucía Valdés, con quien tuvo dos hijos, hoy prestigiosos profesionales.



El histórico equipo de la revista *Ercilla*. Álvarez Baltierra, en el extremo izquierdo de la segunda fila.

El diario electrónico

Con Lucho habíamos conocido redacciones donde se respiraba el olor a tinta, donde se colaba el quejido de las linotipias, maravillas mecánicas que eran menos eficientes que los computadores pero que, a pesar de su desmesura, despertaban la admiración y el cariño de los viejos reporteros. Pese a ello, cuando, junto con el retorno a la democracia en 1990, se nos vino encima el maravilloso mundo nuevo de la revolución tecnológica, asumimos con entusiasmo el desafío.

En la UDP formamos parte de un taller con ingenieros informáticos con quienes exploramos el significado de la convergencia tecnológica. Por lo menos durante un par de años nos esforzamos por desarrollar productos periodísticos que explotaran todas las posibilidades de las nuevas tecnologías.

Fue un intento algo ingenuo –¿cómo competir con el MIT o los genios de Silicon Valley?– pero que nos permitió colocar a la Escuela en la vanguardia chilena.

Lo comprendió Álvarez tempranamente, con esa capacidad suya de intuir más allá de lo que ya se sabía. En octubre de 1998, en un comentario publicado en *El Mercurio*, proyectó lo que en ese momento era la novedad del año: la publicación electrónica del Informe Starr, el demoledor análisis de la fiscalía norteamericana sobre las aventuras extraconyugales del Presidente Bill Clinton. Se trataba, señaló, “de una revolución en el sistema informativo. En dos horas, las páginas que contiene el polémico documento quedaron a disposición de los usuarios que tienen acceso a Internet. En este fenómeno no participaron, en un comienzo, los medios de comunicación. No hubo pagos de derechos por parte de empresas o agencias periodísticas. No hubo intervención de directores ni editores de diarios y revistas, como tampoco de jefes de departamentos de prensa de radio o televisión. Se generó un sistema noticioso directo entre la fuente, en este caso el Congreso norteamericano, y el público que para esta oportunidad fueron los ciudadanos de todo el mundo. Podríamos considerar lo ocurrido como la primera demostración de una democracia informativa globalizada.”

Casi dos décadas después, estas afirmaciones parecen de Perogrullo. Pero no lo eran en ese momento.

Primera lección

En su análisis. Álvarez agregó una seria reflexión y un iluminador anticipo de lo que iba a ocurrir en los años venideros:

“Internet demostró que puede transformarse en el medio de comunicación más eficaz de la sociedad del futuro, lo que implica ventajas y riesgos. Fue una ventaja, por ejemplo, que el Informe del fiscal Kenneth Starr quedara a disposición de toda la sociedad en forma libre, simultánea y virtualmente instantánea. El riesgo, que debió asumir la sociedad, es que no hubo ninguna instancia entre la decisión del Congreso y la aparición del documento en las redes, en la cual se pudiera evaluar las consecuencias que provocaría el texto del informe en el público. El trabajo riguroso y metódico de los editores de los medios de comunicación fue desplazado a una segunda etapa.”

“Una de las características que tendrán, entonces, los públicos de la información electrónica –sostuvo el profesor Alvarez Baltierra– es que ellos deberán trasladar la credibilidad en el mensaje desde los medios tradicionales de comunicación, hacia las propias fuentes informativas. El fenómeno resulta complejo y será materia evidentemente de una profunda reflexión en los círculos periodísticos, académicos y legislativos.

“Una segunda característica es el grado de inseguridad que puede generar la información electrónica. Los receptores podrán ser sorprendidos en sus lugares de trabajo, en locales públicos o espacios abiertos, por información de último momento, procesada o no, cuya necesidad y urgencia de transmisión obedezca a la decisión de una persona o entidad, situación que envuelve un alto grado de peligrosidad.

“El periodismo electrónico terminará con las rutinas. Los actuales periódicos matutinos y vespertinos podrán ser reemplazados por ediciones en constante e ininterrumpida actualización. Las salas de redacción trabajarán las veinticuatro horas del día, reencantando en cierta forma el periodismo.

“Surgirán nuevos desafíos, como por ejemplo, el riesgo de generar situaciones de pánico colectivo o reacciones económicas y sociales imprevisibles”.

Visión pionera

La conciencia de estas maravillosas posibilidades no impidió que Luis, como lo harían más tarde muchos periodistas, comprendiera desde el comienzo los problemas que podrían surgir. Por un lado había que valorar el cambio de ritmo en las comunicaciones, verdaderamente instantáneas por primera vez en la historia. Junto con el trabajo en “tiempo real”, surgió otro fenómeno que todavía no terminamos de dimensionar: el hecho de que cada ciudadano tiene la capacidad de hacer llegar desde su equipo (computador o teléfono) su información y su opinión al mundo entero. El entusiasmo por estos avances no debe hacernos olvidar los eventuales peligros, incluyendo riesgos éticos insospechados. Lo planteó Álvarez en 1998:

“Un efecto negativo es que aumentará la brecha entre la sociedad informatizada, conformada por quienes estén conectados a las redes electrónicas, y la sociedad no informatizada”.

Más difícil de prever era que las facilidades tecnológicas permitirían el nacimiento de las “redes sociales” que hasta hoy son miradas con admiración (por su capacidad de empoderar a las personas) y con recelo (por el descontrol de muchos usuarios).

(Luis Alvarez Baltierra falleció en Temuco el 23 de marzo de 2014, ciudad a la que se había trasladado en 2012 con su esposa Lucía Valdés, con quien se casó en 1961 y quien le sobrevive junto a sus hijos Luis y Rodrigo. No se informó de la causa precisa de su muerte, aunque lo más probable es que haya sido su enfisema pulmonar o alguna complicación).

Alejandro Kofmann O'Reilly

FIEL A SU NATURALEZA

Por Federico Gana Johnson



Alejandro Koffmann en el lago Villarrica.

Cuando se va de la vida un colega de nuestra actividad profesional, todo sigue fluyendo como si a toda esta gran diferencia entre el estar y el no seguir estando estuviéramos tan acostumbrados. Es que lo estamos y, con plena seguridad, lo vamos a seguir estando. Cuando fallece un colega nuestra Orden, el Colegio de Periodistas distribuye la información correspondiente y la vida y sus consecuencias continúan normalmente. Sin embargo, en el caso de este niño-hombre que fue Alejandro Koffmann O'Reilly, yo me enojé profundamente con el Consejo Metropolitano del Colegio de Periodistas de Chile porque a Alejandro no lo consideraron. Nadie supo de su repentina muerte puesto que, en general, hacia el final de su vida no participó habitualmente del periodismo contingente nacional sino que, muy por el contrario, siempre actuó como un habitante del mundo. No sólo de las grandes ciudades del mundo entero sino también, y principalmente, de los pequeños pueblos del sur de Chile.

Sí, yo me enojé por ese olvido. Golpeé las puertas del Colegio y exigí que reaccionara. Y en nuestra Orden, afortunadamente, lo hicieron con esta declaración:

“El Colegio Nacional de Periodistas de Chile se hace un deber tardío en sumarse a las manifestaciones de pesar por el fallecimiento del colega Alejandro Koffmann O'Reilly, acaecido en circunstancias trágicas por un accidente automovilístico el pasado jueves 4 de junio de 2015, en la carretera de Villarrica a Licán Ray. Alejandro Koffmann O'Reilly se desempeñó en varios medios informativos de Chile y como corresponsal extranjero del diario norteamericano *Journal of Commerce*, en el cual ocupó también un espacio como cronista estable en Nueva York. En la actualidad estaba profunda y exitosamente dedicado a una ejemplarizadora tarea como defensor del medioambiente del entorno del Lago Villarrica, aprovechando sus dotes personales y experiencia comunicacional. Sus restos fueron velados en la Iglesia San Francisco de Licán Ray, localidad donde Alejandro se había acercado hace casi dos décadas”.

Permítaseme escribir estas líneas con una emoción muy personal, cometiendo una especie de traición a todo aquello que se nos enseñó en la Escuela de Periodismo: que el periodista informa, no opina ni se involucra. Y debo explicar por qué pido lo que pido. Es que yo conocí a Alejandro desde niño en el Instituto Nacional, in-



Periodista, ambientalista y pescador.

152 gresamos juntos a la Escuela de Periodismo, hicimos juntos como que estudiábamos, fuimos varias veces a la casita de su familia en Licán Ray, ahí escondida a una cuadra del Lago Calafquén y donde su madre, acostumbrada a la gran estatura y robustez de su hijo, nos servía almuerzos suculentos. Éramos amigos.

¡Qué frase más repetida aquella de que la vida tiene tantas vueltas! Y, sin embargo, me veo obligado a considerarla pues, con el correr de los años, de la vida adulta, de la diáspora que vivimos en los setenta, de los amores y los desamores, Alejandro llegó a ser algo así como un segundo padre para mis dos hijos mayores, pues se emparejó con la madre de ellos, quien había sido mi esposa. Y doy fe de que estos hijos lo quisieron mucho, lo tenían cerca y, principalmente, les traspasó el cariño por la naturaleza, por los bosques sureños, por las claras aguas de los lagos que amenazan con oscurecerse. Mis hijos estuvieron veinticinco años junto a Alejandro. Y les duele profundamente su repentina y estúpida forma de partir.

Una mañana del invierno del 2015, Alejandro salió de la casa de su mujer ubicada en el camino entre Villarrica y Licán Ray, para asis-

tir a una reunión relacionada con la defensa del medio ambiente al que dedicó gran parte de su vida. La cita era en la Municipalidad de Villarrica. Tras la tercera o cuarta curva, se vio enfrentado a un vehículo cuyo chofer enloquecido y ebrio conducía a 180 kilómetros por hora. Ambos fallecieron casi instantáneamente. Y vale la pena agregar que, como a Alejandro siempre le ocurrieron cosas curiosas, el vehículo con el que se enfrentó había sido recién adquirido por su dueño la semana anterior, como regalo de su padre tras haberse ganado la Lotería. El silencio de la incompreensión de las cosas no para de escucharse en el corazón de muchos.

Las mil caras de un gigante

Alejandro fue de aquellas personas que tienen un destino fijo y lo saben desde niños.

Ya en el Instituto Nacional siempre importunó a los profesores de diferentes materias con preguntas fuera de lo común, pero que le interesaban fehacientemente. Siempre, también, levantaba el dedo y tomaba la palabra con la calma de su estatura de gigante (fue grande desde chico) y dándose todo el tiempo del mundo, a pesar de su indisimulable y abierta tartamudez que nunca le preocupó en lo más mínimo.

En nuestra Escuela de Periodismo se hizo fácilmente famoso, precisamente por su actitud abierta y segura. Si se pudiera hacer un balance de las veces que discutimos con los profesores, Alejandro estaría entre los mejores alegadores, a pesar de su permanente hablar entrecortado. Siempre fue uno de los más porfiados (todos éramos bastante porfiados, a decir verdad) y tan, pero tan llevado de sus ideas que al final de las discusiones ganaba no por cansancio sino por la intensidad lógica de sus puntos de vista, expresados a tropezones.

Pero más popular y difícil de olvidar hasta el día de hoy fue el instante en que Alejandro se convirtió en el primero de todos noso-

tros en hacerse propietario de una motoneta, a la que diariamente transportaba también a la “Gorda Labbé”, nuestra señora compañera Angélica, robusta y alegre como ninguna. Costaba entender cómo cabían ambos en el frágil y pequeño vehículo. Eso sí, lo importante es que abandonaban rápidamente la calle Los Aromos y partían con urgencia a cumplir sus obligaciones periodísticas, pues ambos eran casi los únicos compañeros que estudiaban y, a la vez, trabajaban en los medios capitalinos.

Alejandro trabajó en muchos medios y le encantaba observar la realidad desde el punto de vista de la Economía. Ejerció en el Diario Última Hora durante un período bastante prolongado, tiempo que en Chile las noticias de Economía eran las fundamentales de cada jornada y encabezaban el convulsionado acontecer político.

Después de 1973 partió a Estados Unidos, se instaló en Nueva York y, a los pocos meses luego de pasar por varias actividades para ga-

narse la vida, obtuvo un cargo en el diario The Journal of Commerce, en el cual desarrolló una importante tarea durante varios años. Sin temor a equivocarme, pienso que Alejandro debe ser el único periodista chileno tanto de nuestra generación como de otras en alcanzar la posibilidad de informar a la opinión pública financiera norteamericana desde un medio periodístico ubicado en el corazón de Wall Street.

No recuerdo en qué año regresó a Chile. Sí sé que, por ejemplo, antes se instaló en Puerto Rico para dedicarse a la crianza y comercialización de camarones. Sé también que sólo tuvo un éxito relativo allí y lo bueno de esta dificultad es que regresó a Chile para instalarse en su querida Licán Ray de la infancia. Y llegó decidido a continuar en el desarrollo de su eterna pasión: La naturaleza, en todos sus sentidos.



Alejandro impartiendo educación ambiental.

Energía, determinación, tozudez y pasión

Comenzaron a pasar los años y se convirtió en el Presidente del Club de Pesca y Caza de la localidad. Gran parte de lo actualmente existente en cuanto a flora y fauna de la zona se debe a Alejandro. En cierta oportunidad, ya hace casi una década, Alejandro se acercó con toda su porfía natural Campus Villarrica de la Universidad de Los Lagos para invitarla oficialmente a ser parte de un proyecto de repoblamiento de alevines en el Lago Calafquén.

Rescato las palabras con que la propia Universidad recordó a Alejandro Koffmann tras el horrible instante de su accidente y fallecimiento:

“Esa persona que llegó hasta la universidad tenía una gran energía, determinación, tozudez y pasión. Nos impresionó por su personalidad así como por su preocupación permanente por la educación ambiental, en particular sobre los ecosistemas acuáticos, su entusiasmo de compartir esta pasión tanto con los profesores en formación como con los docentes profesores en ejercicio, con los niños y niñas de las escuelas de la zona lacustre. Con ese espíritu nos sumamos al proyecto de Recuperación de la Pesca Recreativa en Lagos y Ríos del Sur de Chile, al que también entregaron sus esfuerzos profesionales varios investigadores, médicos veterinarios y acuicultores. La pasión que Alejandro transmitía contagió rápidamente al equipo del proyecto y su permanente preocupación por el lago Calafquén, el poblado de Licán Ray y la educación ambiental para toda la comunidad se transformó en un fuertísimo ejemplo para nosotros. La construcción y mejoramiento del Centro de Repoblamiento Chiguaico, único centro en la región autorizado para realizar actividades de repoblamiento, fue liderado por él. También comprometió su aporte en el Comité Regional de Pesca Recreativa y participó con su misma pasión en las actividades de repoblamiento en las temporadas 2011, 2012 y 2014 financiadas por el Fondo de Administración Pesquero de la Subsecretaría de Pesca”.

Alejandro terminó repentinamente sus días mientras convocaba, reunía, llenaba de energía e inspiraba, presionaba y lograba iniciativas muchas veces postergadas. Doy fe de que todavía lo recuer-

dan y lo escuchan con su voz ronca y entrecortada instalándose en alguna oficina de cualquiera autoridad comunal o provincial y preparándose un té para conversar una idea que le estaba dando vuelta... Precisamente, en la fresca e invernal mañana del pasado cuatro de junio se dirigía hacia Villarrica a una de sus cuantas reuniones en la Municipalidad cuando se le enrostró la muerte de manera tan estúpida en el accidente automovilístico.

Desde allá en el sur de Chile, esa región que conocemos pero también desconocemos, Alejandro nos dejó su legado y la enseñanza de que el vivir con la mente y el corazón de periodista permite abrir mil puertas y todo ello depende nada más que de la Naturaleza del ser humano.

La suya, qué duda cabe, la aprovechó hasta la última gota.

Guillermo Holtheuer Lafosse

UN RADICAL DE TOMO Y LOMO

Por Carlos Contreras



Un radical comprometido con la izquierda.

Corría el año 1967 y yo había cursado algunos ramos de primer y segundo año en la Escuela de Periodismo, pero también había dejado pendiente otras materias de primer año lo que me significó conocer a varios de los “mechones” de ese año.

La mayoría me parecían casi adolescentes, sin embargo, había otros que ya tenían algunos años de universidad en el cuerpo y entre ellos estaba un tipo con barba, que quizás lo hacía representar más edad aún. Uno de aquellos con experiencia universitaria era Guillermo José Germán Holtheuer Lafosse.

Con grandes lentes y entregando una sonrisa cautivadora, en especial para las compañeras, rápidamente lo vi relacionarse con facilidad con los nuevos estudiantes. Según recuerdo venía de haber cursado primer año de Derecho en Valparaíso.

A los pocos días crucé algunas palabras con él y fuimos empatizando con una conversación fácil, mientras que lo difícil era recordar su apellido Holtheuer, que rápidamente quedó en boca de varios como “Queltehue”. Claro... la agudeza de los compañeros

siempre tras la búsqueda de una identificación fácil en un curso numeroso.

Años de política

Pasadas algunas semanas, como era habitual, comienzan los escarceos para saber de qué tendencia son nuestros nuevos compañeros. No podemos obviar que el año 1967 ya se incubaban los movimientos estudiantiles de Francia que tendría presencia al año siguiente con figuras como Dany el Rojo y el surgimiento con su posterior afianzamiento de un movimiento fuerte en Chile como fue el MIR. Este panorama político entre los jóvenes estudiantes hacía insoslayable saber que pensaba tu compañero de al lado. Eran años donde la política ya dominaba fuertemente los escenarios, especialmente entre los jóvenes universitarios.

Guillermo pronto mostró su postura de “radical de tomo y lomo”, muchos lo miraron como una rareza ...¿un joven radical? Sí, claro, por cierto existía la reconocida Juventud Radical, pero en una sede universitaria tan de vanguardia como era el Pedagógico, verdade-

ramente resultaba inusual ver un joven radical.

Tan pronto como hubo elecciones de curso y del Centro de Alumnos, Guillermo fue tomando contacto con algunos compañeros con el propósito de ver alguna alianza donde se viera reflejado.

Entretanto ya había surgido su “fan club” entre las chicas de la escuela. Obvio, buena pinta, simpático y conversador, las compañeras vieron muy rápido en él un muchacho “tierno”, gentil y siempre dispuesto a demostrarse como un gran caballero frente a ellas.

Fuimos cada vez más cercanos y luego me invitó a su departamento en la calle Coronel Santiago Bueras, allí cerquita de la Plaza Italia.

Compartía un departamento con varias estudiantes de diferentes carreras, lo me confirmó su éxito entre las mujeres. Allí conocí a quien hasta hoy es uno de mis mejores amigos, José Derderian, estudiante de Derecho en la Universidad de Chile, quien compartía las reuniones en casa de Guillermo.

Rondaban amigas, compañeros de universidad, algunos estudiantes de Medicina. Varios de aquellos rostros ya casi se me han borrado.



En el matrimonio de Carlos Contreras con Nany Sáez y César Betancourt.

Guillermo era igual de acogedor en su casa y compartimos largas jornadas de conversaciones de actualidad y especialmente de política. Holtheuer era fuerte en su convicción de radical de izquierda y tenía la positiva esperanza que se pudiera consolidar una alianza política que llevara al progresismo al poder.

En una de las primeras elecciones de delegados de curso al Centro de Alumnos donde participó, obtuvo algunos votos de las nuevas compañeras pero, según recuerdo, no le alcanzó para ser elegido. En los años venideros sí consiguió los votos suficientes para obtener algún cargo. La verdad es que muchos votaban por él como persona, pero no por el ser un representante de la Juventud Radical.

Su desempeño académico era como el promedio, con altibajos en algunas materias, pero muy interesado en trabajar en grupo y siempre colaborador.

Hasta esa fecha poco sabía yo de su vida personal y familiar. Vivía solo en Santiago compartiendo habitación con otras compañeras universitarias y nada más. No recuerdo a razón de qué me contó que sus padres estaban separados hacía varios años y que su madre vivía en Estados Unidos junto a su única hermana, María Eugenia.

Vida artística y solidaridad

De pronto una vez en la conversación salió el tema de mi vida artística, suspendida por aquellos meses del año 1968 mientras me recuperaba de una complicada enfermedad y allí apareció una gran sorpresa:

“A lo mejor tú conoces a mi hermana que está en Estados Unidos?”, me pregunta Guillermo. ¿Y por qué debiera conocerla?, respondo. “Porque ella también perteneció a la vida artística como cantante de la Nueva Ola”, me sorprende Guillermo. “¿Y quien es ella?”, le pregunto ansioso. “Lo que pasa que ella se decidió a cantar porque se lo ofrecieron, su verdadera pasión es la pasarela, ella es la modelo Bambi”.

¡Vaya sorpresa!, por supuesto que la conocía. Antes de que Bambi partiera a los Estados Unidos yo había compartido escenarios con

ella y habíamos tenido una gran afinidad. Nos encontrábamos en la revista Ritmo, en las radios de la época y por supuesto en los pasillos de la incipiente televisión de aquellos años. Yo había tenido la oportunidad de conocer al pequeño Felipe, hijo de Bambi y a su primer esposo.

Esa circunstancia nos unió más como amigos con Guillermo.

El año 1968 fue un período muy complicado para mí debido a la enfermedad que me tuvo varios meses fuera de circulación. Sin embargo, allí pude aquilatar la calidad humana de Guillermo quien siempre estuvo preocupado de mi salud y dispuesto a levantarme el ánimo en aquellos días tan difíciles.

Ese mismo año adicionalmente perdí a uno de mis mejores amigos de juventud, el músico y compositor Hugo Beiza quien falleció a los 26 años. Guillermo estuvo presente para reconfortarme y sentí que la vida se llevaba un gran amigo pero que me entregaba a la vez otro excelente compañero.

Los años 1969 y 1970 en la Escuela fueron muy intensos para mí, me dediqué cien por cien al estudio y obtuve buenas calificaciones, comencé a hacer clases como ayudante de algunos ramos.

Mientras tanto, mi estimado amigo Guillermo estaba dedicado en cuerpo y a la política. En octubre de 1969 ya había nacido la coalición de partidos que formó la Unidad Popular para enfrentar las elecciones parlamentarias de ese año. Por supuesto el Partido Radical, al que pertenecía Guillermo, formaba parte de UP y él se sentía con la responsabilidad de trabajar con todas sus fuerzas para obtener al año siguiente la victoria en la elección del Presidente de la República.

Durante todo 1970, en la campaña para las elecciones presidenciales del 4 de septiembre, Guillermo dedicó gran parte de su tiempo a colaborar para que la cuarta candidatura de Salvador Allende finalizara con éxito permitiendo la llegada al poder de la Unidad Popular. Poco nos veíamos dado el intenso trabajo que desarrolló Guillermo. Por mi parte, dedicaba gran parte de mi tiempo a la Escuela de Periodismo, era mi último año y colaboraba como ayu-

dante de profesores como don Alfredo Lieux y Alfredo Taborga.

Al año siguiente en enero 1971, tuve mi matrimonio muy privado y la ocasión coincide con una parte muy importante en la vida de Guillermo. Me llama la noche anterior a la ceremonia y me cuenta que conoció a una chica argentina muy linda y me pide si puede ser su acompañante, ya que él había sido invitado solo porque no tenía pareja.

Yo obviamente acepté. Al día siguiente llega Guillermo con su “princesita”, como algunos compañeros la llamaron en son de broma. Meses después aquello devino en un pololeo fulminante y luego en su pareja estable. Al año siguiente en mayo de 1972 Guillermo se transformó en mi compadre al aceptar ser el padrino de bautizo de Loreto, mi primera hija.

Una vez que el gobierno de Salvador Allende se instaló, Guillermo, militante activo del Partido Radical, inició su participación en la CORA (Corporación de la Reforma Agraria) como integrante del equipo de comunicaciones (en aquellos tiempos se conocía como Relaciones Públicas). Allí trabajó cercano a Jacques Chonchol hasta el golpe. En aquellos años ya nuestros trabajos nos impedían estar muy cerca, ambos con parejas. Pese a que los tiempos nos fueron alejando físicamente, nuestra amistad permaneció incólume.

Para el 11 de septiembre ambos vivimos momentos complicados y Guillermo tuvo que buscar refugio con amigos que lo ocultaron hasta que salió del país rumbo a Europa. Desconozco si primero pasó por Argentina, ya que su compañera también abandonó Chile luego del golpe.

Recuerdo que en días posteriores al 11 de septiembre nos encontramos subrepticiamente en su departamento en la pequeña calle Doctor Sótero Del Río que aún mostraba en sus paredes infinidad de casquillos, ya que el departamento daba de es-



Con sus compañeras Angélica Vuskovic y Wadiha Hanna.

paldas a lo que era el Ministerio del Trabajo (Huérfanos con Teatinos). Conversamos largo de lo que vendría, de la conveniencia de encontrar refugio primero y luego de nuestro destino final si el derrocamiento de Allende se asentaba definitivamente.

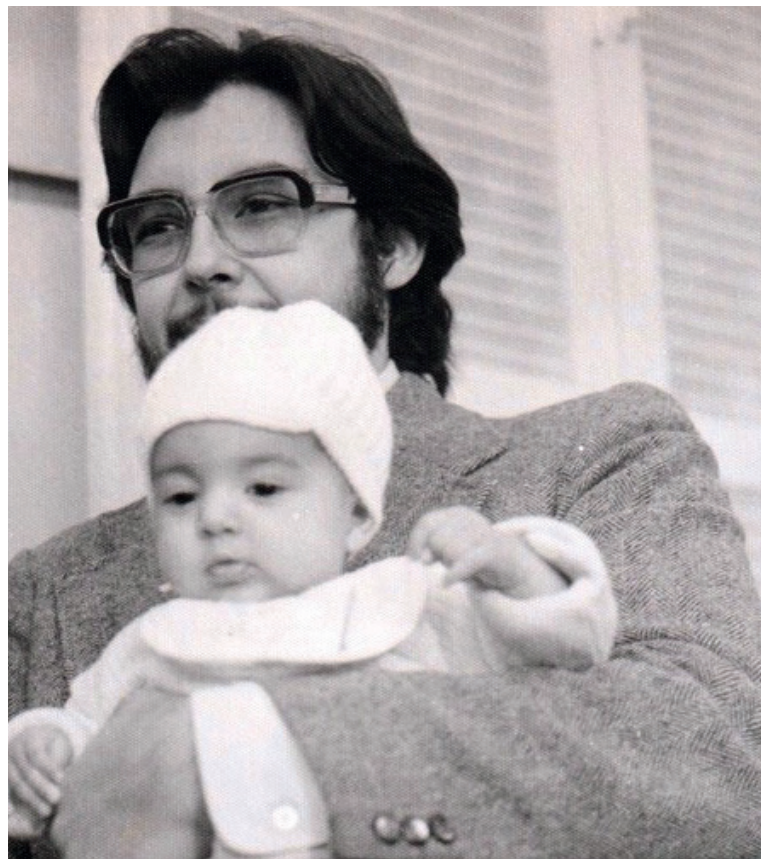
Pasaron varios años en que la comunicación con Guillermo se hizo complicada porque él estaba asilado en la República Democrática Alemana, sólo sabía que vivía en Dresden y perdí contacto con él. Mientras tanto yo pasé por Perú y Colombia para quedarme finalmente por varios años en Venezuela.

Ya de vuelta a Chile en 1981, gracias al reencuentro con compañeros de la Escuela pude saber más de Guillermo y tuve contacto epistolar con él. Hacia el año 1985 Guillermo había abandonado la Alemania Oriental y se había instalado en Alemania Occidental. Me contó que su madre había jubilado en los Estados Unidos y había viajado para reunirse con él en Alemania y vivir juntos.

A raíz de un viaje de trabajo en que hice a Europa en 1986 convine con Guillermo que lo pasaría a ver a Berlín Occidental donde residía. Fue una gran alegría volvernos a encontrar después de tantos años. Me invitó a quedarme en su departamento donde vivía con su madre. En aquella oportunidad también estaba de visita su sobrino Felipe, hijo mayor de su hermana Marita (Bambi) que ya era un muchacho por sobre los 20 años.

Conocí a su madre, María Eugenia Lafosse, muy gentil y de una cuidada educación. Guillermo se había visto obligado a consolidar otras actividades diferentes al periodismo, había incursionado con poca fortuna en los negocios a través de un restaurante.

Su incansable interés por la política lo hacía mantener permanente contacto con los exiliados en Europa y siempre desplegando su inflexible legado radical. Entiendo que tuvo muchos desencuentros



Cuando se transformó en compadre de Carlos Contreras.

con diferentes fracciones de los exiliados pero dentro de lo razonable. Discusiones, puntos de vista diferentes ante la dictadura y por cierto las variadas estrategias para intentar derrocar el régimen de Pinochet.

Guillermo me contó que luego de separarse de su compañera argentina había encontrado una segunda pareja, una chilena exiliada, quien lo había hecho papá por segunda vez, en esta oportunidad fue una niña. Lamentablemente esa relación duró poco y su segunda compañera partió para radicarse en Noruega. Obviamente eso lo tenía muy afectado porque las posibilidades de ver a su hija se hacían cada vez más lejana. Con su otro hijo, que vivía en Ber-

lín Oriental, también imposibilitado de verlo, Guillermo llevaba su procesión por dentro.

En medio de mi visita ocurrió un hecho en Chile que dio la vuelta al mundo. Justo cuando estábamos conversando con Guillermo cuáles eran las alternativas que se jugaba la resistencia chilena para intentar la caída del dictador, fuimos sorprendidos el 7 de septiembre 1986 por el atentado a Pinochet en la cuesta Las Achupallas en el Cajón de Maipo. Obviamente durante varios días estuvimos pegados a la radio y la televisión intentando saber más del fallido intento organizado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Mis días programados para estar en Berlín ya habían sobrepasado lo planeado, así es que seguí rumbo a otro país dejando a mi amigo sumido en la incertidumbre de los acontecimientos que vendrían posterior al atentado. Todos sabemos cómo terminó con una injusta vendetta donde fue asesinado nuestro querido amigo y colega Pepone, José Carrasco.

Durante mucho tiempo nuestro contacto se hizo más lejano y sólo cuando Guillermo decidió comenzar la tarea de retornar a Chile volvimos a tener contacto. En el país ya habían ocurrido el plebiscito del NO de 1988 y las elecciones de 1989 que permitieron el re-

greso a la democracia con Patricio Aylwin. Para Guillermo la fecha del regreso se veía más cercana.

Los programas de ayuda para el retorno terminaron por convencer a Holtheuer e inició el regreso. Traer unas pocas cosas de Alemania y un préstamo del Banco Estado le permitieron pensar en alguna actividad relacionado con su profesión. Yo lo entusiasmé con la idea montar una empresa prestadora de servicios técnicos para la televisión, es decir, equipos para post-producir para terceros, sean privados o incluso algunos Canales de TV que requerían servicios de arriendo de equipos de producción, en este caso específico, islas de edición.

Se compraron los equipos y se montó una empresa de servicios. La experiencia indicaba que debía hacer contactos con clientes de la TV, incluyendo canales abiertos y productoras privadas. Obviamente había que contratar el personal apropiado, editores con experiencia, y nuevamente algo falló. La empresa nunca obtuvo los resultados esperados y terminó cerrándose. Definitivamente nuestro querido Guillermo no tenía aptitudes para el negocio.

Dejamos de vernos nuevamente y sólo supe por otros amigos que ya había vuelto a su pasión de siempre, la política. Había retomado sus contactos locales con el Partido Radical y se le habían reconocido sus años en el exilio siempre jugando un rol de militante en los círculos de expatriados políticos. Tuvo oportunidad de ingresar al círculo de las directivas de los radicales en diferentes responsabilidades.

Pero más tarde rompió con el radicalismo y participó en la fundación de Fuerza Regional Independiente, que lo postuló como candidato a diputado por el Distrito 54, de la región de Los Lagos, el año 2005. No logró ser elegido.

Durante todos los años 90 y parte del 2000 tuve algunos encuentros ocasionales en casa de colegas con los que Guillermo mantenía cercanía, pero en general, poco se sabía de él.

Su madre, María Eugenia, había regresado a Chile también y se había vuelto a reunir con Guillermo para vivir juntos nuevamen-

te, ahora en Santiago.

Me enteré un poco tarde del fallecimiento de su mamá y que su hijo Facundo había venido a Chile para estar con él. No volví a tener contacto con Guillermo hasta que en febrero del 2016 muy silenciosamente partió.

Nany Saez, una gran amiga y colega de Holtheuer, me contó que el día anterior a su fallecimiento la había llamado, lo que ella interpretó como un gesto de despedida. Guillermo estaba afectado por un cáncer y había mantenido en reserva su enfermedad.

Para mí queda el gran recuerdo de un amigo leal, solidario, cariñoso, tremendamente consecuente, un enamorado de la política que creo no le retribuyó todo lo que Guillermo le entregó generosamente. Nuestro compañero plasmó sus vivencias como luchador el año 2008, cuando escribió un libro que tituló “La dictadura vigente”.

Giacomo Marasso Beltrán

GRAN AMIGO Y CAMARADA

Por María Teresa Maluenda Merino

160

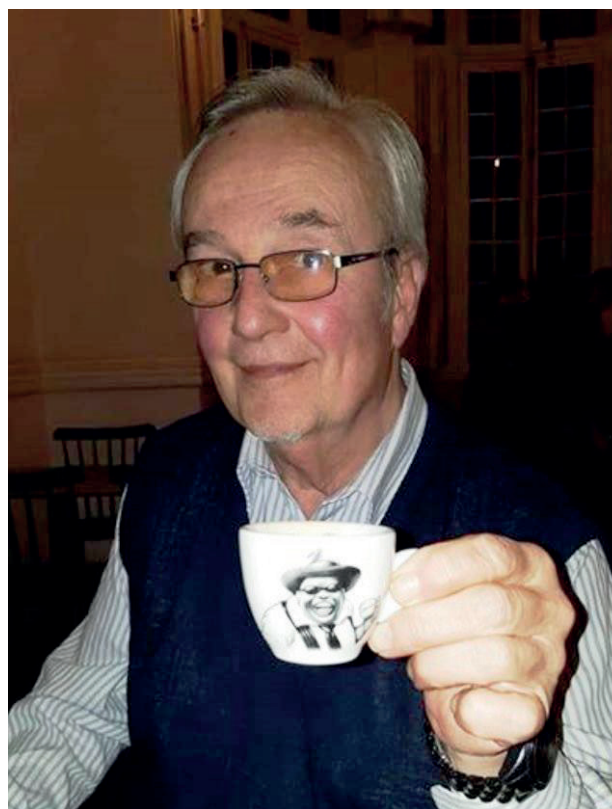
¿Por dónde empiezo a contar parte de la vida de mi querido amigo Giaco? ¿Cómo lo defino para abarcar todas sus facetas? El político tolerante, el italiano soñador, el perseverante dirigente gremial, el periodista, el “músico pendiente”, como él se describió hace un tiempo en la radio Cooperativa. “Soy persona, hijo de Dios, hermano de lo humano, tutor de lo creado y lo inventado... Me relaciono mediante la solidaridad... En mi alma y en mis acciones están lo italiano y lo chileno... Soy el periodista, el político, el músico pendiente, el escritor incipiente, el audino intransigente... Aún sueño con ideas y proyectos”.

Fue mi primer amigo en la Escuela de Periodismo de nuestra ilustre Universidad de Chile: nos conocimos en la fila para matricularnos. Y esa amistad se mantuvo por siempre. Amigos y camaradas porque desde el primer día militamos en la DCU (Democracia Cristiana Universitaria) y a lo largo de toda la vida compar-

timos experiencias profesionales, políticas y gremiales. Poético y soñador, Giacomo estaba siempre ideando nuevos proyectos, en ocasiones utópicos, pero siempre plenos de entusiasmo.

La política fue un tema central en su vida y la enfrentó siempre con un fuerte compromiso y respeto por las ideas ajenas. Así lo sintieron muchos de sus colegas.

Cuando le pedí a Oriana Zorrilla, un testimonio de su compañero de curso, lo tituló *Diferencias en armonía*. Han pasado 57 años y aún lo recuerda “en la puerta de ingreso a la Escuela de Periodismo desde la Facultad de Filosofía y Humanidades o, simplemente Pedagógico, como le llamábamos en los años sesenta: Giacomo Marasso y George Mallohui esperaban a las mechas, estudiantes de primer año, para darles la bienvenida y atrapar su atención para sus respectivas juventudes



Disfrutando un buen café.

políticas, de la Democracia Cristiana y la Juventud Socialista. Fui poco amable y antes de que comenzaran su discurso, les dije: «conmigo no, soy de la Jota», como se conocía a los y a las militantes de las Juventudes Comunistas. Eran tiempos de sueños, utopías y una apasionada militancia”.

Tiempos de grandes ideales

Éramos muchos alumnos en ese primer año de Periodismo, probablemente el curso más grande que pasó por la Escuela de Los Aromos; proveníamos de todas partes, diversos como la vida misma, enamorados de la palabra, entusiasmados con un mundo en ebullición, que en los años 60 nos sorprendía a cada paso con sucesos nuevos, cambios vertiginosos que desafiaban nuestro futuro y movilizaban a las juventudes del orbe.

Movimientos sociales diversos y en varios países fueron surgiendo con causas diferentes, pero con algo en común: rebeldía contra la autoridad, un cuestionamiento profundo del sistema y los valores imperantes. Estudiantes contemporáneos a nosotros en el viejo continente, iniciaron una protesta en la Universidad de Nanterre. Como reguero de pólvora se extendió a La Sorbonne, supimos del liderazgo de Daniel Cohn-Bendit y prendió Mayo 68 en Francia. En la Escuela leíamos con avidez al filósofo Herbert Marcuse, referente obligado de los movimientos juveniles de protesta de esos años. Era especialmente atractivo para nosotros pues nos hablaban sobre el poder de los medios de comunicación, el peligro de la desinformación y la manipulación de las masas.

Los 60 a nivel local

En Chile, la década de los 60 se caracterizó por profundos cambios sociales y políticos. Yo tenía 16 años ese domingo de junio de 1964 cuando acompañé a mis padres a ver la llegada de la *Marcha de la Patria Joven*. Fue algo impresionante, una experiencia mística que miles de jóvenes, como Giacomo y yo, no olvidaríamos. Y entramos a la Universidad imbuidos de esa pasión política del llamado de Frei Montalva a una revolución en libertad. Inscritos en la DCU, con Giacomo compartíamos en la Escuela y en la Federación de



Levanto, Italia, en la búsqueda de sus raíces.

Estudiantes, FECH, los mismos ideales. Durante el gobierno del presidente Eduardo Frei (1964-1970) seguíamos con entusiasmo las grandes transformaciones realizadas, como la reforma agraria, la promoción popular, la extensión de la enseñanza media, la chilenización del cobre, la creación de la Oficina Nacional de la Mujer. Campesinos, pobladores, mujeres y jóvenes se organizaban en juntas de vecinos, centros de madres y centros juveniles, para ejercer su derecho a opinar y participar en la comunidad.

En este contexto, la militancia política era el primer canal de participación en nuestro ambiente universitario y Giacomo la asumió con una convicción a toda prueba. Igual entusiasmo y convicción animaba a nuestros compañeros de izquierda y en nuestro curso claramente eran más los militantes del MIR y el PC. Sin embargo, por sobre toda esa efervescencia política y a veces duras discusiones, primaba una entrañable amistad que se fue creando mágicamente entre todos nosotros y que perdura hasta nuestros días.

Hace poco, Rolando Gabrielli, ex compañero de la Escuela, escribió para Candilejas.cl, un magnífico relato de aquellos tiempos universitarios en nuestra Escuela y el Pedagógico: “Fue una época espléndida, extraordinariamente joven, atmósfera plena de libertad, debate de ideas, creatividad, entusiasmo, en lo personal: inolvidable”. Trayéndonos a la memoria lugares, maestros y vivencias de hace medio siglo, fue reconstruyendo con nostalgia y poesía, el espíritu de nuestro paso por la Escuela de Periodismo. Gabrielli

nos recuerda que “Somos la generación que un día leyó en el frontis de la Casa Central de la Universidad Católica una frase inolvidable, para la historia: *Chileno, El Mercurio miente*. La historia nunca pasó de largo por nuestra Universidad y se sigue repitiendo con la exactitud de la infamia”.

La política como vocación

LOS CAMARADAS

”Fuimos llegando de a uno en uno...

No nos percatamos demasiado cómo.

Pero en un momento imperceptible fuimos camaradas.

Nos conocíamos en el hablar y en el sentir.

Sobre todo, en la ilusión de servir

...

Fuimos a veces el camino mismo que no podía detenerse.

Son mis camaradas. Por eso los quiero”

(Extracto de “Nostalgias”, un homenaje de Claudio Orrego Vicuña a sus camaradas, en 1975)

Giacomo Marasso intentaba seguir los pasos de Luigi Sturzo, el fundador del Partido Popular Italiano en 1919, antecedente directo de la democracia cristiana: “vivo para hacer confluir todas mis partes y mi conjunto hacia el mejor norte, el Bien Común”.

Trabajó algunos años en el departamento de Comunicaciones del Partido Demócrata Cristiano y luego asumió como director de Programación de Radio Presidente Balmaceda, hasta que la dictadura cerró la radio en enero de 1979. Desde allí Giaco me invitó para crear un programa misceláneo que ocupara el espacio de la mañana. Luego nos volveríamos a encontrar siempre en nuestro



Padrino de matrimonio de su hija Iride.

compromiso gremial y político. Y no me cabe duda de que en la actual coyuntura, Giacomo habría aportado esa cuota de tolerancia y pluralismo que, en los últimos tiempos, ha estado un poco ausente en el diálogo político.

Su colega, amigo y camarada Ricardo Urzúa, da fe de esta

profunda convicción en la democracia que Giacomo asumía como un modo de convivencia: “Se jugaba por lo que creía e hizo un gran trabajo por la recuperación de la democracia en El Salvador”. Ambos periodistas trabajaron juntos en dicho país, durante el gobierno de José Napoleón Duarte (fundador del Partido Demócrata Cristiano), en plena época de enfrentamiento con la guerrilla. Allí participaron en el proceso orientado a generar un estado democrático en esa nación.

“Giacomo afirmaba que para conquistar la democracia en un país que prácticamente no la conocía, había que trabajar para construir la paz y democracia, aunque las condiciones fueran adversas. Y lo hacía con los argumentos del convencimiento y el respeto por el otro”. En la década de los 80, Giacomo se desempeñó como director de Comunicaciones de IVEPO, Proyecto Venezolano de Educación Popular, presidido por el gran político y diplomático de ese país Arístides Calvani, que ofreció apoyo a los candidatos demócrata cristianos de América Central para promover salidas democráticas a las guerras civiles de la región.

Su ex compañero de ruta, lo recuerda con afecto: “De andar cansino y reacciones calmadas, Giacomo Marasso era un periodista cuidadoso al momento de tomar decisiones en los distintos cargos que tuvo, ya sea como diplomático, en cargos de Gobierno o en los medios de comunicación en que trabajó. Participó en la campaña del NO y posteriormente en el gobierno de Patricio Aylwin como subdirector de Comunicaciones de la Secretaría General de Gobierno. Entre sus tareas, le tocó participar en el diseño de la campaña contra el cólera y ser parte del equipo que enfrentó los famosos *ejercicio de enlace* y el *boinazo por los pinocheques*.”

Compromiso gremial

Francisco Javier Jara fue un amigo cercano y permanente a lo largo de los años. Fueron amigos toda la vida y trabajaron juntos en varias ocasiones: en el apoyo a procesos democratizadores en América Latina, en Guatemala, El Salvador y luego en Chile, después de la dictadura. Pancho Jara cree que sin duda el trabajo más significativo y gratificante para Giaco, fue su labor durante el gobierno del presidente Patricio Aylwin, como subdirector de la SECOM,

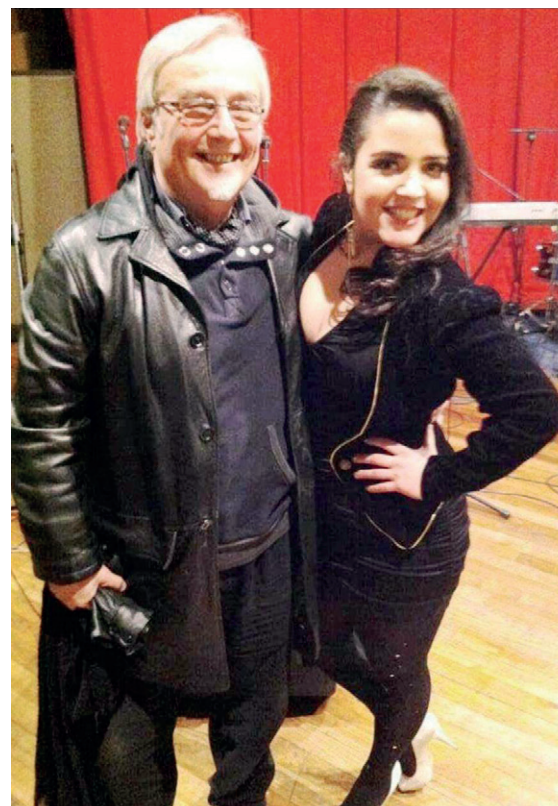
Secretaría de Comunicación y Cultura. “Se sentía parte del gran desafío de contribuir desde allí a la reconstrucción de la democracia, bajo el potente liderazgo de Aylwin”.

En el ámbito gremial, Giacomo participó activamente y hasta el final en el Colegio de Periodistas, donde fue presidente del Regional Metropolitano y Consejero Nacional de la Orden. En esa etapa compartió labores con nuestra querida compañera Oriana Zorri-lla, desde distintas trincheras políticas, pero siempre unidos por el interés gremial. “Iniciamos nuestros estudios (universitarios) muy jóvenes, pero ya con convicciones políticas arraigadas y profundas que mantuvimos hasta que la contingencia nos separó durante muchos años, para reencontrarnos como dirigentes del Colegio de Periodistas e intentar desarrollar iniciativas que le dieran fuerza a nuestras demandas y rearticularan la vida colectiva tan venida a menos al retorno de la democracia”.

Oriana recuerda que sus diálogos fuera de las sesiones siempre eran respetuosos, pero hilarantes cuando se referían a “su condición de católico ferviente y a mi ateísmo contumaz”. Y relata una anécdota buenísima: “Un día llegó Giacomo diciendo que teníamos que hacer un minuto de silencio por Luis que se había ido a la Casa del Padre y yo le pregunto *pero ¿por qué un minuto de silencio?, ¿dónde cresta vive el viejo que hay que hacer un minuto de silencio?!* y en medio de todo esto, el Consejo reía a carcajadas, ¡aunque Luis había muerto de un infarto inesperado!”

Italia en el corazón

Yo estoy convencida que la herencia de su padre italiano fue más fuerte que la Cordillera de Los Andes, la que habría competido a la par con la Región de la Liguria, donde se encuentra la localidad de Levanto, cuna de don Cesare Vittorio Marasso. Y hasta su apasionada afición a las canciones italianas puede tener su origen por esos lados ya que San Remo, fuente inolvidable de nuestro cancionero juvenil, también pertenece a la Liguria. Su amor por Italia lo impulsó incluso a postular al parlamento italiano por el distrito sudamericano, uno de los cuatro creados en el exterior que permitían a los ciudadanos residentes en el extranjero elegir a sus representantes. El papá de Giaco llegó a Valparaíso a los 17 años y desarrolló una



Presentación de disco de su hija Sol.

exitosa carrera empresarial en el campo del espectáculo, creando y dirigiendo en la década de los 50 “El Goyescas”, un multifacético establecimiento de tres pisos conectados por la primera escala mecánica conocida en Chile. En su escenario, actuaron Los Cuatro Ases, el cantante francés Sacha Distel (exmarido de Brigitte Bardot), Libertad Lamarque, Mario Clavel y la escultural Diana Dors, entre muchos otros personajes. Oriana me cuenta que Giacomo nunca dejó de llamarla con su nombre en diminutivo, “lo que me hacía recordar mi infancia y nuestras visitas en familia a la confitería Goyescas, ese lugar típico y famoso, cuyo dueño era su padre don Cesare Vittorio Marasso”. Sin conocerse y siendo casi niños aplaudieron a Juliette Greco, Domenico Modugno, Aníbal Troilo y Roberto Goyeneche.

Ricardo Urzúa recuerda que gozaba con su herencia italiana y siendo Agregado de prensa en Italia, tuvo una gran alegría al poder estrechar lazos con sus parientes de esas tierras y conocer la cultura italiana más a fondo, ya que hablaba perfectamente ese idioma. Como corolario de su admiración por sus raíces italianas, el año 2005 Giacomo publicó, en conjunto con Oscar Secnic y Orlando Cecchi, el libro “Italia en Chile: un Amor Productivo”, un valioso testimonio del aporte e influencia de los miles de italianos que han contribuido al progreso y calidad de vida de nuestra nación. Es un libro precioso y entretenido, con magníficas ilustraciones, que incluye poemas que Pablo Neruda escribió en italiano y pinturas de artistas italianos e ítalochilenos, como Camilo Mori y José Venturelli.

La música otra gran pasión

Me atrevería a decir que Giacomo Marasso era una persona con amor y pasión por la vida. Y con ese ritmo pausado y cansino, que menciona su colega Ricardo Urzúa, asumía con entusiasmo cada

desafío, etapa o circunstancia. Así como la política, el ser italiano y la amistad: la música. En este caso, Italia y la música iban unidas porque su repertorio de canciones italianas era realmente ilimitado. En la cafetería de la Escuela de Periodismo, era frecuente encontrarlo tocando guitarra y cantando en grupo las canciones de Adamo o Domenico Modugno. Musa inspiradora en esos tiempos, debió ser la Zayda Cataldo, su gran amor de nuestro curso. Y como lo recuerda otra compañera, Patricia Medina, “Giacomo tenía toda la música de todos los cantantes italianos que te imagines. Yo me instalé tardes enteras a su casa copiando en CD (no existían los pendrives) todas las canciones que me gustaban, de todos los tiempos.”

Siendo Agregado de prensa en España, a mediados de los 90, llevó a Madrid al entonces emergente Grupo musical chileno Los Tres, quienes realizaron una exitosa presentación en el centro cultural la Casa de Américas. Francisco Jara, amigo y colega, también da testimonio de su amor por la música “Giacomo tenía su propia *Radio L’América*, donde difundía solo música italiana. Desde que lo conocí a mediados de los 80, nos acompañamos siempre en el camino. Gran amigo, siempre presente, en las buenas y en las malas. Solía reunirse con sus amigos y preparar pastas al más puro estilo italiano. Le gustaba juntarse a recordar y escuchar música italiana con un campari con jugo de naranja, o el clásico Amaretto”.

Siguiendo con su afición a la música, el 2013 rinde un sentido homenaje a un grupo musical que admiraba y celebraba sus 50 años de existencia: Los Jaivas. “Siempre admiré su genuino espíritu de unidad, convocándonos a vivir *Todos Juntos*. Nunca provocaron divisiones ni se atrincheraron en sectarismos de ningún tipo”, señalaba entonces Giacomo. Recuerda haber seguido atentamente su trayectoria en Argentina, en un concierto magistral con la Sinfónica trasandina; en Francia, formando una comunidad familiar en un castillo en las afueras de París; y volviendo a Chile “creando a través de la ventanilla del avión que cruzaba Los Andes un himno musical al Aconcagua”. Y, por cierto, a través de la televisión italiana, representando a Chile en el Festival de San Remo.

“Mi experiencia más maravillosa con Gato, Claudio, Eduardo, Juanita y Mario fue cuando, en 1997/98, con mucha amistad y generosidad, acogieron mi idea de crear y luego interpretar una canción

que inspirara la Segunda Cumbre de las Américas, de cuyas comunicaciones fui el responsable. En ese inolvidable pasaje de mi vida -rememoraba Giacomo- coincidimos que *Todos americanos* era el mejor slogan de la Cumbre y el mejor título e idea-fuerza de esta canción.”

Casado dos veces, en su segundo matrimonio, con Soledad Castillo, fue padre de dos hijas (Iride y Soledad) pero además acogió como propios a los dos hijos del primer matrimonio de su señora (Cristián y Carla). Para su hija menor, Soledad Marasso, la partida de su papá fue especialmente desoladora. Desde que esperaba a su hijo Simón, vivió con Giacomo y eran muy unidos. Lo recuerda como un padre maravilloso, con quien compartía el gusto por la música italiana y lo acompañaba a muchas de sus actividades. Con ella recordé hace algunos días, el emotivo último adiós que sus amigos y familia, le dimos a Giaco en su funeral, cantando una típica canción italiana, el himno de la DC y, a pedido de su hija, el feliz cumpleaños en italiano con un brindis porque solo faltaban 5 días para celebrarlo.

Italia, la música, el partido y la amistad, presentes en la hora de la despedida.

Desde entonces, la Sole y Simón son un poco parte de nuestro grupo de excompañeros de Periodismo, que, en reconocimiento a nuestro gran director, nos definimos como la *Generación Mario Planet*.



Giacomo (de gorra al costado derecho) en un encuentro de curso.

Víctor Hugo Albornoz Soto

EN POCAS PALABRAS

Por Patricia Guerra

De pocas palabras. Introverso. Observador. Silencioso. Con mucho sentido del humor. Correcto. Responsable. Eran algunas de las características de Víctor Hugo Albornoz. Sus compañeros más cercanos fueron Max Lauhié, Pepe Campos y Luis Alarcón.

Con muchos otros compañeros y compañeras, sin embargo, nunca conversó.

Entre ellas yo. La que sería su esposa por 35 años. Curioso, pero durante esos maravillosos años en la Universidad nunca cruzamos ni media palabra.

Por lo anterior, no puedo hablar de ese tiempo. Yo empecé a conocerlo 10 años después de nuestro egreso. Cuando su detención el 11 de septiembre de 1973, en la Universidad Técnica del Estado, donde trabajaba, y su posterior traslado al Estadio Chile y luego al Estadio Nacional, habían dejado profundas huellas en su vida.

Jamás hablaba de aquello. Pero estaban ahí, cada día, y surgían con amarga intensidad al aproximarse septiembre. Entonces se

volvía más silencioso y, a veces, muy próximo al llanto.

El destino quiso que, luego de ejercer como reportero de policía en el diario *La Tercera*, continuara durante 24 años, como editor de Policía y Tribunales en *La Segunda*.



Con Patricia Guerra, un matrimonio de 35 años.



En la Escuela de Periodismo: Víctor Hugo Albornoz, Elide Balocchi, Francisco Palma, Max Laulié y Víctor Pérez.

Tribunales, un sector al que desde los años 80 comenzaron a llegar los casos de torturados, muertos y detenidos desaparecidos. Víctor Hugo tenía la herida abierta. Y esas realidades lo afectaban profundamente. Nunca lo exteriorizaba y, en cambio, cada día, junto a su equipo, se jugaban por informar ampliamente, pese a las limitaciones obvias de un periódico de derecha.

Esa herida nunca cerró. Estuvo presente en sus angustias, sus pesadillas, sus sueños, ansiedades y su adicción al cigarrillo. Fumaba una cajetilla al día. Y a veces más. Eran los tiempos en que se podía fumar en las oficinas y en *La Segunda*, festivamente, le decían Víctor Humo.

Mucho antes de especializarse en tribunales, sin embargo, el 20 de julio de 1976, ya había demostrado su compromiso con la verdad en esta área cuando, a través de sus despachos en la agencia Orbe, informó sobre la muerte de Carmelo Soria, funcionario de las Naciones Unidas secuestrado y asesinado por la dictadura. En su información, que fue publicada sólo en *Las Últimas Noticias*, dejó planteadas una serie de interrogantes cuyas respuestas tardarían años en llegar.

Víctor Hugo era una persona especial, eso es verdad. Y al mismo tiempo muy normal. Con mucho sentido del humor, sensible, intenso, dulce, amante de su familia, el fútbol y la música “gringa” de los años 60.

Hablaba muy poco del pasado, incluida la Universidad. Pero recordaba con afecto a Luis Alarcón. (Gracias Lucho, por acompañarlo en su despedida. También tú partiste meses después).

De él me habló más una vez (lo que ya es mucho decir tratándose de Víctor Hugo) e incluso, cuando supo que Lucho estaba en Chile y tenía una librería en Macul tuvo la intención de visitarlo. Pero, como todas las cosas que se dejan “para mañana” nunca lo hizo.

También se refirió, más de una vez, a Pepe Campos. Su amigo. Pero, “a su manera”, sin explayarse demasiado. En pocas palabras. Era su forma de recordar o hacer comentarios. Breve pero preciso.

Post Universidad, compartió largas, conversadas y entretenidas jornadas con Juan Guillermo Mellado, a quien también estimaba mucho, y con Gastón Saravia.

Reportero policial

“Víctor Hugo está entre los mejores reporteros policiales de los años 70 y 80, época en que no existían las oficinas de prensa, comunicaciones o relaciones públicas, y la noticia se buscaba directamente en terreno o a través de fuentes y contactos”, señala el periodista de *The Clinic*, Pablo Vergara.

En 1976 uno de sus mayores logros fue “golpear” con la inocencia de un hombre que estuvo más de seis años en la cárcel, condenado por un delito que no cometió.

Fue el conocido caso del “Enano Degollador” del Hotel Princesa. Personaje que denominaron así por su baja estatura y que inspiró el “Enano Maldito”, la histórica caricatura del diario “Puro Chile”.

El hecho había ocurrido el 24 de enero de 1968

Víctor Hugo no sólo demostró que la policía había capturado al “enano” equivocado, sino que, durante el desarrollo de la noticia, juntó y entrevistó en la cárcel, al enano inocente y al culpable. ¡Insólito! Una situación única, increíble, en la que ambos acusados

conversaron, se defendieron y estuvieron de acuerdo en varios puntos. Entre otros, la injusticia de la justicia. Un verdadero golpe.

Durante su época en *La Tercera* entrevistó a homicidas, parricidas, violadores y personajes tan conocidos como el legendario Loco Pepe, a los que trató con respeto y logró sacarles su parte más humana.

“El delincuente es una persona y como tal lo trato” señaló en una entrevista publicada por el diario *La Estrella de Valparaíso* el 9 de junio de 1977. Y agregó que con muchos condenados llegó a tener una relación muy humana y no sólo de periodista-entrevistado.

Silencioso y observador

Víctor Hugo, como señalé anteriormente, observaba y escuchaba, pero hablaba poco. Respecto de él, nuestros compañeros de la Generación Mario Planet tienen variados recuerdos.

En el correo que escribió Consuelo Cheyre cuando él partió (gracias Consuelo) ella señala: “Recuerdo a Víctor Hugo como muy sereno, sonriente y pensativo”.

Pepe Campos se refiere a él como “un gran compañero y amigo, de quien guardo hermosos recuerdos”. Dijo: “Lo evoco como una persona muy sociable, muy recto en sus convicciones, buen conversador y muy buen analista. Desde que ingresamos a la Escuela nos hicimos amigos y compartimos también el duro trabajo del seminario de título. Fue un gran compañero de estudios”.

José Blanco señaló. “¿Cómo olvidar al «negro» Albornoz y su contagiosa alegría de vivir?”.

Y agrega: “Recuerdo perfectamente cuando, en un ejercicio, Mauricio Carvallo tuvo que ofrecer una conferencia de prensa como aje-drecista. La novedad fue que Víctor Hugo presentó su crónica sólo con respuestas de las que había que imaginar la pregunta. Cada

párrafo empezaba con un “¡Sí!” o un “¡No!”

Cicatrices en el alma

Trabajaba en la Radio de la Universidad Técnica, donde cubría el sector Moneda, cuando el 11 de septiembre de 1973, su vida cambió de golpe.

Dos días después de su partida ordenando sus papeles de toda la vida, entendí la profundidad de sus cicatrices del alma. En seis carillas escritas a máquina –papeles amarillentos de los que se usaban en los diarios- dejó el testimonio de vivencias que jamás se borran. Con mucho amor y respeto reproduzco algunos párrafos:

“A las 10 de la noche el «salvaje» Hugo (Araya), me dice hagamos una barricada. Yo le digo ¿qué? Si no tenemos armas... «no, para dormir», me dice. Entonces empieza con una pala chica a hacer una acequia y estaba en eso... y yo estaba muy cerca, cuando de repente...pum... empieza una balacera y le llega a Hugo. Claro, un balazo en el cuello y otro en el tórax. Lo sacamos, lo llevamos al gimnasio... todo esto ocurría como a las 12 de la noche... todo esto fue silencioso. No le dijimos a las mujeres ni a nadie. Lo subimos tres... Este cabro estuvo hasta las cinco de la mañana agonizando...”

Más adelante escribe sobre su permanencia en el Estadio Chile: “Me acuerdo de Víctor Jara. Estaba detrás de mí en esa cola. Un pelado raso, milico, le dice ah... ¿así que tú eres el que canta la bala? Yo había estado con Jara en la UTE, se había comunicado con su señora. Le había dicho que estaba todo normal...”

“...Se lo llevaron... No eran gritos, eran aullidos. Y ahí, te digo, como es el ser humano, comunistas con carnet, incluso, los comprometidos se golpeaban el pecho y decían yo no, no he hecho nada. Parecían evangélicos... Los gritos terminaron”.



Con Patricio, su hijo menor.

El retorno

Después que fue liberado vino la cesantía, su trabajo en la construcción y, nuevamente el periodismo, su gran pasión. La agencia Orbe, el diario *La Tercera*, la distinción como reportero policial por parte de la Policía de Investigaciones el año 1978 (fue la primera vez que la institución premió a un periodista) y, finalmente, el diario *La Segunda* como editor de Policía y Tribunales, cargo que ejerció los 24 años que estuvo en el vespertino.

“Durante años, cada tarde solía verse a Víctor Hugo Albornoz paseando por el largo pasillo de la Corte flanqueado por los dos Pinto, Óscar y Marcelo. Después del despacho de *La Segunda*, Albornoz iba al centro a conversar con sus periodistas. Los tres eran un equipo de temer”, señala Pablo Vergara, periodista de la Universidad de Chile y editor general de *The Clinic* en un extenso reportaje sobre el periodismo policial y de tribunales, publicado por ese semanario.

“El viejo de los ojos azules” le decía el sargento Mora, del Departamento de Comunicaciones de Carabineros, que admiraba su impecable presentación, forma de vestir, “sus camisas siempre blanquísimas” y su pelo que, tempranamente, empezó a encanecer dándole un aspecto muy atractivo y destacando no sólo el color de sus ojos sino, también, su mirada. Atrás había quedado el Negro Albornoz de la escuela, y el periodista de las chaquetas de mezclilla y beatles negros que usaba en sus reporteos policiales.

Los años 80 fueron años de mucha tensión en los tribunales, de mucho desgaste. Fue la década, en plena dictadura, en que comenzaron a surgir los casos más emblemáticos vinculados con derechos humanos. Si en los 70 se relacionó mayoritariamente con delincuentes, homicidas y detectives, en la década que siguió sus principales fuentes fueron abogados y jueces.

En un diario como *La Segunda*, de derecha absoluta, no era tan fácil jugársela por la información. Era la lucha diaria, agotadora. Desde la siete de la mañana que salía de la casa, hasta pasadas las nueve de la noche en que volvía bastante agotado, pero, a veces, muy satisfecho.

En los años 90, con el retorno de la democracia, el trabajo en Tribunales se hizo cada vez más intenso y extenso, pero se ampliaron también las posibilidades de informar. Por mucho tiempo el diario *La Segunda*, era el medio que “pauteaba” a los demás medios y para eso había que trabajar muy duro.

A comienzos del 2000 la idea de descansar y, por fin, alcanzar la paz y disfrutar en su casa, ya estaba instalada. Sólo faltaba que el menor de nuestros hijos –tuvimos tres– terminara la universidad.

El año 2005 decidió jubilar por anticipado. Para algunos habría sido temprano, pero él estaba cansado. La verdad es que, además del trabajo, nunca dejó de cargar la mochila que le dejó el golpe. Jubiló a los 60 años. “Es que no me quiero morir trabajando”, me dijo el día que me comunicó su decisión.

Diez años después, el 9 de septiembre de 2015, a dos días de un nuevo aniversario del golpe de estado, y a sólo 18 días de su cumpleaños número 71, se fue silenciosa y dulcemente. Víctor Hugo Albornoz Soto, periodista de la generación Mario Planet, nuestro compañero, mi marido, se durmió para siempre, pasadas las 10 de la mañana.



En plena labor periodística. Un gran reportero policial.

CHAO, JEFE

Por Marcelo Pinto

(Marcelo Pinto, periodista del diario El Mercurio, egresado de la “gloriosa Universidad de Chile” como él señala, hizo la práctica en la Sección Policía y Tribunales del diario “La Segunda”, entre enero y marzo de 1993. Recuerda a Víctor Hugo con mucho sentimiento y conserva la imagen del jefe, el maestro y el amigo con quien compartió hasta el año 2005, fecha en que su editor decidió jubilar. El día de su fallecimiento lo homenajeó a través de la siguiente columna que publicó en Facebook y que habla de su profesionalismo y calidad humana)

Sin que él lo supiera, con respeto y admiración encubierta, mis colegas de Tribunales le decían “el viejo de la mirada gris”. Porque cada tarde, desde uno de los tantos escaños de madera alineados en el pasillo del Palacio de los Tribunales, escrutaba atento lo que sucedía a su alrededor. Con una pierna cruzada sobre la otra, siempre con un Kent encendido en la mano (porque en esos tiempos aún no se proscribía a los fumadores), observaba. Paciente. Taciturno.

Con una mueca, un gesto imperceptible, daba instrucciones. De seguir a tal o cual abogado. De esperar a la salida del despacho

de un ministro. De llamar a tal número. Porque “podía saltar la liebre”, como él solía decir. Porque podía aparecer la noticia: el resorte que lo movió durante una carrera de casi 40 años...

Víctor Hugo Albornoz Soto –chileno de nacimiento, amante de su familia- era uno de los últimos exponentes de una generación dorada de periodistas. Uno que vivía buscando el golpe. “¡Pam, pam, pam!”, resumía él, dando golpes en el aire con el puño cerrado, para tratar de que con mi colega Oscar Pinto –entonces unos modestísimos estudiantes en práctica- entendiéramos lo que era conseguir una información valiosa.

Hablaba poco. Solo de vez en cuando, cuando nos invitaba a tomar un trago al cierre del día –“un refrigerio”, decía él, esbozando una sonrisa- rompía su mutismo de “antisocial”, como le gustaba definirse. Y contaba historias. De un Santiago que se había ido hacía tiempo. De redacciones donde se trabajaba hasta la madrugada. De los talleres de los diarios que aún olían a tinta. Y de periodistas que, muchas veces con apenas un par de horas de sueño en el cuerpo o, incluso, ninguna, se daban

una ducha temprano por la mañana y volvían a la batalla, con la libreta y el lápiz en la mano.

Esta mañana, un amigo llamó para avisarme que había muerto Víctor Hugo Albornoz. El periodista que me enseñó a querer este oficio. El hombre que, con su ejemplo, me inculcó el valor de la responsabilidad y la decencia. El colega que me regaló el privilegio de ser su amigo por largos años.

Chao, jefe.

Luis Henríquez Álvarez

EL VIEJO LUCHO U HO CHI MINH

Por Oriana Zorrilla

Llegó a nuestra Escuela de Periodismo en 1967. Suponíamos que era mayor, porque antes se había titulado de profesor primario. Era parte de aquellos admirados maestros formados en las escuelas normales. Ellos, al iniciar su vida laboral, debían obligatoriamente tocar algún instrumento, conocían las más bellas poesías de autores nacionales o extranjeros, nos disciplinaban en el buen aseo y, además, nos encargaban largas composiciones, escribir perfecto para nuestras tareas de caligrafía, recitar, memorizar y leer de corrido largos textos y saber lo que era la solidaridad y el compañerismo desde muy niños y niñas.

Ya estaba casado y usaba unos feos y gruesos anteojos “potos de botella” para corregir una alta miopía. De inmediato sentí que sería mi amigo porque nos hermanaba el ser “cegatones”. Yo usaba los mismos anteojos y cuando me miraba al espejo cada mañana exclamaba “¡ufff me parezco al viejo Lucho!”. Un día mirando diarios y revistas de la época lo identifique “iguali-



Periodistas presos de la dictadura en Chacabuco. Luis Henríquez, el “tío Ho”, es el cuarto de izquierda a derecha.

to” a Ho Chi Minh, el poeta y líder vietnamita, tal vez porque tenía los ojos pequeños y algo achinados. Nunca supe de cómo siguió por largos años con esos sobrenombres, si yo fui su autora o alguien más tuvo los mismos pensamientos míos.

Pasaron los años y nuestras vidas tomaron rumbos diferentes para reencontrarnos en 1971, en la radio de la Universidad Técnica del Estado. Nuestras oficinas de prensa estaban en la calle Fanor Velasco 43, en un viejo y espacioso edificio donde compartíamos con

Cine y la naciente Escuela de Ingenieros de Tránsito, pionera y tremendamente adelantada para su época propuesta por Enrique Kirberg Baltiansky, el gran rector de la reforma universitaria plasmada en esa universidad.

En la alargada sala de Prensa estaban nuestros escritorios con las viejas Underwood y las no tanto Olivetti. Primero, Max Lau-lié, reportero de Economía, yo que cubría



Marcha de estudiantes (años 60 a 70). Luis Henríquez en primer plano, de lentes y barba. A un costado marcha también René González.

las actividades de la Universidad, el periodista-poeta Ronnie Muñoz Martineaux, del sector Moneda y cerca de la ventana “el viejo Lucho” redactor político, al frente Teresita Lascano con sus rollos de papel de cables para revisar la realidad internacional. Más tarde, se incorporarían al equipo el inolvidable periodista despedido de El Mercurio por ser allendista, Sergio Gutiérrez Patri, y una jovenísima Carmen Torres.

Eran tiempos de teletipos, teléfonos de red fija y cargas de papel con cinco copias: para los locutores, radiocontroladores y archivo. Una desvencijada y antigua sala de grabaciones completaba el cuadro. El antiguo periodismo, que era nuestra razón de vida, y la construcción de un Chile más justo, el norte de todos nuestros anhelos.

Luis Henríquez, nunca dejó de ejercer su vieja profesión de maestro, buen corrector y siempre amable para enseñar el castellano, aunque nuestro jefe el también poeta y periodista Raúl Mellado Castro señalaba que éramos unos “cabezas dura” para aprender.

Las noticias de los distintos sectores salían entre 13:00 y 14:00 horas, aparte de los boletines a la hora y, luego en la noche, a las 21:00. En medio, o al finalizar la jornada nos esperaban el Bar Torres, el Ciro’s Bar, el inolvidable Magallanes y el Club de los Telefónicos para comentar, comer y beber el borgoña de la amistad, el pisco sour de los días de pago, el tinto de los poetas y el blanco heladito para el calor.

Nuestras conversaciones siempre eran políticas, de actualidad o de cómo corregir nuestro trabajo para hacerlo cada vez mejor, más audaces, más fieles a la realidad y aportando a la UTE, esa gran casa de estudios superiores que iba acorde con los cambios que se producían en el gobierno popular del doctor Salvador Allende Gossens.

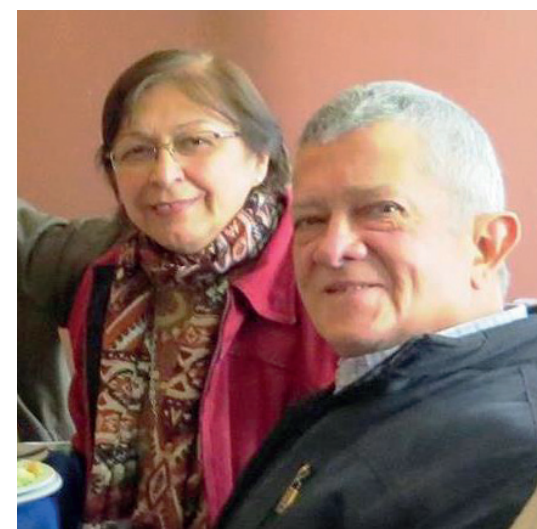
Sueños que se partieron en dos cuando sobrevino el golpe de Estado, de aquello hace cincuenta años. Nuestra amistad con Luis Henríquez se extendió a su mujer Anita y a sus pequeños hijos Mico, el gran dibujante, y Paty su hija profesora, cuando Ho Chi Minh pasó a ser un prisionero de guerra junto a otros periodistas.

Con ella y cónyuges trabajábamos por la libertad de los colegas, realizábamos esfuerzos para estar en contacto, y muchas veces viajamos a los distintos campos de concentración para visitarlos y llevarles aliento.

Con el pasar de los años, el “viejo Lucho” u Ho Chi Minh se transformó para mí en el “curioso caso de Benjamin Button”. Se operó de los ojos y sus típicos anteojos “potos de botella” ya dejaron de existir, se separó y se enamoró de una isleña, viajó y fue rejuveneciendo, dejó la observación de los cielos –afición de mirar las estrellas que adquirió en el campo de concentración de Chacabuco– para fotografiar las inmensidades del mar al estilo Jacques Cousteau.

Siempre juvenil, cada año nos acompañaba en la cena anual de “Los viejos que pasamos agosto”, encuentro de los primeros días de septiembre. Allí, el canto, la poesía y la memoria nos devolvían la juventud a los periodistas de otros tiempos.

Luis Henríquez murió en el Caribe buceando, lo despedimos sin jamás olvidar la trascendencia que tuvo en nuestras vidas.



Luis Henríquez, poco antes de su fallecimiento.

PRISIONERO POLÍTICO EN CHACABUCO

Por Guillermo Torres Gaona

Luis Henríquez era muy conocido en el campo como Ho Chi Minh. Era el ilustrador del diario Chacabuco 73, una publicación nuestra que estaba sometida a censura por los militares. El hacía todos los dibujos y las caricaturas, era un hombre fundamental para un trabajo que había que hacer.

Chacabuco 73 fue un diario tan especial, como medio creado en un campo de concentración de Chile por quienes fuimos relegados allá por la dictadura de Augusto Pinochet. Yo destaco firmemente la labor que hizo Luis Henríquez Álvarez en esta publicación, porque tiene un valor histórico importante para la memoria.

Luis era además un hombre muy puntilloso y exhaustivo, trabajaba mucho en la edición de los textos con que cada uno de los 13 periodistas colaboramos para la publicación y además tenía la suficiente inteligencia y capacidad para pasarle goles a la censura. Era una labor que él desarrollaba con mucho criterio y mucha creatividad.

Los periodistas prisioneros de guerra en Chacabuco fueron Luis Henríquez Álvarez, Manuel Cabieses Donoso, Virgilio Figueroa Fernández, Alberto “Gato” Gamboa Soto, Ibar Aibar Varas, Rodrigo Medina, Héctor Candia, Guillermo Torres Gaona, Rolando Carrasco Moya, Víctor Torres, Juan Ríos Muñoz, Claudio Salas Bruzzone y Federico Quilodrán Chávez. A ellos hay que sumar a Jorge Montealegre, Patricio Cleary y Ángel Arias, que se dedicaron posteriormente a actividades periodísticas.

Luis Henríquez, Quilodrán y Torres Gaona pertenecen a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

Otra cosa importante que el “tío Ho” hizo en el campo de concentración es que formó el grupo Astronomía, cuya labor fue destacada en el documental “Nostalgia de la luz”, de Patricio Guzmán. Allí aparece entrevistado Luis Henríquez, explicando qué era lo que él hacía con sus compañeros en Astronomía: todas las noches se juntaban para observar ese cielo maravilloso lleno de millones de estrellas que nos cobijaban en el cielo de Chacabuco. Fue una tarea científica y poética.

Luis contó a Guzmán que el organizador del grupo fue el doctor Arancibia, un médico aficionado a la observación de los cielos, que incluso les enseñó a armar un instrumento artesanal para la localización de las galaxias. En el documental, el “tío Ho” regresó a Chacabuco y mostró las inscripciones en la celda donde estaba recluido, junto a otros periodistas, como Federico Quirodrán.

Los militares a cargo del campo de Chacabuco finalmente prohibieron el funcionamiento del grupo Astronomía, porque creían que los prisioneros podían fugarse de noche y huir orientados por las estrellas, según cuenta Guzmán en su filme.

“Ho Chi Minh, lucharemos hasta el fin...”, lo recordamos también en como un hombre extremadamente solidario y de una enorme dignidad, como lo demostró cuando llegaron unos cineastas alemanes, que engañaron a los militares con documentación de Alemania Federal, cuando eran de la Alemania Democrática.

Estos cineastas consiguieron así entrar a Chacabuco para hacer un documental y lograron también hacer entrevistas a los prisiones, pese a que estaban prohibidas por el dictador. Cuando los entrevistadores nos preguntaban la filiación política, decíamos que éramos “independientes de izquierda”. Él, con enorme dignidad, dijo cuando lo entrevistaron: “sí, mi nombre es Luis Henríquez, militante del Partido Comunista de Chile”.

Se sentía orgulloso de su militancia en el Partido Comunista, en el cual estuvo más de 60 años.

Ese era nuestro querido Ho Chi Minh, lucharemos hasta el fin.

Psicólogo solidario

Con Lucho también compartimos trabajo como psicólogos en el Círculo de Periodistas de Santiago. Ambos nos titulamos en esa segunda profesión el año 2013 en la UNIACC, como beneficiarios de la Beca de Reparación a que accedimos como víctimas de la represión dictatorial, una vez que el Informe Valech nos reconoció esa condición.

Título de psicólogos en mano, nos pusimos inmediatamente a disposición del Círculo para atender a nuestros colegas. Muchas veces Luis no cobró por la atención a sus pacientes y siempre fue un ejemplo de compromiso con ellos.

Fue un ejemplo de solidaridad. Recuerdo que atendía a un colega con cáncer terminal y cada miércoles iba a su casa a tratarlo, sin cobrar por esas visitas domiciliarias. Lo atendió hasta su fallecimiento, que ocurrió un día jueves.

Luis Henríquez Álvarez, fallecido en noviembre de 2018 en Cuba, nos dejó también esa faceta de un profesional excelente y solidario.

Bárbara Ormazábal Vergara

MADRE Y PERIODISTA, LUCHADORA POR LA MUJER

Por Amanda Jara Soto

Mi gran amiga y colega Bárbara Ormazábal Vergara partió de este mundo el 3 de septiembre de 2020.

Conocer a Bárbara era contagiarse con su risa franca, sentir su calidez y su empatía, compartir su compromiso con los olvidados del sistema y trabajar arduamente por la causa de los derechos de la mujer en nuestro país. Durante algunos años compartimos tareas en el suplemento Yo Mujer de *Las Últimas Noticias*. Sorprendía su habilidad para destacar los hechos más humildes de sus entrevistados y defender con vigor sus aportes en reuniones de pauta.

Ella fue fundamentalmente madre y periodista y en ambas situaciones se desempeñó con pasión. Posteriormente, Bárbara trabajó en el sector del cooperativismo y en organizaciones no gubernamentales de protección y defensa de la mujer.

Como sucede en nuestro trabajo y en la vida, en-

dilgamos por distintos derroteros, poco y nada supe de mi colega en años hasta que me enteré de su partida. La recuerdo como una lectora empedernida, excelente persona, cariñosa y eternamente optimista.

Así la recuerda Carmen Imperatore:

Compartí con esta mujer buena, trabajadora, solidaria y simpatiquísima los que, seguramente, fueron los mejores momentos de mi carrera periodística. Porque tuve el agrado de estar a la cabeza de un equipo inteligente, amoroso, de gran compañerismo y muy creativo, formado por Amanda Jara, Silvia Yermani, y las dos Bárbaras, Hayes y Ormazábal.

Con ellas montamos el suplemento femenino Yo Mujer de *Las Últimas Noticias*, que nos permitió publicar interesantes y audaces artículos, además de crear un espacio titulado “Cuatro Mujeres al



Bárbara Ormazábal, la risa franca y la convicción feminista.

Acecho”, donde entrevistábamos a políticos y artistas con un estilo valiente y sin censura. A diversos personajes y políticos de la dictadura los acosábamos sin contemplaciones.

Recuerdo a Bárbara Ormazábal como una mujer con un exquisito sentido del humor, de gran serenidad, creativa, buena amiga y capaz de iluminar el día con su sonrisa y su capacidad de superar los problemas que nos presenta inevitablemente la vida.

Su partida fue una gran pérdida para todas nosotras, a pesar de que hacía tiempo que no nos contactábamos. Y yo me quedé con las ganas de haberle dicho cuánto la quería y cuánto la apreciaba. Vuela alto, querida Bárbara. Siempre estarás en nuestros más preciados recuerdos.

Gustavo González Rodríguez:

Bárbara Ormazábal ingresó a la Escuela el año 1969, cuando mi generación estaba en cuarto, el año final de la carrera. Ese mismo año comencé a trabajar como ayudante de Mario Planet en el ramo de Periodismo Interpretativo y me correspondió hacer clase a los mechones en el segundo semestre. En ese curso estaban Patricia Politzer, Luis Durán (detenido-desaparecido desde 1974), Carmen Lechuga, Roberto Careaga, Ricardo Neno, Luis Abarca, Ximena Navasal, Víctor Manuel Alvarado “Chiclayo”, Patricia Bravo y Hernán Miranda, entre los que más recuerdo.



Amanda Jara, Bárbara Hayes, Carmen Imperatore y Bárbara Ormazábal.

En mi doble condición de docente y alumno hice muy buenas amistades con varios integrantes de ese curso, incluyendo a Bárbara. Ella y Ximena se identificaban entonces con la Democracia Cristiana, en tanto el resto nos ubicábamos a la izquierda. Recuerdo a Bárbara como una persona muy amigable, con sentido del humor y buena estudiante.

Nuestra amistad estaba por sobre las diferencias partidarias. Solíamos juntarnos en un amplio grupo en el casino de la Escuela a conversar sobre política, literatura, cine o simplemente a copuchar sobre los diferentes personajes que se destacaban en el mundillo de la Escuela, como el “Salvaje” Araya.

Tras el golpe de Estado de 1973, muchos de nosotros salimos al exilio. Bárbara permaneció en Chile y alguna vez, tras mi retorno, la vi trabajando en una ONG, rescatando la comunicación para los sectores populares. La noticia de su muerte me golpeó profundamente.

Desde Lima, Víctor Manuel Alvarado, el compañero peruano de Bárbara en la Escuela, compartió el siguiente recuerdo:

Guardo de Bárbara Ormazábal, la imagen suya de nuestra época estudiantil, en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, exponiendo sus puntos de vista democristianos de manera alturada, sin opacar ni disminuir a su eventual interlocutor, pero si este incurría en alguna obcecación, pobre de él.

La dinámica de la historia y vida de nuestros pueblos nos lanzaron a distintos confines, yo emigré y en las largas décadas sin vernos, siempre estuve al tanto de ella, abrigando la oportunidad de verla y escucharla llamándome por mi mote, Chiclayo, como siempre lo hacía. Ya no la veré y desde este espacio le hago saber que fue siempre mi amiga inolvidable. Descansa en paz.

Palabras de Silvia Yermani Valenzuela:

Bárbara Ormazabal, me llamó la atención que su apellido no llevara la H como los demás que eran idénticos, pero con la letra muda adelante. Tal vez eso la hacía distinta. A Bárbara la conocí al ingre-

sar como estudiante en práctica al equipo de periodistas del suplemento femenino Yo Mujer, de *Las Últimas Noticias*.

Era la más sonriente de todas, tenía el aspecto de mamá gallina con sus hijitos que dentro de sus alitas los conservaba tibios y seguros. Siempre sonreía, eso la hacía ver como una permanente cascada de alegría.

Mis recuerdos ya lejanos por la pátina del tiempo la traen a mi memoria como una mujer activa, joven y práctica que no temía llevar a sus espaldas muchos compromisos laborales y hogareños. Nunca supe cuántos hijos tenía, pero en mi interior la imaginaba organizando a una gran familia, en la que ella y su esposo debían proveer. Tengo la impresión de que Bárbara no descuidaba ningún minuto de su vida para entregarse a sus actividades periodísticas allí en las oficinas del Yo Mujer y luego por la tarde saldría de compras para proveer el hogar. Su simpatía natural, su calidad humana y dulzura se dibujaban en cada una de sus sonrisas que las repartía para todos. No tengo otra imagen de mi colega Bárbara. Aunque fue un período fugaz, en mi retina queda esa imagen de sus grandes y vivaces ojos y la curva de su labios repartiendo optimismo y alegría.



La "selfie" del compañero Presidente. Gustavo Pueller, Juan Luis Alarcón y Salvador Allende.

Juan Luis Alarcón Arredondo LUCHO, EL "COMPAÑERO PRESIDENTE" Y SU GUIÑO AL FUTURO QUE SOÑAMOS

Por Lucía Sepúlveda Ruiz

178

En palabras de su hija Cristina, docente en la Universidad de Viena, Luis Alarcón "ofició de periodista, escritor, poeta, fotógrafo, cocinero, editor, pintor, carpintero, profesor, peluquero, trabajador de imprenta, y cuando la necesidad migrante lo prescribió, de empleado de local de comida rápida".

La joven investigadora nos brinda la clave para entender la foto principal que ilustra esta nota: "Del Noticiero de TVN mandaron a mi papá a cubrir una conferencia de prensa en La Moneda, y sacarle una foto al Presidente Allende. Cuando él quiso sacarle la foto, Allende lo llevó a él y a otros frente a un espejo, agarró la cámara de mi papá, que colgaba de su cuello y sacó la foto. ¡Es una especie de selfie!"

Cristina parte situando generacionalmente a Lucho: "Al observar la situación del mundo en que vivimos, mucho me temo que hombres y mujeres de ese material ya no se fabrican. Aunque paradójicamente, parecen ser más necesarios que nunca. Mi papá, como humanista y revolucionario, como exponente de la generación mancillada del «hombre nuevo», quiso convertir esos valores en

práctica, ese fue su impulso primario.

"El Buchi, como le decíamos en la familia, nació en esa callecita céntrica llamada Serrano, hasta que la muerte de su padre lo hiciera mudar de casa y de piel hacia el barrio obrero de San Miguel. Era hijo de docentes, de una madre viuda que supo forjarse la vida con siete hijos que alimentar y educar. Sus juveniles experiencias de trabajo, o la vivencia incipiente del hambre, de la escasez material ocasional, fraguaron quizás su impulso eterno de sensibilizarse por el Chile «al centro de la injusticia». Y quizás esa madre formó a mi papá como un hombre que no reconociese las fronteras del género, y asumiera hasta los últimos días tareas que eran reservadas a lo femenino.

"Fue alumno del Instituto Nacional y estudió periodismo en la Universidad de Chile, aunque siempre expresó que no fueron esas instituciones sus fuentes del saber, sino su propulsión curiosa por aprehender aquel mundo que estaba fuera de ellas".

En calle Los Aromos

Max Laulié, periodista de la generación de los “Planetarios” (año 1966), recuerda que en la Escuela de calle Los Aromos nació la amistad de un grupo del que formó parte junto a Lucho, Víctor Hugo Albornoz (tempranamente fallecido), José Pepe Campos y “la entrañable Elide Balocchi”.

Patricia Scholz a su vez recuerda a Lucho como parte de “un mini grupo de compañeros en que estaban Víctor Hugo, de ojos verdes intensos, y Pepe Campos, que tomaba unos apuntes maravillosos”. Max destaca que “siempre existió un gran respeto entre nosotros, aunque a veces las discusiones eran acaloradas pues pertenecíamos a distintos partidos y movimientos políticos”.

Precisa Patricia: “Lucho manifestaba en forma muy clara y valiente su posición, dando siempre buenos argumentos en las discusiones”. Y confiesa: “Pololeamos un tiempo y compartimos muchos momentos especiales y entretenidos, intentando arreglar el mundo con teorías profundas, análisis minuciosos, discrepancias importantes y acuerdos increíbles. Era una persona abierta, amable, simpática, ingeniosa e inteligente...con unas pestañas muy largas”.

Para Max, rasgos distintivos de Lucho eran su trato afable y amistoso, su alegría de vivir, fino humor y consecuencia política. Y recuerda: “Nunca dejamos de vernos durante la carrera y, después también, nos juntábamos y departábamos sobre nuestras experiencias, incluso con nuestras familias y en nuestras casas”. Pepe Campos, acota que el joven estudiante de periodismo era galante, dotado de “un humor especial, casi ingenuo, que atraía a todos los que nos relacionábamos con él”. Paty agrega: “Siempre me sorprendió su capacidad de análisis, su mirada aguda y certera, y ese toque humorístico encantador.”



Con Patricia, su esposa, y la hija Cristina.

Continúa Cristina Alarcón el retrato de su padre:

“El Buchi es parte de aquella generación del hombre nuevo, que creía que el ser humano no es solamente producto de la historia, sino también es aquel que la hace. Como muchos otros estudiantes participa a fines de los años 60 de los trabajos voluntarios organizados por la Universidad de Chile, y allí, en tierras mapuche, mientras alfabetizaba a niños y adultos, se enamora de su eterna compañera, Patricia (López Stewart), estudiante de Pedagogía del glorioso Instituto Pedagógico”.

Sobre su ejercicio profesional, señala: “Los «mil días que estremecieron a Chile» lo encuentran trabajando como periodista y camarógrafo del Departamento de Prensa de Televisión Nacional, dirigido por José Miguel Varas. Lucho era también director del sindicato en el Canal. Fueron (creo que alguna vez me lo dijo), los días más felices e intensos de su vida, aunque signados por la conciencia que los mismos de siempre impondrían tarde o temprano el terror por cielo, mar y tierra”.

Camarógrafo de prensa

A Lucho le correspondía cubrir La Moneda, en equipo con la periodista Gilda Rolleri y el ayudante de camarógrafo Dagoberto Quijada, el Marino. Yo cubría Economía para prensa del mismo canal.

Converso ahora con Gilda, que revive esos tiempos mágicos:

“Con Lucho hicimos muchas notas junto al Marino, que debía llevar una grabadora enorme de un lugar a otro, día a día, y nota a nota. Eran la dupla perfecta, con gran respeto entre ambos. Lucho era un tremendo profesional: serio, concentrado, de gran amabilidad y compromiso. Muchas veces él y yo nos trasladamos en su vehículo personal, ¿te acuerdas? era un huevo; de esos autitos pequeños donde cabíamos apenas, apretados por las calles de Santiago. Yo estaba gorda, embarazada de mi hija, ¡imagínate cuanto nos reía-



Gran camarógrafo en Televisión Nacional.

mos! Si los vehículos del Canal estaban ocupados, tomábamos el carretón que hacía el tour por el Cerro San Cristóbal que pasaba por delante del edificio del Canal”.

La profesional, que también vivió el exilio y la persecución política, sostiene: “Siempre he pensado que nosotros, el grupo de izquierda que trabajamos en TVN, fuimos únicos... nos ha faltado una reivindicación histórica aunque fuese en lo pequeño”.

Mi amistad con Lucho surgió en ese tiempo, ya que compartíamos ideales y participábamos en el Frente de Trabajadores Revolucionarios (FTR) de los Medios de Comunicación, junto a otros periodistas, comunicadores y trabajadores de otras áreas del canal, como Máximo Gedda, detenido desaparecido, y Dennis Jones.

Estábamos muy conscientes del rol que jugaban los medios a favor del golpismo. Vivimos momentos muy impresionantes y hermosos en las movilizaciones del Cordón Cordillera de Trabajadores, junto

a los sindicatos de Canal 9 de la Universidad de Chile, Quimantú, Chile Films y Cervecerías Unidas, entre otros. Durante el Tancazo, ese ensayo del golpe del 29 de junio de 1973, Lucho participó de la toma de TVN en apoyo al gobierno del compañero Presidente. Las transmisiones fueron llevadas adelante por los propios trabajadores, en contraste con la mayoría de la programación habitual, cuyos contenidos eran más bien funcionales a la derecha. Pero la toma duró sólo un día.

Gilda recuerda las horas previas al 11: “Lucho, el Marino y yo pasamos muchas horas en La Moneda, hasta el último día, antes del golpe de Estado. Ese día estuvimos esperando que el general (Gustavo) Leigh saliera de una reunión con el Presidente Allende”.

Pepe Campos interviene: “Tras el golpe, nos juntamos en su departamento, pues vivíamos muy cerca. Él sabía que iba a ser detenido por una infausta causa relacionada con la FACH”.

Cristina lo explica: “Después del golpe de Estado un consejo de guerra de la Fuerza Aérea lo sentencia junto a otros 78 compañeros a 10 años de prisión por el delito de «traición a la patria». Fue prisionero político por dos años en la Cárcel Pública y en la Academia de Guerra Aérea. El Buchi nunca pudo quebrar el silencio respecto a esa experiencia, y quizá por ese silencio comprendí demasiado tarde que era hija de un sobreviviente, que todo Chile era hijo de la sobrevivencia”.

Con Lucho y Dennis éramos parte de una red de informantes que recolectaba datos sobre los uniformados golpistas para unidades especializadas del Movimiento de Izquierda Revolucionaria. La temprana caída de una casa donde se almacenaba información no codificada, condujo a la detención de ambos por el Servicio de Inteligencia de la Fuerza Aérea, SIFA. Solamente en 2016, el 3 de octubre, la Corte Suprema emitió una sentencia anulando y declarando ilegales las condenas impuestas por «traición a la Patria» por ese Consejo de Guerra, contra 78 militares y civiles de pensamiento antigolpista, entre los cuales estaba Juan Luis Alarcón.

Libros Milnovecientos

Relata Cristina: “Sobrevinieron 15 años de exilio en Alemania Federal, trabajos en Amnistía Internacional, redacciones de revistas de resistencia en el subterráneo de nuestra casa, un libro dedicado a la desaparición forzada en homenaje a su cuñada María Cristina López Stewart, militante del MIR, estudiante y poetisa, aún desaparecida. En ese tiempo laboró incesantemente en el Ökumenisches Studienwerk de Bochum, la ciudad del carbón y del pulso de acero, recibiendo y asistiendo estudiantes y exiliados de todo el mundo. Incansable, organizaría con Patricia sendos eventos de solidaridad y reflexión contra el fascismo junto a artistas como Patricio Manns y el grupo Amauta.

“El Buchi aprendió y llegó a sentir el idioma alemán, disfrutar de la posibilidad de crear palabras, de comparar las diferencias semánticas con su lengua materna, pero nunca deshizo la maleta imaginaria. Siempre supo que iba a volver «con cenizas y desgarros» al único lugar posible. Y allí, en el Chile de la transición, específicamente en Irrazaval con Macul, emprende su mayor proyecto, concreta su respuesta a una dictadura que supo quemar libros y personas: Libros Milnovecientos: librería y centro cultural cuyo sello era el color rojo”.

Yo acababa de retornar de Argentina, y Lucho me dio trabajo como editora de un boletín de libros de la Librería, dirigido por él. Fue un gesto de una nobleza y consecuencia enorme. También me ofreció el lugar para dar clases de yoga y/o hacer reuniones políticas... Era un reencuentro pleno con un compañero de ideales, cuestión a contra corriente en los 90. La librería fue un lugar de gran actividad cultural, y un espacio hermoso de conversación de poetas antisistema como José Ángel Cuevas o Mauricio Redolés.

Cristina: “Pero el humanista Buchi no era un «emprendedor» buscador de ganancias. Tampoco sospecharía que la dictadura había logrado reprimir en parte la sed por el saber y por la verdad. La quiebra de Milnovecientos, y el reencuentro con un país amnésico en que los asesinos y torturadores caminaban libres por las calles y los aliados civiles sonreían en los noticiarios nocturnos; con un

país embriagado de eficiencia economicista y autoproclamado «jaguar de Latinoamérica», lo hicieron sentirse extranjero, como muchos. Es que mi papá nunca comulgó con «la justicia en la medida de lo posible» ni con los socialismos renovados”.

Paty Scholz revive para Lucho su reencuentro, diez años atrás, posterior a la aventura de la Milnovecientos. “Yo venía llegando a mi casa del gimnasio, sin maquillaje, en buzo y con olor a aceite, y al bajarme del auto, veo a un señor que cruza la calle hacia mí, con un sobre en su mano y me llama por mi nombre. Después de un momento inicial de desconcierto, te reconocí Luchito (las mismas largas pestañas) y nos dimos un gran abrazo. Yo hubiese querido estar un poco más sexy en ese momento, pero... éramos vecinos



Años 60, escuela de Periodismo: José Campos (de espaldas), Víctor Hugo Albornoz, Juan Luis Alarcón, Carlos Araya y Patricio Caldichoury.

sin saberlo. Y tú lo habías detectado por casualidad: el cartero entregó por equivocación una carta dirigida a mi nombre en tu casa. Fue magnífico recordar épocas pasadas y ponernos al día con nuestras vidas. Descubrí que tu idioma alemán era extraordinariamente bueno ahora y recordé mis intentos de enseñarte alemán en la Escuela de Periodismo, con éxito muy relativo. Sin embargo, no sostuvimos ya una relación cercana, por diferentes motivos. Y partiste demasiado temprano. Quiero decirte que todos aquellos que te conocimos, nos sentimos muy privilegiados por haber sido tus amigos y compañeros. Tenías la capacidad única de iluminar tu entorno. De una u otra manera, enriqueciste nuestras vidas y fue maravilloso caminar contigo entonces. Te damos las gracias por ello. Estás en nuestros corazones y en nuestros recuerdos”.

Max rememora que la amistad con Lucho siguió vía comunicaciones telefónicas incluso cuando él se fue a vivir al campo, lamentando haberse enterado tarde del fallecimiento de su amigo. Termina su testimonio escribiendo: “Aún siento tu lejanía. Lucho, contigo hasta la victoria siempre”.

— 182

Concluye Cristina: “El Buchi creía que la transformación y resistencia podía suceder en cualquier lugar y momento, e incluso como efecto de la acción singular cotidiana: en la del docente que enseña a mirar críticamente el mundo, en la joven pianista que compone una sonata por la tierra, en el padre que lee con sus hijos. Sabía que en estos tiempos anodidamente sombríos, cada acción, por más pequeña que pareciera, podía ser transformadora. Así, día a día sembró en su entorno, en mí, la preminencia de la pregunta, el impulso por distinguir la contradicción de las cosas, y la conexión entre ellas. Sembró la práctica de la crítica incómoda, cuestionadora de la autoridad y del poder hegemónico. Sembró la necesidad de sustentar las razones con argumentos, y los argumentos con razones. Y sin exagerar, puedo expresar que mi papá me enseñó a pensar.

“Él amaba el arte y tenía la extraña capacidad innata de afinar violines. Adoraba la música clásica, desde Vivaldi a Prokofiev, la musicalización del Canto General por Mikis Theodorakis y la Novena de Beethoven. Y también la nueva canción chilena, desde Quilapayún hasta Patricio Manns. Pero su canal de expresión esencial

fue sin duda la escritura. Escribió múltiples ensayos, crónicas, poemas, cuentos y una novela. Creada en los años 90, esa novela policial expresaba su crítica al indecoroso pacto entre los medios de comunicación, la política transicional y los llamados poderes fácticos”.

En los últimos años de su vida, y en estrecha conexión con Patricia, su compañera, descubrió su pasión por la educación, pues sabía que el futuro de este país estaba en el aprendizaje igualitario de todos los niños y niñas de Chile.

El 29 de agosto de 2018, murió en Santiago de Chile a los 71 años Juan Luis Alarcón Arredondo. Deja a Patricia López Stewart, su compañera por casi 50 años, a su hijo Sebastián, a su hija Cristina, y a cuatro nietos: Patricio, María Cristina, Demian y Lara. Sabemos que en los ojos de ellos seguirá viviendo.

María Clara Illino UNA IMPRESCINDIBLE

Por Nelson Sandoval Díaz

Los integrantes de la generación que llegó a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en el segundo lustro de los sesenta fuimos testigos o protagonistas de una vorágine de cambios sociales, políticos o culturales que pocas veces, o nunca tal vez, se han dado con tal profusión en un tiempo tan breve, y cuyas secuelas aún nos sacuden, nos duelen o estremecen.

En esa vorágine, hubo quienes optaron por seguir la senda de la lucha y el sacrificio en pos de la quimera de una sociedad mejor, sin límites en la elección de los medios ni en el esfuerzo personal. La Revolución Cubana era el faro y el Che el ejemplo a seguir, para crear Sierras Maestras propias, en una senda que debía culminar en un futuro de libertad, igualdad, paz y prosperidad, con el hombre nuevo como protagonista.

Cito a una colega periodista, dirigente del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), superviviente de los campos de tortura y exterminio de la dictadura, Gladys Díaz Armijo: “¿Qué fueron y qué fuimos finalmente: locos extremistas, héroes altruistas, idealistas, ingenuos? Todo eso y mucho más. Fuimos parte de una

camada continental, de una casta de mujeres y hombres, encantadores de ideales e idearios, ajenos a toda autorrealización, dispuestos a esfumarse en el colectivo y dar la vida si era necesario, por la coherencia política. Nadie le puede quitar a nuestros hermanos desaparecidos y asesinados la memoria de lo que fueron, y a ellos y a nosotros mismos, nada ni nadie nos puede quitar el inmenso orgullo de haber sido los revolucionarios de nuestro tiempo, forjadores de futuro, de sueños inconclusos que aún esperan ser retomados por las nuevas generaciones”.

María Clara Illino Opazo estuvo entre esos jóvenes que, desde las



Boda de María Clara y Ricardo, con Mario Planet y su hija Pilar Planet.

aulas de nuestra Escuela de Periodismo decidieron dedicar sus vidas a la construcción de un paraíso en la tierra sin importar el costo personal.

Los primeros recuerdos de María Clara nos traen a la memoria una “lolita” rubia, con cara de niña buena y muy delgada, tanto que a nadie le llamó la atención que todos en la añorada sede de calle Los Aromos la apodaran “La Flaca”, de manera espontánea, a comienzos de 1969, cuando aterrizó en la escuela como mechona pero no una universitaria novata, pues el año anterior había cursado Economía.

María Clara no pasaba inadvertida. En la Scuola Italiana, donde cursó la enseñanza primaria y secundaria (en ese tiempo no se decía básica o media), se había destacado como deportista en natación y voleibol.

La Flaca nunca tuvo claro qué la llevó a cambiarse a Periodismo. Años después admitió: “No sé por qué. Es ilógico, no me gustaba escribir”. Pero al cabo fue un paso determinante en su vida: “Pienso que fue una decisión tomada por el destino, para poder conocer al amor de mi vida y padre de mis hijos”, concluyó.

“¿Te has fijado en esa mechona flaquita?”, preguntó alguna vez en ese tiempo Ricardo Rementería. La atracción fue mutua entre María Clara y el principal dirigente del MIR en la Escuela, un agitador innato y activista convencido y convincente, que luchaba por fortalecer a la entonces naciente organización, que pretendía hacer la revolución con los pobres del campo y la ciudad y, alguna vez, tomarse el cielo por asalto.

La vocación política contribuyó a unirlos. En ese tiempo los máximos dirigentes del MIR estaban clandestinos y María Clara, recuerda Ricardo, participó en la red de comunicaciones de los líderes, y posteriormente en los campamentos de pobladores 26 de julio y Fidel Castro, junto al Movimiento de Pobladores Revolucionarios (MPR).



Boda acompañados por sus amigos del alma: Cristina Espinoza y Nelson Sandoval.

La niña que jugaba en ese edificio frente al Parque Forestal, habitado casi o exclusivamente por familias italianas, como comentó una vez nuestro compañero Giacomo Marasso, que fue su vecino, había elegido su destino, imbuida por la necesidad de cambios radicales en la sociedad, al igual que muchos de nuestra generación.

La relación de María Clara y Ricardo, que llegó a ser presidente del Centro de Alumnos de nuestra escuela, fue inquieta y feliz. Tuvimos la suerte de ser testigos del momento en que se juraron amor eterno, en una mesa del restaurante Los Cisnes. En marzo de 1971 se casaron y al poco tiempo se marcharon de Santiago, a Colchagua, para “luchar y construir poder popular”, como decía una de las consignas del MIR.

La decisión la tomaron un año antes, en el verano de 1970. “Discutimos muchísimo y muy seriamente sobre la crisis económica, social y política que vivía el país, sobre la crisis de la burguesía, el auge del movimiento de masas, sobre nuestro propio futuro y rol en ese contexto”, recuerda Ricardo.

“Llegamos a la conclusión de que un futuro académico (trabajando en la Universidad) o como periodistas no eran para nosotros. Que el proceso que vivía el país llevaría más temprano o más tarde a un enfrentamiento entre la burguesía y los pobres del campo y la ciudad y que la experiencia de otros países nos indicaba que para ese enfrentamiento el factor esencial era la presencia, la fuerza y la capacidad de un partido que en Chile ni existía”, evoca.

Se dedicaron a las tareas políticas, María Clara en Santiago, con los pobladores, Ricardo en Colchagua, hasta que decidieron que sería mejor estar juntos y casarse. Obtuvieron que el padre de María Clara la autorizara legalmente (ella era menor de edad). Se casan y parten “a construir partido” en Colchagua.

Ricardo integró el Secretariado del comité regional Centro (Colchagua, Curicó y Talca) y estuvo a un tris, después del golpe militar, de integrar el Comité Central del MIR, ya estructurado como un partido llamado a ser “la vanguardia de la vanguardia” de la revolución.

Y María Clara se convirtió en 1972 en secretaria política del Comité Local Colchagua de la organización, por decisión de los militantes.

Tras el 11 de septiembre de 1973 continúa su labor política de forma clandestina, pero el 15 de octubre es capturada en Santiago, junto a Ricardo, delatados por un exmilitante devenido en colaborador de la dictadura.

María Clara es trasladada a Rancagua, donde responde con silencio a los interrogatorios bajo tortura y a las demás condiciones inhumanas que tantos compañeros y compañeras debieron afrontar en esos tiempos aciagos.

“Paula”, como se la conocía en el MIR, permanece seis meses como prisionera política en la cárcel de mujeres El Buen Pastor, de Rancagua. En ese período constata que está embarazada. Es sometida a un consejo de guerra que, impotente para acusarla de nada se resigna a propinar un golpe de autoridad y la condena a “arresto domiciliario indefinido”, que cumple en la casa de sus padres, en Santiago.

El 9 de julio nace su hija Paula –nombre predestinado–. Antes y después, María Clara estaba reintegrada a la resistencia contra la dictadura.

Ricardo, conocido como “Abel” en el MIR, es condenado a 20 años de prisión por un tribunal militar de San Fernando. María Clara gestiona y consigue una invitación del Gobierno de Holanda para conmutar la prisión por la extradición. Expulsión de Chile y exilio. María Clara opta por acompañarlo.

La localidad de Leiden, cercana a Amsterdam, se convirtió en su nuevo hogar desde el 30 de diciembre de 1975. En 1977 nace su segunda hija, Natalie. La municipalidad de Leiden los acoge como refugiados políticos y se integran al Chili Front Leiden, organización

que impulsa la solidaridad con la resistencia chilena. María Clara participa en la reorganización del MIR en el exterior y comienza a estudiar Psicología en la Universidad de Leiden.

En 1984 nace Alexis, el tercer hijo de María Clara y Ricardo y ella abandona la carrera para dedicar todos sus esfuerzos al movimiento de solidaridad con Chile y al cuidado de sus hijos.

Sus hijos y más tarde sus nietos eran su tesoro más preciado. Así fue hasta que el 4 de julio de 2015 emprendió el gran viaje.

“Nuestros hijos y yo decidimos dejarla ir cuando los médicos del hospital de Leiden nos explicaron que no podrían recuperarla, sino solamente prolongarle la vida por un tiempo muy limitado”, llora Ricardo, mi amigo, mi hermano.

María Clara había sido operada del intestino. Le extrajeron 60 centímetros. “A partir de la operación le comenzaron a atacar diversas complicaciones muy extrañas, especialmente una combinación de coágulos en diversos órganos, principalmente en el hígado y los pulmones, además de hemorragias internas”, nos cuenta.

La familia autorizó la apertura de una investigación que determinara las causas de su muerte y varios meses después supo los resultados. María Clara falleció a causa de una forma muy particular de cirrosis, que no tiene que ver con el consumo de alcohol y que hasta ahora es imposible de descubrir salvo en una autopsia. Los médicos dejaron en claro a la familia que en ningún caso habrían podido detectarla, pues todos los órganos de nuestra compañera, y especialmente el hígado, funcionaban perfectamente hasta el momento de la operación.

El 11 de julio de 2015, el cuerpo de María Clara fue incinerado en Leiden. En la ceremonia, a la que asistieron familiares y amigos, algunos tras viajar desde Chile, Italia o Francia, Ricardo reveló haber sentido la presencia física de su compañera unas noches atrás, en su casa. “Me estoy volviendo loco o María Clara quiso hacerme sentir que está todavía con nosotros, nos mira y nos escucha”.

Sin haber creído jamás en la otra vida, en el cielo o el infierno, Ricardo decidió no despedirse de la Flaca. “De vez en cuando conti-

nuaré dirigiéndome a ella”, anunció.

Paula, su hija mayor, destaca el sentido de libertad que su madre imbuyó en la crianza de ella y sus hermanos. Había “pocas reglas”, pero guías para aprender a pensar por sí mismos y tomar decisiones, en un ambiente “de mucho amor, donde la familia era lo más importante”.

Natalie recuerda a una madre “fuerte, inteligente y sobre todo muy cariñosa, siempre disponible” para sus hijos, que durante su vida entregó todo. “Te fuiste con el sol rosado de la madrugada, pero seguirás conmigo cada segundo de mi vida y me darás fuerza y el amor que necesito”, dijo a su mamá.

Alexis, el benjamín, la evocó cariñosa, atenta y aprensiva, a veces exageradamente preocupada por sus hijos. “Veía peligros para nosotros en todas partes”, esa madre que para él fue “la piedra angular” de la vida familiar, y que ahora le ha hecho tomar conciencia de una lección muy importante, que antes no valoró: el contacto frecuente con sus más cercanos.

186

Revolucionaria dedicada, luchadora de la primera resistencia, compañera inseparable, madre dedicada, abuela cariñosa y feliz de Ami, Milo, Isa, Joe, Evi y Bo, María Clara, “minifaldera en flor de los 70”, como dijo un poeta de nuestros tiempos, estuvo a la altura de las exigencias que la vida le impuso. Una ejemplar mujer de nuestra generación, que ha dejado en la tierra una huella imborrable de guerrera, de compañera inseparable de Ricardo, de madre y de abuela. Indeleble en nuestra memoria, honor y gloria para ella.

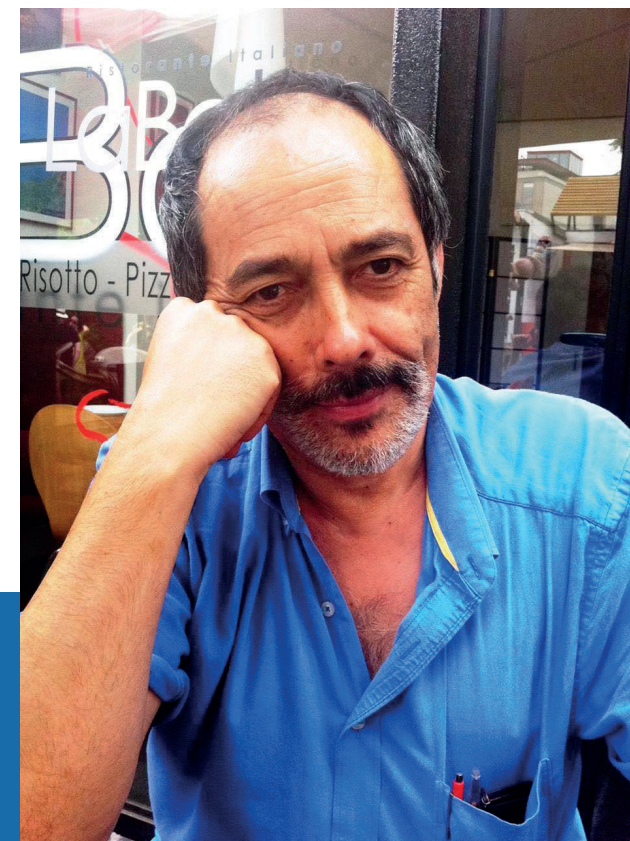


En Holanda. María Clara (al centro), con sus hijas y nietos.

José Gai Hernández

“NUESTRO PEQUEÑO LEONARDO”

Por Ariel Poblete Garrido



José Gai: periodista, dibujante, caricaturista, gran escritor...

Un día tras la muerte de José Gai –ocurrida el sábado 15 de junio de 2019– *Las Últimas Noticias* publicó una nota destacando lo que decía el recordado periodista Eugenio Lira Massi sobre el recién fallecido, tras acogerlo en la redacción del diario *Puro Chile* en los albores del gobierno de Salvador Allende. Lira Massi lo llamaba simplemente “Nuestro pequeño Leonardo”.

Es un honor haber sido considerado para escribir estas líneas sobre Pepe Gai y me enorgullece haber sido su amigo y subalterno. Siempre me he preguntado cómo lo hizo para organizar con eficacia la diversidad de sus talentos y producir obras de incuestionable solidez. Fue periodista, escritor, caricaturista, ilustrador, humorista gráfico (era un ferviente admirador del “Negro” Fontanarrosa) y pintor (incluso Joan Manuel Serrat lo llamó para felicitarlo por los cuadros inspirados en sus canciones).

“Que venga el mejor periodista de este diario” solía exclamar a inicios de los 80 Raúl González Alfaro, el temible subdirector de *Las Últimas Noticias*, para encargar a José Gai algún tema complejo. La frase sonrojaba al convocado, una de cuyas virtudes era la modes-

tia, nos regocijaba a sus amigos y enfurecía a varios envidiosos que pululaban en la crónica del citado matutino, hogar periodístico de Pepe durante más de 20 años.

A la sazón, el diario aún funcionaba en calle Compañía. Su edición nocturna –al mando de un ex trapecista oriundo de Punta Arenas– se había convertido en una suerte de “corte de los milagros”, en la que desfilaban desde el atardecer personajes de la agónica bohemia santiaguina que poco contribuían a la exigente labor periodística de la noche.

Gai se hizo cargo de esa vilipendiada edición, imprimiéndole un sello de rigurosidad y eficaz cobertura ante el surgimiento de noticias, que siempre ocurren tras el cierre de la primera edición. En ese tiempo ya poseía una mirada escéptica frente a los hechos y un espíritu crítico labrados en años de oficio. Él fue mi jefe durante el lapso que fatigué para terminar la universidad y siempre conté con su apoyo. Era una época de restricciones a la libertad de expresión, plagada de comunicados oficiales del régimen, situación que constituía un reto que más de alguna vez sorteamos.

El doble fusilamiento

La condena a la pena capital de los carabineros Carlos Topp Collins y Jorge Sagredo Pizarro –culpables de diez asesinatos y cuatro violaciones, que se cumplió en la madrugada del 29 de enero de 1985 en el penal de Quillota– confirmó la capacidad de Pepe para acometer importantes funciones en forma casi simultánea.

La crónica del suceso debía escribirla, como enviado especial, el editor de Policía (el removido ex editor nocturno). El hombre abusó de la previa y, debido a su avanzado estado etílico, Gendarmería le vedó el ingreso al penal. Por fortuna para las Últimas Noticias, la jefatura también había mandado a José Gai, como ilustrador, ya que el extraño reglamento no permitía el ingreso de fotógrafos. De manera tal que debió arreglárselas para reportear e ilustrar la última de las ejecuciones efectuadas en Chile, por cuanto la pena máxima, instaurada en 1875, fue abolida en el 2001.

“El rito espeluznante” se tituló la crónica de José Gai, catalogada por muchos como la mejor nota periodística sobre la doble ejecución. Tras la descarga de los 16 fusileros, el autor describe así la escena:

“Pero todo no había terminado. El rito todavía tenía una prolongación dolorosa. Ambos fusilados presentan signos vitales. Topp



Edición nocturna de LUN. De izquierda a derecha: Ricardo Downey, Ariel Poblete, Fernando Soto, José Gai y Hugo Pacheco en un cumpleaños. Los insumos del “vituperio” eran encargados al tradicional Chez Henry.

aspira dos o tres veces. Uno de los doctores se acerca a examinarlo. Finalmente constata su muerte. Pero su colega sigue examinando a Sagredo. Le levantan la cabeza y le pulsan la yugular. La cabeza cae hacia adelante y salen cuajarones de sangre por su boca. Se repite el examen y la cabeza del fusilado vuelve a caer. Tras seis minutos que parecen eternos los médicos constatan su muerte. El alba empieza a despuntar. Es otro día de vida para muchos. Pero para todos los protagonistas y partícipes de lo que acaba de suceder, un pedazo de esa vida quedó tras las rejas”.

“Los reporteros tratan de reanimarse –concluye Gai– y conversan sobre la experiencia. Se habla sobre la validez de la pena de muerte. Es un error, opina uno. Y un horror, agrega otro”.

En ocasiones conversé con Pepe respecto al macabro suceso y me confesó que lo había afectado profundamente. Supe entenderlo, ya que, dada su sensibilidad de artista, el impacto debió ser muy fuerte al presenciar ese brutal acto de represalia perpetrado por el Estado chileno.

También hablamos sobre la imprecisión de los fusileros. Ambos ejecutados no fallecieron de inmediato, pese a que los gendarmes abrieron fuego a pocos metros, sobre blancos inmóviles, con un disco rojo colocado a la altura de sus corazones. Concluimos que se debió en parte al nerviosismo y también al arma utilizada: metralletas UZI. Pero no pudimos dilucidar la razón del uso de semejante armamento, bastante inadecuado para fusilamientos.

Años más tarde, en su libro “Punto de Fuga”, el exdirector de Gendarmería Claudio Martínez, aclaró el punto. Señaló que Pinochet despojó a Gendarmería de sus armas largas, las que fueron reemplazados por las citadas UZI, de fabricación israelí, precarias en cuanto a precisión y muy inferiores a los confiables fusiles suizos fabricados por la Schweizerische Industrie Gesellschaft. La decisión del dictador –según Martínez– se debió a su sorpresa durante la Parada Militar de 1974, al contemplar el desfile de un cuerpo dotado de armas de guerra, ajeno a las Fuerzas Armadas y a Carabineros.

Los comics y una gran novela negra

Bajo el seudónimo de El Giotto (el florentino pintor, muralista, escultor y arquitecto, uno de los protagonistas del Renacimiento) colaboró en la revista opositora *Cauce*, con su historieta El Kiosco caracterizada por punzantes viñetas contra la dictadura.

Yo era Jefe de Informaciones de la mencionada revista y debía recibir sus trabajos. Fue una grata labor que nos permitía reírnos de los avatares de la contingencia y acudir a míticos lugares como el Pit Bar donde departíamos en ocasiones con aquellas chicas de siempre jamás. En una de esas jornadas, nos mostró, entre sus típicas carcajadas, un ejemplar de la revista argentina *Fierro*, donde titularon “Dos chilenos, uno Gay” en respuesta a cartas enviadas por él y otro compatriota.

Su legado literario incluye a “Capitán Garra”, novela gráfica de ambientación histórica compuesta por dos tomos (“Los lobos del desierto” y “Morirás en la Frontera”) cuyo protagonista es Joaquín García, un héroe de la Guerra del Pacífico que guarda alguna semejanza –a guisa de tributo– con Corto Maltés, el célebre personaje creado por Hugo Pratt.

Esta obra, en particular, fue muy querida por Gai y trabajó varios años en ella con grafito y tiralíneas, porque “hice los dibujos a la antigua, sin recurrir a la tecnología computacional”, según confesó en el programa “Viñetas del fin del mundo” de Carlos Reyes (Youtube: <https://www.youtube.com/watch?v=vWeFO4onltE>).

“Capitán Garra, es hora de morir capitán” así tituló Gai a la tercera parte de la saga, la que nunca llegó a publicar porque sucumbió ante un cáncer de médula luego de cuatro años de lucha.

En la revista de cine *Enfoque*, número 8, “La última de Sam” – en una página de nueve viñetas– se dio el lujo de incorporar a los hermanos Marx, Laurel y Hardy, ET, John Wayne, Superman, Frankenstein, al ratón Mickey, al pianista Sam, a Humphrey Bogart y a Orson Welles. En esa publicación también supo incluir notables caricaturas de William Faulkner y Erguei Einstein. Curiosamente todos esos trabajos llevan su firma, tal vez un guiño a

su declarado fervor por el Séptimo Arte.

Pudo ser que la clásica película de cine negro *El Tercer Hombre* (protagonizada por Orson Welles, con guion de Graham Green) motivara a Gai hacia el género policial y lo condujera a escribir “Las Manos al fuego”.



El adolescente liceano José Gai.

En su obra “Canon, cenizas y diamantes de la narrativa chilena” el mismo Camilo Marks define a “Las manos al fuego” como “La mejor novela policial que se ha escrito en Chile. Compleja, bien construida, de real calidad literaria –y, en consecuencia, de un estilo que refleja el tono anárquico, poético, a veces subversivo y paranoico de estos relatos– la historia no palidece al lado de los clásicos norteamericanos que evoca: Chandler, Highsmith, Hammet, Woolrich. Gai evita toda concesión, huye del cliché, sorprende, elabora una trama sutil, colmada de equívocos, donde cualquiera definición del bien o el mal, cualquiera posibilidad de exponer a los personajes en términos claros –malvados, crueles, generosos, altruistas– se halla excluida desde la primera hasta la última página del relato”.

Incluso el autor incorpora un párrafo de Raymond Chandler, a modo de introducción de su novela, extraído de la obra *Play Back* del escritor estadounidense. El libro recibió el Premio “José Nuez Martín” de la Facultad de Letras de la Universidad Católica como “Mejor novela editada en el período 2005-2006”.

Otro aporte de Gai fue la historieta Ñoñobáñez, publicada desde 1982 hasta el 2000 bajo el seudónimo Malatesta (el gran anarquista italiano). En ella se permitió una licencia inusual al caricaturizar a varios de los periodistas de LUN en una conferencia de prensa del entrenador de la Roja al regreso de un nuevo fracaso en Ecuador. En ella figuran Alejandro Darío Molina, Miguel Merello, Raúl Merino, Hércules Zamorano, María Angélica Rivera, Mónica Guerra, el “Flaco” Kossak, Pedro Soto, Daniel Matas, Manuel Sepúlveda y el autor de estas líneas, cada cual formulando a Luis Santibáñez una pregunta que reflejaba con precisión su personalidad.

El mencionado comic indignaba por supuesto al guatón Santibáñez que presionaba a las autoridades para que fuera censurada. Por fortuna, nadie le hizo caso y junto a “Sabor a gol” (publicado en 1997) constituyen hitos de humor gráfico sobre el fútbol chileno, cuyos protagonistas “Están retratados a través de sus debilidades, torpezas y aciertos, que pueden hacerlos risibles a veces, pero sobre todo humanos, y por lo tanto, queribles”, como escribió el propio autor.

La última vez que hablé con Pepe Gai –ese “Artista del periodismo y la ilustración”, como lo definiera el escritor Jorge Montealegre– fue en el Paseo Huérfanos, ocasión en que comentamos la notable historieta *As de Pique* (publicación de Toutain Editor de Barcelona, ilustrada por el argentino Juan Giménez). “En esa revista deberías haber trabajado tú, Caballito. Ya que tanto te gusta dibujar aviones en el aire”, me dijo al despedirse, alejándose muy erguido hacia el oriente.



Selección de fútbol de El Mercurio: José Gai, de pie, el tercero de izquierda a derecha.

Manola Robles Delgado EL VÉRTIGO DEL REPORTEO Y LA VIDA

Por Silvia Yermani Valenzuela

Manola Robles Delgado nació intensa y fue un volcán activo como reportera. La pasión por la radio era irrenunciable. Su voz en cada despacho a través de radio Cooperativa causaba temblores entre los auditores. Inolvidable entre sus colegas y sus entrevistados. Era intensa en sus análisis y nunca fue desmentida. Tuvo oportunidades de trabajar en televisión, muchas veces se le ofreció. ¡No! Su sustancia reporteril quedaba impresa en cada despacho radial que hizo en Cooperativa, emisora que proclamó su independencia a la dictadura de Pinochet.

Entró a estudiar Periodismo a la Universidad de Chile, ¡con solo 15 años! No hay caso similar de precoz inicio estudiantil en nuestra escuela. Fue la más joven en primer año. Titulada en 1968 partió su carrera en el área policial. Allí se movió como pez en el agua, en un ambiente que era casi exclusivo de hombres.

“Casi”, dice su colega Guillermo Torres, porque “de pronto, entre experimentados reporteros policiales, aparece la figura menuda, vivaz y alegre, de una muy joven reportera”. Torres recuerda que no fue fácil para avezados investigadores habituarse a la presencia



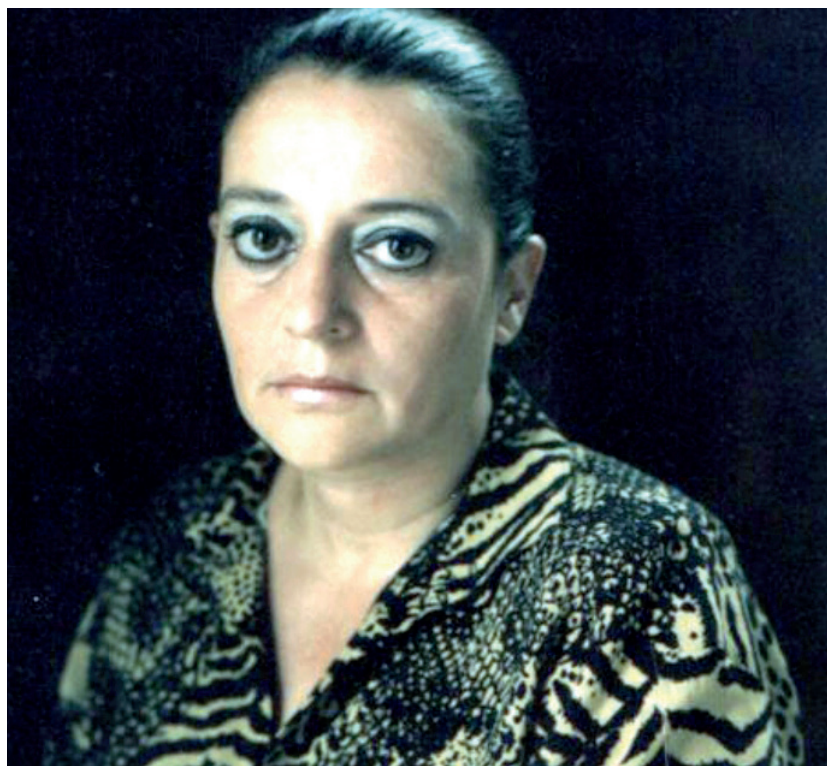
Manola Robles: una gran página en el periodismo radial chileno.

inquisitiva, perspicaz e inteligente de Manola Robles. “Guillermito (así me decía, éramos compadres), aquí lo que importa es el contexto social de los casos policiales. Los diarios sensacionalistas que se dediquen a contar de cuantas puñaladas mataron a una persona”.

Se enfocaba en los problemas sociales detrás de cada acto delictivo. Luchó siempre por la libertad y el respeto a los derechos humanos, por los exiliados y exonerados, por relatar la verdad de cuánto dolor atravesó Chile en los años de la dictadura.

Hija de un refugiado andaluz, que llegó en el barco Winnipeg, y de madre chilena, quien era una activa dirigente social. De allí que su vida se definió con valores humanitarios y ejerció su profesión con pasión, valentía y ética a toda prueba. Más de cinco décadas dedicadas a su profesión y no se quebrantó jamás. Solo dos semanas antes de su muerte dejó la página web de radio Cooperativa donde se publicaban columnas de opinión que Manola editaba.

María Paz Daniel, hija de un reconocido periodista radial, tiene un recuerdo valioso de esa etapa cuando le solicitó la publicación de



Ojos grandes, amables, curiosos y siempre vigilantes.

una columna de quien era su jefe. “Le envié un correo, nunca nos conocimos en persona y respondió: hija de tigre, mándame la foto de tu jefe y su texto. A los minutos estaba publicada la columna”.

Manola nunca perdía el tiempo. Con cero ego, solo servía a su audiencia. Sobresalió en todas las áreas del reporteo, desde el policial, el primero donde comenzó a desplegar su talento y olfato periodístico, hasta salud y economía, política, entre tantos otros. Su colega Erasmo López recuerda que “trabajar con ella era vivir el nerviosismo y la excitación del reporteo del minuto a minuto. Nada parecía escapar a sus vivaces ojos y a esa infatigable movilidad que la caracterizaban”.

López, quien al enterarse de su muerte escribió una semblanza llamándola heroína admirable, hace memoria: “Cuando llegué a trabajar en la sala de prensa de Investigaciones, era una reportera avezada que superaba en inquietud y curiosidad a varios viejos reporteros de la Pesca, que sabían que Manola estaba siempre mejor informada y dateada que el resto. El día que la dirección de El Siglo me destinó a reportear en la Pesca recibí una escueta instrucción: «Tienes que seguir a Manola». No me dijeron que me contactara con los que dirigían a la policía civil, Eduardo *Coco* Paredes o con Carlos Toro, director y subdirector de Investigaciones, respectivamente. Era mejor seguir y aprender, junto a Manola. Lo que sé del reporteo policial se debe a las clases en vivo de Manola. Visitar y

aprender a «leer» sitios del suceso; indagar más allá de los comunicados oficiales; vincularse adecuadamente con el detective preciso; nunca preguntar sin antes tener datos básicos indesmentibles; valorar los testigos; no descartar hipótesis, en fin, fueron enseñanzas indelebles que recibí de ella en el día a día en ese tiempo”.

Un fuego inextinguible

Para aprender de Manola Robles había que tener el vértigo que ella sentía por el reporteo. Como otros colegas, también conocí esa inquietante manera de buscar la noticia y de la cual aprendí velocidad y síntesis. El contar con fuentes fidedignas y amables, que nos ayudaban al mismo tiempo a estar en un sitio y en otro. Ese estilo tan propio lo fui adquiriendo en radio Cooperativa junto a ella, que escribía con una celeridad inalcanzable en su vieja máquina Remington, la cual rugía en la estrecha sala de prensa de la emisora. Caían el crepúsculo y la noche y ese fuego por averiguarlo todo no se extinguía. Solamente cuando llegaban a buscarla su esposo Carlos y sus hijos *Paquita* y *Curro*, hacía un alto, tomaba sus pertenencias, nos lanzaba una sonrisa y partía rumbo a su vida personal.

Esa vida personal que pocos conocíamos. Me preguntaba ¿cómo se arranca ese ardor del cuerpo y alma por los hechos tormentosos que seguían su rumbo incesante? Un día me comentó algo impresionante. “Para alejarme a otros mundos, muy ajenos, me gusta leer novelas rosas, me calman”. Aquí, voy a permitirte contarles una historia, que nos relata la periodista Ana Laura Cataldo, con la cual fueron compañeras no solo de curso en la Universidad sino además en Cooperativa. Dice Ana Laura: “Un día, estando en la radio a la hora del despacho de las noticias del diario de Cooperativa, salí de mi puesto y me fui al baño porque tenía muchas ganas de llorar y no podía demostrar debilidad frente a mis colegas. A veces flaqueábamos a escondidas, como todo ser humano bajo presión. Lloraba, entre otras cosas porque la situación económica no era buena, por los peligros que nos acechaban; por los llamados telefónicos anónimos y amenazadores a nuestros hogares, nunca se sabía cuándo las amenazas podrían ser realidad. Me encontré con Manola. Captó mi angustia, me miró, nos abrazamos, le comenté que hace mucho no lograba dormir y me dijo: «Escucha, es el mejor sedante que encontré. Mañana te lo traigo, pero me juras que no se lo cuentas

a nadie». Al día siguiente llegó con una bolsa repleta de novelas de Corín Tellado. Al pasármela, me aconsejó «Te lees una cada noche y podrás dormir feliz».

Ese era el dulce secreto de Manola Robles, reportera que analizaba cientos de variables y hechos cada día, los interpretaba y los escribía a la velocidad del rayo, decenas de casos de muertes o asesinatos, desaparecidos o exiliados; pero que al momento de ir al descanso diario, volvía a la primera adolescencia leyendo historietas románticas, donde siempre triunfaba el amor, y le devolvían el candor y fuego para sobrevivir a esa dura época.

El ritmo de Manola nunca decayó, y así lo consigna el libro *100 años de la Radio en Chile*. En su capítulo V, que estuvo a mi cargo, digo: «su voz se hizo entrañable entre los años 1980 y 1990, y se convirtió en un emblema de lucha contra la dictadura y de luz para los chilenos, que anhelaban el retorno a la democracia. Por su trabajo en radio Cooperativa recibió amenazas y fue detenida por parte de los agentes de la dictadura, hecho que la llevó a perder a su tercer hijo, en la década de los ochenta, cuando la periodista llevaba ocho meses de gestación. La persecución del régimen la obligó a vivir en distintos lugares de Santiago. Sólo en 1990, con el regreso de la democracia, se instala definitivamente en la comuna de Macul. El año 2010 regresa a Cooperativa, donde trabajó incansablemente hasta el 24 de diciembre de 2020, como editora de opinión. Su muerte, a los 72 años, se produjo en su casa el 3 de enero de 2021. Su hija, Francisca Rivera Robles, *Paquita*, relata: «Para mi mamá la radio era todo. Nunca tuvo la vaga idea de trabajar en televisión. Le ofrecieron, pero su amor era profundo por la radio; era su pasión. Nunca fue su motivación ser ella el foco noticioso, sino que su pega era denunciar los atropellos a los derechos humanos y analizar los escenarios económicos o políticos que se daban. Sabía muy bien leer entre líneas, analizaba las noticias, veía la realidad y era muy certera. Ella, hasta el final, enferma, editaba el blog de Cooperativa, analizaba e investigaba, para que la gente recibiera bien toda la información necesaria», afirma.



Una periodista trabajólica. Cien por ciento reportera.

«Realizó un tremendo trabajo periodístico para ayudar a entender la complejidad de los temas económicos y de análisis, con respecto a las empresas públicas que fueron privatizadas en dictadura. A través de sus informes radiales vaticinó la debacle en la que ahora estamos entrampados. Sabía lo que iba a ocurrir en Chile, después de que Pinochet inició la desnacionalización del cobre, vendió Chilectra y la Compañía de Teléfonos de Chile (CTC), y sembró el terreno fértil para entregar a los empresarios otras empresas estatales. Advirtió que, una vez privatizadas, éstas iban a cobrar lo que quisieran, mientras estuviese vigente este sistema neoliberal, que disminuyó la calidad de vida y la protección del Estado a la ciudadanía», reflexiona Francisca».

En ese capítulo del libro hago también referencia a uno de los dolores más grandes que sintió Manola mientras fue reportera de radio Cooperativa: «Un dolor que le quebró el alma y que tuvo la misión de entregar a la audiencia, por duro que así fuese, fue la muerte de Rodrigo Rojas Dene-gri. Este joven fotógrafo fue interceptado por un grupo de militares, que patrullaban las calles de Santiago, durante una jornada de protesta nacional en los años 80, y fue quemado vivo. Rojas Dene-gri fue golpeado y rociado de pie a cabeza con combustible, junto a su acompañante, Carmen Gloria Quintana. Murió a causa de las graves quemaduras en su cuerpo, mientras que Carmen Gloria sobrevivió, a pesar de la extrema acción que sufrió, y que la dejó con secuelas de por vida.

El caso de Rodrigo Rojas fue muy duro para Manola Robles, pues ella era amiga de su mamá, quien vivía exiliada en Estados Unidos. Al llegar a Chile en el año 1986, Rodrigo contactó a Manola Robles, e incluso un tiempo vivió con ella y su familia.

«Manola le hizo ver a Rodrigo lo que se estaba viviendo en el país, pero la hija de Manola agrega: «Pienso que no asimiló el peligro que revertía salir a las calles para fotografiar las atrocidades que se cometían en los días de protesta. Lo más terrible fue no poderlo salvar. Mi mamá hizo todo lo posible, para que lo trasladaran de la Posta Central al Hospital del Trabajador, donde había atención de especialistas para pacientes con quemaduras extremadamente

graves. Movi6 todos sus contactos, telefone6 a m6dicos del colegio de la Orden y una enorme cantidad de personas, pero fue imposible, porque habfa una orden superior, que no permiti6 su traslado, y Rodrigo falleci6 en la Posta Central de Santiago».

“Manola entreg6 con dolor esta informaci6n a los millones de auditores del pa6s. A los pocos d6as cay6 enferma, dice su hija. «Realmente, ella pag6 costos altos en su salud, e incluso puso en riesgo su vida frente a las censuras que sufrfa Radio Cooperativa. Ella hizo un periodismo comprometido, veraz, 6tico, que impidi6 se perpetraran muchos atropellos, al denunciar a tiempo lo que estaba ocurriendo. Ella le salv6 la vida a mucha gente. Una de las tantas historias que supe durante su velatorio, a trav6s de un mensaje por Twitter, fue que denunci6 una represi6n en un liceo de Santiago y que salv6 la vida a tres estudiantes. La persona que me escribi6 era la esposa de uno de los estudiantes en ese tiempo, quien despu6s se transform6 en su marido», cuenta”.

Manola, la amiga

Para Marcia Pineda, colega y amiga muy cercana con la cual disfrut6 varias vacaciones, su muerte fue un golpe atronador. “Cuando supe que la gran Manola Robles habfa partido de esta tierra, no podfa casi sostenerme en pie. Con ella se iba parte importante de la vida de este extra6o pa6s, el cual supo disfrutar aun en tiempos tan dif6ciles. Un pa6s que la am6 y que no la va a olvidar. Un pa6s que tiene en ella un ejemplo del buen periodismo, ese que no busca aplausos, que deja hablar a los verdaderos protagonistas. Esa era la profesional que dejaba de existir”.

Marcia Pineda lleva en su memoria momentos inolvidables de una linda amistad que se forj6 en tiempos muy dif6ciles, de mucha oscuridad y miedo. “Y en esos tiempos negros, la Manola brillaba”, acota.

Se conocieron en el a6o 1983, a6o en que la *Chica* Robles, como le llamaban sus amigos/as, adem6s de ser reportera de radio Cooperativa, escribfa para revista *Apsi*. “La Manola era incansable, siempre estaba donde la noticia estallaba o estaba a punto de hacerlo. Tenfa esa rara habilidad de anticiparse a los hechos, lo que hacfa



Manola: un look juvenil y su inseparable grabadora.

que su trabajo siempre, permanentemente, fuera reconocido como de excelencia. Sea por la profundidad de sus an6lisis o lo correcto de sus datos. Que yo recuerde, nunca fue desmentida. Al regresar del exilio, arrendamos un departamento como a media cuadra de su hogar en la calle Lira. A6n no la conocfa, habfa o6do de ella. Era famosa por sus grandes ojos oscuros y por su voz llamando en Radio Cooperativa. Nos conocimos y empatizamos de inmediato. Volvfa de mi exilio en Cuba, con mi esposo y dos ni6os a cuestas. En esos tiempos, no cualquiera se acercaba a dos retornados, menos de Cuba. Para la dictadura debfamos ser dos «guerrilleros». Ella me confes6 despu6s que lo habfan conversado con su marido y decidieron ser nuestros amigos. Todo un riesgo para ellos. Me confidenci6 adem6s que fue detenida por agentes de seguridad del r6gimen de Pinochet y que estuvo eternamente agradecida de los directivos de su radio, que movieron cielo y tierra para lograr su liberaci6n”.

M6s tarde ambas se encontraron trabajando en revista *Cauce* donde Manola escribfa casi con l6grimas sus informes sobre el PEM y el POJH, la triste realidad que Chile vivfa, se6ala Marcia. En sus recuerdos tambi6n asoman unas bellas vacaciones que como familias compartieron en la costa, donde no faltaron risas y encuentros con otros compa6eros de oficio, entre ellos el famoso periodista en los a6os del gobierno de Salvador Allende, el V6toco Vio, que, dice,

amó a la Manolita “por inteligente, chica y tan parada”. “Quisimos mucho a Víctor Vio Grossi. Nos reíamos de su paciencia y su manera de enfrentar los problemas, de su porte de galán y su carácter”.

Una inolvidable anécdota entre ambas periodistas y que algunos medios incluso la ventilaron, fue cuando iban en un viejo avión a Coyhaique en plena campaña presidencial de Patricio Aylwin. Marcia cuenta que ambas sentían terror a los vuelos y creyeron que el avión iba a caer en cualquier momento. “Manola llevaba una grabadora grande, tipo maletín. La preparó y agachándose, comenzó a grabar un mensaje póstumo a su familia. Porque, claro, ambas estábamos seguras de que nos íbamos a morir. Mandona, como era ella, me dijo, «ya, ahora tú». Lo hice, no sin antes decirle que para qué, si lo probable es que no quedara nada. «Algo va a quedar», me respondió convencida. Bueno, y nada pasó con el avión. Regresamos a Santiago desde Balmaceda”.

La periodista Susana Kuncar trae a su memoria un hecho que la marcó. Eran los años 80 en plena dictadura en Chile. Estaba cesante. Buscó dictar un taller de Periodismo a niños de 10 años en el Colegio Francisco de Miranda. “Tras varios intentos infructuosos de mi parte por explicarles de qué se trataba esto del periodismo – lo cual demostró mis nulas habilidades pedagógicas– me comuniqué con Guillermo *Willy* Muñoz, director de prensa de Cooperativa, y solicité su autorización para llevar a mis estudiantes de quinto básico a conocer la radio. Ese día, llegamos en una van del colegio, los y las niñas súper entusiasmados. La encargada de recibirnos fue nada menos que la destacada periodista Manola Robles, para ellos una especie de *rockstar*. ¡Fue tanto, que uno de ellos preguntó, muy excitado, si de verdad era ella y sí, lo era!”. Susana cuenta que Manola respondió cada una de sus preguntas con mucha paciencia y sentido del humor. Los niños y las niñas quedaron felices.

Hay una lluvia de historias para contar de la entrañable Manola. No será posible resumir en unas pocas páginas. Una vida intensa que comenzó a apagarse por un cáncer al pulmón. El 24 de diciembre de 2020, contó por primera vez su enfermedad y anunció en su trabajo de radio Cooperativa que dejaba el cargo de editora de opinión y se retiraba, falleciendo el 3 de enero de 2021 en su casa de Macul. Una muestra de lo respetable que fue su figura es el cariño

y admiración que le tuvo el país entero, que hasta el presidente Sebastián Piñera hizo poner en La Moneda la bandera chilena a media asta, como símbolo de dolor y respeto a su emblemática figura.

Definitivamente “No había quien, en Chile, no conociera su nombre ni su electrizante voz, ícono de aquellos tiempos. No otra voz femenina que alcanzara tal grado de atención e interés que provocaba, cada vez que emitía un despacho por la emisora”.

56 años de trayectoria profesional

Con una sólida trayectoria en el periodismo nacional e internacional, su carrera profesional, iniciada en 1964, estuvo marcada por los reconocimientos y premios recibidos, especialmente en las áreas económica, política y social. Cubrió los principales eventos económicos desde 1980 a 1994, en América Latina, Europa, Asia y Estados Unidos.

Acompañó al primer presidente democrático de Chile, Patricio Aylwin en todas sus giras por Europa, Asia y América.

Reporteó todas las Cumbres Iberoamericanas y las reuniones del denominado Grupo de Río, del cual Chile forma parte. Fue invitada por Naciones Unidas, en 1995, a la preparatoria de la Cumbre Mundial de Desarrollo Social.

En plena dictadura concurrió a la Habana a la gran cita sobre la Deuda Externa, oportunidad en que reportó y despachó en directo a Chile, con el riesgo que ello implicaría tras el regreso al país.

En la década del 2000 se desempeñó como Agregada de Prensa, en las embajadas de Chile en Argentina y España, donde cumplió a cabalidad su rol asesor tanto a embajadores, como de información de manera directa al presidente Ricardo Lagos y a la presidenta Michelle Bachelet.

Recibió 16 premios durante su carrera. Entre los más destacados está el Premio Latinoamericano de Periodismo José Martí y posteriormente su participación como Jurado del mismo.

Antonio Márquez Allison

ENTRETENIDO Y BRILLANTEMENTE CULTO

Por Federico Gana Johnson

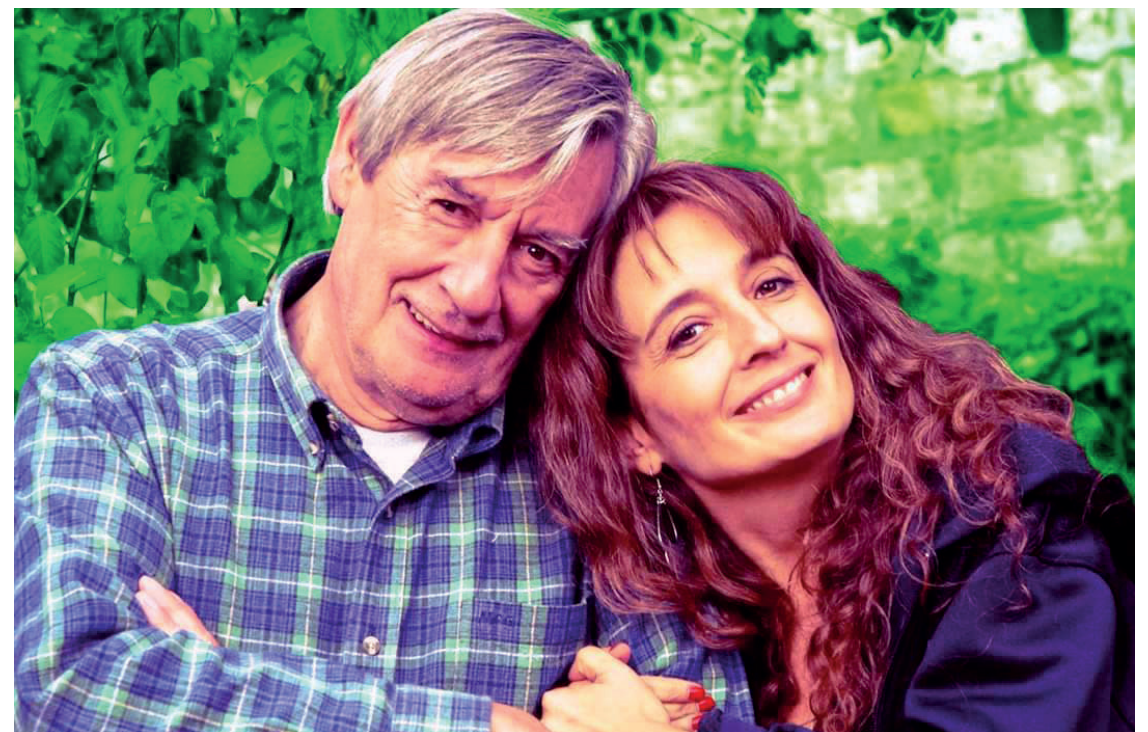
196

Me atrevo a comenzar en términos estrictamente personales estas líneas sobre el paso por la vida de nuestro querido Antonio Márquez Allison.

Pido ser aceptado por ello.

Es que Toño no sólo fue otro colega que se nos ha ido, no únicamente un compañero más. Toño fue un tremendo amigo mío y nuestro. Fiel, cercano y solícito hasta las entrañas. En las buenas y en las malas que todos hemos vivido, él estuvo presente en el momento exacto. Siempre sonriente pero firme, como soldadito de plomo, que de eso sabía.

Me atrevo, decía, a esta inicial visión de tipo personal porque un día de la primera semana de actividades (no sé si serían clases) apenas ingresamos al Primer Año en la Escuela en 1964 salimos Toño y yo caminando por la calle doctor Johow, cruzamos la Plaza Nuñoa, subimos conversando por Irarrázaval sin que el tiempo nos preocupara mientras charlábamos de no me acuerdo el tema, pero muy interesante debió ser, pues sin darnos cuenta llegamos a Plaza



Con su hija Daniela Márquez Colodro.

Egaña y, como ya estábamos cerca de mi casa en La Reina, lo invité a almorzar. Lo recibió mi madre como a otro hijo (tal como tiempo después me recibía la suya en su departamento de calle Antonio Varas).

Luego del almuerzo decidimos subir hacia el campo y los cerros, hoy convertidos en un barrio bastante alto. Recorrimos quebradas y el riachuelo que desde tiempos antiguos llaman De Ramón y nunca paramos de conversar. Ya en la noche, cuando nos despedimos, le dije a mi madre:

“Tengo un amigo nuevo. Fabrica y colecciona soldaditos de plomo”.

Esa amistad, estuviéramos donde estuviéramos duró prácticamente medio siglo, hasta que el corazón se llevara de repente a Toño, en la puerta de su casa. En La Reina.

Gracias. Hasta acá lo personal.

Popular, respetado y querido

Para quienes recién ingresamos a la Escuela de Periodismo en la calle Los Aromos y después también, como alumno de cursos superiores Toño Márquez siempre fue extremadamente popular, respetado. Y querido. Era, sobre todo, entretenido y brillantemente culto. Para sólo citar un ejemplo, verlo describir alguna batalla de la Guerra del Pacífico, constituía un real deleite. Obvio. Tenía todos los destacamentos militares, en correcta formación, en una salita especial del departamento de calle Antonio Varas. Eso impresionaba mucho.

En la escuela, preferentemente al final de la galería que nosotros, niños haciéndonos los grandes llamábamos Casino, lo veíamos llegar con su guitarra, derrochando simpatía y un talento especial para desarrollar un listado casi sin fin de sus variadísimas capacidades artísticas. Sobre todo, se hacía de grandes amistades y singular cariño. Para eso también tenía talento, un singular modo de ser con espontánea simpatía.

Se supo pronto, en los primeros meses de nuestra llegada a la escuela (ello por la imposibilidad del anonimato y menos aún en un lugar donde todos íbamos a ser periodistas), que Toño se había convertido en uno de los secretos gestores de “El Loro Hoción”, diario mural esperado con creciente expectación cada semana.

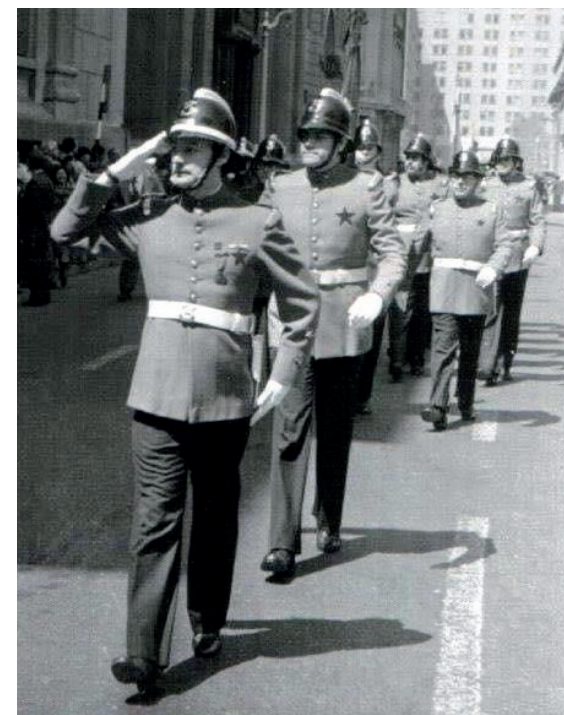
Participaban también en su edición manual y de pegoteo Samuel Urzúa y Félix Castro. Formaron un afiatado equipo, al cual se sumó posteriormente, en 1966, el mechón Enrique Canelo.

En aquellos años de guitarrero y canto hacíamos ruedas en el hall de la Escuela para escuchar a Toño y Samy en sus interpretaciones de “Ya no canto tu nombre” y “Dos veces te vi mujer”, además de los aires folclóricos robados a la Peña de los Parra: el “Polo margariño”, las “Coplas por diversión” y tantas otras canciones.

Pocas veces lo vimos enfadado a Toño, aunque los debates y enfrentamientos políticos se fueron poniendo duros y frecuentes en aquellos años. Hubo un episodio de “esgrima comunicacional” en los diarios murales cuando el compañero de curso Raúl Morales se sintió ofendido porque “El Loro Hoción” lo llamaba camaleón y publicó en otro diario mural una diatriba contra Toño y sus compañeros. “Respuesta a un Camaleón” fue el texto de réplica, tal vez el único en serio de ese popular e inolvidable diario mural.

En 1967 Toño fue ungido candidato de la Democracia Cristiana en la elección de Centro de Alumnos. Fue derrotado por Edmundo Villarroel, abanderado del MUI. Después lo vimos como ayudante del eximio profesor Manuel Eduardo Hübner en su cátedra de Relaciones Internacionales, a la cual asistían también alumnos de otros cursos, por la calidad del maestro.

Y, posiblemente, por la del Ayudante.



Encabezando el desfile de bomberos.



Con Tita Colodro y los trillizos recién nacidos.



Con Tita y los trillizos adultos.

Padre de trillizos

Durante esos mismos años, Toño causó otro tipo de expectación, esta vez casi de renombre nacional: se convirtió en padre de trillizos, una dama y dos varones, tras su casamiento con Tita Colodro. Y es por lo que agregamos acá la bella, informativa y profunda semblanza escrita especialmente para estas páginas, por su hija Daniela, trilliza:

“Mi papá fue un hombre atípico. De esos seres especiales que pocas veces te topas en la vida. Multifacético y naturalmente un artista, fue pintor, dibujante, caricaturista; músico, guitarrista y estupendo cantante; gran lector, escritor, periodista, publicista, historiador y profesor; y como si eso fuera poco, bombero por más de 50 años y masón. Pero si hay algo que lo caracterizó en su vida fue su personalidad, dotada de nobleza y bondad, acogedora y enamorada. Tenía un corazón calentito, en el que había un espacio para todos sus hijos, sus padres; Alberto, su hermano; todos sus sobrinos, sus nietos adorados y amigos entrañables, que fácilmente lo fueron por varias décadas, y para sus exmujeres, a las que amó profundamente. Su casa fue un espacio lleno de libros y música y de él rescaté mi amor a la música clásica, a la lectura y la escritura. Una casa de puertas abiertas, a la que llegaron sus hijos, nietos, su hermano, sus amigos de toda la vida y los nuevos, sus amores, sus alumnos, sus colegas. Y bomberos. Un espacio mágico, que se llevó con él, junto con sus abrazos de brazos fuertes y firmes que espero volver a sentir el día que volvamos a encontrarnos”.

Los años duros

Los que estudiamos en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile a mediados de la década del 60 sufrimos el golpe de Estado de 1973 prácticamente en el centro mismo de nuestros desarrollos profesionales. A todos, cuál más cuál menos, nos cambió la vida, nos nubló los horizontes y nos obligó a avanzar de otra manera, que jamás habíamos pensado. Sin alargarnos en esto, los contactos, los caminos, las actividades y las amistades tuvieron un largo paréntesis desde los convulsionados años de la Unidad Popular y la dictadura, hasta los reencuentros en los años 90.

En todo caso, Toño y quien redacta esta nota, nunca dejamos de estar en contacto, aunque fuese lejano. Personalmente, recuerdo que en cierta oportunidad nos topamos quizás por qué motivos en aquel azaroso lapso de nuestras vidas, en la plaza de Armas de Concepción. No olvidaré jamás la frase con que me saludó apurado, casi sin detenerse a conversar:

“¿Viviendo aceleradamente de los recuerdos, ah?”

Y siguió caminando rápido.

Cuando regresó la democracia, todos nos fuimos enterando paulatinamente de las suertes corridas en los años duros. Toño se había convertido en un, lógicamente, exitoso académico en el área de Publicidad en la Universidad Diego Portales y más tarde en la Universidad Central, carreras que fundó y dirigió en ambas instituciones, junto con desempeñarse con su cada vez más notoria capacidad en la importante agencia Walter Thompson, donde también llegó a ejercer altas responsabilidades.

Fueron sus mayores éxitos profesionales, luego de que décadas antes había dado los primeros pasos reporteriles en la Revista del Domingo de El Mercurio y en diversos programas de radio y televisión. “TV Tiempo” de TVN, “El Termómetro” de Chilevisión, el noticiero de La Red, “Historia de las Calles” de radio Agricultura, y “Música y Músicos” en radio Beethoven, fueron algunos de los espacios que contaron con su participación.

Además, y esto merece párrafo aparte, como voluntario de Bomberos durante más de medio siglo, fue autor del libro “Vidas de Fuego. 150 años del Cuerpo de Bomberos de Santiago”, obra que, debido a su calidad visual y contenido histórico, fue ingresada a la Biblio-



Con su hijo menor, Vicente Márquez Pualuan.

teca Nacional de Francia François Mitterrand. La publicación es el resultado de un año de investigación que contiene historias humanas, la evolución tecnológica de la institución y destaca a bomberos que realizaron importantes aportes al país en las distintas épocas que abarca el relato.

Manifestó Toño en aquella aplaudida oportunidad:

“Fue un momento tremendamente emocionante ya que este trabajo se me encargó en mi calidad de voluntario de la institución para celebrar el siglo y medio de existencia, contiene material inédito tanto documental como fotográfico”.

Quizás esta imagen de investigador a puertas cerradas y con dedicación absoluta, sea la que se le pegó en la retina a su nieta Amanda, tan historiadora como su abuelo, para señalar en esta semblanza que le solicitamos:

“Nuestra entrañable noósfera”

“Amanda, ¿te das cuenta de esto?”

“¿De qué cosa?”

“Se formó una noósfera”.

“Aquella palabra de origen griego era la que mi Tata utilizaba para describir una atmósfera de conocimiento. Quiero transportarlos al ambiente en el que él se movía. Una mesa de madera en la que descansaban múltiples tazas de café, decenas de libros reposando sobre filas de estanterías hasta el techo, música del barroco, las manos de mi abuelo dirigiendo con tanta gracia a su orquesta invisible. Sus largas conversaciones, con las que sentías que los límites de tiempo y espacio se desintegraban, viajando por distintos tiempos históricos y espacios geográficos en sólo un par de horas.

“Aquél era mi lugar favorito en el mundo. Él, mi Tata, mi persona favorita. Sus muecas, su constante oscilación entre el español y el inglés británico, la alegría que fluía desde sus dedos a las cuerdas de la guitarra, con un repertorio que iluminaba cualquier reunión. No obstante, lo que más me marcó fue su

amor por la sabiduría y el conocimiento, que por cierto no tenían límites. Él era un maestro y, a la vez, un estudiante eterno.

“Después de su partida heredé su biblioteca, creyendo que ese era el corazón de su casa, para que pudiera recrear aquella atmósfera cuando él no estuviese. Y pese a que vive en las fotografías, en los recuerdos y entre las páginas de sus libros –donde siempre encuentro boletas de supermercado y postales antiguas–, se fue sin saber que él era el corazón de su casa. Hoy, cursando mi cuarto año de Historia en la universidad, me siento a estudiar con música barroca de fondo, una pila de sus libros sobre la mesa, donde descansan múltiples tazas de café, buscando volver a habitar nuestra entrañable noósfera”.

Durante la primera década de este siglo, Toño sufrió fuertes achaques a su salud y todos sus amigos y compañeros siempre temimos lo peor. Sin embargo, fue bastante tiempo después, la mañana del 11 de noviembre de 2019, cuando salía de su casa temprano y nuevamente ágil para dirigirse a sus labores educativas, cuando fue el corazón el que le jugó la fulminante pasada. La noticia circuló vivamente, tristemente, increíblemente, entre todos los que perdimos así a uno de nuestros mejores. Por lo mismo, concluyo acá estas líneas con las palabras de la madre de los trillizos, la también periodista Tita Colodro, que reflejan grandes verdades íntimas, de corazón vivo respecto de un ser excepcional:

“Te fuiste temprano, en la mañana. Te fuiste en paz y tranquilo. Sin aspavientos. Sin molestar. Como siempre lo quisiste. La muerte te abrazó en un abrazo eterno y amoroso. Te fuiste dejándonos sin tu aroma. Sin tu bondad. Sin tu sonrisa y tu voz encantadora. Sin tu tibieza. Sin tus caminatas por Bilbao inundado, mojándonos los cinco con aquellas lluvias de invierno, siempre recordadas. ¿Te acuerdas cuanto nos reímos? ¿Cuánto lloramos aquel fatal 11 de septiembre? ¿Te acuerdas de *Yesterday*, cantándomela al oído? ¿O de la *Plegaria del labrador*?, con tu voz desgarrada? Siempre te dije que tu versión era mejor que la de Víctor Jara, y te reías. Te reías con pudor y humildad. Hoy ya no estás. Pero estás en nuestros hijos. En nuestros nietos. En nuestra Daniela. Escritora, periodista, artista como tú. En nuestro Andrés. Publicista, dibujante y bombero, como tú. En nuestro Alejandro, que le da vida a los bomberos.



Joven periodista junto al presidente Eduardo Frei M.

A los soldaditos de plomo, como tú. Estás en nuestros nietos. En la Amanda, que siguió tus pasos y recorre la historia, como tú. Estás en Vicente, tu cuarto hijo, dibujante y músico, como tú. Estás en cada uno de los nuestros. En nuestras familias. En nuestros amigos. Estás en mi soledad. Estás en mi corazón. En mis recuerdos, para siempre”.

En los recuerdos de todos, qué duda cabe.

Raúl Muñoz Chaut

UNA VIDA DEDICADA AL LENGUAJE

Por Jennifer Abate Cruces

“¿Cuál es su palabra favorita? La mía es susurro”, les decía más de una vez Raúl Muñoz a sus estudiantes de primer año en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Y la pronunciaba como “susssurro”, remarcando las eses y las erres, y luego de lanzarla al aire con su vozarrón de hombre gigante profería una risotada y seguía con los sujetos y predicados, con la necesidad de enseñarnos a escribir “como la gente”.

Debe haber sido de las pocas sonrisas que lograba sacar en una clase en la que muchos, probablemente la mayoría, le temían como a la muerte. Redacción Periodística era el curso estrella, el “cortacabezas” del primer año de la carrera de Periodismo, como recuerdan todos aquellos que tuvieron que rendir el curso por segunda vez o que advertían con orgullo que habían sido capaces de superar la exigente evaluación de “Atila, el rey de los (h)unos”, como señala hoy el periodista Pedro Pablo Guerrero, que lo conocía en el colegio San Ignacio, al que dedicó una parte importante de su vida.

Se me viene a la cabeza ese detalle ahora porque me llama la atención la alegoría tan accesoria, quizás impropia de una persona fa-



Con su esposa, Mónica Cury.

nática del orden y la estructura, de la planificación y el rigor. La única respuesta que se me ocurre hoy frente a esa interrogante es que Raúl Muñoz amaba el lenguaje. De hecho, creo que todos pensábamos que era lo único que amaba en serio porque lo conocía-

mos muy escasamente, quizás nada, fuera de sala de clases, de sus enseñanzas y del respeto que nos provocaba.

Amante de la naturaleza y su familia

Yo misma comencé esta búsqueda queriendo contar la historia de una persona estricta, seria y castigadora con la que yo tuve la suerte extraordinaria de tener una relación cercana que sólo puedo asemejar a la de un padre con una hija durante mis años de estudiante y su ayudante por cinco años en Periodismo. Pero lo que quiero contar ahora es que, más allá de la caricatura, ese otro era verdaderamente el profesor que hoy recordamos, un bonachón de risa fácil, amante de la naturaleza y de su familia, tímido, reflexivo y salvador de perros y gatos con los que siempre llenó su casa.

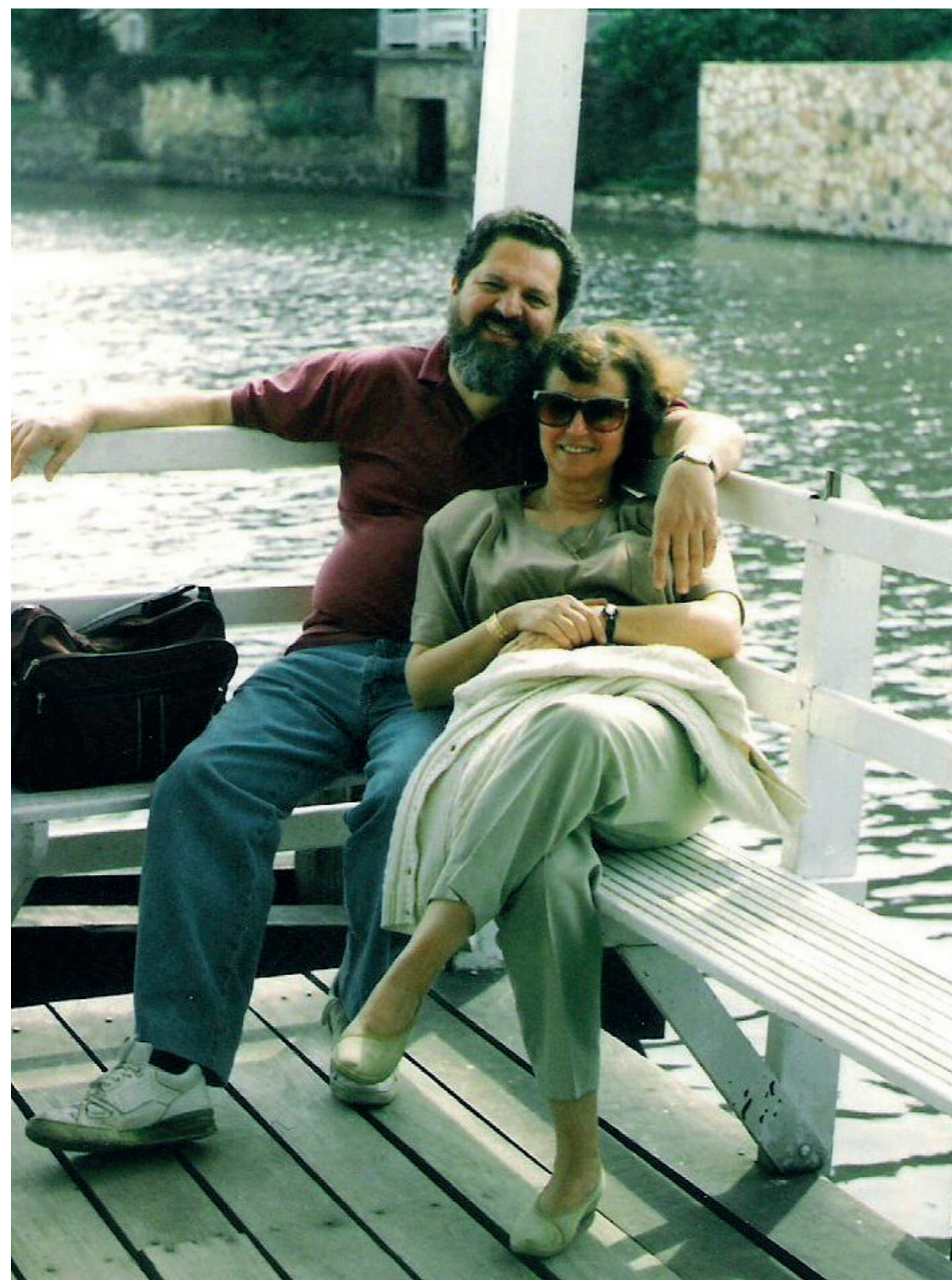
Raúl Enrique Muñoz Chaut nació en San Fernando el 15 de julio de 1943. Era profesor de Estado en Castellano y periodista de la Universidad de Chile. También magíster en Lingüística de la Universidad Católica de Chile.

202 Comenzó su carrera en la Universidad de Chile en 1966, cuando ingresó como ayudante en la cátedra de Redacción. Si bien fue exonerado por la dictadura el 28 de enero de 1974, momento en que junto a otros académicos de la Escuela, como Camilo Taufic y Anselmo Sule, fue expulsado por, entre otras cosas, “abandonar la función universitaria al dar a la docencia un carácter unilateral y concientizador”, pudo regresar e incluso fundó el Magíster en Comunicación Social, el primero en Chile.

Entre 1993 y 1996 asumió como académico de tiempo completo en la Universidad Santo Tomás, donde llegó a convertirse en decano de la Facultad de Artes y Ciencias de la Comunicación. A la Universidad de Chile volvió de lleno en 1997 hasta su jubilación en 2009.

Como decía, si bien la suya fue una vida entera dedicada al lenguaje, a enseñar a otros a escribir, a no andar a patadas con las comas, la cuenta que hoy saco es que si bien enseñar era una pasión, su verdadera vida y su corazón estaban en otra parte.

De hecho, reflexiona hoy su hija Marisol Muñoz, doctora en el hospital Luis Calvo Mackenna, si bien una de las imágenes que describen a su padre era la de alguien encerrado corrigiendo la mayor parte del tiempo, nunca hablaba de sus estudiantes, escasamente se refería a su trabajo y mucho menos hacía alusión a su título como el profesor más aterrador de la Escuela de Periodismo. No, lo suyo eran sus hijos (además de Marisol fue padre de Loreto, profesora de inglés, y Alonso, ingeniero), sus múltiples animales y sus plantas y jardines. Pero, sobre todo, su vida era su mujer, Mónica Cury Urzúa, exacadémica de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Santiago de Chile.



De vacaciones en Paraguay.



Encuentro con exalumnas/os de la Escuela.

Se casaron el 22 de noviembre de 1968 y nunca más se separaron hasta la muerte de Mónica, en mayo de 2020, después de años de vivir con Alzheimer en los que Raúl Muñoz nunca se separó de ella.

Raúl y Mónica

“Le gustaba estar en familia”, recuerda Marisol, “no le gustaba ir a otros lugares, le gustaba estar en casa, los animales eran su fascinación, tenía una gata, la Pitufa, que era su gata adorada, le gustaba mucho cocinar y le gustaba manifestarse o demostrar el cariño, entonces tenía que buscar otras maneras de demostrarlo, no le salía fácil. Mi mamá lo lograba. Con mi mamá era siempre muy de detalles, como esas cosas, le encantaba cocinar. Quería muchísimo a mi mamá, muchísimo, cuando mi mamá se enfermó para él fue como que se le cayó el mundo, creo que después de eso nunca logró recuperarse cien por ciento con la enfermedad de mi mamá”.

De hecho, Raúl Muñoz falleció sólo un año después de Mónica. Los últimos fueron años difíciles para él, no sólo por la enfermedad de su esposa, sino también por el desconcierto que le provocaba lo que estaba sucediendo en Chile. Si bien no era una persona de derecha, recuerda su hija, sino más bien de centroizquierda, estaba “preocupado, como que supongo se imaginaba un poco de volver a esta época de los setenta, de guerra interna sin ser una guerra civil,

porque siempre decía: «no quiero que esto termine en una guerra civil porque si pasa nos vamos al carajo». Estaba como complicado con todo esto, «no sé para dónde va toda esta cuestión», decía. Era un tipo al que le gustaba estudiar todo, no era cerrado de mente, escuchaba todas las opiniones y se hacía una opinión propia. Cuando falleció decíamos: «yo creo que él se quiso ir porque mi mamá lo estaba esperando arriba, onda vente para acá, hace mucho tiempo que no nos vemos», y lo otro era esto que no quería ver qué pasaba después, no quería, estaba muy complicado”.

Pero también fueron años de una felicidad muy intensa en la que pudo convivir con la naturaleza, algo que quiso hacer de forma intensiva toda su vida. Marisol lo dice con una sonrisa: “los últimos años era feliz en el campo, feliz, feliz. Mucho de dedicarse a sus arbolitos, tenía muchos frutales, su huerta maravillosa, llena de frutas y vegetales. Me decía «no tengo que ir a la feria porque tengo todo en casa». Antes tuvo una casa en Lican Ray, también la amaba, le encantaba el sur, la lluvia, era muy solitario. Se sentía pleno, allá encontró un perrito, lo adoptó, se lo trajo a Santiago, le gustaba arreglar la casa, hacer cosas en la casa, no siempre le resultaba pero lo intentaba. Eso era su vida plena, te diría yo”.

Recuerdos de sus alumnos

En el grupo de Facebook donde confluyen diferentes generaciones de estudiantes de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile lo recuerdan así:



Raúl Muñoz y su gran familia.

“Desde entonces jamás pongo una coma sin pensar en sus enseñanzas. ¿Vale la pena esta frase intercalada?” (Francisca de la Vega).

“Superbuen profesor. Una vez en su oficina me dijo: «Irene, a veces escribes como los dioses y otras veces pésimo. Por favor trata de controlar ese problema». Viejo sabio, hasta hoy recuerdo y me resuena el consejo” (Irene Padilla).

“Me pareció un gran profesor de redacción, para nada arrogante ni arbitrario, sino creativo, abierto y empático. Recuerdo que una vez hizo una dinámica muy interesante: nos pidió que imagináramos a un compañero de sala como un animal y después contáramos por qué lo veíamos así. Era casi un ejercicio de psicología de grupos, pero que servía a la vez para captar rasgos de personalidad de una manera fina, no convencional” (Pedro Pablo Guerrero).

Nada raro para quien es recordado sin ninguna duda como uno de los profesores más exigentes y temidos de la Escuela. Y sin embargo los comentarios que más abundan son estos:

— 204 “Mis recuerdos son todos maravillosos. Un profesor exigente que sacaba lo mejor de cada uno. Que enseñaba no sólo su disciplina sino también valores e inculcaba autoexigencia. Mi generación 78 tuvo el honor de compartir con él hasta sus últimos días. Y conocimos como un amigo, un hombre generoso y solidario” (Myriam Orellana).

“Sólo puedo agregar que el profe Muñoz está entre los mentores de la universidad que marcaron mi ruta como profesional. Sólo tengo agradecimientos hacia él, porque si bien reprobé y tuve que volver a hacer el curso, la verdad es que no pudo ser de otra forma, porque aprendí mucho más que sólo la buena redacción” (Eduardo Díaz Cataldo).

“Fui su alumna, su ayudante en redacción y él, mi profe guía. Compartimos el sentido del humor y el afán por el castellano y su sentido, por el deber del periodista con la búsqueda de la verdad y la obligación de exigirse saber lo más profundo de los hechos. Su humanidad era una manera de ser. Se enojaba con la superficialidad y el argumento ordinario” (Gertrudis Von Hetler).

Trato, pero no puedo poner en palabras mi experiencia con Raúl Muñoz. Fue demasiado sanadora, salvadora, de aprendizaje, de



Un café en una pausa académica en la Escuela de Periodismo.

mentoría, de cariño. Me gusta pensarlo en su campo, cuidando sus árboles y su huerta y soñando otros mundos.

Como señala Rebecca Solnit en *Las rosas de Orwell*, ese ensayo maravilloso que abarca, entre otras cosas, la relación del escritor con sus jardines, “un jardín es siempre un lugar de devenir, crear uno y ocuparse de él constituye un gesto de esperanza: de esperanza en que las semillas plantadas brotarán y crecerán, el árbol dará fruto, la primavera llegará y, con ella, probablemente algún tipo de cosecha. Es una actividad que implica un profundo compromiso con el futuro”.

Todos sus estudiantes somos de alguna manera resultado de esa promesa con el futuro, de su fe en que la formación nos permitiría, cuando menos, expresarnos e informar con dignidad, pero sobre todo ser mejores personas en un mundo en que le sorprendía la mezquindad y el trabajo mal hecho, pero más que cualquier cosa la falta de humanidad.



René González en su madurez.

René Francisco González Cortés UN SÍMBOLO DE LA “GENERACIÓN 1967”

Por Carlos Contreras

Arica, 16 de enero 2021, en plena pandemia inesperadamente fallece René Francisco González Cortés, víctima del Covid-19, y nos deja con un profundo dolor.

Días antes chateando en el grupo que creó acertadamente Nany Saez como “Generación 1967” de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, René había estado haciendo sus acostumbradas bromas y en su último WhatsApp nos contó angustiado que a su esposa la habían internado, al parecer con Covid.

Enviaba a menudo fotos de su familia y en aquellos días de diciembre del 2020 venía saliendo de semanas complicadas. Su hija Daniela había dado a luz mellizos en un parto prematuro y uno de los niños falleció. El otro bebé, Caleb, después de pasar varios días en la unidad de cuidados intensivos iba saliendo adelante y su madre lo comenzaba a amamantar, lo cual hizo muy feliz a su abuelo René. Todo eso lo contaba en el chat y compartía aquellas preocupaciones con nosotros.

Frecuentemente intervenía en los temas de lectura que abordábamos en el grupo, ya que René siempre fue un amante de los libros y tenía una amplia cultura.

Un funeral solitario

Las restricciones propias de la pandemia impidieron que alguno de los integrantes del chat pudiéramos asistir a su funeral en Arica y nos tuvimos que conformar con videos que nos enviaron sus hijas. Fue muy triste porque a los sepelios de víctimas del Covid-19 sólo podían asistir un par de familiares cercanos, pero esta vez a toda su familia se le prohibió asistir por estar contagiados en ese momento.

No cabe duda, por cierto, que René se merecía un funeral concurrido ya que en toda su vida forjó una legión de amigos.

El primer Liceo Nocturno de Chile Federico Hanssen que funcionaba en las instalaciones del Liceo de Aplicación en la calle Ricardo Cumming fue testigo de nuestro primer encuentro con René a comienzos de 1960. Pude disfrutar de su valiosa amistad nada



René, joven galán. Años 60.

menos que por 61 años.

Compartimos nuestros sueños de juventud y de pronto nos dejamos de ver. Y...¡oh sorpresa!: 1967 y nos volvimos a encontrar, esta vez en la Escuela de Periodismo de la U, ambos ya caminando por sobre los 25 años.

Nuevamente nos correspondió compartir los agitados años de fines de los 60 y el período previo a la esperanzadora llegada de Salvador Allende al poder. Todo este

acontecer durante nuestro paso por la Escuela de Periodismo en la calle Los Aromos hasta finales de 1971.

206

Con posterioridad nos vimos durante el gobierno de Allende que nos llenaba de esperanzas y felicidad. Pero todo se interrumpió abruptamente con el fatídico Golpe de Estado y la dictadura militar nos alejó inevitablemente.

Reencuentro en Caracas

René, que se identificaba entonces con el Partido Comunista, tomó la determinación y partió fuera de Chile y yo también apresuradamente abandoné el país a fines de 1973.

El tiempo sin pausa fluye y llega el año 1979 cuando nos volvimos a encontrar, esta vez en Caracas, ambos exiliados.

Yo tuve más suerte y comencé una etapa con un trabajo prometedora en la capital venezolana. Un nuevo desafío que me impulsó a conocer las modernas tecnologías que juegan un rol importante en el desarrollo de la televisión profesional.

A fines de 1980, residiendo en Venezuela yo ya soñaba con regresar a Chile, tenía una buena posición ejecutiva en una empresa de generosos amigos venezolanos.

Tenté a René para se viniera a trabajar conmigo y aceptó el reto.

En 1981 decidí regresar al país y los dueños de la empresa enfrentaban un problema. ¿Quién seguiría a cargo de la compañía que yo conducía desde hace un par de años? Entonces recomendé a René. “Es mi amigo de muchos años y confío en él”, les dije.

René entonces asumió el desafío y permaneció en Venezuela con su nuevo cargo y su nueva familia. Una más entre las tantas que le conocí.

Varios años después, a mediados de los 90, de nuevo me encontré con él, esta vez ya en Santiago y lo volví a invitar a trabajar conmigo. Estuvo un par de años y su permanente inquietud por buscar nuevas alternativas lo llevó a partir una vez más.

Ahora debieron pasar otros 15 años más o menos en que supe muy poco sobre René. Su hijo mayor, René Jr., que estaba ligado al medio audiovisual, me fue alimentando en ese tiempo con noticias de mi querido y recordado amigo.

Y ya en los últimos años esporádicamente sabía de él, hasta que la certera idea de crear el chat con los compañeros de la Generación 1967 de Periodismo nos volvió a encontrar.

Nos lanzamos tallas a través de WhatsApp y con cariño recordamos todos los largos años que nos conocimos, hasta que debí asumir la gran tristeza de ver partir a este amigo que compartió parte importante de mi vida. René, no te olvidaré, querido compañero, siempre estarán conmigo tus opiniones, tus bromas y tu fortaleza para enfrentar siempre la vida.

Reflexionando acerca de su aventurada vida, creo que esa invariable actitud de una búsqueda constante que lo caracterizó quizás le proporcionó satisfacciones, pero no cabe duda que también le trajo momentos difíciles de inseguridad para los fa-



Foto de la "Generación 1967". René, en primer plano, al centro, junto a Sebastiano Bertolone y Rigoberto Carvajal.

miliares que lo acompañaron en diferentes etapas de su vida. René fue siempre muy inestable en sus relaciones de pareja. Se casó muy joven con Carmen Soto a quien conocí en los años de universidad y con quien tuvo tres hijos. A los dos hijos mayores los conocí y tuve buenas relaciones con René Jr. por su actividad en que se ha destacado y ha llegado a ser un requerido director de cine y video haciendo comerciales y documentales.

Entiendo que tempranamente René se separó de Carmen y cuando lo vine a encontrar en Caracas me contó de sus nuevas parejas, una saliendo de Chile con quien tuvo una niña y un chico. Luego en Venezuela se emparejó con Maritza con la cual tuvo tres niñas, en total, cinco hijos en esa etapa.

En su regreso a Chile trajo a su compañera venezolana y vivió varios años con ella en la época que trabajó conmigo. Entiendo que Maritza años después regresó a Venezuela con sus hijas.

Santa Cruz de la Sierra y Arica

Después de abandonar nuevamente la capital alrededor de 1996, inició otra relación con una nueva pareja con quien vivió inicialmente en Arica para posteriormente partir a probar suerte a Bolivia, tuve contactos esporádicos con él cuando estuvo viviendo en Santa Cruz de la Sierra.

Esta compañera, Stefanía fue su última pareja con quien tuvo otros tres hijos: Daniela, Gabriela, Saulo, más Roberto, hijo de su pareja.

Con esta familia vivió sus últimos años. Mientras residió en Santa Cruz daba clases en una universidad y al regresar a Arica también trabajó como académico.

Su segundo regreso al puerto nortino fue a instancias del apoyo que le brindó el compañero de curso Francisco Cataldo, periodista y luego abogado, que se radicó en la ciudad de la eterna primavera, todo esto último corroborado por Gustavo González, nuestro amigo y colega de la Escuela de Periodismo.

Gustavo lo recuerda así: "En 1967 yo estaba en el segundo año. Aunque René no era un militante muy activo, trabajamos juntos en la base de la Juventud Comunista. Siempre lo vi como un tipo alegre, de un gran sentido del humor y un desplante casi arrollador, carente de timidez. Era casi la antítesis de los militantes comunistas serios y enclaustrados en sí mismos.

Más tarde trabajamos juntos entre 1970 y 1971 en la Radio de la Universidad Técnica del Estado, donde René oficiaba de reportero y también de locutor de noticias, gracias a su privilegiada voz".

Agrega Gustavo: "Después del golpe, nos encontramos en Quito, cuando René iba camino a Venezuela, acompañado de su joven pareja, cuyo nombre no recuerdo. Vino después el reencuentro en Chile, tras el fin de la dictadura".

"En marzo de 2016 viajamos a Perú, con Annie, mi esposa –continúa Gustavo– tomamos un avión hasta Arica, desde donde atravesamos por tierra a Tacna y seguimos viaje en bus a Arequipa. A nuestro regreso nos reunimos en una grata cena con René y Francisco Cataldo. René contaba orgulloso que a los 60 años había vuelto a ser padre y expresaba una enorme gratitud hacia Francisco, que le había conseguido empleo en la universidad cuando regresó a Chile desde Bolivia. Aunque mantenía su buen humor y su carácter parlanchín, se le notaba avejentado, con mucho sobrepeso y problemas de visión. Como siempre, acordamos con él y Francisco un nuevo encuentro, que nunca se produjo".

Francisco Cataldo no tardó en seguir a René en su paso a la eternidad. Murió el 23 de noviembre de 2021, también en Arica.

Las andanzas de René por la Escuela de Periodismo hicieron historia y dentro de la legión de amigos que tuvo se encuentra el recordado “Chopping Club” que lo integraban, entre otros, Cesar Peters, Kiko Müller, el ecuatoriano Manuel Burneo, Sebastiano Bertolone, Pablo Honorato. Recordamos las largas y entretenidas veladas en “Las Lanzas” de la plaza Ñuñoa.

Finalmente quisiera recordar un par de anécdotas que vivimos.

La primera ocurre en Caracas. Mi esposa Ximena trataba de viajar a Chile una vez al año ya que su madre viuda vivía sola en Santiago y aprovechaba de llevarle a sus dos nietas para compartir con ella un par de semanas.

René y yo trabajábamos juntos y algunos días nos íbamos al departamento a conversar y aprovechábamos de prepararnos algo de comer. Yo, nulo para la cocina y mi compañero gustaba de la buena mesa. Mi debilidad, los postres...

“¿Sabes hacer manjar con leche condensada como hacía mi mamá?” le pregunté. “Por supuesto –me contestó– es super fácil. Compramos un par de tarros de leche y los ponemos en la olla a presión y listo el manjar”.



René con dos de sus nietos. Arica 2016.

Los tarros en la olla a presión a fuego lento y vamos conversando, escuchando música, una cerveza...pasan los minutos y sin darnos ni cuenta...de pronto una explosión fantástica en la cocina que debe haber alertado a todo el edificio. Los tarros reventados y el manjar había invadido todo el techo de la cocina. Creo que pasamos varias horas intentado limpiar el cielo raso en un esfuerzo infructuoso, pues todo quedó cubierto por el manjar medio quemado.

Ni contar el tirón de oreja que me llevé de Ximena, porque ni con el correr de los días fue posible encubrir la tremenda embarrada que dejamos en la cocina.

La segunda anécdota ocurrió en Nueva York.

Fuimos con René a una feria de muestra de nuevos productos de los sistemas de CCTV (circuitos cerrados de TV), área que manejaba mi partner.

Uno de esos días le digo a René: “qué te parece que hoy vamos a caminar por Nueva York porque esta ciudad se conoce muy bien caminando”. “Por supuesto –me contesta– yo soy re’ bueno para caminar, pese a mis kilos (él pesaba fácil 100 kilos)”.

Estábamos muy cerca de Times Square y partimos caminando hacia el sur de Manhattan. Yo iba muy lejos a buscar algo, cerca de la 23th Street. Cuando llegamos yo notaba a René ya un tanto cansado, pero no decía nada.... Paramos y nos tomamos un refresco sentados y luego le indico: “ya poh, nos vamos de vuelta entonces caminando”. Mi compañero me mira asustado y me pregunta “¿a pie?”. “Claro”... “¡No, no yo aguanto más, tomemos el Subway mejor!”. Yo reí y le señalé “¿y que no eras bueno para caminar, viejo?”. “¡Sí, pero no para tanto poh!”.

La historia termina cuando tomamos el metro para regresar al hotel donde se quedó toda la tarde descansando con las patitas arriba de la pared.

¡Por estas y muchas cosas más, mi querido René, serás inolvidable!

Ximena Cannobbio Salas

XIMENA Y JULIO SIEMPRE JUNTOS

Por Enrique Fernández

Ella, Ximena Cannobbio Salas; él, Julio Fuentes Delgado. Ella, periodista; él, camarógrafo. Se conocieron en el entonces Canal 9 de Televisión de la Universidad de Chile, se enamoraron, se casaron y vivieron juntos durante casi 50 años.

Vivieron y partieron juntos.

Ocurrió el domingo 30 de agosto de 2020, en su retiro de Algarrobo, cerca del mar. Ximena, de 82 años, falleció mientras él había salido de compras. Cuando volvió a casa, Julio no pudo soportar la escena ni el dolor de quedarse sin ella y su corazón también se detuvo, a los 78 años.

Una joven intensa

Fue el final trágico pero sublime de aquel romance entre la periodista y el camarógrafo. La unión que comenzó en los estudios de la televisión universitaria, continuó durante su exilio en la República Democrática Alemana (RDA) y culminó de regreso en Chile aquel domingo invernal de agosto.



Ximena Cannobbio y Julio Fuentes. Juntos hasta la muerte.

“La pena es infinita. Son irremplazables, sólo queda el consuelo de que partieron juntos y nos dejan un legado de amor y comunión”, escribió Alejandra Carmona, hija del primer matrimonio de Ximena, en su muro de Facebook.

“No tuvieron una vida fácil, pero dieron la pelea hasta el final y se fueron en gloria...como un acto teatral o una película. Se fue-

ron como vivieron...y aún me cuesta creerlo”, agregó Alejandra, hoy cineasta y académica de la Facultad de Comunicación e Imagen de la Universidad de Chile. Alejandra es creadora de documentales como “Zurita, verás no ver”, cuyo personaje central es el poeta Raúl Zurita.

Los compañeros de curso de Ximena, en los años 60, la consideraban una lady por su actitud serena, su voz suave y algo afónica y su sonrisa dulce. Pero era también una joven apasionada en el amor, en la profesión y en su compromiso con la idea de un mundo mejor. Pertenecía a una familia acomodada y sin embargo se rebeló contra ese medio, porque no aceptó un destino burgués. Contra la voluntad de su padre, entró a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, de la que siempre conservaría hermosos recuerdos. También su familia aceptó aquella decisión, cuando invitaba a su casa a sus compañeras y compañeros de curso y los agasajaba con exquisitas onces.

“En la Escuela Ximena se distinguía por ser muy intensa y apasionada, como siguió siendo toda su vida. Tenía sus puntos de vista políticos y sus intereses muy claros y ya se perfilaba como la buena periodista que fue”, recuerda Angélica Beas, su compañera y amiga por siempre.

Años inquietos

Gladys Díaz, también amiga e integrante del curso, relata que “durante la toma de la Escuela, en esos inquietos años, todos querían ir al centro de la ciudad a marchar por Cuba o por Vietnam. Nadie quería quedarse a cuidar la toma con su espacio y sus alimentos. Siempre era Ximena la voluntaria. Estaba siempre dispuesta a tomar en sus manos las tareas que otros rechazaban”.

Fue en medio de ese clima que Ximena conoció a su primer esposo, Augusto Carmona, que fue presidente del Centro de Alumnos y



Ximena con sus nietos, Julio y su hija Alejandra.

padre de Alejandra, la futura cineasta. Aunque más tarde se separaron, ambos tomaron el mismo rumbo profesional y se integraron al canal de televisión de la Universidad, donde Augusto llegó a ser jefe de prensa.

Tras el golpe de Estado de 1973, Augusto pasó a la clandestinidad en su condición de alto dirigente del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria). A la medianoche del 7 de diciembre de 1977, cuando llegaba a su casa de la calle Barcelona en la comuna de San Miguel, lo aguardaba

un comando de la CNI (Central Nacional de Informaciones). Los agentes le dispararon por la espalda y lo asesinaron, a los 38 años de edad.

“Recuerdo que venía llegando del colegio a mi casa. De pronto me sentí angustiada. No sabía por qué. Yo tenía 12 años y ese día mi vida cambió para siempre: Habían matado a mi padre”, dice Alejandra en el documental que creó para narrar la vida de Augusto, “En un lugar del cielo”.

Pasaje de ida y vuelta

Cuatro años antes del asesinato, Ximena había partido exiliada a Berlín Oriental con su hija y su segundo esposo, Julio Fuentes, con quien seguiría unida hasta el último día de sus vidas. En ese ambiente familiar y en la Alemania del este nació el segundo hijo de Ximena, Andrés Fuentes, hoy residente en un tranquilo pueblo al sur de Santiago, convertido en editor audiovisual.

“Ellos eran sobre todo humanistas y profesionalmente impecables. Venían de una escuela ética común, que les hacía observar la realidad con un profundo sentido crítico”, afirma Andrés al evocar a sus padres.

Inquietos como eran, Ximena y Julio no pudieron adaptarse completamente a la vida de Berlín Oriental, donde sus amigos alemanes trataban con especial deferencia y cariño a los chilenos. Volvieron a Chile con sus hijos en 1979 y encontraron un país silencioso, sometido al toque de queda, el estado de sitio y la dictadura con su secuela de crímenes y violaciones a los derechos humanos. Entonces, en 1985, emigraron por segunda vez a la RDA.

“Regresamos a la RDA porque era lo que conocíamos, donde habíamos dejado amigos y era una parte de nuestra vida”, dice Ximena, en el documental que dirigió su hija. En 1989 cae el Muro de Berlín, también cae la dictadura en Chile y doce años después, en los comienzos del nuevo milenio, Ximena, Julio y sus hijos retornan a Santiago, esta vez en forma definitiva y siempre juntos.

Juntos, porque también unidos realizaban ellos su trabajo en la televisión, primero en el antiguo Canal 9 y más tarde en la Teletón: ella escribía las historias y él aportaba las imágenes que aparecerían en la pantalla. En las reuniones sociales o encuentros con amigos también eran inseparables, intercambiando miradas de complicidad.

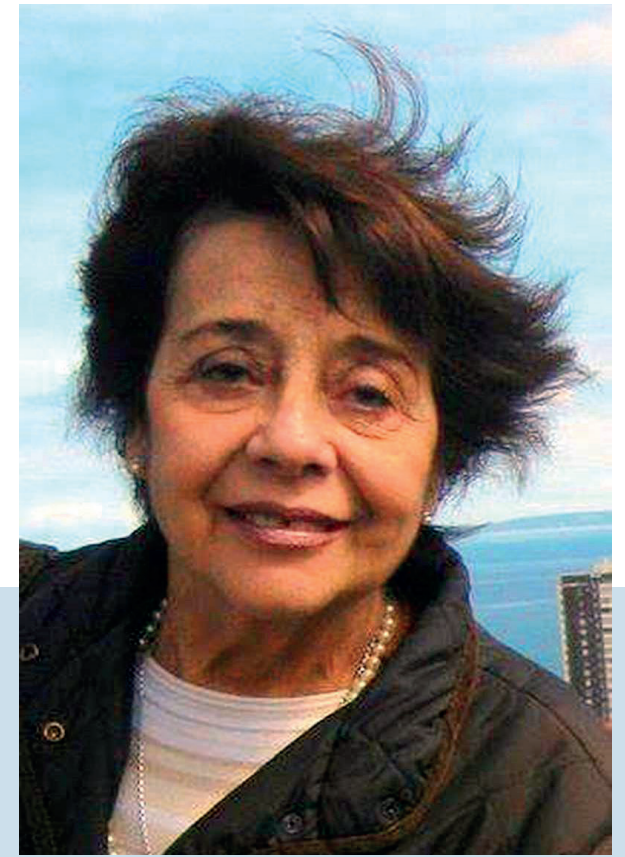
“Eran invencibles en los juegos de cartas o en el cacho, lo que nos hacía rabiar, porque hasta para eso se complementaban... Además, los dos eran artesanos: Ximena, bordaba, tejía, cosía, y Julio tapiaba y era muy buen sastre”, evoca Angélica Beas. Por eso, en la galería nostálgica de sus recuerdos, “Ximena y Julio siempre anduvieron juntos por la vida y así lo entendió la muerte, que respetó esta unión y se los llevó... juntos”.



Años 60. De pie, Roberto Friedman y Cecilia Boisier. Segunda fila, Samuel Carvajal, Ximena Cannobbio, Augusto Carmona y Lidia Sepúlveda. Abajo: Antonio Skarmeta y el músico Jaime Escobedo.

LA XIMENA DE LOS RECUERDOS

Por María Elena Hermosilla



Ximena Cannobbio junto al mar.

212 Para contextualizar mis recuerdos sobre Ximena Cannobbio, creo que es bueno asomarse a ese curso que ingresó a la Escuela de Periodismo en 1959. Hace la módica suma de 60 años.

Ese año, por primera vez, la Escuela dirigida por Ramón Cortez Ponce, recibió gente titulada de otras carreras de la U. Un agrónomo, profesores de Estado, hasta un dentista, llegaron ese año a las aulas de Los Aromos con Máximo Jeria. Eran gente mayor, hombres en su mayoría, que vestían de terno porque trabajaban y entraban y salían de carrera.

Algunos, de a poco, engancharon y pasaron a ser de “los nuestros”. Luego, estaban los que ya laboraban en periodismo, iban a clase cuando podían, siempre corriendo, siempre pidiendo cuadernos prestados. Estaban también los bohemios, tenían que ver con teatro, con literatura, vestían de negro y siempre andaban juntos.

Y luego, nosotros (en su mayoría, nosotras). Veníamos de la secundaria, medio perdidos pero rápidamente encontrados, sin entender mucho donde nos habíamos metido, tratando de succionar

de la Escuela y de la vida todo lo que podíamos, locos y locas con la libertad que nos daba la universidad. Esos éramos dos lotes, los que veníamos de un liceo y pronto armamos grupo, y los/las que llegaron de algún renombrado colegio privado.

El curso fue una coctelera de experiencias, edades, vivencias e intereses. Sin duda, interesante y valioso para todas y todos. ¿Amigos?, tal vez. En muchos casos, los lazos perduraron. Hasta hoy.

La Ximena Cannobbio era una mujer alta, imponente, con unos tremendos ojazos, y su Augusto Carmona, que era un poco más bajo, siempre del brazo. Su “lugar de pertenencia”, eran los bohemios, pero la Ximena se las arreglaba para hablar con todos y hacerse amiga del resto. La recuerdo cantando en el coro de la Escuela, que se armó entre nosotros con las puras ganas y la colaboración de Sergio Prieto, cuya polola era de nuestro curso.

Si alguien vivió la vida estudiantil a concho, fue la Ximena, en el Cineclub, las Juventudes Musicales Chilenas, el coro, los paseos... Siempre con Augusto a su lado, que era un dirigente político, de

izquierda, buen orador, que llegó a ser presidente del Centro de Alumnos, y mucho más tarde, miembro de la Dirección Nacional del MIR.

Ambos entraron a trabajar a canal 9 de la Universidad de Chile, que estaba en el mismo edificio céntrico donde yo di mis primeros pasos profesionales. Y allí nos volvimos a encontrar, tomando café en el histórico “Richi”, que seguramente le sonará a los asiduos del Santiago centro de los 60.

Su ruptura con Augusto la alejó de la Escuela y de nuestro grupete. Sé que fue muy duro para ella. Tenían una hija, Alejandra, y ese fue el gran legado vivo de un amor inmenso.

Pasado un tiempo, la Ximena retornó a la lucha. Y allí pasamos a ser vecinas. Descubrí que vivía cerca con su nueva pareja, Julio Fuentes, camarógrafo de Canal 9 TV y pronto pasamos a compartir la micro al centro –la “Estadio Italiano-Bernal del Mercado”– o el taxi cuando salíamos atrasadas, ella siempre con su Julio del brazo.

Y así transcurrieron los turbulentos y gloriosos años de la Unidad Popular. Después del golpe, ese curso de 1969 vivió una verdadera diáspora. La gente se dispersó a Argentina, Venezuela, Nicaragua, Francia, Italia, España, la RDA, Alemania Federal, Australia, Reino Unido y a otros lugares. Algunos murieron lejos de la patria, otros aún viven en el exterior. Pocos volvimos.

Ximena y Julio partieron a la República Democrática Alemana; yo, a Francia, luego a Brasil y retorné a Chile a mediados de los 80.

En una visita a Chile de la compañera Amanda Puz, a mi juicio la mejor periodista de nuestra generación, armamos en mi casa una fiesta con alguna gente de nuestra época. Y llegaron Ximena y Julio, de paso por Santiago, ya que aún vivían en Berlín. Según me contó Ximena, fue esa fiesta y el ver que aún había amistades, la que les hizo tomar la decisión de retornar definitivamente a Chile.

Su vuelta acompañada de su familia –Alejandra Carmona Cannobbio y sus niñas, su hijo alemán– me hizo reflexionar más a fondo sobre la fortaleza y el valor de la Ximena. Augusto murió de una

manera muy dolorosa, emboscado por las fuerzas de la represión. Él, como alto dirigente político y víctima de la dictadura, ha sido recordado, honrado y homenajeado muy bien en un bello documental realizado por su hija cineasta, Alejandra.

Pero detrás de la tragedia hubo una madre valerosa, acogedora y sabia, que supo mantener la vida fluyendo y la cotidianeidad funcionando. La Historia está plagada de grandes hombres, siempre hombres, protagonizando grandes hechos. Yo siempre me he preguntado qué pasó con sus hijos o hijas, cómo sería la vida de la familia que dejaron.

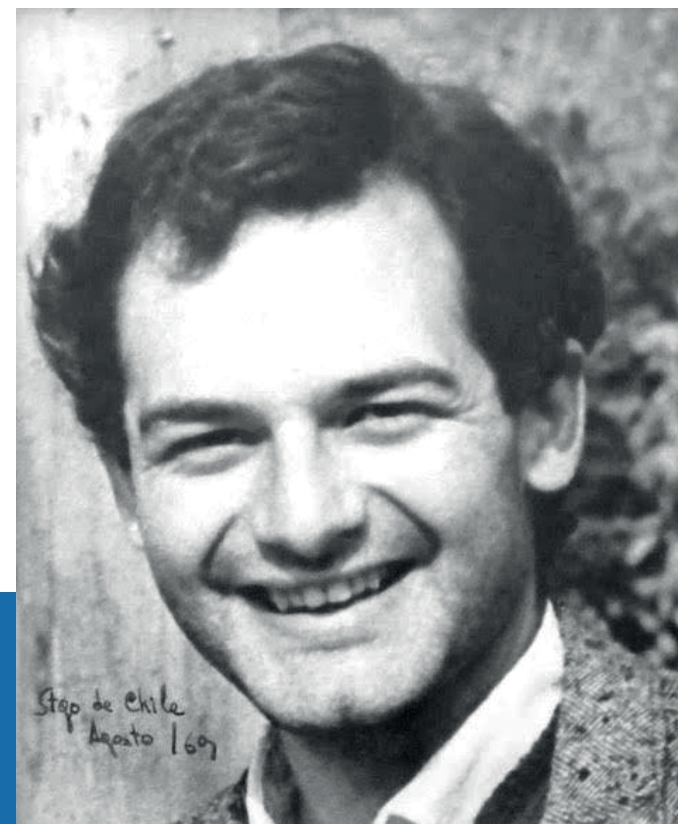
La Ximena Cannobbio que re-conocí a su regreso a Chile, era una mujer fuerte, entretenida, muy inteligente, de fuertes convicciones, medio mística (o esotérica, si así lo quieren llamar), amplia de ideas y siempre preocupada de su clan y queriendo mucho a Julio.

También era una persona con problemas de salud. Cuando decidió trasladarse a la costa para evitar el aire contaminado de Santiago, nos comunicábamos muy frecuentemente por WhatsApp. Pero una semana cualquiera, se me perdió. La llamé por teléfono y me tranquilizó: estaba todo bien. Y me mandó una foto terrible, la vi flaca, ojerosa, pálida. Días después, mi Ximena de los Recuerdos falleció.

Esa Ximena es la versión recargada de las mujeres/madres chilenas, castigadas por las impiedades de la dictadura y fortalecidas por la Historia, que tuvieron que partir con sus hijos e hijas al exilio, a países desconocidos de los que no se sabían idioma ni costumbres, donde nada se tenía excepto la esperanza de la solidaridad local. O las que se quedaron en Chile, sin marido, sin casa, sin trabajo, sin recursos, con miedo permanente, que fueron capaces de criar a los suyos y de tender la mano a las demás.

Eduardo Marín Gaviria EMBAJADOR DEL REALISMO MÁGICO

Por Gustavo González Rodríguez



Eduardo Marín en Chile, noviembre de 1969.

— 214 “Hola Gustavo querido, te cuento que Eduardo Marín falleció el pasado martes. Estaba enfermo desde hace un tiempo y ya descansa en paz. Conozco la buena amistad de ustedes y siento darte esta mala noticia. Va un abrazo grande. Patricia”

Este fue el mensaje interno que recibí el 2 de febrero en el Messenger de Facebook. Me lo envió desde La Habana Patricia Grogg Teppa, nuestra gran amiga y compañera chilena radicada en Cuba, primera esposa de Eduardo Marín Gaviria, fallecido en su natal Colombia el 31 de enero de 2023, a los 80 años.

La noticia nos impactó y nos dolió en lo más profundo. Con Eduardo se fue una página fundamental de la vida de varios de los que ingresamos a estudiar Periodismo en ese numeroso curso de 1966. Algo mayor que nosotros, venía de la convulsionada Colombia, donde en febrero del mismo año había muerto combatiendo en la guerrilla del ELN (Ejército de Liberación Nacional) el sacerdote Camilo Torres Restrepo.

Eduardo nos instruía, desplegando un mapa de Colombia, sobre las zonas de control y acción de los insurgentes del ELN y de las FARC, con obligadas menciones a Tirofijo, Manuel Marulanda, convertido ya en leyenda.

Fue en ese año de 1966 en el curso de Redacción Castellana que Ariel Dorfman nos hizo leer “La hojarasca”, novela que nos acercó a la extraordinaria pluma de Gabriel García Márquez, quien al año siguiente sacudiría los cimientos de la literatura latinoamericana con “Cien años de soledad”.

Rolando Gabrielli recuerda que nuestro compañero colombiano “admiraba a García Márquez, Juan Rulfo, Julio Cortázar. Los clásicos de nuestra época. Era un hombre comprometido con su tiempo”.

No fue extraño así que viéramos en Eduardo Marín a una suerte de embajador del realismo mágico, con quien compartíamos interminables tertulias bohemias. “Los funerales de la Mama Grande”, “La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y su abuela desalmada”, “El coronel no tiene quien le escriba”, en fin, todo ese caudal



Con su hijo Jorge Alberto en Quito.

literario alimentó nuestras fantasías con un relator de primer orden, llegado desde El Quindío.

Un buen “grupete”

Tal vez fue en “El Heraldo del Quindío” donde hizo sus primeras armas periodísticas. Al menos es lo que recordamos de los artículos que nos mostraba con su firma allá en la Escuela de la calle Los Aromos. Y es que él traía prendido el bicho del periodismo, que lo hizo abandonar estudios de Medicina en Bogotá y recalar finalmente en Santiago tras una temporada de estudios en Buenos Aires, como recuerda su hermano Jairo en la nota que reproducimos aquí.

En aquellos años en que campeaban las dictaduras militares (gobiernos gorilas los llamábamos) en muchas partes de América del Sur, Chile era una plaza acogedora de estudiantes venidos de países hermanos. En nuestro curso de Periodismo tuvimos al venezolano Miguel Mata, al panameño Rolando Gittens, un boliviano de apellido Arévalo cuyo nombre se me extravió y al colombiano Marín Gaviria.

Podríamos decir que formamos un buen “grupete” en torno a nuestro compañero del Quindío, con Guillermo Torres, Enrique Canelo, Rolando Gabrielli, Jorge Silva Luvecce y yo. Con Guillermo, Rolando y Jorge vivieron un tiempo en la misma pensión de la calle Máximo Jeria, muy cerca de la Escuela.

Así, nuestras excursiones bohemias, que podían comenzar en el céntrico Il Bosco o en el enclave ñuñoino más cercano de Las Lanzas, finalizaban muchas veces en la acogedora cocina del casino (comedor) de nuestro plantel, en interminables charlas de amanecida con el “Viejo” Alfredo García, mayordomo y concesionario del local.

Eran años en que teníamos todo el ímpetu de una juventud que alternaba los estudios con una militante pasión política, los deportes y las parrandas. E irse de parranda con Eduardo Marín era también un aprendizaje, por lo cautivante de su conversación y también por verlo bailar, con un aire adusto y casi científico, mezclado con la cadencia mágica de un ritmo tropical con sabor a cumbia.

Eduardo fue un buen hijo adoptivo de Chile y jamás dejó de ser colombiano y latinoamericano. Debe haber sido hacia fines de la década de los 90 que lo visité en Bogotá y rememoraba con auténtica nostalgia marítima, gastronómica y querendona sus viajes a Cartagena (no la de Indias, sino la del litoral central de nuestro país), donde José Miguel Zambrano, eximio buceador, lo agasajaba con los mariscos que él mismo recogía en el fondo del mar.

“El mejor español”

Dicen que es en Colombia donde se habla y escribe mejor nuestro idioma. Y Eduardo dio prueba de ello. Rolando Gabrielli lo calificó de alumnos sobresaliente, avalado por las palabras de nuestro recordado director Mario Planet, quien al dar cuenta de la revisión de trabajos en su curso de Periodismo Interpretativo, dijo “el mejor español que he leído en los últimos 25 años”, refiriéndose a la tarea entregada por Marín.

La agencia Inter Press Service, fundada en 1964 y que tuvo su primera oficina regional para América Latina en Santiago, lo contrató como redactor. Con su generosidad habitual, Eduardo le consiguió



El joven embajador del realismo mágico.

allí trabajó como colaborador a Jorge Silva, a quien siempre ayudó y protegió, pese a su cambiante e impulsiva personalidad.

Fue un protagonista sanamente envidiado por nosotros en aquellos años de Los Aromos, por su éxito entre las compañeras, aunque en rigor nunca fue el típico galán conquistador. A su muerte recordamos su pololeo con Valentina Molinari, la “China”, y luego un coqueteo con la encantadora Ximena Abogabir.

la agencia Prensa Latina. Fue enviado a abrir la oficina en Quito y trabajó asimismo en La Habana, hasta que en 1974 regresó a Bogotá.

Posteriormente se separó de Patricia y años después contrajo matrimonio con Myriam Gutiérrez, colombiana. Patricia Grogg permaneció en Cuba donde se convirtió en una gran periodista, que hizo corresponsalías para El Mercurio y TVN, y que por esas paradojas de la vida se alistó en Inter Press Service –la misma agencia donde Eduardo comenzó su trayecto internacional– para la cual trabaja todavía desde La Habana.

La muerte de nuestro compañero inundó de buenos recuerdos a quienes compartimos con él esos años de estudios entre 1966 y 1969, y que hoy nos hacemos llamar la Generación Planetaria. “Nos unió una gran hermandad, compañerismo, trabajamos juntos como corresponsales en Bogotá, fue quien me envió el pasaje para salir de Chile, aprendí mucho de su oficio”, cuenta Gabrielli, dando testimonio de su solidaridad luego del golpe de Estado de 1973 en Chile.

Así era Eduardo Marín Gaviria, un colombiano que dejó en Chile su impronta latinoamericana. Un compañero en todo el sentido de la palabra.

216 Nuestra convivencia con el Pedagógico, como parte de la Facultad de Filosofía y Educación, hacía que no solo compartiéramos los verdes prados, las instalaciones deportivas y las batallas políticas, sino también las amistades. Así, Eduardo encontró su amor definitivo en aquellos años en Patricia Grogg, estudiante del departamento de Francés.

Se casaron con Patricia aquí en Chile, y aquí nació también su primer hijo, Jorge Alberto, llamado así por Silva Luvecce, que en aquellos años permanecía encarcelado por el frustrado asalto al supermercado Portofino, y que fue indultado por el presidente Salvador Allende hacia fines de 1970.

Fue la época hermosa y convulsionada de la Unidad Popular, donde la contingencia dejaba espacio a los sueños y a la profundización de las amistades. En más de una ocasión compartimos asados con el grupo que venía de la Escuela, al cual se había sumado Hernán Barahona, un maestro de las preparaciones en la parrilla pese a que en esa época no comía carne.

Para entonces, el talento profesional y la vocación latinoamericana de Eduardo Marín habían encontrado una nueva casa de acogida en

CIUDADANO DEL MUNDO CON PASAPORTE QUINDIANO

Por Jairo Alberto Marín Gaviria

Tal vez alguna vez haya sentido el pudor del aprendiz. Es ese recato de hacer algo que va a ver tu maestro. Un sentimiento de inquietud y desconcierto y a la vez un acto de humildad y valentía como la tauromaquia. El siguiente es uno de esos intentos.

Eduardo Marín Gaviria nació con el don de la palabra. Como un mago, con un rosario de vocablos fríos era capaz de construir una imagen sólida y memorable en la imaginación de los lectores.

Por ejemplo, estas frases la escribió el 2 de octubre de 1968 cuando era corresponsal de la agencia de noticias Inter Press Service en la capital chilena:

“Santiago de Chile está siendo demolido. Las vetustas casonas se desmoronaron ante el golpeteo de equipos especializados en la construcción organizada. Los planes de remodelación urbana preparan la ciudad para los agitados años del futuro”.

La observación acuciosa era uno de sus dones. Los buenos escritores escriben el primer borrador con los ojos.

Eduardo nació el 17 de octubre de 1942 de las manos de una partera en la finca Angostura de la vereda El Gigante en Montenegro, Quindío. En el pueblo aprendió sus primeras letras.

En su tiempo, a mediados del siglo XX, quienes quisieran estudiar debían dejar su tierra y explorar los nacientes centros urbanos donde se forjaba el progreso de Colombia. La inteligencia del muchacho llamó la atención de la familia Mejía que lo invitó a vivir con ellos en Medellín.

En el colegio de la Universidad Pontificia Bolivariana obtuvo su título de bachiller y se fue a Bogotá a la Universidad Nacional con el sueño de ser médico. Sin embargo, el destino tenía otros planes para él. El ímpetu de la juventud lo llevó a continuar sus estudios en Buenos Aires y luego siguiendo el llamado de su vocación por las palabras se fue a Santiago de Chile a estudiar periodismo.

Para entonces era claro que lo que lo movía era un compromiso con la justicia social, con las ideas progresistas que había heredado

de sus ancestros y con un profundo amor por la Tierra, los animales y la vida en general.

A Eduardo Marín le dolían las injusticias, la pobreza y la inequidad.

Sus acciones habían demostrado que Eduardo era un ciudadano del mundo y quería recorrerlo, vivirlo, cambiarlo y contarlo.

Así como gozaba del valor de las palabras, también sabía del poder del silencio. Practicaba la discreción y la prudencia como atributo de la sabiduría y el respeto.

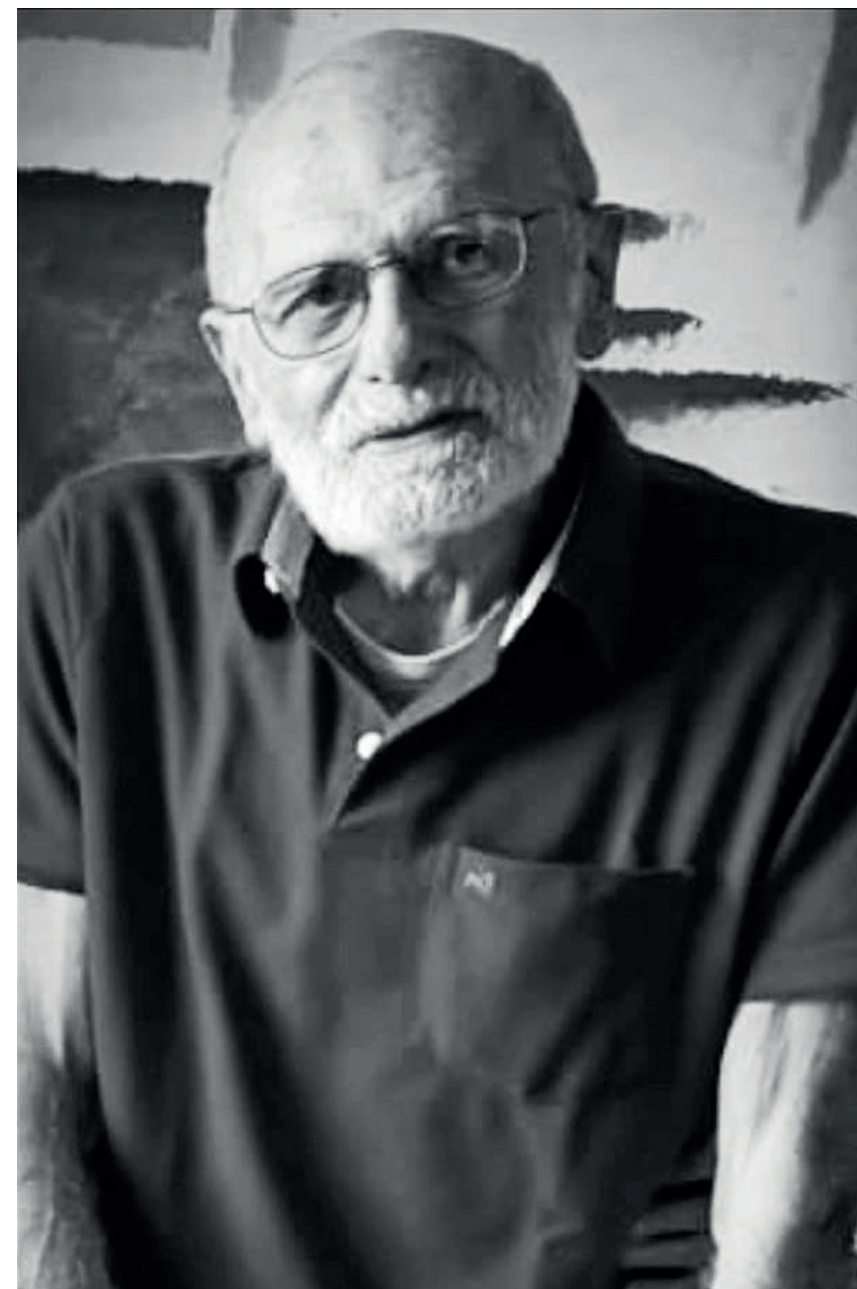
Sus viajes como corresponsal internacional lo llevaron a varios países donde entrevistó y cuestionó a hombres y mujeres en posiciones de mando, al tiempo que mantenía su pulso en lo que sucedía con las personas más humildes en las barriadas y en los campos de América Latina.

Eran tiempos convulsionados y el joven periodista debió ser testigo y relator de cuanto sucedía. Vivió la antesala al golpe de estado en Chile; fue apresado en Ecuador, incomunicado por cinco días y acusado de ser un espía; le entregó a Gabriel García Márquez una carta de invitación de Casa de las Américas para que fuera por primera vez a Cuba y su nombre apareció en un documento secreto de la CIA que incluía una lista de funcionarios del gobierno cubano.

En 1974, después de una ausencia de trece años, regresó a Colombia como corresponsal de la agencia cubana Prensa Latina y años más tarde volvió al Quindío lleno de ideas y de nostalgias.

Esta vez soñaba con hacer del Quindío un centro mundial de tecnología, con recuperar el uso de la guadua en las construcciones tradicionales. Por años trabajó en la defensa de los derechos de los grupos nativos, así como en la protección de los recursos naturales, siempre desde la palabra: denunciando, empoderando, iluminando.

Curioso incorregible exploró la tecnología, los computadores y la Internet, escribió un blog y frecuentaba la música electrónica.



Una de las últimas imágenes de Eduardo, en Colombia.

Escribir estas palabras ha sido difícil porque mi hermano Eduardo fue mi mentor y guía en el periodismo y en la vida. A pesar de que no podrá leerlas, no puedo evitar sentir este pudor del aprendiz.

Eduardo Marín Gaviria murió tranquilamente el 31 de enero de 2023 en Armenia mientras hablaba de amor y de agradecimiento. Le sobreviven su compañera Myriam Gutiérrez y sus hijos Jorge Alberto, Iván Ernesto y Alejandra.

Alipio Vera Guerrero LA VOZ DEL CHILE PROFUNDO

Por Juan Araya Díaz

El hombre de cabellera blanca ojeaba papeles en el asiento trasero del radio taxi que lo trasladaba desde el aeropuerto a un hotel, en el sector oriente de Santiago. El chofer lo miraba por el espejo retrovisor y de repente le hizo una pregunta: “perdone señor, pero usted ¿no es el médico uruguayo Roberto Canessa”? El pasajero se sorprendió y le respondió: “sí, soy Canessa. Pero ¿cómo me reconoció?”

“Soy periodista, ya retirado del oficio, y no puedo olvidar la hazaña de ustedes en la Cordillera de los Andes en 1972. Tenía entonces 24 años, trabajaba en una radio y seguí con atención y pasión la sobrevivencia de ustedes en la Cordillera de los Andes. Y después me interesó saber de sus vidas”.

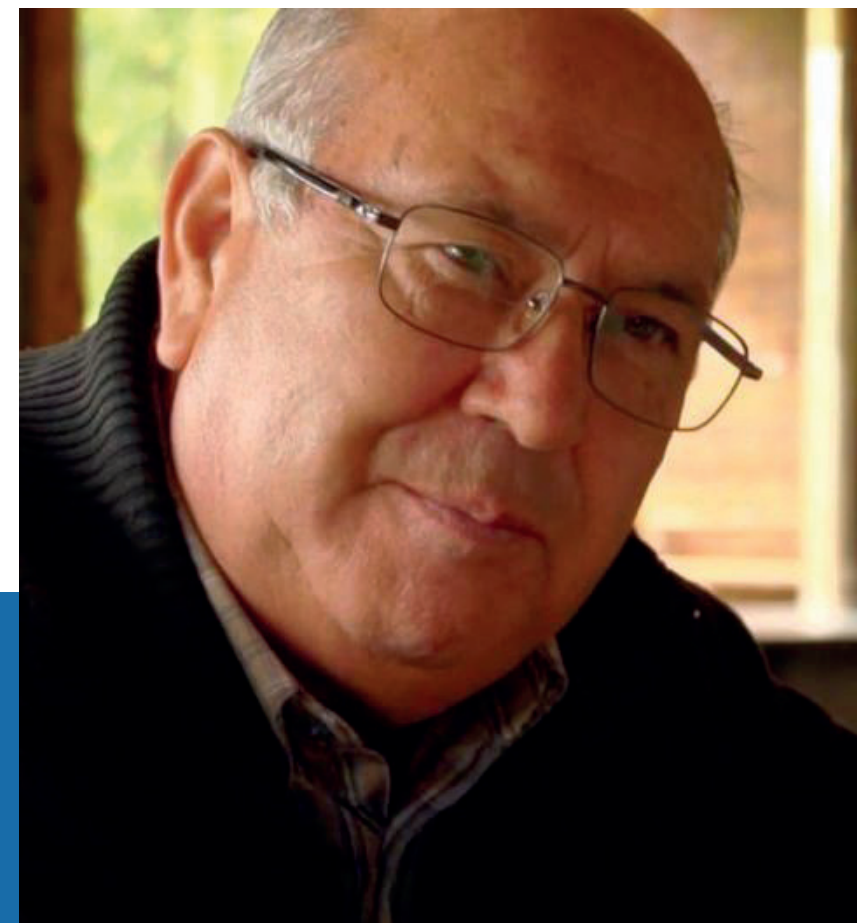
“¡Qué memoria! Cuántos años pasaron!”, respondió Canessa. Y agregó: “bueno, usted sabe que hace poco murió el arriero Sergio Catalán. Y en 2016, cuando me invitaron a inaugurar un museo en San Fernando, me reencontré con el joven periodista que nos entrevistó, junto a Fernando Parrado, en Los Maitenes, donde nos llevaron después que nos encontró el arriero. Fue un encuentro

muy emotivo. Habían pasado 44 años y nunca más lo había vuelto a ver”.

Ese periodista al que se refería Canessa era Alipio Vera Guerrero, quien en diciembre de 1972 dio la primicia mundial del hallazgo de un grupo de rugbistas uruguayos, quienes sobrevivieron en condiciones penosas a la caída del avión que los traía de Montevideo a Santiago para jugar un partido amistoso.

Alipio fue mi compañero de curso en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile entre 1966 y 1969. Se retiró hace un par de años a los “cuarteles de invierno” y se fue a vivir a su casa de Carelmapu, a orillas del canal de Chacao, frente a la isla de Chiloé. Jubiló después de desarrollar una extensa y brillante carrera que coronó con el Premio Nacional de Periodismo en 2013.

Alipio falleció el 20 de marzo de 2023, luego de someterse a una operación cardíaca en una clínica de Santiago. Su historia pública y privada da para escribir un libro. En unas pocas páginas intentaremos resumir su trayectoria rica en acontecimientos que le ganaron



Alipio Vera, el periodista del pueblo.

el respeto y aprecio de las audiencias por su sencillez, honestidad y apego a las normas básicas de un buen periodista.

“Lamento mucho el fallecimiento del querido periodista Alipio Vera, destacado corresponsal, fundador de “Informe Especial” y Premio Nacional de Periodismo. Mis condolencias a su familia, amigos y colegas de sus casas televisas Canal 13, TVN y Mega”, escribió Camila Valejo, ministra Secretaria General de Gobierno.

Su canción favorita: “Arriba en la cordillera”, de Patricio Manns, recordó su hijo Rodrigo, también periodista, en la misa de despedida en el Parque del Recuerdo de Santiago.

Huevos por diarios

Alipio nació en Puerto Montt en el seno de una familia campesina, que al incrementar su tamaño –eran siete hermanos– se trasladó del campo a la ciudad.

Su padre alimentaba a la prole con la compra y venta de animales, los que arriaba a veces en jornadas que duraban varios días. Su madre, con tercer año básico de estudios, apenas sabía leer y escribir, pero entendía que sus hijos no tenían que quedarse en el campo sino que irse a la ciudad para surgir y labrarse un futuro menos sacrificado.



Testimonios gráficos de la histórica hazaña periodística de Alipio Vera, en el rescate de los rugbistas uruguayos. Diciembre de 1972.

Esa mirada visionaria materna le permitió a Alipio estudiar en el Liceo Manuel Montt de Puerto Montt, donde tuvo de profesora de Castellano a Alba García de Gómez, quien incentivaba a sus alumnos a ser buenos discípulos. “Nos enseñaba caligrafía, gramática, ortografía, a escribir y a redactar bien”, recordó Alipio hace algunos años en una entrevista a fondo que le hizo el programa Mentiras Verdaderas de la Red.

Pero también la profesora les agregó una tarea extra, que consistía en leer los diarios de Santiago del domingo y compararlos con el periódico “El Llanquihue”.

“Los comprábamos para leerlos el lunes. Entre todos hacíamos una vaquita para juntar los pesos. El aporte era un huevo cada uno y después los vendíamos. En esa comparación nos dábamos cuenta que los de Santiago estaban mejor escritos. Y la razón era simple: en esos tiempos no llegaban a regiones los periodistas universitarios y quienes escribían en el diario local eran autodidactas”

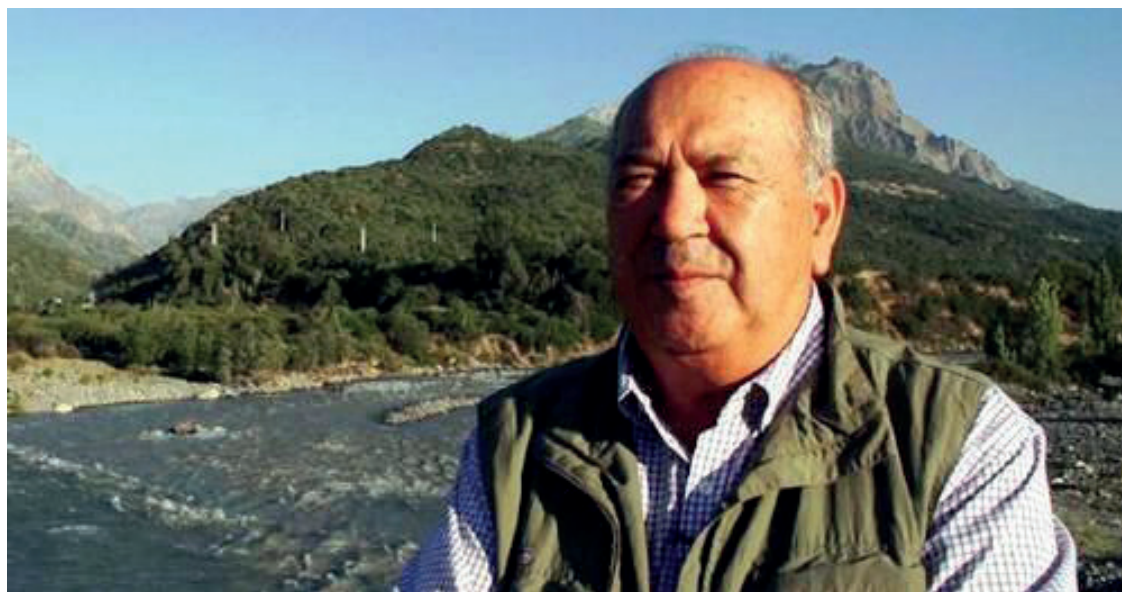
Su vocación por el periodismo se reforzó con el ritual hogareño del mediodía para escuchar los comentarios del analista político Luis Hernández Parker, en la filial local de radio Minería. “No volaba ni una mosca en la mesa cuando él hablaba”, recordaba Alipio.

De Puerto Montt al Barros Arana

Completados sus estudios secundarios, el gran desafío –siguiendo la recomendación de su madre– fue irse a estudiar a alguna ciudad importante, y eligió Santiago porque ya vivían allí dos hermanos que cumplían labores en el Instituto Nacional Barros Arana.

En esos años la universidad era gratuita, lo que fortaleció sus posibilidades para seguir estudios superiores. Se inscribió en Periodismo como primera opción y después Derecho. El puntaje de la prueba de Bachillerato no le alcanzó para entrar a la carrera de Comunicaciones y quedó en lista de espera en la segunda.

“En 1965 hablé con el director de la Escuela, Mario Planet, le dije de donde venía, que quería ser periodista y le rogué que no truncara mis sueños. Me respondió: «mira muchacho, yo no te voy a meter por la ventana pero creo que tienes alguna opción. Te sugiero que



Recorrió y reportó todos los rincones de Chile.

te inscribas en cualquier carrera de Letras en el Pedagógico (cuyo edificio estaba al lado del de Periodismo) y apruebes todos los ramos generales con buenas notas. Y además estudia algún idioma que te va a servir en el Periodismo»”.

Alipio siguió al pie de la letra las recomendaciones de Planet. Se anotó en francés, pero también se puso a estudiar latín, que era un idioma “extremadamente difícil”.

El pase definitivo para cumplir la propuesta de Planet se lo dio Astolfo Tapia, el secretario general de la Facultad de Filosofía y Letras. “Como dos semanas me levanté todos los días a las cuatro de la mañana y le hice guardia a este caballero para que me recibiera. Finalmente lo conseguí y el decano me dio el pase”.

Sus años en la Escuela de Periodismo no fueron fáciles porque debió alternar sus estudios con trabajos provisorios para mantenerse económicamente. El primero fue el de inspector del Instituto Barros Arana, donde ya trabajaban sus hermanos José y Arturo. A cambio de techo y comida debía realizar 25 horas semanales de inspección, centrándose principalmente en los últimos años de Secundaria.

Un par de años después de cumplir esa tarea, el pabellón donde dormía e inspeccionaba de día se incendió, por lo que tuvo que salir a buscar trabajo afuera. Laboró en varias fuentes de soda, con el inconveniente que los turnos terminaban tarde y al otro día tenía que ir al edificio de Periodismo en calle Los Aromos.

“En esos años de estudio, don Mario Planet fue muy generoso conmigo porque él sabía que yo era un muchacho pobre y tenía que trabajar para cubrir mis gastos esenciales. Como advirtió que muchas veces llegaba trasnochado a la Escuela, me tomaba exámenes en la calle literalmente, como ocurrió en una ocasión en la casa central de la U”.

Una faceta desconocida de Alipio fue su afición temprana por la fotografía, la cual aprovechó para aumentar sus exigüos ingresos. “Las clases de don Domingo Ulloa (profesor de Fotografía) me resultaron esenciales para hacerme de algunas monedas. Los fines de semana iba a las canchas del Estadio Nacional a fotografiar a los equipos de aficionados. Con un disparo retrataba a todo el equipo y por lo menos cinco o seis jugadores me compraban las fotos”

Su llegada a TVN

El primer contacto que tuvo con la televisión no fue como periodista sino en la calle vendiendo e instalando antenas en casas y departamentos.

En 1969, cuando cursaba el último año de Periodismo, uno de sus profesores lo recomendó para integrar el naciente equipo de prensa de TVN que formaban entonces experimentados periodistas Emilio Benevides y Manuel Mendoza. El propósito de ellos era organizar un Departamento de Prensa con alumnos recién egresados o por terminar la carrera.

En septiembre de ese año, Alipio ingresó al canal público. Sus primeras tareas fueron reportear en terreno, incluso trasladándose en micro porque los vehículos de prensa eran muy pocos. “El negro Mendoza, quien era el jefe de informaciones, era muy duro y exigente con nosotros, lo que a la larga resultó beneficioso en mi caso porque yo era tímido y de origen campesino. Él me decía que tenía que levantar cabeza y ser más despierto y atento”.

Sin duda, Alipio asimiló bien la lección, como lo demostraría más tarde con un golpe periodístico que ha hecho historia.

Diciembre de 1972: la primicia mundial

“De repente escuchamos unos gritos y vimos aparecer a dos hombres embarrados hasta la cintura. ¿De dónde salió ese periodista? fue lo primero que se me cruzó por la mente, al darme cuenta que venía hacia nosotros con micrófono y su acompañante con una cámara”.

Roberto Canessa ha narrado mil y una veces esta anécdota al recordar la llegada de Vera y su camarógrafo a Los Maitenes, donde junto a Fernando Parrado recibieron los primeros auxilios y alimentos tras ser rescatados por una patrulla de Carabineros.

En una entrevista con el programa “Mentiras Verdaderas” del canal La Red, Alipio Vera recordó en detalle ese episodio que, para él, fue el reportaje más importante de su extensa y variada carrera profesional.

“Un comisario amigo que tenía en San Fernando me llamó por teléfono para revelarme que había llegado a sus manos un papel rudimentario escrito en parte con un lápiz labial. Decía «somos sobrevivientes del avión uruguayo que cayó en la Cordillera». En un primer momento pensé que podía tratarse de una broma de estudiantes y le pregunté al comisario: es confiable la persona que entregó el papel? Sí, me contestó. Los carabineros de la zona dicen que es un arriero de nombre Sergio Catalán y se puede confiar en él.

“Con esa respuesta pedí cámara y con lo puesto me trasladé a San Fernando. Esa misma noche despaché a Santiago el texto de la carta que había llegado a Carabineros. La siguiente tarea era ubicar el sendero que conducía a Los Maitenes, donde había tenido contacto el arriero con los sobrevivientes. Recuerdo que había varios periodistas descansando en sus móviles tras desistir continuar viaje a la espera que amaneciera. A mi equipo lo insté a seguir para encontrar la ruta, cruzar el río El Azufre y continuar hasta Los Maitenes. Y todo ese trayecto, del que desconocíamos su distancia, lo hicimos a pie...”

El equipo de TVN caminó toda la noche, pero primero tuvo que sortear las barreras que le pusieron efectivos del Ejército cuando Vera y sus hombres llegaron a un puente que era indispensable

cruzar para llegar a Los Maitenes. En esta instancia, Alipio apeló a su ingenio reporteril y se acercó a unos soldados que tenían como misión instalar una carpa al otro lado del río. Los conminó a realizar su tarea porque “pronto iba a amanecer”, en circunstancias que faltaban varias horas para que el sol se asomara.

Alipio y su camarógrafo se encontraron con un arriero junto a los soldados y mientras estos se alejaban para instalar la carpa, convencieron al hombre para que les indicara un sendero por donde llegarían a Los Maitenes.

El resto de la historia es conocida. Alipio logró la primicia mundial y mientras los primeros reporteros llegaban con la luz del día a donde se encontraban Canessa y Parrado, él bajaba a caballo a la ciudad para despachar su material al canal. Antes de cabalgar cordillera abajo, hizo una “pillería sana”, como él recordaba. En el lugar había cuatro caballos y los reservó todos. La razón era simple: impedir que alguno de sus colegas lo alcanzara en el camino con las entrevistas a los sobrevivientes uruguayos.

“Espía comunista”

Una de las primeras noticias internacionales que cubrió Alipio fueron las elecciones presidenciales uruguayas en 1972, en las que resultó electo Juan María Bordaberry. Como entonces la guerrilla local Tupamaros estaba en el apogeo de sus acciones contra el Estado, la vigilancia de los organismos de seguridad se centró en aquellos periodistas que provenían de países gobernados por coaliciones de izquierda, como el caso chileno.

Las consecuencias las pagaron Vera y su equipo de TVN. Fueron detenidos y “desaparecidos” durante tres días bajo el surrealista cargo de ser “espías comunistas”. A los pocos días se olvidaron de ellos y los dejaron en libertad por gestiones de la Cancillería chilena.

Estando en TVN, Alipio compartió su trabajo con una corresponsalía para la cadena mexicana Televisa.

El día del golpe de Estado salió con Juan Luis Alarcón, su camarógrafo y compañero en la Escuela de Periodismo. Se parapetaron detrás de unos frondosos árboles en Alameda y Serrano. “Desde

ese punto captamos los tiroteos y nos trasladamos hasta La Mone-
da cuando comenzó a incendiarse”.

Después del golpe, Vera renunció al canal pese a no estar en la lista de despedidos. Pero su razón ética pesó: no estaba de acuerdo con el régimen de facto que se instaló en el país, por lo que volvió a Puerto Montt y siguió trabajando como corresponsal de Televisa. Al principio despachaba desde el sur, pero las autoridades exigían que los despachos de prensa tenían que pasar por la censura en Santiago antes de emitirse.

Emilio Benevides lo llamó para pedirle que volviera al canal y la respuesta de Alipio no dejó lugar a equívocos: “no quiero aparecer colaborando con un régimen que no deseo para mi país”

Las razones que tenía para decirle no a TVN fueron contundentes. Alipio tenía un hermano preso, una hermana exonerada y sobrinos que habían sido torturados a punto de morir, entre estos uno detenido desaparecido. “Era muy difícil trabajar en esas condiciones”, recordaba.

En esas circunstancias adversas, Alipio recordó las palabras del “Negro” Mendoza y fue a interceder por sus familiares ante el presidente del Consejo de Guerra en Puerto Montt. Logró que liberaran a su hermano y pararan de torturar a su sobrino.

Como los ingresos de la corresponsalía mexicana no cubrían sus gastos, Vera ejerció como Director del diario Austral, hasta que éste se vendió a la cadena El Mercurio, por lo que presentó su renuncia al cargo.

En 1984 volvió a TVN y cofundó el programa Informe Especial junto a Santiago Pavlovic, Patricio Caldichoury, Guillermo Muñoz y Marcelo Araya. Los programas de investigaciones se convirtieron en el gran éxito de la televisión chilena, y Alipio descolló en la cobertura de las guerras en distintos lugares del mundo.

El corresponsal de guerra

Vera estuvo los epicentros de los conflictos armados en la última

parte del siglo XX. Entre otros, cubrió los de Ruanda, Nicaragua, Balcanes, Afganistán y el intento de golpe de estado contra Mijail Gorbachov en la desaparecida Unión Soviética.

Con suficiente material para escribir un libro sobre su experiencia en las guerras, en esa entrevista con La Red Alipio reveló algunas de esas historias. “En Afganistán nosotros teníamos un intérprete que resultó ser espía de los talibanes. Nos dimos cuenta de a poco porque se nos cerraban las puertas cuando queríamos llegar a ellos. “Un día le pedí a mis asistentes que estuvieron atentos por si veían alguna iglesia católica ya que deduje que sus feligreses lo estarían pasando muy mal en un país con amplia población musulmana. Ubicamos una parroquia y el cura que nos atendió no quiso responder nada de lo que le pregunté, estaba muerto de miedo. Pero antes de retirarnos me dijo en voz baja: venga el domingo pero sin el intérprete porque es informante”

Alipio también ganó el reconocimiento de los corresponsales extranjeros con la cobertura que hizo sobre una fábrica de alfombras en Peshawar, en la que trabajaban exclusivamente niños. Tenía que transmitir la nota a su canal vía satélite, pero el sistema se cayó. Desesperado acudió a la ayuda de colegas que trabajaban para cadenas con sistemas satelitales propios, los que al ver el material se lo quisieron comprar de inmediato. La respuesta de Alipio los sorprendió: “no se los vendo, se los regalo, pero dejenme transmitir el material a mi país”

Las ballenas y el premio

Su candidatura al Premio Nacional de Periodismo en 2013 escapó de los canones normales porque la promocionaron los pescadores de la caleta Chañaral de Aceituno en la Región de Atacama. La explicación está entroncada con el deber ser del periodista, según la visión que Alipio tenía de la profesión.

“Me parecía extraño que algunas personas se postularan al premio, u otros grupos lo hicieran por ellos. Siempre pensé que el jurado integrado por los rectores de las universidades, más el ministro o ministra de Educación, debían establecer quienes son los merecedores a los premios en las distintas disciplinas. Mi deducción era



Homenaje al Premio Nacional de Periodismo 2013. Alipio, al centro de la foto junto a su esposa Silvia Hernández.

que si nadie te postulaba, a lo mejor podía haber grandes periodistas que merecían la distinción y no la iban a obtener nunca”

“En el caso mío se gestó en la caleta Chañaral de Aceituno. En una ocasión el camarógrafo Carlos Aguilar –un aysenino radicalo en Atacama– me llamó para contarme que estaban llegando ballenas al lugar y los pescadores estaban asustados y no podían trabajar tranquilos. Alipio fue de inmediato a la zona para convencer a los pescadores que la llegada de ballenas les iba a cambiar la vida porque la caleta se iba a transformar en un sitio de atracción turística”

Hizo un reportaje y les advirtió a sus entrevistados: “ustedes necesitan mejorar sus embarcaciones, tomar medidas de seguridad... No tengan miedo a las ballenas. Pueden acercarse a ellas en forma prudente. Arreglen un poco sus casas porque van a llegar tantos turistas que necesitarán alojamiento y alimentación.”

Los pescadores fueron implementando paulatinamente los consejos de Alipio, lo que les cambió la vida. Y el agradecimiento no tardó en llegar. Un día llamaron a Aguilar y le dijeron: “don Alipio nos ha hecho tanto bien, ¿por qué no lo postulan al Premio Nacional de Periodismo?”

“Hagan una carta y la presentan a los encargados de elegir a los candidatos”, replicó el camarógrafo.

Así lo hicieron y la misiva llegó a manos del periodista Santiago Pavlovic, compañero de Alipio en Informe Especial, para que todo el equipo del programa se sumara a la iniciativa. Pavlovic redactó el documento definitivo de la postulación, en el que resaltó los méritos del profesional portomontino:

“Alipio encarna un periodismo testimonial, el periodismo de terreno que se aleja de la opinología fácil, un periodismo que va al encuentro de la realidad y de la matriz popular porque expresa los problemas, las angustias y las alegrías de los hombres y mujeres que a veces parecen no estar en la historia ni en los medios. Probablemente Alipio Vera es una de las personas que tiene más amigos en Chile. Son amigos surgidos al calor del té pelado, del pan con chicharrones, del cordero asado al palo, del pescado frito, de la conversación junto al fogón, de los chascarros junto a un pipeño, de la entrevista en medio de la lluvia y el frío. Premiar a Alipio Vera Guerrero es también premiar a ese Chile profundo”

Pavlovic no hizo más que interpretar lo que el propio Alipio visualizó como eje de su acción profesional: “servir a mi país”

La influencia de Descalzo

Un sacerdote y periodista español, Martín Descalzo, resultó fundamental en ese giro profesional. Ello ocurrió cuando una recopilación de sus artículos llegó a manos de Alipio, quien se sentía emocionalmente abrumado tras la cobertura de los conflictos armados en las últimas dos décadas del siglo XX.

“En uno de sus tantos artículos, Descalzo se preguntaba si los periodistas no estaremos contribuyendo a oscurecer el horizonte del mundo todos los días con nuestras noticias terribles, con tragedias, con primeras páginas en los que se destaca al criminal, al narco traficante, etc., en vez de resaltar lo positivo que ocurre en este mundo”

“A mi también me hizo mucho sentido y ahí hubo un click en el enfoque de lo que estaba haciendo. Como consecuencia de este

análisis me centré más en mi país, en destacar historias humanas y los lugares hermosos que tenemos en Chile, y a preservar las tradiciones y más viejas costumbres. Pero sobre todo destacar a esas personas que, como decía Martín Descalzo, nunca van a tener un lugar en la televisión ni un par de centímetros en una columna de un diario cuando son los que construyen la realidad de nuestro país en el más completo anonimato”

Pese a estar retirado de la televisión, Alipio recordaba los nombres completos de colonos o pobladores que entrevistó en los pueblos fronterizos, como Francisco Manzano en Visviri, Etelvina Bahamondes en Paso El León, donde el hito fronterizo chileno-argentino le partió su casa en dos, o Héctor Sepúlveda en Laguna del Desierto, territorio que por un fallo arbitral quedó en Argentina. El mensaje de Alipio Vera resultó contundente para quienes deciden las coberturas en los medios, especialmente televisivos: “De esas personas tenemos también que preocuparnos los periodistas: del campesino, del obrero, del pescador, del minero. Los protagonistas de las historias en este país, los que construyen y levantan Chile todos los días, y no tienen acceso a los medios”.

Testimonios de grandeza

Alipio Vera fue un compañero excepcional para el curso que ingresó en 1966 a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. La muerte lo sorprendió cuando planificaba recibir en su casa, junto al canal de Chacao, a sus compañeros de generación en una sucesión de visitas que debía coordinar por el autor de esta semblanza.

Para motivar a sus futuros visitantes, envió este mensaje: “En mis pagos no sólo el amanecer es estimulante querido amigo, también el ocaso con colores maravillosos que te tranquilizan y te llevan a dormir en paz. Cuando me pases a visitar, tendrás larga playa para caminar y oscuros bosques nativos con chucaos y pudúes”.

Juan Guillermo Mellado, Oriana Zorrilla, Francisco Villagrán, Max Lauhié, José Blanco, María Teresa Maluenda, Carmen Castro, Luz María de la Vega, fueron algunos de los compañeros de generación que compartieron en las redes sociales reflexiones y recuerdos que

hablan de la grandeza de Alipio Vera.

El 21 de marzo de 2023 se congregó a una multitud en la Parroquia Ecuménica del Parque del Recuerdo para darle el último adiós. Santiago Pavlovic lo despidió en nombre de sus compañeros de Informe Especial, y Gustavo González Rodríguez, exdirector de la Escuela de Periodismo, lo hizo en nombre de sus compañeros de generación.

“Este viejo joven se hizo famoso fraternizando y compartiendo con el arriero, el artesano y el campesino, hablando también con el empresario, el agricultor y el comerciante; con el minero y el pescador. Alipio, este viejo maestro y Premio Nacional de Periodismo no se escondía detrás de anteojeras ideológicas. Hablaba con todos y en todos encontraba historias potentes, a veces desgarradoras y casi siempre redentoras. Desde chico supo del trabajo duro en el campo, de monturas, baguales y pilcheros, trabajo recio que le curtió el cuerpo y el alma”.

“También fue un hombre de familia apegado a la querencia de Sonia, su mujer, sus hijos y luego sus nietos. Viajó por el mundo y recorrió Chile de punta a rabo pero siempre volvió a su pequeña patria de Carelmapu junto al Río Maullín donde recibía y agasajaba a sus amigos”. (Santiago Pavlovic)

“Fue el mejor de nuestra generación fundamentalmente porque nadie como él reunió cualidades que son cada vez más escasas en este mundo individualista y de dobles estándares. En Alipio confluyeron la sencillez, la modestia, la generosidad, un sentido de la amistad profundo y a toda prueba, la solidaridad, el sacrificio y el esfuerzo, la tolerancia que lo situaba por sobre nuestras pequeñas rencillas universitarias. Alipio Vera Guerrero fue el mejor de nuestra generación porque junto con todas esas cualidades fue sobre todo un hombre bueno, porque fue también un hijo del pueblo, un trabajador incansable.

“Alipio Vera, un hombre bueno que a la vez fue un periodista excepcional. Tal vez nadie como él supo aplicar y enriquecer en la práctica las enseñanzas que nos inculcaron nuestros maestros en la Escuela de la calle Los Aromos: el rigor reporteril de Alejandro

Cabrera, la capacidad de asombro y análisis de Mario Planet, la correcta redacción de Abelardo Clariana, la creatividad literaria de la mano de Ariel Dorfman y Antonio Skármeta, la captura de la imagen y el manejo de las cámaras de Domingo Ulloa, para mencionar solamente a algunos de nuestros docentes”. (Gustavo González Rodríguez)



Despedida final a Alipio en Carelmapu. En primer plano, su hijo Rodrigo y su viuda, Silvia.

II. Generación calle Belgrado

Quémil Ríos

VISITE CALBUCO

Por Mónica Villarroel



Quémil Ríos en la inauguración de la Quenita I

230

“Visite Calbuco” escrito al revés. Tardé mucho tiempo en entender lo que estaba escrito en el reverso de una foto de una lancha chilota navegando a la hora del crepúsculo que Quémil Ríos dejó dentro de uno de mis cuadernos en los primeros meses de 1983, cuando entramos a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en la calle Diagonal Paraguay con Portugal.

Le gustaba el pescado frito con puré, caminar en la tierra, usar poncho y escribir en los cuadernos al revés. Cuando egresamos tenía su rumbo claro, siempre quiso volver al sur. Pasó un tiempo colaborando para la radio La Voz de la Costa, en Osorno, hasta donde llevó mi viejo computador con pantalla azul y letras blancas. Después emprendió sus primeros pasos como periodista en la radio Estrella del Mar de Ancud, en la isla de Chiloé. Luego vino una promisorio carrera trabajando en la Presidencia de la República, «la Moneda chica», con el equipo de prensa del presidente Patricio Aylwin, y un tiempo en la Secretaría General de Gobierno. Juntó lo suficiente para cumplir su mayor sueño: comprar una lancha chilota velera usada, remozarla, echarla al mar y navegar.

Lo suyo era el campo, el olor a madera y a humedad. La lancha velera siempre lo esperaba y un día decidió volver, dedicarse a cultivar frutillas, a fabricar quesos y compartir estas tareas con la repartición de gas licuado por todos los rincones de Calbuco, en el negocio familiar que había instalado para sus padres y hermanos.

A continuación, reproducimos párrafos escritos hace algunos lustros, a cuatro manos con su capitán o como se dice en lenguaje de chilotes marineros «el patrón de la lancha», luego del bautizo de la velera:

La última bota (o el renacer de un matro)

“(...) 9 de enero de 1993, fecha que quedará registrada en los anales del pequeño pueblo de Lleguimán: el bautizo de la Quenita I. Tal vez la última «bota» de lancha velera que habrá por estos mares de Dios.

Ella tiene su historia. En sus años mozos, bajo la advocación de Anita II, arribó a puerto ufana y engalanada, luego de triunfantes travesías en la Laguna San Rafael(...). Luego, al igual que casi todas

las que se construyeron en la época del alerce y la bonanza para la navegación a vela, la Anita II permaneció varada hasta que Quémil Ríos, un calbucano periodista avecindado en Santiago con una autorización oficial del Caleuche, según cuentan los mal hablados, decidió recuperarla y la compró a su antiguo dueño, Gilberto Calbucura.

Con un poco de locura y una dosis de poesía, ambos se propusieron rescatarla de su destino de madera.

El día del bautizo, bajo el botalón de proa, padrinos y madrinas rezaron padrenuestros y avemarías coreados por la concurrencia. Vi-

nieron las cuecas a orillas del mar: para que todo sea alegre a bordo de la Quenita I, y las juntas de bueyes iniciaron su misión. Hombres y mujeres ayudaban a girar la velera en dirección al océano y dos largas cuerdas tiradas por los convidados al festejo apoyaban la labor de los bueyes hasta llevar el navío a la alta marea.

Como corresponde, el patrón invitó a un apoteósico almuerzo que comenzó con cazuela de ave, siguió con asado de cordero, unas exóticas papayas venidas de Taiwán y culminó con una hogaza de pan con su respectiva presa de carne, repartida a cada comensal para el camino, como exige la tradición chilota(...).”

EL MISTERIO DE SU NOMBRE

Por Roberto Farías (amigo y compañero de navegaciones)

232

Quémil siempre tuvo una fijación con su nombre, que por casualidad evoca algún nombre chilote como Cahuil o Queilen. Siempre le preguntaban si se escribía con K, o con acento o sin, o si era indígena o árabe. Y a él le fascinaba dejar volando la intriga. Su padre también se llama igual, solo que sin tilde. El abuelo, don José Ríos, un viejo a la vez déspota y divertido, fue el de la idea. Usó para su quinto hijo el apellido de un sirio de Osorno más por flojera que por creatividad.

Cuando en 1963 nació este Quémil su padre le puso así sin pensar y siempre dice: *“Las cosas extrañas que tiene la vida, pero era el hijo que más se pareció a mí!”*

En una ocasión Quémil, ya veinteañero, se vistió con el uniforme de carabinero de su padre y al comparar las fotos, parecen la misma persona. Eran idénticos.

Su padre estaba destinado en un retén de Huar, una de las 14 islas del Archipiélago de Calbuco. Ahí estudió y terminó el liceo. Después partió a Concepción a estudiar tres años de Derecho y luego a Santiago a Periodismo.

Cuando Quémil Ríos egresó, volvió a Calbuco y al sur.

Comenzó una práctica en la radio Estrella del Mar en Ancud en medio de las primeras protestas contra la dictadura. A pesar de la paga, se quedó trabajando un año y su voz un poco nasal y su hablar correcto, empezó a pegar en la radio. Sus pequeñas notas en la tarde, “sus noticias sin importancia”, le empezaron a dar cierta fama de aventurero. Como ir a caballo a entrevistar a un lugareño en Piñihuil, frente al océano, solo para que relatara cómo veía los barcos factoría en la noche trabajando sin parar mar afuera depredando lo nuestro. O navegó hasta una isla en año nuevo, para narrar como si fuera un despacho urgente, que una docena de familias veían ensimismados una bengala disparada desde una balsa salmonera a las doce de la noche. Se embarcó un mes en una regata de lanchas chilotas para convivir con la tripulación, enviando reportes diarios del avance de las lanchas por el archipiélago.

Su nombre se hizo conocido en la radio. Muchas chilotas suspiraban. Le enviaban cartas. Tarjetas con invitaciones a sus fiestas costumbristas. Un día llegó una carta distinta a la redacción: “Sus

reportajes me daban tanta alegría oírlos, que bauticé a mi hijo con su nombre”.

Su obsesión ahí se vio cumplida.

Un día que nos pilló desocupados, partimos a Chiloé a buscar a su sucesor. Recorrimos varias caletas de Ancud que remitía la carta. Pero no dimos con la autora. Finalmente las pistas nos llevaron a una casa pobre en un cerro de Ancud. Golpeamos.

–*Buscamos a un niño con nombre Quémil*– dijo Quémil.

Y vi una especie de emoción contenida, un llanto de admiración en el rostro de esa joven. ¡Su ídolo periodístico estaba en su puerta! Roja de rubor, nos contó cómo antes, cuando vivía en una caleta del borde interior de Chiloé, lo único que escuchaba eran sus notas. Porque ni siquiera sabía de cómo era el resto de Chiloé. Y cuando el destino la premió con un hijo, le puso Quémil Kurt, por Kurt Cobain su otro ídolo.

Quémil volvió a Santiago, trabajó en la Presidencia al llegar la democracia. Luego en La Moneda. Después de varios años de terno renunció y volvió al sur. A navegar en la lancha velera La Quenita, que le puso así porque en su familia a Quémil le decían Queno.

A su segundo sobrino también le pusieron el pegajoso nombre, Víctor Quémil. Hoy tiene 22 años toca y estudia chelo en Santiago. Y un último Quémil tiene 7 años y una severa epilepsia. Es el último de la estirpe de este nombre curioso.

Después de que Quémil Ríos murió repentinamente en Isla Quihua, en 1997, varios amigos tuvimos el precipitado encargo de llevar a pintar una cruz con su nombre. A un pintor de letras de embarcaciones le tocó la tarea. Al poco rato llegó con el encargo: Kemil con K. ¡Dios nos libre!

Corrimos por las calles empinadas con la cruz en brazos donde el pintor. La repintó. Y escribió esta vez: Quémil Ríos Álvarez. ¡Nooo! El segundo apellido era Pérez. Vuelta a correr donde el pintor. La misa de responso terminaba y nosotros secábamos la cruz con secador de pelo. Partimos detrás de la marcha fúnebre que serpen-

teaba tristemente por las calles de Calbuco bajo una llovizna a las cinco de la tarde.

Al otro día la cruz salió en primera plana del diario de Puerto Montt. Detrás de su tumba cubierta de barquitos de papel de colores. El titular decía: Sepultan a periodista muerto en incendio.

ARMADA DE CHILE DEL TERRITORIO MARITIMO
DGIM. Y MM. Nº 23
5G 7530-L160023 MARINA MERCANTE
GOBERNACION MARITIMA DE MARINA MERCANTE
COMPROBANTE DE MATRICULA
DE EMBARCACION MENOR
CAPITANIA DE PUERTO DE CALBUCO

Nº 43620

Matric. Nº CAB-2644... Nombre "QUENITA I".....
Eslora 8.60..... Manga 4.00... Puntal 1.60 Mts..
Motor Marca
Cap. Máx. pasaj. OCHO..... Tripulantes MIN. CUATRO..
Actividad a que se dedica USO PERSONAL.....
Clase LANCHA CHILOTA..... Tipo C-1.....
Propietario QUENIL RIOS PEREZ.....
Domicilio AVDA. LOS HEROES #416, CALBUCO.....
R.U.N. Nº 8.932.524-2..... de NACIONAL.....

Matrícula de la Quenita I, a nombre de "QUENIL RIOS".
(Foto www.lanchaschilotas.com)



La Quenita I.
(Foto www.lanchaschilotas.com)

HUELLAS IMBORRABLES DE UN MUCHACHO DEL SUR

Por Ruth Melgarejo

— 234

Fue, sin duda, su personalidad lo que lo hizo inolvidable. Llegó a Santiago a estudiar Periodismo sintiéndose un provinciano de corazón, dispuesto a mostrarle al mundo que la vida lejos de la capital tenía una magia única e incomparable que él había sabido descubrir y disfrutar como nadie. Decía con orgullo que era “hijo e’ paco”. Se vivían los años 80 y su hogar era una residencia para hijos de carabineros. Sin embargo, nunca ocultó su férreo pensamiento de izquierda, afincado en su altruismo y en su propia vivencia de la pobreza, aquella de la cual jamás se avergonzaría. Sus carencias le habían enseñado a vivir y ser feliz con muy poco; y de eso, sin duda, daba lecciones.

A poco andar, ya quedaba claro que su espíritu estaba marcado por

el esfuerzo, la perseverancia, la vocación de servir y por una evidente honestidad; el muchacho venido del sur era un hombre confiable y un amigo de verdad.

“Calbuco”, su lugar de origen, fue siempre su seudónimo. “El hua-so”, como le llamaban algunos, era un ejemplo de amor a su tierra y a su mar; a sus costumbres y a su gente. Con su cámara dejó registro de todo aquello que amó. Así, los atardeceres frente a la caleta, las lanchas chilotas, las sureñas casas de madera y los rostros curtidos de sus coterráneos, permanecen como imágenes imborrables, esperando que se cumplan para ellos los deseos de Quémil, un inolvidable soñador.

Rubén Bravo la Vega (1 agosto de 1967 – 4 de noviembre de 2008)

UNA LECCIÓN DE VIDA

Por Sandra Pizarro Catalán

Durante los años previos, su naciente vocación oscilaba entre el apasionante mundo de las noticias y la intrigante área de la medicina, que despertó su curiosidad desde pequeño, como hijo de padres practicantes en el Hospital Militar, donde los observó atendiendo pacientes y se deslumbró con sus historias.

Fueron las escaramuzas de la Guerra de Las Malvinas, en 1982, seguidas paso a paso cuando tenía quince años, las que determinaron a Rubén a estudiar Periodismo. Se devoraba cuanto diario o noticiario tenía a su alcance.

Definida la profesión, decidir en qué universidad estudiar no fue tema de discusión, porque hace años abrazaba a la “U” como el club de sus amores y, por ende, la Universidad de Chile debía ser su casa de estudios superiores.

Sin embargo, sin darse cuenta cayó una vez más en la encrucijada que marcaría su vida: tener más de una opción y cavilar mucho al respecto. Así, queriendo que fuera la Universidad de Chile su plantel, postuló en paralelo a la Universidad Católica. Y como varios de

nuestros compañeros, quedó seleccionado en la casa azul y preseleccionado para una prueba especial en la Católica.

Un pololeo de cinco años y matrimonio

El primer día de clases, en 1985, me llamó la atención porque se reía mucho mientras conversaba con los novatos que empezaba a conocer. El segundo día nos encontramos en la esquina antes de llegar, nos reconocimos como compañeros y nos saludamos. Desde entonces integramos el mismo grupo de amigos hasta que, a fines de ese año, iniciamos un pololeo que cinco años más tarde nos uniría en matrimonio.

La fotografía fue su primera gran pasión dentro de la malla curricular y con su cámara Nikon llegó a La Tercera en 1986 llevado por el profesor Samuel Mena, reportero gráfico, para colaborar los fines de semana. Fue la puerta que más tarde se abriría para realizar allí su práctica profesional, en sectores como Política y Policial.

Continuó con un reemplazo profesional en el entonces Canal 11, cubriendo informaciones de Tribunales, durante el verano, hasta



En la playa de Las Cruces, en Ilimay, donde disfrutó y encontró paz.

que volvió a clases para descubrir otra de sus pasiones: la radio. El ingreso a ese mundo fue a través del profesor Gerardo Ayala y sus primeros y únicos pasos en ese medio los dio en Radio Agricultura, donde compartió la sala de redacción con Claudio Le Fort, otro de nuestros compañeros que nos dejó temprano. Pero esa emisora no representaba su visión política y emprendió nuevos rumbos hacia la prensa escrita. Se integró al Diario La Época, donde pudo hacer periodismo a sus anchas, entre 1990 y 1992.

Allí reportó el ámbito judicial y policial vinculado a los derechos humanos, particularmente a los hallazgos de detenidos desaparecidos durante los primeros años del gobierno de Patricio Aylwin.



En una conferencia de prensa junto a su colega Patricio Parraguez.

Se consolidó como reportero y a través de sus fuentes periodísticas y su reporteo minucioso, logró varios golpes noticiosos que le valieron un importante reconocimiento.

Cuando decidió cambiarse de diario, porque La Época comenzaba su declinación, tuvo ofertas de trabajo simultáneas en La Tercera, El Mercurio y Las Últimas Noticias. Decidir no fue fácil y en su determinación influyó en parte mi paso por este último medio cuando hice mi práctica profesional y me encontré con un grupo de colegas que me recibió muy bien, lo que esperaba se hiciera extensivo a él. Y fue así, con su jefe Manuel Vega (Q.E.P.D), su colega

y amigo, Patricio Parraguez, más el reportero gráfico Raúl Insunza, hicieron un trío inigualable que se ganaba portadas varios días a la semana. Otros colegas se fueron agregando al trío y compartieron almuerzos pantagruélicos en la picada de “Don Oscar”. (ver foto)

Tanto en La Época como en Las Últimas Noticias, Rubén investigó a fondo algunos asesinatos que causaron conmoción en ese tiempo, por sus ribetes político-policiales. Algunos de ellos los llevó a las páginas de un libro en el cual fue invitado a participar por el periodista Manuel Salazar: “Bajo Sospecha”.

Un nuevo desafío: Medicina

LUN sufrió grandes transformaciones y los clics de su diario electrónico comenzaron a gobernar los temas. Rubén se hizo cargo del área de Salud, Ciencia y Tecnología, reencontrándose con una vocación dormida. A los 35 años comenzó a forjar la idea de dejar el periodismo e incursionar en medicina. Fueron largas jornadas de conversación antes de decidirse a dejar de ejercer el periodismo en los medios de comunicación. Al cumplir diez años en el diario y recibir la medalla de reconocimiento por dicho período, en marzo de 2003 presentó su renuncia y se abocó a su nuevo desafío, con clases de preuniversitario de por medio. Debió rendir la Prueba de Selección Universitaria (PSU), veinte años después de haber dado la Prueba de Aptitud Académica (PAA).

Su objetivo era estudiar Medicina en la Universidad de Chile, pero el puntaje era una valla muy alta. Buscó en las universidades privadas un proyecto de formación médica que lo interpretara, que rescatara el carácter humanista de la profesión y no se orientara a la superespecialización. Lo encontró en la Finis Terrae, donde recibió el apoyo de su decano y compañeros.

No conforme con dedicarse a estudiar una carrera con elevada carga académica, que solamente se imparte en forma diurna, quiso seguir vinculado al periodismo de una manera diferente, a través de la docencia. Lo hizo en la Universidad Las Américas, descubriendo una vez más otra de sus vocaciones. Preparaba cada clase con celo y dedicación, inculcaba a sus alumnos la importancia de estar informados, del reporteo o investigación rigurosa, de escribir bien y ser creativos.

Simultáneamente quería seguir siendo un padre y esposo muy presente, participativo en el colegio de sus hijos y en las reuniones familiares. Le fue robando cada vez más horas a la noche para rendir al máximo. Quería hacer todo bien.

Su cuerpo empezó a dar síntomas de agotamiento que no supimos interpretar, hasta que un resfrío lo obligó a ir al médico y descubrir un pequeño nódulo pulmonar que terminó siendo la primera señal de su cáncer.

Entereza, humildad, perseverancia

El hallazgo, a sus 39 años, cuando se disponía a iniciar tercer año de medicina, sacó a la luz cualidades ocultas hasta entonces. Entereza, humildad, hidalguía, optimismo, perseverancia, gratitud, fueron algunas de ellas. Su vida desde entonces –más que nunca– fue una lección de vida para quienes lo conocieron de cerca.

Trabajó casi hasta el final de sus días, entregando a sus alumnos no sólo sus conocimientos, sino su experiencia de vida.

En nuestro matrimonio, consolidado y con muchos sueños aún por realizar, tuvimos dos hijos: Rubén, quien actualmente estudia Medicina y Claudia, humanista, a un año de entrar a la universidad. Claudia honra con su nombre a nuestra compañera de curso Claudia Araya, quien fue la primera en dejarnos apenas egresamos de la U, querida transversalmente por todos quienes integramos la generación del 85.

Así, Rubén Bravo La Vega tuvo hijos, escribió un libro y plantó más de un árbol conmigo, uno de ellos el damasco que aún tenemos en el patio de nuestra casa en La Florida, donde quedaron resonando para siempre su alegrías, sus penas, sus reflexiones, sus buenos deseos y sus grandes pasiones.



Junto al equipo policial de LUN en la picada de Don Oscar.

Claudia Araya Palacios

NUESTRA AMADA CLAUDIA Y SU TRASCENDER...

Por Mireya Seguel

238

Claudia Victoria Araya Palacios (1964-1992) legó a mi vida un día de marzo o abril de 1985, poco después del terremoto de aquel año, cuando nos conocimos en la famosa “caja de fósforos” de Diagonal Paraguay con Portugal, un pequeño edificio de la Universidad de Chile en el cual se ubicaba la Escuela de Periodismo aquellos años. De seguro, fue ella quien me habló primero, porque por aquel entonces yo era muy tímida y no me atrevía a abrir la boca frente a desconocidos.

Debe haberme dicho algo así como “oye, ¿tú también entraste este año a Periodismo?” y a continuación debe haber sonreído con ese bello gesto grabado hoy a fuego en mi corazón y que sin duda era lo más hermoso que ella tenía... Recuerdo bien que estaba dichosa porque tenía muy poca esperanza de entrar a la carrera debido a que su puntaje no había sido tan alto como el que tenían los primeros seleccionados, pero aquel año, como las vacantes habían aumentado al doble, la llamaron a su casa para que se matriculara lo que la tenía muy feliz.

Vida universitaria

Claudia venía de haber estudiado dos años de Tecnología Médica en la Universidad de Talca y no le había gustado. Me dijo que le pa-

recía una profesión muy fría y que su interés estaba más en ayudar al prójimo y que por eso Periodismo le parecía la mejor opción. Además, quería ver el mundo, conocer mucha gente y descubrir lo que la vida tenía por entregarnos a todos los jóvenes en aquella convulsionada época de nuestra historia.

Por eso, decidió dar la Prueba de Aptitud Académica de nuevo para ser periodista y porque le fascinaban las historias que le contaba acerca de esta profesión su vecino en la comuna de La Granja, Eduardo Sepúlveda, hoy editor de Deportes del diario La Tercera. Todo eso me lo dijo de una sola vez la Claudia y desde ese minuto ambas nos hicimos inseparables pues de inmediato ella me regaló su amistad y yo le regalé la mía. Quedamos en caminar juntas todos los días hacia el paradero de la micro desde la escuela hasta Teatinos con Alameda, donde afortunadamente coincidía nuestra locomoción colectiva. Allí, en más de una ocasión nos pillaron las protestas y un par de bombas lacrimógenas que nos sacaron muchísimas lágrimas de indignación.

Con el paso del maravilloso tiempo en que ella fue parte de mi vida, se convirtió en mi mejor amiga e incluso a veces casi en una madre

quien me consolaba y me abrazaba cuando yo estaba triste. Pero Claudia no solo era así conmigo sino con todas las personas que conocía, porque junto con esas ganas de vivir a concho su existencia, su bondad era infinita, y eso hace que todos sus compañeros la sigan amando y recordando hasta hoy.

Mi amiga tenía una orientación al servicio que no he vuelto encontrar en nadie más y era tan buena, que incluso a veces la pasaba muy mal por eso. Como aquella vez en que luego de ver caer a una señora por las escaleras de la estación del Metro, se quedó acompañándola y la tuvo que llevar a la Posta. Al otro día me contó la odisea que había pasado porque no tenía ni un peso en el bolsillo –como muchos de nosotros– y había tenido que volverse de madrugada en taxi a la casa. Le salió un dineral y al llegar, tuvo que despertar a sus padres para que le dieran plata y poder pagar el auto, llevándose de paso un reto de don Ángel, su estricto papá, por andarse metiendo en esos enredos.

“Recuerdo una sonrisa de labios y ojos amables y pensativos que reflejaban su instalación feliz en el mundo, siempre dispuesta a comprender y ayudar. Hoy debe estar mirando curiosa la evolución de nuestras vidas, pensando cómo nos puede echar una mano sin que se note y meditando dónde será su próxima aparición en la tierra (me emocionó acordarme de ella)”, dice mi ex compañero Mauricio Tolosa coincidiendo plenamente con lo que yo pienso de mi Clau.

Mauricio fue uno de los tantos amores platónicos de mi amiga, igual que los hombres de raza negra que me hacía perseguir a veces por todo el centro porque le fascinaban y que se nos escabullían entre sonrisas y cansadas y transpiradas carreras llenas de bolsos...

“Una vez me dijo que admiraba a las personas de raza negra y que le gustaría pololear con alguno”, me cuenta Osvaldo Domínguez, una de las personas con quien ella sostenía conversaciones en la Escuela de Periodismo.

“También recuerdo que una vez sus papás le regalaron un poco de dinero para su cumpleaños y mi polola de ese entonces (Soledad Lavados) la llevó para que conociera un mall (creo que el Parque Arauco, que fue de los primeros) donde quería comprarse algo. A ella le

gustó mucho el mall y estaba muy impresionada por lo grande y bonito que era”, agrega mi ex compañero.

Trabajar

En el segundo año de la carrera, de mano del profesor Samuel Mena, Claudia y yo sentimos el llamado de la fotografía y, tal como todo lo que ella hacía, le puso mucha pasión a sus infinitos clics y capturó todo lo que le interesaba. En ese entonces, yo era algo así como su modelo experimental y ella era la mía; por eso, mutuamente nos sacamos unas fotos maravillosas que conservo hasta el día de hoy como un verdadero tesoro.

Con la fotografía, comenzamos a trabajar y no paramos más. Junto con eso nos dio por ponernos a tejer. Íbamos juntas a comprar lana al centro y luego a su casa a tejer y a estudiar, lo que me permitió conocer a su padre, a su madre –que más encima se llamaba igual que yo, pero con Il (Mirella)- y a sus dos hermanos, a quienes ella amaba y respetaba infinitamente.



Claudia Araya Palacios

Pero en tercer año, ella dio un giro y se puso a hacer la práctica de Radio en la naciente Radio Gigante. Pronto me invitó a acompañarla y era trabajo de frentón. Hasta allá llegamos gracias al editor de Noticias y nuestro profesor del ramo, Gerardo Ayala, quien señala que *“si bien ya han pasado muchos años, más de dos décadas desde que trabajamos juntos y desde que la tuve como alumna, lo primero que me viene a la mente cuando recorro el pasado es la bondad y prolijidad de Claudia”*.



Claudia, sentada sobre el escritorio, en plena jornada laboral.

“En el ámbito profesional, ella siempre demostró mucha dedicación por las tareas que se le asignaban. Ese cuidado y preocupación por hacer bien las cosas, la manifestó siempre, ya sea en una pequeña tarea o en una gran responsabilidad. Ponía la misma dedicación, en escribir un boletín o en preparar una entrevista a algún importante personaje”, agrega Gerardo.

“Su bondad no le impedía ver la injusticia a la que arremetía con fuerza. Claudia era una mezcla de fragilidad y fortaleza. Era delicada, pero al mismo tiempo ruda con aquellas cosas que le molestaba de sobremanera, como la injusticia y la deslealtad”, concluye.

Amor eterno

Fue precisamente en la Radio Gigante donde la Claudia se enamoró de verdad y dejó de perseguir sueños, volviéndose inseparable del radiocontrolador Guillermo Ramírez. Comenzamos a estar menos tiempo juntas, lo que se acrecentó luego que ella se pusiera a colaborar los fines de semana en la Radio Cooperativa donde el editor de aquel entonces –de cuyo nombre no quiero acordarme– nunca quiso contratarla.

Se enamoró de Guillermo y se casaron. Comenzaron a vivir juntos y pronto quedaron embarazados de Paula, quien hoy debe tener 22 años. Con su bebé, también nos enteramos de su lupus y fue así como comenzó su intenso afán de contrarrestar la enfermedad porque era una luchadora. Tuvo un par de crisis, pero aun así, quería hacerlo todo y por eso también luego de convertirse en madre, a pesar de su debilidad, siguió ejerciendo el periodismo. Cargaba las enormes grabadoras de ese entonces en su hombro derecho y estas le hacían dolor todo el cuerpo caminado mucho más de lo que su organismo podía soportar. También llevaba en brazos a su hijita, pese a que tenía prohibido hacerlo...

Lamentablemente esto le pasó la cuenta en marzo de 1992 y cuando la pequeña Paula tenía un año de edad, tras una larga agonía que nos desgarró el alma a todos quienes la amamos, mi querida Claudia falleció a los 27 años, transformándose así en la primera gran pérdida de nuestra generación.

Han pasado ya 21 años, pero con certeza puedo decir que Claudia sigue viva entre quienes la conocimos y amamos..., y que por eso si bien no logró trascender en el Periodismo, sí logró hacerlo a través de todos quienes la conocimos.

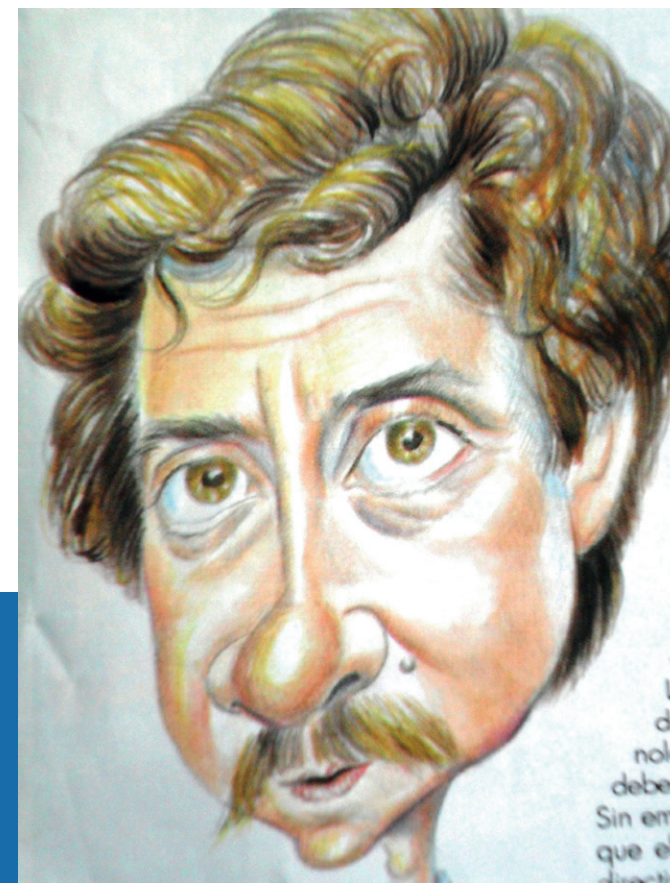
Para mí particularmente a través de las fotos que siempre miro cuando estoy triste para sentir su energía. También en su hija Paula, quien ha sido el consuelo de sus padres desde que ella partió. En su honor, mi hija mayor lleva –igual que ella– como segundo nombre el de Victoria y la de Sandra Pizarro –otra amiga y compañera– el de Claudia.

Para sentirla conmigo ante el desafío de escribir estas líneas, visítame –como hago siempre que puedo– el lugar donde descansan sus restos en el Cementerio Metropolitano para sentir la fuerza que a pesar de su ausencia sé que sigue entregándome. Así como a todos los periodistas de nuestra generación de la Universidad de Chile, porque ella siempre fue y será la luz que nos guíe.

Jaime Valdés Concha

EL ROMÁNTICO QUIJOTE DE PUTÚ

Por Juan Esteban Lastra



Un Quijote romántico, luchador y justiciero.

“Respetaba tanto a los niños como a los ancianos”..

La afirmación melancólica es de doña Marina Concha, mamá de Jaime Valdés. A los 88 años lo recuerda con mucha nostalgia y pena. Era su hijo mayor de cuatro hermanos. Fue el único hombre. Se fue sin despedirse.

Sentada en el antejardín de su casa post terremoto del 27/F, teje y teje hundida en sus recuerdos y pensamientos, cuidada por Flor en el día y su sobrina Ana por las noches, en su Putú natal en la Región del Maule, a 25 kilómetros de Constitución. Putú es un poblado agrícola y legendario. Situado en un punto de la antigua ruta por la cual circulaba Lautaro con sus huestes. Los antepasados de aquella época eran promaucaes, habitantes pacíficos que fueron leales al líder mapuche y a su tierra.

Con esa historia, entre pinos, chacras, dunas y playas nació Jaime Valdés un 3 de octubre de 1952. Y el 25 de julio de 1997 partió abrupta y definitivamente en Santiago. Vivió 44 años. En las más de cuatro décadas sembró como ninguno. Hizo una huella imborrable entre su familia, amistades, compañeros y quienes lo conocieron.

La primera vez que lo vi estaba solitario en el patio de la Escuela de Periodismo del Campus de Economía. Esa casona ubicada a un par de cuadras de la Plaza Italia, en la calle Belgrado. Hoy lleva el nombre de José Carrasco, periodista que fue asesinado por la dictadura. Jaime lo admiraba.

Alto, delgado, desgarbado, chascón y un bigote descuidado, me llamaron la atención. Le hablé porque era de mi generación. Es decir, mayor que los compañeros habituales de la Escuela de Periodismo. Me contó que venía de Arquitectura, pero que había dejado la carrera porque no le había gustado. Estuvo cuatro años. La verdad fue que dejó la carrera porque le salía muy cara y no podía seguir solventando los gastos que significaban los materiales.

Entonces volvió a dar la Prueba de Aptitud Académica y quedó en Literatura, pero al año se cambió a Periodismo. Comenzó en 1979 y egresó en 1984.

Antes, en 1971 había ingresado a Veterinaria en Valparaíso.



En familia, con su esposa y sus dos hijos.

Aguantó un mes y no le gustó. Como había quedado en lista de espera en Economía de la Universidad de Chile, de Valparaíso, se cambió. Duró un semestre, trasladándose a la Universidad de Chile de Santiago. Hizo sólo el segundo semestre y se retiró. Se metió a estudiar dibujo técnico a un instituto profesional. Dio por segunda vez la PAA, y entre 1974 y 1977 estudió Arquitectura en la casa de Bello, en la casona de Portugal con Diagonal Paraguay.

Cada carrera que eligió tuvo su justificación por muy diversas que aparezcan. Quiso Veterinaria para ayudar a los animales, pasión que nació en su natal Putú, donde vivió hasta los ocho años. Economía fue para conocer las fórmulas para gastar menos y ahorrar. Entró a Arquitectura para saber construir casas e ir en ayuda de los que no la tenían. Y Periodismo para dar a conocer lo que pasaba en la sociedad.

Con sus padres (Jaime y Marina) y sus tres hermanas, tomaron

maletas para vivir en Santiago. Fue en 1960. Llegaron cerca de la plaza Bogotá, en el barrio de Avenida Matta con Sierra Bella. Su padre era mueblista. En la capital le habían ofrecido un interesante trabajo en una fábrica familiar, pero a los meses postuló al Ministerio de Obras Públicas y trabajó allí hasta jubilar. Fue sindicalista de la Caja del MOP hasta después del golpe militar.

La vivencia de su padre con pensamientos socialista en la administración pública, llevó a Jaime a leer muchísimo sobre el socialismo y el comunismo. Fue alimentando su intelecto que brotó con las primeras letras del silabario en la escuela pública de Putú. Aprendió a leer antes que sus compañeros. Libros y diarios que llegaban a su casa de campo, los devoraba.

Con su conversación pausada, voz suave, ademanes amables y una sonrisa dulce, fue conquistando amigos y corazones en su tierra, entre ellas su única esposa y mamá de sus tres hijos varones (Amaranta es de otra relación), María Cristina Schulz, profesora. Con los años se separaron, pero nunca se enemistaron, creciendo entre ellos Juan Salvador (por la fábula del libro Juan Salvador Gaviota), Luis Emilio (por Luis Emilio Recabarren, el padre del movimiento obrero nacional revolucionario de izquierda), Amaranta (por Cien Años de Soledad y una de las protagonista, la hija menor de José Arcadio Buendía, y por el color de la bandera comunista) y Víctor Ernesto Agustín (por Víctor Jara, por Ernesto Ché Guevara y Agustín por el abuelo materno).

La primaria la continuó en la capital, siendo uno de los mejores alumnos hasta llegar al Liceo Manuel Barros Borgoño, en calle San Diego, muy cerca de Franklin, en el Santiago viejo. Estuvo entre primero y sexto de Humanidades (séptimo básico a cuarto medio de hoy), saliendo con honores y ofreciendo el discurso final de tres carillas y escrita perfectamente a máquina, como el mejor de la promoción.

Discurso a los 18

Vale destacar el discurso donde deja de manifiesto sus claros pensamientos y su proyección como hombre de bien. En ese mes, el gobierno de la Unidad Popular de Salvador Allende llevaba sólo unos días:

“Hoy, es simbólico, que en este 20 de diciembre (de 1970, con 18 años) que corresponde al último día de una de las estaciones más hermosas de la naturaleza, en que cada flor preparó sus suaves formas para verse convertida en fruto, toda una generación avanzó, también, hasta completar su ciclo de maduración y asistir en un futuro próximo o lejano a ver convertirse en firmes estructuras las frágiles formas pistilares de aquella flor nacida en esta tierra tan maravillosa que es la formación educacional liceana.

“Es hoy, la culminación de una etapa estación de nuestras vidas, de la bella época de liceo, cuyo nostálgico recuerdo nos la traerá mañana, rodeada de ensueños y de adolescentes ilusiones. Para nosotros la significación de este instante es inmensa, porque no han llegado hasta aquí solo las ansias, los esfuerzos, y las angustias de un grupo de jóvenes, sino que junto a ellos otros seres sienten, sin duda, la alegría del triunfo y la ansiedad del mañana. Y ellos son nuestros padres y son nuestros maestros.

“Queridos padres: Este acto está simbolizando el término de una etapa de vuestra lucha; está simbolizando un descanso en vuestra lucha. Es como el momento en que el pintor se aparta de su obra para contemplarla desde lejos y ver desde allí como va quedando. Desde ahora las pinceladas serán diferentes; ellas serán las de conclusión de la obra que ya comienza a existir independiente de su autor.

“Estamos en presencia de nuestros progenitores como símbolo de otro ciclo que pertenece a otro eslabón de la cadena humana de la cual también somos parte; y estamos ante ellos como respuesta de que hemos cumplido en este paso hacia la formación del hombre. En este aspecto les decimos a los apoderados que siempre estuvimos y estaremos conscientes de cumplir su pensamiento, de cumplir sus sueños, y por qué no decirlo, sus ambiciones.

“Nuestros padres, aquí presentes, se formaron bajo moldes diferentes, pero la sociedad avanza y, hoy, nosotros venimos a ser como la ampliación del sus brazos, como la realización de sus anticipaciones. En esta etapa, padres y apoderados, les decimos sinceramente que hemos cumplido. La confianza puesta en nosotros fue realizada y este acto que es una estación de llegada es, al

mismo tiempo, una estación de partida”.

Con su prosa brillante, atraía la atención de sus compañeros y la mirada de las chicas. A los 18 años ya pertenecía a las Juventudes Comunistas, la popular JJ.CC. Sus pensamientos los deslizaba en el discurso de despedida.

“Estimados maestros: Para ustedes una nueva generación cruza ante sus ojos el umbral decisivo. En ella va parte de vuestro ser. En ella van las alegrías, las ambiciones, las esperanzas de quien ve ir parte de su ser más allá de control.

“Nuestras palabras para ustedes no serán de agradecimiento. No es nuestra intención agradecer formalmente. Presente está en nosotros la frase nietzscheana: *Mal corresponde con su maestro quien no deja nunca de ser su discípulo*. Y es por esto que ahora, de manera autónoma nos corresponde continuar la obra cuyos cimientos están en la labor formadora de ustedes, maestros, en nuestro liceo. El reconocimiento de esta labor será dado en la medida que sean nuestros pasos capaces de ser guiados por la senda constructiva y enaltecedora, en la medida que la parte que nos corresponde edificar dé prueba de la solidez de sus bases sobre la que está cimentada. Y ese será nuestro agradecimiento. “Maestros, compañeros: Quisiéramos que, juntos, reflexionáramos sobre la etapa hasta hoy vivida, su significación en nuestra existencia”.

Jaime Valdés estaba feliz con la nueva etapa que él y el país vivía. Iniciaba un nuevo camino pavimentado por un ideal que había cultivado desde niño.

“¿De qué manera fue orientadora para al camino que ahora debemos recorrer? ¿De qué manera fue nuestro liceo el formador de nuestra personalidad, el crisol en que se fundiera nuestra alma, nuestra alma de hombre naciente incluido, desde ya, en un mundo, en una realidad convulsa y cambiante ante la cual nuestros ojos se enfrentaran con asombro? En una realidad en donde las falencias sociales, políticas, culturales, científicas, filosóficas sufren cambios fundamentales que indican la renovación incesante de condiciones de vida que van cada vez en pos del progreso y el bien de la hu-

manidad. Ante esto, ¿De qué manera podrá el Liceo seguir siendo lo que fue en la formación de las nuevas generaciones? y ¿De qué forma seremos nosotros jugadores de un rol preponderante en su renovación? Porque, a decir verdad, el Liceo no ha terminado, hoy, en nosotros. Él entregó todo lo que le fue posible dar; ahora, es a nosotros a quienes corresponde entregar su cuota de creación y de compromiso. ¿En qué medida seremos capaces de ello y de su aplicación en el Liceo para que éste se levante por sobre sus carcomidos muros hasta la nueva luz del pensamiento y de la vida?”

Además, en sus palabras juveniles, que más parecían de un político avezado, hubo sensibilidad profunda a compañeros y profesores que ya no estaban quizás por qué razón, pero que Jaime no olvidó.

“Antes de terminar queremos que nuestras últimas palabras sean para aquellos que partieron junto con nosotros, pero que ahora no están aquí, para aquellos que quedaren a lo largo del camino y que hoy, como la mayoría de los que egresan tienen, también, 18 años. Al final de esta etapa es triste comprobar que faltan en nuestro jardín muchas flores que se marchitaron antes. ¿Fue la furia de los elementos quien las agotó o los cuidados de los jardineros fueron impotentes para lograr el término normal? No lo sabemos, pero en este momento queda en nosotros la sensación de que a nuestro lado faltan brazos, faltan pies o faltan rostros muy queridos y hacia ellos nuestra angustia o una especie de agonía, porque la no-realización es agonía. Que maravilloso si estuvieran aquí, pero los sabemos muy lejanos.

“Queremos también, que este acto sea un homenaje a la memoria de aquellos maestros que se fueron, a aquellos maestros cuya existencia se prolonga a través de la llamita de sabiduría que en cada uno de nosotros supieron encender. Para ellos, en esta hora, todo nuestro recuerdo”

Y concluye con un cierre inesperado para la concurrencia, algo que nadie imaginaba:

“Queridos maestros, estimados compañeros: comprendemos, ahora lo triste que es despedirse, más aún, de algo que se quiere mucho. Es la hora en que inolvidables recuerdos cruzan por la mente y, a medida que se hacen mayores, más grande es ese clamor interior

que nos dice; no, esos momentos no han terminado, ellos siguen existiendo aquí en mi corazón de borgoñino. Ahora ha llegado el instante de despedirnos de nuestro viejo liceo, que, también hemos sentido como un maestro de estilo diferente, comprensible solo al alma liceana; abandonar su estructura pétreo, su frontis de ladrillo, sus aulas, sus patios, su gimnasio. Serán otros los árboles que nos ofrezcan su sombra generosa, otras las estructuras pétreas que nos cobijen. Mas la partida se nos presenta tan poco real como si separarnos de algo que formamos parte fuera un imposible, como si la unidad de una familia fuera infinita, como si el libro abierto nos siguiera esperando sobre el pupitre de clases.

“Hay en nuestra conciencia una fuerza superior que se resiste a comprender que ha llegado la penosa hora de decir adiós, y ella es quien nos habla, escuchad su voz:

*“Oh, que terrible es el recuerdo vivo,
es como morir; no es irse del lugar querido
es irse de uno.*

*Mañana nos tendrán en la memoria y
en el sitio vacío.”*

Quijote y poeta

Su alma de poeta ya estaba presente a los 18 años. Las lecturas de Pablo de Rokha habían dejado su impronta. Los versos de Pablo Neruda, también, los que recitaba a las chicas que le gustaban. Así conquistó a su prima que luego fue su esposa, María Cristina, profesora básica.

A la universidad llegó con una gran vocación social y con la idea de ir en ayuda del prójimo, quedando finalmente en Periodismo ya maduro y como militante del Partido Comunista. De la época universitaria en Periodismo, quedó el siguiente documento, un trabajo típico de la clase de redacción del profesor Raúl Muñoz, donde en ese entonces la alumna Andrea Villalobos, retrató a Jaime Valdés con el título “Él”:

“Se le puede ver en la *cafeta* de la escuela, siempre frente al infaltable cafecito y rodeado de compañeros (y las piernas cruzadas). Todos se pelean por escucharlo... En muchas cosas es el más de la Escuela: es el más viejo, tal vez el más alto; pero por sobre todo...

el más preocupado por el qué somos, por qué somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Es como uno de esos sabios de la antigua Grecia, que reflexiona en cualquier parte y en todo momento, siempre expresándose con un lenguaje llano, directo, sin palabras complicadas. Y no es que sus filosofadas sean un poco profundas; ¡todo lo contrario!... En clases, sea ésta de la onda filosófica o de aplicación de ciencias, siempre levanta la mano, se retuerce el bigote colorín y habla durante largo rato. Muchas veces los profes y compañeros no lo entendemos... es una lástima”.

En un trabajo similar de Redacción II, el también alumno Rodolfo Arenas, tituló “Un Quijote tranquilo”:

“Destaca a primera vista por su estatura. Luego uno empieza a fijarse en sus maneras suaves y su voz tranquila. Tras un acercamiento se destaca con claridad su extraordinaria inteligencia y madurez. No parece un estudiante universitario. Demasiada edad, aire descuidado, escasa asistencia, más poeta que periodista... y sin embargo es el más universitario de los que estudian en la Escuela... Todo el curso se agita, la discusión se acalora poco a poco, y el Quijote levanta su mano para acotar: *bueno, no sé, me parece que...* y suelta unas verdades que terminan en mí, toda duda. Parece tener la humildad del que lo sabe todo. Un quijote bien puesto en la tierra, con el realismo de Sancho y con la melancolía de ambos. Quijote por su triste figura y por la convicción con que defiende sus ideas, un Quijote tranquilo”.

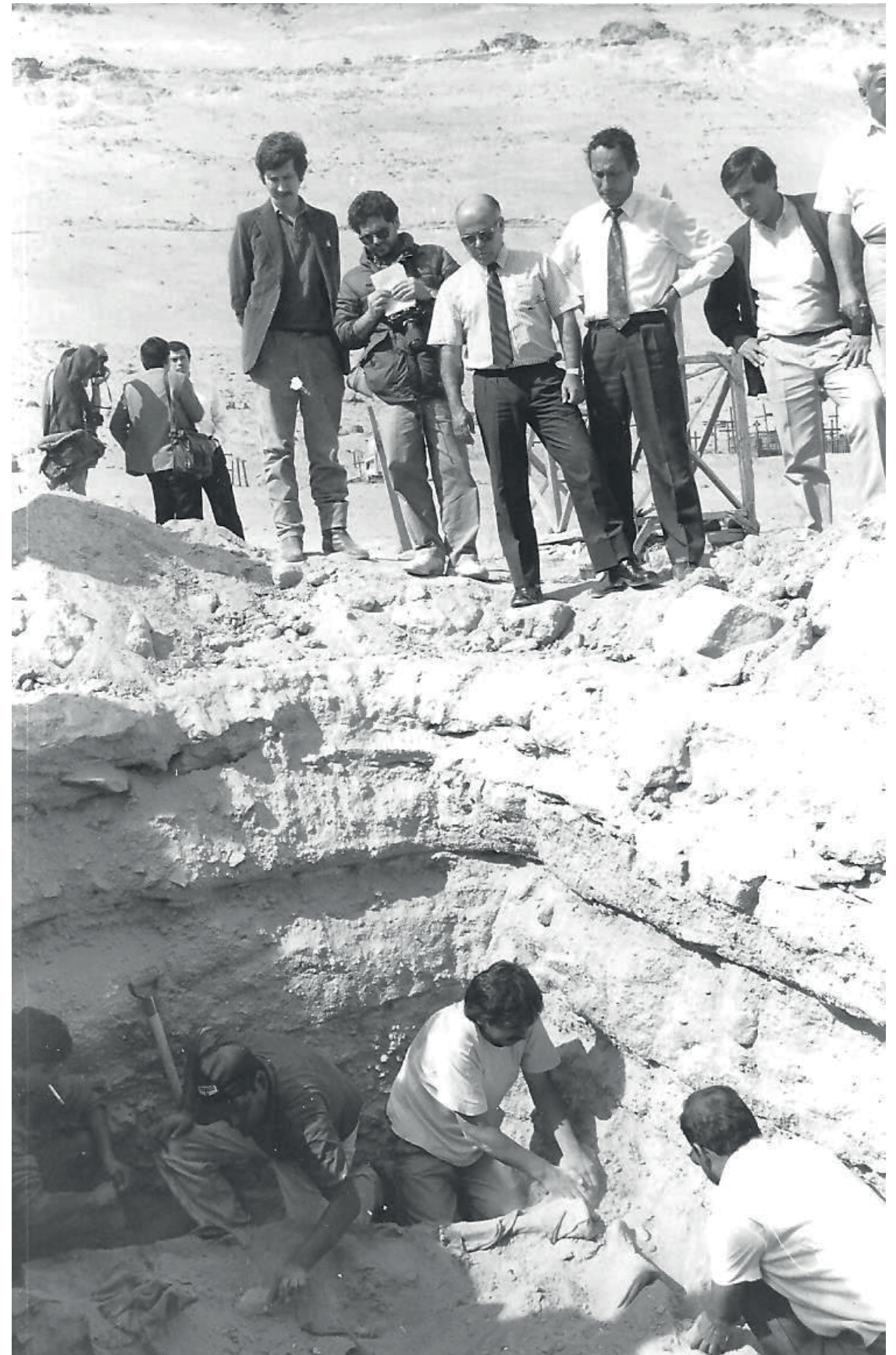
En plena carrera universitaria, Jaime se consideraba un aprendiz de poeta. En su diaria lucha quería ver la luz, quería ver el sol. Para él la poesía iba unida con los pasos de la vida. “Para hacer poesía hay que estar vivido o ¿bebido? Si sólo se vegeta y se cumple con la rutina administrativa y establecida y nos olvidamos de nosotros mismos, difícil será hacer poesía. Es una actitud ante el mundo, un mirar enamorado, y es necesariamente un compromiso”.

Jaime pensaba que la poesía tenía que ver “con lo nuestro –el día a día– con el pan, el trabajo y el amor. No es un traje que nos ponemos, ni una profesión, ni un título. Es una lucha cuerpo a cuerpo... Así estamos en medio del mundo, con la mitad del cuerpo

en el barro y la otra mitad en el cielo. Con miserias y estrellas. Rodeados de hombres que padecen, que luchan y pasan indiferentes. Con besos y gotas de sangre. Nada de esto es ajeno a la poesía, que es sabia y crisol”, decía a los 27 años.

Rodriguista

Una vez que egresó de Periodismo, hizo la práctica en *Las Últimas Noticias* (1983). Luego trabajó en las revistas *APSI*, *Análisis*,



En Pisagua. Cubriendo la información de la masiva tumba de detenidos-desaparecidos.

Síndrome del Niño Agredido y Hoy. Radios Santiago, Cien y Cooperativa. Diarios El Rodriguista, Fortín Mapocho y La Nación.

Pocos, muy pocos, sabía que era un insigne colaborador de El Rodriguista. Obviamente era un anónimo. Siempre estuvo cerca y en contacto con el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Fue un importante ayudista y colaborador. Su hijo cineasta Luis Emilio, recuerda:

“Éramos chico. Una noche mi papá llegó con un amigo que de día no estaba en la casa, pero sí aparecía por la noche. Junto a él comíamos de todo y tomábamos bebidas. No entendíamos mucho, pero lo pasábamos bien”.

Hoy, ya adulto, cuenta que ese *amigo* fue uno de los fugados de la “Operación Éxito”, que ocurrió la noche del lunes 29 de enero de 1990 desde la Cárcel Pública que se ubicaba entre las calles General Mackenna con Balmaceda y Teatinos, donde ahora existe el edificio de Emos. Fueron 49 los fugados, uno de los cuales se quedó sin apoyo, y que Jaime Valdés ayudó, refugiándolo por un par de semana en su casa de la comuna Pedro Aguirre Cerda.

“El *amigo* dormía de día en un fondo falso de la casa y de noche salía. Mi papá, como había estudiado arquitectura, construyó la casa ayudado por compañeros de la universidad, creando un doble fondo en el piso de la casa, donde dormía el fugado”, cuenta Luis Emilio como anécdota.

Jaime entregaba todo por la causa del partido y luchó por los derechos humanos hasta el final de sus días, aunque terminó decepcionado de la mayoría de sus compañeros de partido tras instaurarse la democracia en el país. No compartía que varios de ellos vivieran como ricos y se olvidaran de su pasado, de la filosofía y del espíritu social que indicaban las bases del comunismo.

Es más, cuando fue despedido de La Nación en enero de 1997, se asoció con un argentino que pertenecía al Partido Comunista. Compraron tres autos cada uno. Jaime y su pareja Claudia Saavedra solicitaron un crédito y sumaron los ahorros que tenía para la compra. A los meses, desaparecieron los autos y el compañe-

ro. Este hecho acentuó su depresión. Había que cumplir con los compromisos bancarios y ya no había caja para ello.

Jorge “Gato” Escalante

Uno que conoció en el terreno del reporte a Jaime Valdés, fue el “Gato” Jorge Escalante. El periodista y escritor recordó a su colega y amigo:

“Apenas finalizada la dictadura, en junio de 1990 fue descubierta la fosa clandestina de la caleta de Pisagua. Desde febrero de 1987, yo trabajaba como periodista en el diario opositor al régimen de Pinochet, *Fortín Mapocho*. Me correspondió por Fortín viajar a Pisagua a cubrir el hallazgo de la fosa.

Ahí conocí a Jaime Valdés. Nos conmovimos juntos ante el hallazgo. Uno a uno iban apareciendo los 19 cuerpos momificados. Aún mantenían el rictus del horror en el rostro y los orificios de las balas.

Pero Jaime estuvo siempre más emocionado. Quizás yo estaba ya más curtido por mi experiencia anterior de una larga prisión política.

“Después reencontré a Jaime en La Nación en 1993 cuando llegué a trabajar a ese diario. Conversamos muchas veces acerca de lo que vivimos en Pisagua. Hasta hoy, ha sido la única fosa clandestina en la que se ha descubierto cuerpos que permanecían desaparecidos. Digo, hallazgo masivo. Pero sobre todo, lo que más nos impactó fue el estado en que aparecieron esos cuerpos. Era como si aún estuvieran vivos, disecados.

“Conociéndolo más en La Nación, me convencí de que Jaime vivía un drama interno no superado por todo lo ocurrido tras la instauración en Chile del terrorismo de Estado. Pasaba por etapas buenas y malas. Su estado emocional era muy cambiante. A veces parecía que lo único que quería era borrarse del mapa y que para él todo ya era irrelevante. Pero su fuerza la mostraba en su trabajo periodístico. Siempre moviéndose de un lugar a otro por el país, buscando pistas que condujeran a más cuotas de verdad sobre lo acontecido en la larga noche del terror militar.

“Varias veces nos encontramos en los mismos temas. Nos *pisamos la cola*, como decíamos, porque yo también andaba detrás de lo mismo. Esas *pisadas de cola* siempre las resolvimos con una buena broma y un abrazo.

“Quizás para alegrarse la vida, Jaime usaba un pequeño payaso de metal colorido prendido en la solapa de la chaqueta. Pero el payaso no le resolvió su crisis. Lo vi como poco a poco se iba desmoronando su alegría de vivir. Hasta que una mañana nos llegó la amarga noticia. Había resuelto poner fin a su vida. Yo siempre consideré una cobardía el suicidio. Pero a partir de ese instante que me tocó tan de cerca, comencé a cambiar de opinión lentamente.

“Aún creo que la maldición de la vida hay que enfrentarla con fuerza en cualquier circunstancia. Pero desde hace un tiempo arribé a convencerme que a veces los seres llegan a un estado en que el túnel es demasiado oscuro y largo, y no hay más luz al final. Ese es el instante en que hay que tener la valentía de quitarse la vida para acabar con todo y partir para siempre. Para siempre, porque si no crees en la otra vida, como yo no creo, esa partida es para siempre. Eterna. Es el final de finales”.

Sindicalista

Jaime tenía muchas virtudes. Pero por sobre todas, servir a la sociedad, a sus pares. Por ello no dudó cuando le insinuaron que postulara a la presidencia del Sindicato N° 3 de Periodista en La Nación. Fue elegido para el período entre 1993 y 1996. En ese lapso convocó a la huelga para mejoras salariales y materiales para sus socios.

En 1993, en la sección Punto de Vista de la revista *Nos Otros*, la periodista Claudia Sánchez describe así a Jaime: “Delgado, pálido, algo nostálgico y con una cierta mirada de poeta romántico. Es un periodista idealista por donde se lo mire. Sensible a los problemas que invaden al hombre contemporáneo, un Quijote que lucha por lo que cree justo. Con voz suave y algo misteriosa cambia drásticamente cuando le toca representar a los trabajadores en las innumerables asambleas. Allí se vuelve enérgico y clarificador”.

Hasta ahora se han escrito tres perfiles de diferentes personas en distintos períodos y lugares, y los tres tienen grandes coincidencias en la forma de ser de Jaime.

Profundo en sus convicciones, Jaime Valdés tenía una mirada clara sobre la justicia, de la que decía “toda resolución de conflictos que se dan entre seres humanos tiene por centro la justicia. La justicia debería regir la vida. La justicia entendida como verdad, lo justo como lo equilibrado”.

En ese tiempo de álgida actividad conoció a su última compañera de la vida, la periodista Claudia Saavedra, quien fue un bastión en sus años en La Nación y cuando salió del diario en enero de 1997. La también técnico bibliotecaria, escribió:

“Cuando me piden pensar en ti (Jaime), surgen recuerdos, sólo recuerdos, muchos recuerdos, con tu partida se acabaron el presente y el futuro, sólo quedó el pasado. Porque ya no estás, no quisiste. Fuiste un compañero de grandes luchas, imposibles muchas de ellas, pero que siempre persististe en darlas. Nada fue en vano. Sembraste, aunque no lo puedas ver. Algunas cosas de hoy te gustarían, como la transparencia, el surgimiento de la ética en el funcionamiento de las instituciones, en la política, lo que siempre motivó tu accionar en la vida. Otras te harían rascar la nariz. Pero lo importante es recordarte como el gran humanismo que poseías, un humanismo que te hacía estar cerca de la gente, que te respetaran. Pasos que quise imitar pero no sé si con tu mismo éxito. Dejaste grandes recuerdos entre todos. Dejaste grandes dolores, pero siempre –en lo personal–, siempre retendré en mi corazón tu gran capacidad de amar, tu carácter acogedor, tu irrenunciable amor a tus hijos. Tu pasión por vivir, mientras quisiste hacerlo”.

Conquistador

Finalmente, fue Claudia el hilo conductor para encontrar a su familia y a sus más cercanos luego de 18 años de su partida. Su única esposa, sus hijos, primas, amigos cercanos y su mamá pudieron hablar de alegrías y tristezas, de las historias, anécdotas y frustraciones de Jaime.

Personalmente con Jaime Nos conocimos en la Escuela de Periodismo a inicios de los '80. Nos conectó Arquitectura porque había sido compañero de un pariente y luego trabajamos juntos en La Nación por siete años. Compartimos turnos, mesa en el casino y más de una botella de vino tinto en las fiestas del diario y en el restorán Guima, en la esquina de Teatinos con Huérfanos. Siempre había un motivo para conversar, donde las mujeres fueron nuestro tema principal. Jaime era un conquistador nato. Siempre fino y elegante, sagaz, como un puma para acechar a su presa. La mejor anécdota la explica su hijo Luis Emilio.

“Una noche fuimos al cine Normadie de Alameda, cerca de Plaza Italia. Yo era un niño de unos 12 años. No recuerdo la película, pero sí a mi papá que le gustó una niña con la cual intercambié unas palabras y en un rato la enganchó. Lo vi en acción y con éxito, pero no me gustó. Fue una sensación rara, pero él era así”.

Sus mayores frustraciones fueron el cambio radical de varios de sus compañeros de partido y el no poder escribir un libro sobre Putú, su tierra. Ubicada a 350 kilómetros al sur oeste de Santiago y a 25 kilómetros de Constitución. Amaba su pueblo, el restorán *El Central*, donde compartía con los coterráneos, la mayoría de la tercera edad, campesinos y jóvenes. Le fascinaba ir a su casa, abrazar a su madre y tomarse una copa con su padre, con quien no siempre tuvo una buena relación. Pero ambos se amaban.

Hay dos hechos que marcaron a Jaime con sus padres. La primera fue con su papá, don Jaime. A los 21 años se fue de la casa presionado por su progenitor que lo obligaba a trabajar y a no holgazanear. Claro, Jaime prefería hundirse en las lecturas de los libros que conseguía en la biblioteca y asistir a las reuniones de la JJ.CC. mientras entraba a clases. Un día hastiado de los retos, tomó maleta y se marchó. Para abuenarse, le escribió una larga carta de tres carillas a su papá que lo retrata de cómo era.

“Papá, independiente de a quién corresponda, yo voy a iniciar el diálogo. Aunque parezca, no tengo falso orgullo y por eso esta vez voy a explicar mi posición, mi punto de vista. No lo hago porque sea mi única salida ni porque busque determinada acogida, lo hago porque no deseo por mi gusto prolongar una situación que amar-

gue la vida de Ud. y los demás. Y no me refiero a mi ausencia, más bien me refiero a mi presencia en casa, a mí convivir con todos ustedes, pues es ahí cuando surgen los problemas.

“Al contrario, digo, mi intención es aclarar las cosas, es querer que ellas se vean tal cual son en la forma más correcta, más real. Y no quiero que aquí se deduzca que me considero poseedor de la verdad absoluta o que deseo mostrarme perfecto o superior a alguien. Porque no es así. Estoy dispuesto a reconocer mis errores y a asumir mis responsabilidades y deberes, pero de acuerdo también, a un reconocimiento de mis derechos como persona, porque creo que lo soy, y aun respeto mis cosas y opiniones.

“Creo que nada se arregla con intransigencias ni con cerrarse ni con recurrir a cualquier actitud aparte. Ello sólo demuestra no estar seguro de la propia razón o, simplemente, no tenerla”.

Doña Marina

Con estos tres párrafos se demuestra el carácter fuerte, seguro y conciliador ante un problema delicado con su papá y que finalmente lo resolvió.

A diez años de su muerte, en 2007, lo fui a visitar al cementerio de Putú. Luego de rezar en su tumba, fui a conocer a sus padres. Tuve la ocasión de tomar once con don Jaime, un hombre duro, de campo, que pasó difíciles momentos en Santiago cuando fue empleado del Ministerio de Obras Públicas hasta jubilar y regresar a su terruño. Ahí me habló del segundo episodio que complicó a la familia, pero más a su madre. En ese momento no me quedó claro el asunto. Jaime había estado detenido. Finalmente pude dilucidar cuándo y por qué.

Este tema estaba vetado conversarlo con su mamá. Sin embargo, en el momento ella llevó la batuta de las protestas y de la lucha por su liberación luego de que el 25 de enero de 1981, junto a otros 15 estudiantes, fue detenido en El Quisco por cantar canciones folclórica y de protesta mientras se encontraban de vacaciones en un condominio. Alguien del lugar que los escuchó llamó a carabineros, quienes los arrestaron y los llevaron detenidos a la comisaría de San Antonio. Fueron dos semanas de pesadilla para los padres



Doña Marina Concha, la madre de Jaime, en su casa de Putú.

y familiares de los 16 estudiantes que sólo fueron a pasarlo bien a la playa, pero que un vecino interpretó mal la reunión a raíz de los cantos de los muchachos. El asunto llegó hasta el Ministerio del Interior, donde se le exigió al ministro la liberación de los jóvenes por la detención ilegal. Finalmente, el grupo fue liberado sin cargos. Todos ellos fueron víctimas de apremios.

Para la señora Marina fue un momento oscuro de su vida. Nunca imaginó ver a su hijo preso y el solo hecho de recordarle ese instante, evadía la conversación. Para ella fue una pesadilla y no una realidad.

El sol cae en el horizonte de Putú. La tarde de marzo de 2015 se pone fresca. Doña Marina, hoy viuda, se arropa y deja el tejido de lado. Ofrece un café con pan amasado. De hecho, Putú huele a pan amasado, tal cual lo escribió hace 33 años Jaime en la sección Regiones de Las Últimas Noticias, donde hizo la práctica.

“¿A dónde van?, nos dijeron. / A Putú respondimos. / Vamos a tomar blanco y tinto, buen vino puro. / Buen vino puro, chicha

de Macal, vamos a tomar hasta donde se pudo. / Con Alejo en el Central”, reza el verso que creó Jaime en su juventud.

La mirada lánguida de doña Marina se pierde sobre los árboles y la loma donde antes estaba su casa, la que se cayó con el terremoto de 2010 y donde vio crecer a sus cuatro hijos y luego a sus nietos, donde también despidió por última vez a su hijo, primero, y a su marido, después. Sigue sumida en el pretérito. Antes de despedirme, le recito un último verso de su hijo regalón: “¿Lo entiendes?”

“¿Lo entiendes? / ¿Comprendes el lenguaje de este silencio? / de este silencio que te estoy hablando. / Me escuchas, / Me escuchaste golpear, / buscar, buscar sin mover, sin decirte, / Sin hablar, / Sin mirarte. / Me escuchas / que vengo y voy, / Que resbalo a tu puerta, / Que corro, que el espacio / Me dice de ti, / Que el silencio / me dice de ti, / Que es tú, / Que es tendido / Es tú, / Que el vacío / Es tú / Que adherida a mis brazos / Abiertos, apretados, / La distancia / Me asume, me asume de tú. / Sea la palabra / Como la piedra lanzada / en medio de una laguna / y los círculos se extiendan / se extiendan”.

Los ojos de doña Marina se humedecen, me mira con una sonrisa triste y me abraza fuertemente. El sol se esconde tras los eucaliptos y álamos. La noche se avecina. La señora Marina se va a dormir con la esperanza de soñar con su hijo regalón que tuvo el gran espíritu del Quijote.



Rodrigo García, el Pájaro eterno.

Rodrigo García ESE AMIGO LLAMADO PÁJARO

Por Generación de Periodismo 1987-1991

250

Llegó a nuestras vidas directo de Avenida Valdivieso, donde se divertía con los amigos del barrio colándose en las noches en el Cementerio e infiltrado entre las harinas y levaduras de la panadería de su padre. Sobrevivió a la exigencia y la enseñanza formal en el Instituto Nacional y logró aplacar un ingreso frustrado a Psicología. Hasta ahí era conocido por su verdadero nombre: Rodrigo García, un mote que volvió a ocupar más tarde cuando el éxito laboral le perseguía a pesar de sus intentos de evitarlo, cuando inventaba fórmulas para rehuir a los mareos propios de estar inserto en el mundo de la fama de la televisión.

Hasta marzo de 1987 se llamó Rodrigo, cuando tuvo la ocurrencia de entrar a estudiar Periodismo en la Universidad de Chile, por esos años dejada a la mano de Dios en tantos aspectos. Al comienzo apostó a pasar inadvertido, pero no contaba con tener que lidiar con agudos compañeros que se fijarían en su nariz marca de fábrica y en sus deseos permanentes de volar siempre a lugares fantásticos e ideales. Por eso, en ese entonces, dejó de ser Rodrigo para convertirse en Pájaro.

Así comenzó a volar. Al fondo de la clase, dibujando caricaturas, inventando historias desternillantes de sus amigos, sufriendo por tener

que convivir en clases al lado de mujeres (la herencia de seis años en el Instituto Nacional). Eso fue pasando con el tiempo, mientras acumulaba en su bitácora cientos de historias: de romances, de nostalgias, de partidos de fútbol con sus amados Cabron Boys, de estupideces, de adolescencia permanente. De noches de juergas, de paseos a la playa en vacaciones de invierno, de películas protagonizadas por todos los que conocía, por el humo verde mezclado con sonrisas eternas, con gritos de madrugada en la puerta del viejo amigo.

Imitador inigualado de Miguel Bosé

El periodismo y sus vericuetos lo llevaron a hacer prácticas y labores en El Mercurio (donde llegó a ser portada de Revista del Domingo) y en Radio Cooperativa (donde la brigada hacía de las suyas en los turnos de fin de semana), mientras perfeccionaba una imitación inigualada de Miguel Bosé que se convirtió en un culto para nuestra generación de periodistas.

Fue gracias a esa imitación –con clímax en quinto año en un mítico programa de TV que sigue dando que hablar casi un cuarto de siglo más tarde– que se fijó en él Gonzalo Bertrán, el gurú de la

televisión chilena, quien lo reclutó en sus filas. Y así su círculo fue ampliándose a los rostros de TV, al trabajo creativo detrás de las cámaras, al aprendizaje constante de la tolerancia a los demás (un legado que nos persigue día a día a quienes lo conocimos), a ser la mano de apoyo en los peores momentos. Allí, en los pasillos de Canal 13, creció, aprendió, ahorró y se fue. Porque, a fin de cuentas, un Pájaro debe siempre emprender vuelos hacia lugares desconocidos.

Fue así que en plenos 90 –aunque en su songlist diario solían apropiarse de los acordes aquellos italianos de los 60 y 70– se largó a la Madre Patria, el país de su padre, el eslabón que le faltaba asumir en su alma. Tuvo de todo por allá: viajes místicos, paseos, trabajos funestos, estudios no tan estudiados, aventuras, historias. En sus cartas desde Dublín, Madrid o Pamplona, parecía que nunca volvería, que sus alas se quedaban flotando en el Viejo Mundo. Y un día, sin casi avisar, regresó. No podía olvidar las calles de Santiago, las tardes en Santa Laura siguiendo a su querida Unión Española, las conversaciones recordando los locos 80, el afán de chocar a la vuelta de la esquina con la elegida, como en el viejo celuloide. Aunque se resistió, cayó nuevamente en las redes de Bertrán. Y se quedó en Inés Matte Urrejola para siempre. Cada vez más exitoso. Cada vez más alto.

Es cierto que costaba encontrar agenda exclusiva de su tiempo, pero se las ingeniaba para estar cerca de todos. Nos tuvimos que acostumbrar a que faltara a las citas del Club de Tobi (que fundó y fomentó por siempre) porque tenía su clásico dolor de estómago o que en la época de esposas y guaguas reflatara la máxima universitaria: “el viernes para los amigos, el sábado para la polola”. Pero nunca se perdió del todo. Estaba ahí cuando era importante. El día de aviso de futuros casamientos, en las penas femeninas de las amigas del alma de la universidad, incluso cuando le organizamos la mejor fiesta de cumpleaños de la historia, pero el esquivo acuariano... no llegó.

Risas y recuerdos imborrables

El día que partió, ese 2 de agosto de 2011, nos dimos cuenta que cada uno tenía algo particular que contar acerca de él, una aventura propia donde era siempre había risas y recuerdos imborrables. Se dio maña para ser parte de cada uno, con su palabra precisa, con su humor a flor de piel, “sin sutilezas, al pan pan y al vino vino”, como le gustaba proclamar. Incluso, a pesar de sí mismo, aprendió a amar y a vivir en pareja. Aprendió que la amistad era para siempre y que los afectos no se transan. Aprendió a reír incluso cuando estaba triste. Y aprendió a callar... demasiado bien.

Por eso las niñas siguen extrañándote. Los amigos siguen haciéndote homenajes. El Club de Tobi lloró, pero ahora ríe. Porque nos quedamos en el libro de recuerdos con tanta anécdota, tanta historia idiotamente divertida en que nos obligaste a entrar solo para reír como niños: el día que mojaste a Bertrán; cuando arrancaste de la barra brava de Colchagua en el Santa Laura; la noche que descubrimos que Michael Corleone era un “bluff”; cuando sacaste confesiones sobre colchones; tu guitarra avanzando por las calles reclamando por cortes de pelo mal hechos; esos grafitis que pasaron a la posteridad sobre romances inventados en las aulas periódicas; esas arrancadas amorosas que terminaban con los pies en la nieve o con canciones que sonaban unilaterales toda la noche; la búsqueda de ancestros de todos tus amigos; y cientos de cuentos enredados con la pasión, el amor, el espíritu.

Ya te fuiste a volar por ahí, como en una película italiana: surrealista a lo Fellini, neorrealista a lo De Sica; mezcla de humor y drama a lo Scola. Por acá seguimos en nuestras propias vidas donde pusiste algo de guión y alma, donde fuiste de esos amigos que nunca se olvidan. Ahora sigues volando cerca de todos... Muchos te hemos sentido dando vueltas por ahí, en el puesto que te guardamos en la mesa de siempre, en los acordes de Amante Bandido, en los cánticos de la Furia Roja. En eso que para nosotros siempre será un Pájaro eterno.

Claudio Le-Fort NUESTRO CHILENO FRANCÉS

Por Inge Buckhendal, Verónica Franco y Mireya Seguel

— 252

Cuando llegó a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en abril de 1985, Claudio Le Fort Coltters (Santiago, 17 de diciembre de 1966 – Viña del Mar, 11 de septiembre de 1995) llamó de inmediato la atención de sus compañeros por su nombre muy francés pero apariencia muy chilena.

De francés, nada. Moreno, de mejillas gordas y una sonrisa que mostraba perfectos dientes e iluminaba su rostro, enormes y expresivos ojos; pelo crespo y altura promedio 1.70 m, ingresó a la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile en 1985, cuando tenía 18 años, proveniente directamente del liceo “Leonardo Murialdo” de Recoleta.

El estudiante

Hijo de Edita y Gustavo, inicialmente Claudio iba a estudiar Odontología y aunque por puntaje entraba sin problemas en esta carrera, algo lo hizo cambiar de opinión e inscribirse en Periodismo. Entre sus compañeros destacó desde el principio por su aplicación e inteligencia, pero sobre todo por la pasión con la cual defendía sus ideas cada vez que se enfrascaba en algunos de

los debates habituales que por aquellos años eran muy frecuentes entre los estudiantes universitarios.

Pero ninguna de sus aptitudes le sirvió para pasar con éxito el curso de Redacción I que impartía el implacable profesor Raúl Muñoz. Tanto así, que a pesar de sus esfuerzos finalmente lo reprobó al igual que el 80% de quienes integraban su generación.

Esto sin duda melló su orgullo, pero aun así Claudio siguió a firme con su idea de ser periodista, incluso cuando su lengua muy punzante le jugó malas pasadas que lo llevaron a discutir con sus profesores cada vez que a su juicio éstos incurrían en un trato injusto. Era firme y en ocasiones, atrevido. Como lo fue, por ejemplo, aquella vez que espetó al destacado director de televisión y periodista Gonzalo Beltrán que iba muy poco a hacer clases y éste se molestó tanto que le respondió: “*Cállate, mocoso insolente*”, delante de sus compañeros.

O en otra ocasión, cuando en 1987 –tras el histórico paro de dos meses con el que los estudiantes de la Universidad de Chile



De izquierda a derecha: Roberto Rivadeneira, Alexis Nilo, María Paz Epelman, Claudio Le Fort, Alfonso Droguett, Gazi Jalil y Tamara Peñafiel.

lograron derrocar al rector designado José Luis Federici—, las clases se prolongaron hasta enero y junto a su compañera Mireya Seguel tomó una micro cuyo chofer se molestó demasiado por tener que dejarlos pasar con pase escolar. *“Nos subimos a la micro y este hombre nos insultó por andar con carné escolar a esas alturas del verano. Nos pidió que bajáramos, pero Claudio no lo hizo. Al contrario, se molestó tanto, que comenzó a responderle con los mismos garabatos durante el trayecto de unas 25 cuadras. Yo estaba aterrada de que el conductor nos hiciera algo al bajar y le pedí que lo hiciéramos antes, pero él se negó y me dijo molesto: «Mireya, tenemos tan pocos derechos, que los que tenemos hay que defenderlos», dejándome callada. Desde*

entonces, lo admiré y cada vez que siento que alguien pretende pasarme a llevar me acuerdo de él y no dejo que eso suceda”, reflexiona Mireya.

Su amiga

En sus años universitarios, Claudio hizo muchos amigos y amigas. Pero entre todos ellos, su compañera inseparable fue siempre Inge Buckendahl, junto a quien pasaba largas horas de estudio y conversación en las escaleras del edificio de calle Belgrado —hoy José Carrasco—, donde estaba la Escuela.

Tanto así que era raro ver a Inge sin Claudio, así como también lo

era ver a Claudio sin Inge. Siempre iban juntos y si uno de los dos faltaba, siempre nos preguntábamos ¿por qué no está?

“Tuvimos diferencias, pero absolutamente nada logró quebrantar nuestra amistad, una amistad que trasciende el tiempo, una amistad que sobrevive incluso a su propia muerte. Pocas certezas quedan ya en la vida. Tal vez una de esas pocas es que volveremos a encontrarnos, de eso no dudo, no importa cuándo como ni dónde”, recuerda Inge con entrañable cariño.

“Fue mi gran amigo de juventud. Han pasado ya más de 25 años desde el día de abril en que yo buscaba en la sala de clases con curiosidad al joven de apellido francés, con altas expectativas en su apariencia. «Siento defraudarte; de apariencia francesa, nada», me dijo”, agrega su amiga a quien en realidad nunca defraudó.

Me heredó su alegría de vivir y un apelativo alusivo a mi apellido que nunca nadie más usó —y está muy bien que así sea— porque siempre fue solo para su uso, ‘buckecito’. Incluso, diez años después de su muerte, a Inge fue a buscarla el gran amigo de Claudio, Gonzalo, intentando averiguar si era verdad lo que él decía sobre “buckecito”. Y a partir de ese momento Gonzalo también se transformó en su amigo y sigue hasta hoy a su lado, probando su lealtad y entregándole, “como un consuelo”, ese vínculo mágico que Claudio producía en quien lo conociera más allá.

La radio y la política

Precisamente junto a Inge, además de Verónica Franco y Daniela Araneda, Claudio hizo su memoria de título en 1990 sobre el tema “Hernán Olguín y su influencia en el periodismo científico”, aunque hacía rato que él había comenzado a trabajar en radio y se había enfocado en Política, un área fascinante en aquellos años de vuelta a la democracia.

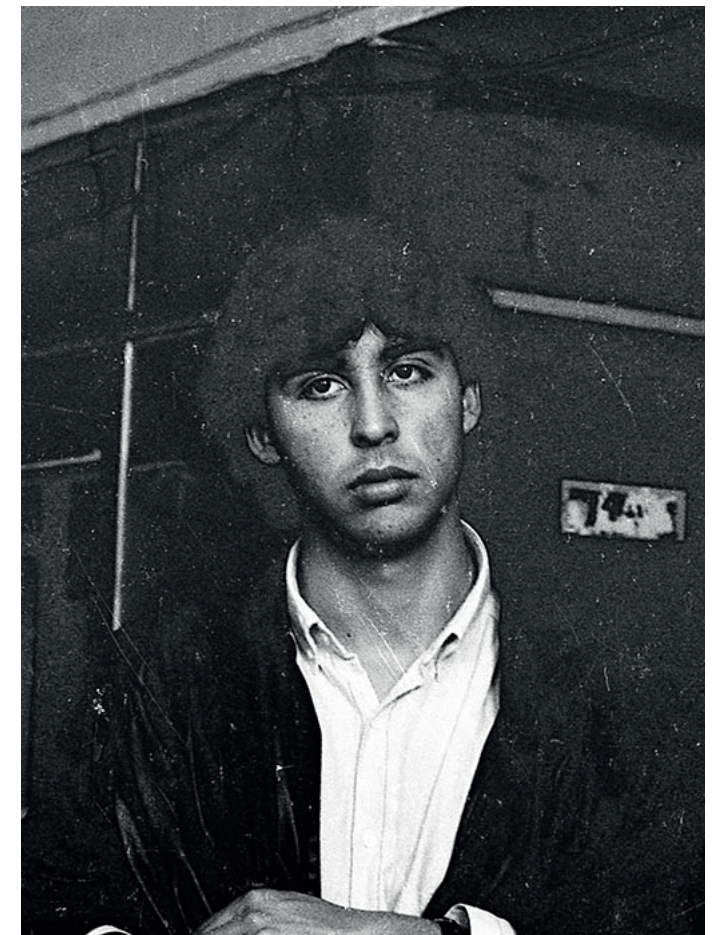
Su corta, pero no por eso no intensa carrera, lo llevó a la Agricultura, luego la Chilena y desde mediados de 1991, a la Cooperativa, donde finalmente se consagró en el periodismo. En este medio comenzó reportando en Santiago los partidos políticos, hasta donde llegaba con su enorme grabadora y vestido impecablemente de terno y corbata a recoger la noticia. Destacó y por eso se convirtió

en el periodista del Congreso Nacional de la emisora, por lo que se trasladó a vivir a la Quinta Región.

En el Poder Legislativo es recordado como uno de los mejores reporteros que ha pasado por esos pasillos, por sus despachos completos e impecables, respondiendo plenamente a las expectativas que sus superiores habían puesto en él, pero sobre todo a la necesidad de los auditores de conocer estas informaciones.

La enfermedad...

Incluso antes de trasladarse a Valparaíso, en algunas ocasiones Claudio se vio muy delgado, pero nunca dijo que estaba enfermo. Es por eso que muchos de sus compañeros y colegas fueron dolorosamente sorprendidos con su temprana muerte, el 11 de septiembre de 1995, cuando tenía solo 28 años de edad, producto de las complicaciones de una neumonitis fulminante.



Claudio Le Fort. Octubre de 1986.

Muy temprano aquel día, Sergio Campos anunciaba su fallecimiento por la Cooperativa, dejando helados a todos quienes lo conocieron. En su velorio, la capilla ardiente se llenó de flores, pero sobre todo de la presencia de sus amigos y de Lidia Fuentes, su inseparable polola quien resignada aceptó este doloroso desenlace.

Hasta ahí también llegó la mayoría de las personalidades políticas que él conoció profesionalmente, luego de lo cual sus restos fueron trasladados en Santiago, donde fueron despedidos en su liceo de Recoleta, “el Murialdo”, que lo acogió como al hijo que regresa a decir adiós.

Su huella

“Claudio fue mi hermano por opción, mi compañero de ruta durante más de diez años y nada logrará llevarse eso, su cariño. Fue y será inmune al tiempo, que dicen todo lo cura. Yo no dejaré que ese tiempo deslave su recuerdo; por el contrario, lo mantengo vivo contándole a mi hijo sobre él. Claudio fue la primera gran pérdida de mi vida, pero aunque su muerte me mostró cuán duras son esas pérdidas, también me probó que hay sentimientos que pueden ser eternos”, dice Inge Buckhendal.

Y Mireya, agrega: *“Lo recuerdo... un día de 1990 en que luego de nuestro trabajo en la radio Chilena fuimos al cine. Estábamos sentados en uno de los bancos de la Plaza de Armas comiendo helado tras ir ver “Cinema Paradiso”. La escena se me cruza ahora con lo que vivimos en la micro; siempre lo vi como a un duro, pero esa tarde me demostró que también podía ser muy sensible porque me dijo: «Mireya, ¿lloraste al final?» y le respondí: «Claro que sí». Entonces, me miró con sus ojos enormes y replicó: «Yo también», y me sonrió...’ Nunca olvidaré esa sonrisa”.*



Generación 1985. A parecen Claudio Le Fort, Claudia Araya y Rubén Bravo, fallecidos.

Carolina Eva Cárdenas Beltrán

“ERA LA MUJER MÁS DECIDIDAMENTE PERIODISTA QUE HE CONOCIDO”

Por Christian Fuenzalida

— 256

La Carolita se reía de una forma tan rotunda, como la manera en que expresaba sus opiniones. A menudo había poco que añadir a lo que señalaba. Más a menudo me tocaba cambiar de tema, para evitar la predecible derrota ante la polémica. En los 10 años de vida compartida, muchas veces lamenté ese rasgo que hacía a las personas darse vuelta para identificar a la apasionada comentarista. Me daba vergüenza, a veces rabia, jamás indiferencia.

Hoy, Carolita, extraño tanto esos momentos. También los libros compartidos, la política de cafetería, ese vestido azul, la risa inoportuna con los dientes chuecos.

La nostalgia por lo amado e irremediablemente perdido tiene esa extraña debilidad por los defectos antes que las virtudes. Quizás porque es en la imperfección donde somos únicos, donde vivimos nuestra más profunda identidad.

La Carolita que todos conocieron era la mujer más decididamente periodista que he conocido. Le encantaba esta profesión desde la más absoluta de las convicciones. Ante mis dudas, ella exhibía certezas apabullantes. Su rigurosidad y disciplina intimidaban. Pero esos atributos los volcaba de manera impensada en aquello que más le gustaba: las historias de seres mínimos, abandonados o no escuchados. Era especialmente hábil hablando con los niños. Los hacía reflexionar y opinar de una manera única. ¿Se acordará alguno de estos niños de hace más de 20 años, de esa mujer que alguna vez los puso frente a una cámara para expresar su punto de vista? Un mes antes de cumplir 32 años, Carolina Eva Cárdenas Beltrán se consumió como lo hacen las llamaradas más intensas. Dejó una hija que se ríe sin estridencia, pero con la misma franqueza; amigos agradecidos por la sinceridad de su afecto; un compañero eternamente solo, y señales incorruptibles de su paso por la vida de todos los que la conocieron.



Carolina Cárdenas. Mamá.

EXIGENTE, INFLEXIBLE Y SOLIDARIA

Por Hilda Pacheco Barrera

Carolina Cárdenas Beltrán llegó a estudiar periodismo a la Universidad de Chile de su oriundo Rancagua. De sus padres, profesores normalistas, heredó ese rigor implacable que la caracterizaba y un profundo respeto y admiración por la labor docente y la educación. Al egresar del Liceo de Niñas de la ciudad, su primera opción fue la carrera de Química y Farmacia, también en la Chile; pero, un par de años más tarde, se encontró con la que sería su vocación definitiva: el periodismo.

Como estudiante, la recordamos por su autoexigencia y rigor. Tanto, que en más de una ocasión ambas cualidades le valieron ánimos en contra por su negativa a postergar fechas de entrega de trabajos o correr el día de una importante prueba. Sin duda, así como daba el máximo de sí en todo lo que emprendía, era inflexible a la hora de exigir a los demás dar también el ciento por ciento. Pese a ello, era solidaria y siempre brindaba apoyo académico al que lo necesitase, compartiendo apuntes y cuadernos o recordándole a algún compañero un poco “relajado” las fechas de exámenes o trabajos.

Por su herencia, le gustaba enseñar y en cuanto surgió la oportunidad, se convirtió en ayudante; tarea a la que se dedicó con la entrega con

la que abordaba todo aquello que asumía como su responsabilidad. Estando aún en la Escuela, Héctor Velis Meza les propuso a ella y Christian, su pareja y después, marido, unirse al equipo de producción de un nuevo programa misceláneo en Megavisión, que conducían Cristina Tocco y Juan Carlos Bencini (una dupla que, por cierto, no dio mucho que hablar ni perduró). Para Carola, sin embargo, fue el principio de una relación con la televisión que no había ambicionado (amaba el periodismo escrito), pero que le dio grandes satisfacciones y en la que dejó una huella, por su indudable calidad profesional y humana.

Ser parte del departamento de prensa de un canal, fue su ambiente natural y lógico. Así lo demostró en los años que integró el equipo de Chilevisión Noticias, cuando lo lideraba Jaime Moreno Laval bajo la administración de los venezolanos. Y, más tarde, aunque solo por un par de años, cuando fue llamada de Televisión Nacional de Chile para ser parte del noticiero.

En ambos equipos de trabajo dejó recuerdos que hasta hoy persisten en quienes la conocieron. No solo por su rigor profesional, su mente cuestionadora y su sonrisa sincera, sino también por ser una compañera cariñosa y una amiga incondicional.

HUMANIDAD Y CALIDAD PROFESIONAL

Por Sergio Pizarro

Gazi Jalil, Editor General de TVN, me llamó a su oficina. Era 1995 y yo recién había entrado como Editor de TVN. Llegaba de ser subdirector de Chilevisión, donde habíamos formado con Jaime Moreno Laval, todo el departamento de prensa con la nueva administración de Venevisión y la Universidad de Chile. *“Sergio, me dijo Gazi, con Michael Müller queremos formar un grupo de reportajes para el fin de semana. Necesitamos reforzar esos noticiarios y tú conoces periodistas para contratar...”*

Carolina era una joven periodista que ya estaba cuando llegué a CHV. Había egresado hace unos pocos años y Nicolás Quesille, entonces Editor General de CHV, quien había sido su compañero en la U, me la recomendó para formar el equipo de reportajes de la sección “A Fondo” que creamos. Así conocí su calidad profesional y su humanidad para abordar el trabajo periodístico. Crítica permanente de su propio quehacer. Y en esa duda persistente, estaba la búsqueda de la perfección. Pero su trabajo era brillante. Capaz de transformar un suceso en una historia y una declaración en un testimonio encendido de emociones. Trabajaba la imagen con cuidado, destacaba el sonido directo y era cuidadosa con la musicalización y los efectos.

Cuando realizábamos las pautas de los reportajes, ella trataba de profundizar el tema hasta los últimos detalles. Le gustaba salir conociendo el foco y el propósito de su trabajo. Después, el reporte daría la estructura final. Luego, revisaría el material y escribiría su

libreto para volver a discutir cómo sería mejor. Se llevaba bien con los equipos con los que trabajaba. Camarógrafo y compaginador. Les exigía, pero en buen tono y los hacía tomar parte del proyecto. Sabía trabajar en equipo.

En TVN, Carola preparaba reportajes para sábado y domingo junto a Rodrigo Espinoza, el otro colega que llegó del Canal 11. Rápidamente, Carola se hizo conocida por su calidad profesional. Se acopló al equipo de periodistas y fue respetada y querida por todos. Tenía la capacidad de reportera típica de la gente de la U. de Chile. La profundidad y complejidad en sus análisis. La intelectualidad y liberalidad en la búsqueda de la verdad a todo nivel. Sin miedo a transgredir, pero cuidando la forma de elaborar el mensaje para no ofender.

Era de mente rápida y eso contrastaba con su hablar dulce y tranquilo. Pero su palabra era fuerte y asertiva. Sin embargo, era capaz de empatizar con sus entrevistados para que abrieran sus vidas y contaran sus historias.

... Gazi, con un lápiz Bic en su mano derecha golpeaba el índice de la mano izquierda. Esperaba mi recomendación. Carolina Cárdenas, dije. Así, esa tarde de 1995 decidimos traer a Carola a TVN, su nuevo desafío profesional. Fueron dos años hasta 1997, cuando se fue a su prenatal, pero hablar de su despedida no es necesario. En realidad, Carola no se ha ido.

“SIN MEDIAS TINTAS”

Por Carola Muñoz

“Intensa, apasionada y frontal. Sin medias tintas, sin soluciones transaccionales...Así fue siempre, con todo y con todos... excepto con su hija. La recuerdo enternecida, haciendo planes embobada, construyendo su mundo, imaginando el futuro amplio y abierto que se anunciaba. Cuando estaba con ella, no había tiempo para nadie más. Llegaba del canal al departamento, solo para dedicarle



Cuarto año de Periodismo. Carolina Cárdenas (en primera fila) la más risueña del curso.

el resto del día a ella, en exclusiva... Le leía, le cantaba (le dedicó la canción “Quién es la que viene ahí” de Los Tres y hasta hoy lloro cuando la escucho), la abrazaba... Si alguien la llamaba por teléfono durante esas horas, era cortante y directa. Ya habría tiempo para la conversación de adultos. El tiempo para la Nata era un espacio donde sólo cabían ellas dos. Y nosotros entendíamos”

José Andrés Urruticoechea Basaure

UN INOLVIDABLE (27-4-1965/8-1-2010)

Por Marco Valeria

260

La zona de Plaza Italia estaba cubierta por una neblina que hacía aún más oscura la noche. Durante el día anterior había llovido sobre Santiago, por lo que el ambiente era especialmente húmedo y lúgubre. Un grupo de muchachos, de no más de 21 años, desafiaba el frío y a la policía de Pinochet. En 1986, la juventud era casi un pecado, duramente sancionado por el estado policial de la dictadura.

Las piscolas, fervientemente consumidas durante las horas anteriores, encendían la sangre y desdeñaban cualquier peligro o mariconada. Había que seguir la fiesta hasta donde diera el cuerpo. En la frontera psicológica de las dos de la mañana, que es cuando la mayoría de las veces se decide con seguir en la refriega etílica o irse para la casa, uno de los jóvenes cayó sobre sus rodillas y luego inclinó su cuerpo hacia un costado como quien es abatido por un disparo. Sus camaradas, también heridos por el fruto de la vida, hicieron un esfuerzo heroico para levantarlo, pero por respuesta recibieron un rechazo rotundo.

La jornada no estaba para pendejerías. “Déjenme aquí, sálvense ustedes”, se escuchó nítido como una campanada. Ante la insistencia,

el joven no retrocedió. “*Ya poh, los hueones, les dije que se fueran, los culeaos*”, refrendó. No había nada más que hacer.

Los pormenores del fin de la historia se perdieron con el tiempo desde esa helada noche de junio. No se habló más del asunto, aunque quedó traslúcidamente reflejada la personalidad de José Andrés Urruticoechea Basaure, nuestro sujeto en cuestión. El wueón era porfiado. Putas que era porfiado, aunque él no tenía la culpa, como tampoco del trabalenguas de su apellido. Más bien el apellido era el culpable de todo.

Don Chuma

Ildefonso, su padre, había llegado a Chile desde el País Vasco, luego de la Guerra Civil española para instalarse en el sector de Independencia y trabajar un puesto de frutas y verduras en la Vega Central. Cada vez que podía dejaba en claro que pertenecía a los Urruticoechea del ala pobre de la familia y que su padre era hincha del humilde club Iberia de Los Ángeles, hoy en Segunda División. Por ningún motivo podía alentar a Unión Española que representaba las facciones acomodadas de la colonia hispana.



José Andrés Urruticoechea. El “Don Chuma” vasco.

Nunca confesó fanatismo por algún equipo, aunque lo vieron celebrar algunos goles de Colo Colo. Incluso, en 2006, vio la final de la Copa Sudamericana que los albos perdieron ante el Pachuca mexicano en el bar Quitapenas, frente al Cementerio General.

Desde sus tiempos en la Universidad de Chile y para hacer más fluida la comunicación, sus compañeros en la escuela de Periodismo optaron por llamarlo, simplemente, “Urruti”, cosa que él aceptó de buena gana, ansioso también de hacer amistades, aburrido de su condición de hijo único, mimado y consentido por doña Catalina, su madre. Aparte que incluso era una solución para él mismo, debido a que su

atropellamiento para hablar se hizo ampliamente conocido. La verdad es que a veces no se le entendía nada. Y, lo más probable, es que estuviera diciendo algo muy entretenido y/o inteligente.

Entonces era más fácil llamarlo de esa manera, que en algunas temporadas variaba a “Burru”, “Andrés” o “José Andrés”. Los más cercanos osaban decirle también “Don Chuma”, por su innegable parecido con el personaje amigo de Condorito. Claro que ese mote estaba reservado para los que él consideraba sus amigos, quien no lo fuera podría haber recibido una devastadora patochada directa al mentón o un ladrido humillante. El hueón era pesado, a veces. Al decirle “Don Chuma” se le estaba recordando su tremenda nariz, el típico bigote de la caricatura y el pucho siempre encendido entre los labios. Alguna de esas características podía no gustarle. El parecido en algunas ocasiones era abrumador. Eso ocurría cuando a Urruti le daba por innovar con la moda, especialmente en invierno. Impacto causó la primera vez que se apareció por la cafetería de la Escuela de calle Belgrado, actual sede la Fech, ataviado con un sombrero negro, igual al de “Don Chuma”, y un abrigo largo, de hombre viejo, quizás conseguido a bajo precio en las tiendas de ropa americana de calle Bandera, más un paraguas frondoso, con cacha curva de madera. El hueón era ondero.

Andrés hizo la práctica en el diario Las Últimas Noticias, en 1988, cuando su director era Fernando Díaz Palma. El enjuto reportero destacó inmediatamente por su fina ironía y profundidad en el tratamiento de los temas. No debió esforzarse mucho para que sus jefes de la época decidieran contratarlo. Las cosas se le dieron fáciles, porque dominaba el oficio como un periodista avezado. Quizás por eso, en lugar de apoltronarse, decidió encarar otros retos. Como bien ya explicamos, Urruti hablaba como las reverendas. Parece que tuvo dislexia cuando chico. Por eso la tele y la radio le estaban vedadas. Lo suyo era la prensa escrita, donde se desempeñaba por sobre la media.

En todo caso, tuvo su consagración en la pantalla chica. Se había ido a trabajar a la revista Qué Pasa, donde el director era Roberto Pulido. Para su mala suerte, aquella publicación había optado por promover sus ediciones con spots publicitarios televisados. “Fuimos a Coyhaique en busca del Rambo chileno”, se le alcanzaba a escuchar a Urruti

en el comercial, parado frente a una biblioteca con un ejemplar de la revista entre las manos, impecablemente terneado.

Lo hueveamos hasta el cansancio, pero también lo felicitamos por el reportaje a Belarmino Morales, un desertor del Ejército que se había escapado a sangre y fuego, desde el cuartel donde estaba detenido.

“Donde se dislocan los sesos”, fue el título que eligió para su crónica sobre la Base Teniente Marsh, que la Fuerza Aérea de Chile mantiene en la Antártida. Si pues, Urruti estuvo ahí, también reportando para la Qué Pasa. Y mucho antes del accidente en la mina San José, supo de la tragedia de los mineros del carbón en Curanilahue, en la Octava Región.

Convencido de que su talento daba para cosas más grandes, emigró a la Revista del Domingo, de El Mercurio, la principal sección de reportajes de ese momento, a principios de los años 90. Ahí estuvo un poco más de un año, justo cuando la publicación estaba mutando desde los informes profundos y contingentes al nicho de los viajes y destinos turísticos. A Urruti no le gustó ese viraje por lo que decidió volver a Las Últimas Noticias, donde se le encomendó la edición de Reportajes y, posteriormente, la sub-edición de Crónica.

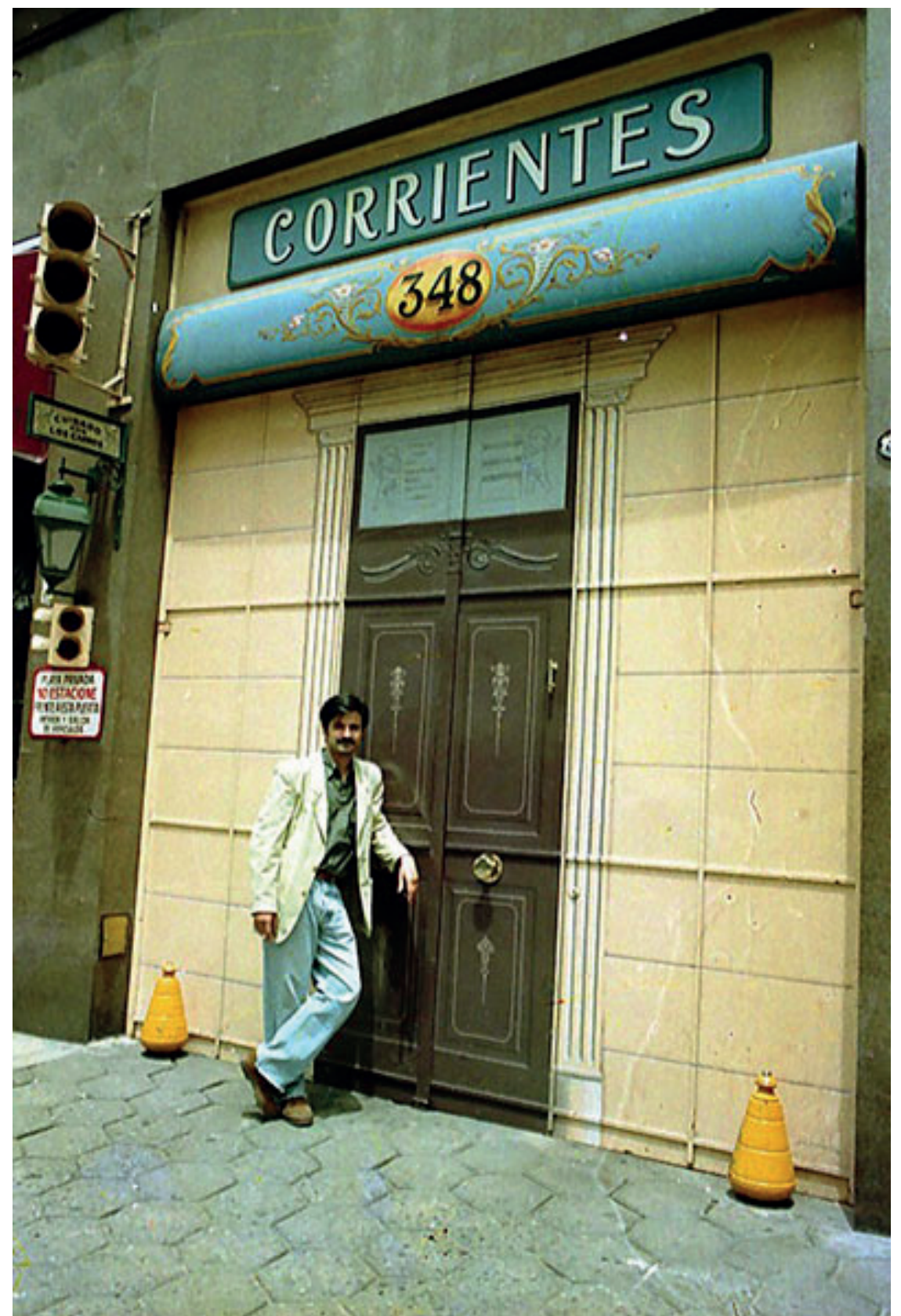
“Estrella” del Carnaval de Río

Todavía se recuerda su cobertura del carnaval de Río, en 2003, junto con el fotógrafo Guillermo Gómez, más conocido como el Willy Gómez. Estaba en el sambódromo metale música, garotas y desenfreno, pero lamentablemente tenía que conseguir una historia entretenida para el diario. No tenía nada de nada. Ahí entró a tallar la suerte que acompaña a los campeones. Cuando perdía las esperanzas vio muy cerca a la súper modelo brasileña Gisele Bündchen. Como no conocía la timidez comenzó a llamarla a grito pelado. “Somos de Chile, de Chile, de Chilee”, le decía al monumento de mujer. Justo la muchacha andaba con un amigo que era chileno. Cuento corto: terminó entrevistando a la beldad, con fotos desde todos los ángulos y besitos incluidos.

Así fue consolidando un prestigio como un estupendo profesional, admirado por los más pretenciosos de la época. No había mucho que discutirle, porque generalmente estaba en lo cierto. Por eso,

más que contradecirle, sus periodistas aprovechaban de aprender con sus correcciones y puntos de vista de las notas. En todo caso, tampoco servía mucho llevarle la contra porque, como bien dijimos, era llevado de su idea.

Urruticoechea llevaba las cosas hasta el extremo, sin ambages. Por eso siguió yendo a trabajar todos los días pese a que su salud no lo acompañaba. Tenía que sentirse muy mal para que faltara a la pega. Tipo 11 de la mañana y en la tarde, como a las cinco, se paraba y ca-



Buenos Aires. En el mítico Corrientes 348.

minaba con un cigarro escondido en la palma de la mano. Cuando llegaba donde su eventual cómplice lo mostraba, en señal de que quería compañía para fumar. Sabía que le hacía mal, pero se daba ese pequeño lujo. *“No me costó nada dejar el copete, pero putas que me ha costado con el pucho”*, explicaba cuando se le decía o más bien se le increpaba para que dejara el vicio.

Resulta raro que no esté. Uno pensaba que Urruti envejecería con todos los de su generación. Uno se lo imaginaba como un gran compañero en la vejez, porque conocía todas las historias de juventud y le gustaba contarlas y conversarlas. La tercera edad, como le llaman, seguramente habría sido más llevadera con un amigo como Urruti, siempre dispuesto a conversar hasta el hartazgo de los temas más inverosímiles, desde los potenciales atractivos de los bares-discotecas hasta los secretos del tiempo y el espacio, pasando por la degustación de carnes, tintos y pernils, aderezados con la música de Lucho Barrios, Domenico Modugno, Salvatore Adamo y los clásicos italianos de los años 60 y 70. Para el que quiera impregnarse de su presencia puede hacerlo en el sector de la Puntilla de San Juan, en Quintero, su lugar preferido y donde sus cenizas fueron arrojadas al mar.



Reunión de pauta en LUN. Urruticoechea al centro.

Guillermo Hidalgo Muñoz

EL CABEZÓN HIDALGO (1963-2009)

Por Charlie Donoso Astete.

— 264

Si uno era amigo de Guillermo Hidalgo Muñoz, el Cabezón Hidalgo o el Guille, sabía que no podía pasar a verlo a su departamento los domingos. Nunca estaba. Habitualmente lo pasaba en su casa familiar al fondo de un pasaje pequeño y estrecho de Av. Macul, frente al Pedagógico, junto a los bomberos.

Llegaba en la mañana para compartir esa jornada con su familia, para él muy importante. Allí se reunía con su madre y su padre, que falleció unos años antes, sus hermanos y hermanas, y con sus sobrinos, a quienes adoraba.

Si uno llegaba a esa casa a la hora de la siesta, invariablemente Guillermo estaba recostado de guata en el sillón principal con los cojines arrumados alrededor de su cabeza. Esa postura se la vi en varios sillones en diferentes lugares, en el país y en el extranjero. Fuimos compañeros en Periodismo de la Universidad de Chile entre 1984 y 1988. Amigos desde fines de 1985. Cuando él vivía en su casa paterna y yo en la mía, siempre llegábamos a la suya, más central para las salidas nocturnas. A la hora que fuera poníamos en el VHS Alien, Blade Runner, El Padrino, Fuego Camina Conmigo, Berta

Ladrona y Amante, Más Corazón que Odio o una porno. Tipo 10 AM, su madre, Myriam Muñoz, tocaba la puerta para anunciar que estaba listo el desayuno. Siempre, aunque hubiéramos llegado a las 6 AM metiendo algo de bulla desde alguna fiesta de la U. o una salida a bares que nos gustaban, como El Liguria. O Las Alegrías de España (que siempre estaba abierto) y uno muy freak, no sólo por el nombre: el Quick Lunch Alemán, en Av. Apoquindo casi frente a Manquehue. Empleados y trabajadores de otros locales, de los malls, colectiveros y taxistas eran los habitúes de aquel local. Abierto hasta tarde, tenía mozos simpáticos y atentos, lo que ya es raro. Una vez pedimos la recomendación del chef: carbonada, que preparaba para él y el personal. Era buenísima. A veces matizábamos con un completo, siempre acompañado de vino tinto. Volvimos varias veces allí sólo por la deliciosa carbonada reparadora.

Como era típico de Guillermo, establecía rápidamente una conversación, no diré profunda, pero muy dinámica y entretenida, que embelesaba o al menos interesaba sobremanera a su desconocido interlocutor: un garzón, un taxista, un parroquiano, la hermana de alguien. Tenía una fina habilidad para captar el tipo de persona que

tenía al frente y ganarse su confianza con tres o cuatro frases. Incluso con Carabineros.

Una noche en busca de copete

Un viernes estábamos viendo videos, leyendo revistas, fumando y bebiendo en su departamento de Monseñor Müller, hablando en torno a nuestros fetiches –Borges, Elvis, Carver, Joyce, Chejov, los westerns, Led Zeppelin, Sinatra y sus amigos, entre los suyos– y se nos acabó el copete a eso de las 10 de la noche. La botillería de la esquina estaba cerrada, pero había un Esso Market en José Miguel Infante con Eliodoro Yáñez. Y hacia allá partimos, yo manejando. Hablamos de los años '90 cuando no había paranoia antialcohólica y éramos más irresponsables. Para no salir a Providencia, donde era



Guillermo Hidalgo en Graceland, frente a la casa de Elvis Presley

probable que estuviera la policía fiscalizando, Guillermo me convenció que fuéramos por Av. Salvador y entráramos por Dr. Hernán Alessandri hasta José Manuel Infante. Una vez allí el problema era que nos pasábamos de nuestro objetivo por unos 50 metros y el sentido de Infante es hacia el sur. Y Guillermo: “Dale hueón, dale, si no viene nadie”. Y doblé a la izquierda contra el sentido del tránsito y antes de llegar al local una camioneta de seguridad ciudadana, estacionada con las luces apagadas al otro lado de Eliodoro Yáñez, encendió sus luces y las balizas, como una patrulla de Blade Runner. “*Les faltó volar a los hueones cuáticos no más*”, recordábamos después.

La camioneta se pegó al lado nuestro, de una manera incluso agresiva, en el estacionamiento de la bencinera, y del costado del copiloto bajó un carabinero, muy asumido en su rol. Nos bajamos. Yo sólo pensaba en que iba a conocer la Capitán Yávar, la famosa unidad a la que llevan a los infractores por conducir bajo los efectos del alcohol, y decía en voz baja: “*La cagamos. La cagamos*”. Y Guillermo: “*¡No digai na, déjame a mí!*”

–*¡Buenas noches, documentos!*

(Los paso). No lo miro a los ojos y guardo silencio.

Mientras Guillermo empieza: “*Oficial, oficial. Buenas noches. ¿Hace frío, eh? Fue culpa mía. Le juro que fue culpa mía. Estoy de cumpleaños y se nos acabó el copete. A ver, chucha, no ando con mi carnet. Imagínese un cumpleaños sin vino ni cervezas. Sólo con amigas. Lo invitaría, pero sé que está trabajando, aunque otro día igual puede pasar. ¿Tiene donde anotar mi dirección? Somos periodistas, gente buena onda. Si va a llevar a alguien preso tiene que ser a mí. Tiene que ser a mí. Yo le dije a mi amigo: «Métete no más si son 20 metros. Nadie cacha». Y él no quería. Pero las minas nos están esperando. Y usted sabe cómo son, ¿no?*”

El carabinero aparta su mirada de Guillermo, me mira y exclama:

–*¡Señor, usted está bajo los efectos del alcohol!*

Yo bajo la mirada.



Paseo del curso en 1985. Guillermo Hidalgo es el primero de la derecha.

–*No exageremos, señor oficial* –intervino Guillermo–. *Nos tomamos unas copas como en cualquier cumpleaños, pero estar bajos los efectos del alcohol es extremar las cosas... Y los tiempos del extremismo ya se fueron.*

Hubo un silencio. Largo. Yo miraba mis pies, tenía muchas ganas de reír.

Tras meditarlo y escudriñarnos, el policía dijo:

–*Ya, voy a dejar pasar esta. Por lo menos ustedes tienen cara de buenas personas.*

Una vez libres, entramos al local y compramos cerveza.

Cuando volvíamos al auto frente al carabinero, la bolsa que llevaba Guillermo se desfondó y se quebró media docena de botellas, frente al policía que miraba cómo la cerveza corría por el suelo y llegaba a sus zapatos.

Guillermo exclamó: “*Bueno, tampoco va a ser una noche perfecta.*” El policía nos miró incrédulo. Rajamos.

2 Guillermo Hidalgo fue el mejor jugador de fútbol que he conocido. A mí me gustaba jugar a la pelota, pero era del montón. Verlo

jugar a él era un deleite. Tenía unos quiebres de cintura desconcertantes. Además había memorizado formaciones completas de selecciones del continente, de equipos finalistas de la Copa América, de campeones mundiales. Coincidíamos en que cuando uno es niño, jugar bien a la pelota es sinónimo de liderazgo. Su clave, decía, eran sus pies relativamente pequeños (39 creo que calzaba, igual que Maradona). En los primeros años en la Universidad de Chile todavía era delgado y a veces hacíamos un alto en el juego de *black jack* en la cafetería de la señora Carmen, nuestra actividad los viernes, y cruzábamos a la pista de recortán de la facultad de Economía, junto a la Escuela, con otros compañeros, para una carrera. Siempre Guillermo ganaba. En su blog recordaba que *“en una interescolar llegué tercero en la posta de cuatro por cien, detrás de dos monstruos del Verbo Divino, muy bien equipados con trajes especiales, mientras yo lucía calcetines con rombos. Nada mal para venir de un colegio particular de Ñuñoa y después de haber sido el quinto en recibir el testimonio en la última etapa”*.

3 A diferencia de otros colegas, Guillermo nunca tenía problemas de efectivo. Su paso por el programa CIAV-OEA en Nicaragua, un plan de integración a la sociedad de los *Contras* –intercambiaban armas por herramientas, alimentos y semillas– lo dejó con una base financiera sólida que le permitió vivir siempre tranquilo y viajar mucho. Le encantaba moverse. Residió largos períodos en Barcelona, Madrid y en Estados Unidos (de Aspen, Colorado, tenía grandes recuerdos).

Una conquista frustrada

Antes de eso, cuando aún estábamos en Periodismo, decidimos ir a Buenos Aires, vía Mendoza, en bus, para luego conocer Florianópolis en Brasil. En el bus entre Mendoza y Buenos Aires, en medio de la noche desperté sin saber dónde estaba. Me di cuenta que mi compañero no estaba a mi lado. Lo busqué caminando por el pasillo. Y lo divisé más adelante besándose apasionadamente con una muchacha. Volví a mi asiento contento por el logro. Cuando amanecía regresó junto a mi asiento para decirme que la chica lo había invitado a su casa, que almorzaría con ella y que después de una siesta nos juntáramos en la boletería del terminal de buses de Retiro.

A mí me complicó porque no conocía la gran y fascinante ciudad.



Un as del ping-pong. En la mesa de la Escuela. Año 1986.

Pero absolutamente lo entendía. Antes de descender del bus, Guillermo me presentó a su conquista y luego ella bajó delante de nosotros. Apenas puso un pie en el suelo un joven alto –un gaucho fiero y mocetón le llamamos después– abrazó y besó a su mujer. Guillermo, sin salir de su asombro, me miró y abrió en redondo los ojos. Yo apenas podía contener las carcajadas. Los cuatro nos saludamos. Ella (¿Tania? ¿Tatiana?) nos presentó como los amigos chilenos que le hicieron compañía en ese viaje tan insípido entre Mendoza y Capital Federal. Nos despedimos como hermanos en la losa de Retiro. Con Guillermo caminamos a buscar un hotel. El viaje avisaba que venía lleno de sorpresas.

4 A mediados de septiembre de 1994, desde Estelí, Nicaragua, recibí una carta de siete páginas manuscritas por Guillermo el 2 de ese mes, respondiendo a la que yo le había enviado. En ella empezaba con algunas observaciones, como “¡Putas que tenís fea letra!” y “Creo que es imperioso hacer una revista; a mi regreso hablaremos de esto” (fue la primera luz que llegó de The Clinic y Fibra).

“¿Y cómo quiere que le diga?”

Algunas líneas de esa carta que reproduzco reflejan en parte la personalidad de mi amigo, su capacidad autocrítica, su enfrentamiento con la culpa, la carga de la soledad y su sentido del humor. Lo tenía enfermo la hija de su empleada: *“Pendeja hija de puta, me tiene loco. Hace unos días lloró todo el día. Le di agua con azúcar y vino... El drama, que increíblemente me afecta, es más o menos así: en mi casa, desde hace dos meses, quizás tres, trabaja una señora excelente. Su hija es vanidosa, pues es joven y bella. Son pobres, naturalmente, pero muy dignos. Como los nicas son muy particulares, la chavala ésta trae a sus amigas a la casa. El otro día, mientras yo estaba en Managua, vino con su novio. El tipo que vive conmigo me dijo que esto ya le parecía el colmo, así que hablé con la niña, cariñosamente. Le expliqué. No me decía nada. Me tiene miedo. Al final casi lloro yo por la desgracia de esta gente. Le dije una cosa que ella jamás entendería, que me cuesta mucho comunicarme con su pueblo. El caso es que al día siguiente la niña lloró todo el día. Le dije a su mamá que ni casa tenían, que mejor se salía de la universidad para trabajar y ayudarla. Me dio una pena negra. Yo, un hijo de puta extranjero, ganando lo que no merezco, mientras esta gente su-*

fre de esas privaciones en su propio país. Y que además cuando trata de hablar con ellos intentando explicar las cosas, dice: «Va pues, usted es el que manda». En la conversación con la niña le dije que el respeto no consistía solamente en que me dijera don Guiller, sino en que no se aprovechara de mi ausencia para hacer lo que quisiera y en que me saludara por las mañanas y en que no me considerara un estorbo. Que me podía decir también don imbécil o don hijo de puta. «¿Y cómo quiere que le diga?», me preguntó. Increíble. ¡Tenía unas ganas de empelotarla!... Necesito una historia de amor.”

A fines de 2011 Catalonia y Ediciones UDP publicaron un libro con notas, entrevistas y columnas escritas por Guillermo. Fue una muy buena iniciativa, aunque me disgustó el título: *Crónicas para perdedores*. Estoy seguro que él hubiera preferido *¡Pico pa'l que lee!* Lo sugerí, pero en vano.

A veces no me parece un delirio creer que Guillermo Hidalgo vive en una ciudad isleña en Francia (en Córcega, por ejemplo, donde ya estuvo). Y que su muerte es parte de una especie de experimento social, quizás con qué fines. Cuando visito a su madre o me junto con algunos de sus hermanos, o su sobrino mayor, Pedro Hidalgo, busco alguna señal, un gesto involuntario que alimente esa fantasía, esa esperanza. Ellos deberían saber. Nunca lo he encontrado.

Lo extraño. Siempre. Además, no ha cumplido con su parte: hace unos 10 años pactamos que el que moría primero se iba a comunicar con el que quedara, como fuera, para contarle cómo es estar muerto. Esto también me hace pensar que no lo está.

Marta Andrea Machuca Arriagada DE VERAS QUE ODIABA LLAMARSE MARTA

Por Francisca Escobar, Ana María Hurtado, Elisa Montecinos, Gabriela Bade y Gabriela Villanueva.

Machuca, la llamábamos con cariño. Era chica, ruda y audaz. Como la nuevas tendencias que llegaban de Conce con peinados, jerga y modas distintas, refrescando el enrarecido ambiente del Santiago de comienzos de los 90, se dejó caer un día por la Escuela de Periodismo, en ese entonces ubicada en la calle Belgrado (ahora José Carrasco Tapia) en un conjunto de casas que habían sido el cuartel general de la DINA.

La risa llena de ironía, los lentes rotos y Sábado o alguna otra lectura sesuda bajo el brazo; la crema fina en el velador y los bototos para la calle. Era rebelde y avant-garde, le gustaba ir contra la corriente. Vivió a concho sus escasos años de vida, realizó hazañas, proezas y viajes, cambió de ciudad y de carrera. No terminó Periodismo, donde la conocimos, ni Sociología, carrera vecina a la que se cambió después. Leía vorazmente y a un ritmo que varias nos hubiéramos querido. Era una intelectual de tomo y lomo, muchas veces nos sorprendía con lecturas inesperadas que algunas sólo pudimos digerir varios años más tarde.

Los domingos se leía entero el diario La Época y partía al cine.

Caminábamos hasta el Normandie para ver cualquier película de Kieślowski, muchas de Wim Wenders y otras tantas: Santa Sangre, Delicatessen, Una noche en la tierra. Después escuchábamos los cassettes con la música de las películas comiendo las delicias de la encomienda que su madre (“mi mami”, como ella la llamaba), le enviaba desde Cañete: nalcas, mermeladas, chorizos y quesos.

Esa calidez íntima y hogareña que se irradiaba desde el sur, y que ella celebraba y compartía, convivía sin problemas con su rabia contra el mundo y sus miserias. Esa rabia la descargaba con unas cuantas patadas bailando al centro de alguna pista, al ritmo de Los Tres y otros rockeros sureños que nos presentó en las fiestas de esos primeros años.

Tantas veces estudiamos en el departamento limpio y acogedor que compartía con su tío Caco y que su familia generosamente le había instalado en la capital para que pudiera vivir sin mayores contratiempos (y que como es de esperar no le gustaba). Si no es por ella, varias habríamos reprobado Psicología más de una vez.



Chica, ruda, audaz, rebelde, con una risa llena de ironía.

Vivir Vorazmente

Era capaz de generar redes y armar grupos de personas que antes no se conocían (algunos de los cuales aún conservamos la cercanía en que nos dejó). Así fue como logró que una pequeña multitud llegara a visitarla hasta Cañete. Por un par de días nos adueñamos del pueblo. Su mamá nos pedía que la cuidáramos. No era difícil quedar perpleja con algunas de sus salidas. A ratos parecía que habitaba en una especie de universo paralelo donde no había duda de que podía ser quien quisiera, sin pedir perdón ni permiso. El mundo tenía que abrirla espacio y quererla así. Y muchos la quisimos

así: genuina hasta lo impensable, leal, desprejuiciada, generosa, divertida, terrible y amable.

Le gustaba el caos, soltarse y dejarse caer como fuera, donde fuera, a la hora que fuera, sin medir consecuencias. Vivía aquí y ahora. No la oímos arrepentirse de algo. Era de las que daban un paso al frente a la primera provocación. Valiente y arrojada en una dimensión muy Machuca.

Debimos seguirle el ritmo en el Camino del Inca, donde iba a paso rápido pese a su escasa estatura, para alcanzar a un italiano que la había dejado prendada. En el mismo viaje bailamos por las calles de Puno al son del carnaval, y cómo nos reíamos. Vaya que era contagiosa su risa. Y apareció la sombra de la enfermedad, pero éramos jóvenes, la muerte no existía. No era posible que algo malo pasara. Probablemente esa sombra hizo que se revolucionara aún más y que quisiera vivir todo lo que no había podido hasta entonces: concebir hijos, viajar, creer en Carlos Castañeda y adentrarse por caminos chamánicos, exprimiendo al máximo sus posibilidades. Vivir vorazmente.

Algunos le escuchamos decir que no sería madre jamás y, más tarde, que la enfermedad no le permitía embarazarse, pero tal como cantó Walt Whitman, uno de sus poetas, ella era grande, contenía multitudes. Y quiso dejar su semilla. Aprendió platería mapuche, trabajó con la comunidad de su pueblo natal, se instaló en un centro cultural en Cañete, donde lavaba los pañales de sus guaguas con agua fría (porque como es de esperarse estaba en contra de los pañales desechables).

El 2007 volvió a México, donde había concebido a su primer hijo. Partió sola y con pocos pesos a buscar una cura con la Pachita, la mítica chamana de la que Jodorowsky habla en *Psicomagia*; encontró al hijo de Pachita pero al parecer éste ya cobraba prácticamente con Mastercard. No tuvo el dinero necesario para pagar el tratamiento, 10 mil pesos mexicanos.

Una vez de regreso en el sur de Chile, se le hizo cada vez más difícil respirar. Dejó tres retoños y muchas historias y anécdotas tras su partida con cantos mapuches.

Nacida el 13 de abril de 1974, Andrea falleció el 30 de octubre de 2010. Dos años antes de su muerte, difundió este mensaje:

Cadena para rezar por Andrea, 25 de septiembre de 2008

Hola queridos y amados amigos de todas partes, aquí estoy –respirando aún– pero me cuesta un poco más que a ustedes, ya saben...

Eso de enfermarse es algo serio y profundo, una experiencia mística que decidí vivir a concho, entonces no he podido rehuir ciertas cosas indispensables para un futuro desarrollo y espero de muchos también, entonces, que me ayuden a rezar, me han puesto esa condición para seguir viviendo, que muchos recen en mi nombre y me recuerden, respirando fuerte y hondo, como antes.

Es una cadena que comenzará este domingo, a las 8 de la tarde, hora de Chile, y se extenderá por un mes, cada día a esa misma hora.

Pueden prender una vela, incienso o el humito que sea, poner unas imágenes, música, bailar, lo que quieran (recuerden, cantar es orar dos veces)...yo en mi corazón ya se los agradezco tanto, sé que han estado conmigo todo este tiempo, les agradezco todo.

Pueden pedir también por ustedes, agradecer lo que quieran, bendecir, etcétera, etcétera... todo es libre y dura sólo cinco minutos... pero si se entusiasman!!! mejor.

Recuerden es sólo un mes, pasa volando...como la vida o el aire que necesito tanto...

los quiero mucho, amigos míos.

Andrea Machuca

PD: pueden reenviar a sus propios amigos, que como bien dicen las matemáticas, también son los míos.



Dejó tres retoños y partió con cantos mapuches.

III. Generación Campus
Juan Gómez Millas

Roberto Casanova Valdebenito

MATADOR DE GIGANTES

Por Alfredo Rojas Salinas y Roberto Rubio Ramírez.

Para ti y tu memoria ya he llenado suficientes cuadernos. Este es tu homenaje, pero no está escrito para ti. Ha sido escrito para todos los que quedamos dudando, para todas las palabras que un día no supimos darte y, por sobre todo, para nuestras mentes inquietas, en busca de una paz que aquí no encontrarán.

— 274

Ese día el auditorio Jorge Müller estuvo más silencioso que nunca. Las lágrimas de nuestros compañeros, las imágenes en el proyector que se sucedían una tras otra, el inexplicable rostro de los profesores; esos rostros que no encontraban consuelo ni respuesta. El desgarrador llanto de la tía de las fotocopias, el silencio, lo inexplicable otra vez. Sin duda era un ritual extraño, con una larga lista de preguntas flotando sobre las cabezas de los asistentes y un púlpito delante de ellos que los invitaba a acercarse a lugares que pocos querían enfrentar. Ese jueves 9 de diciembre de 2010 fue la coronación de un año maldito.

Algunos de los que estábamos ahí nos habíamos visto las caras el día anterior, en el funeral de nuestro compañero. Roberto Casanova estaba muerto. El Beto, como le decíamos, ya no volvería; y, por más que se quisiera, ninguna de las palabras lanzadas desde adelante serviría para ahuyentar las voces de tristeza que nacieron en su propia determinación.

La noticia nos llegó un día feriado. Un miércoles en el que Santiago amaneció con una gran nube gris tapando el cielo. La televisión

nos sorprendió esa mañana con una imagen horrible: el incendio en una cárcel de la capital que acabó con la vida de 81 personas. Quién hubiera pensado que, horas más tardes, la generación 2010 de la Escuela de Periodismo viviría su propia tragedia. Menor en proporción, pero particularmente dolorosa.

Hacía un par de años que el Beto había egresado del Instituto Nacional, lugar que le dejó unos cuantos disgustos. Sufrió la hostilidad de una competencia académica que jamás logró entender y quizás por lo mismo nunca tomó partido por ese orgullo institucional extremo que el colegio posee en ocasiones. Eran cosas que el Beto detestaba. Al salir, decidió estudiar Administración Pública, no por vocación, sino porque sus círculos más íntimos le terminaron por convencer de aquello; fue una decisión que lamentó en menos de un año.

Se hartó de aquella carrera por su manera de entender el mundo y la forma en que nadie era capaz de entenderlo a él. Finalmente, entró al ICEI a estudiar lo que reconoció muchas veces como su verdadera vocación: Periodismo. Durante esos primeros días de clases en el

campus Juan Gómez Millas, Beto se levantaba contento por las mañanas; estudiando lo que siempre había querido nada podía salir mal.

Su cariño por la carrera y por el campus quedó retratado en uno de sus primeros trabajos para la clase de Redacción: “Las diferencias entre la Escuela de Gobierno y la de Periodismo son abismales (...) No sólo en lo que a espacios, áreas verdes, infraestructura, horarios y administración se refiere, sino que también está el factor humano. La gran mayoría de mis compañeros de generación son excelentes personas y unos compañeros muy motivados. Antes de que entráramos a clases, ya muchos se conocieron desde antes vía Facebook y eso dio pie a que se asentaran todas las amistades, lo cual me parece notable. Nunca se me habría ocurrido. Yo llegué el mismo día lunes 22 y me tardé dos semanas en aprenderme el nombre de casi todos, pero eso no ha evitado que me lleve bien con ellos”.

Esta visión optimista duraría un semestre, o quizás menos, antes que todo comenzara a derrumbarse.

“A veces es mejor no ser”

El campus era una verdadera fiesta esos días. La selección chilena de fútbol ilusionaba a todo el país con su nueva participación en



Roberto Casanova Valdebenito.

un mundial en la categoría adulta y en el ICEI la cosa no era menor. En Periodismo se formaban grupos espontáneos para observar la incursión mundialera, influenciados por las aspiraciones de triunfo, la buena onda y las eventuales cervezas. Chile enfrentaba a Suiza; era el segundo partido del seleccionado nacional tras vencer a Honduras en un debut que exacerbó las ilusiones de una tierra mestiza con complejo perdedor.

Fue en ese ambiente carnavalesco que el Beto llegó hasta Plaza Italia con un grupo de compañeros a celebrar el segundo triunfo nacional. Las calles eran una fiesta, las micros, quintas de recreo y cada esquina podía tornarse en una juerga, entre cánticos y tambores improvisados. Tanto así, que hasta el tímido Beto se dejaba llevar por dicha efervescencia y tomaba las riendas de esos torrentes sanguíneos disparados, haciendo de jefe de barra en los troncales camino a Baquedano, gritando los *ce-hache-i* y coreando el himno nacional.

Los gritos del Beto cesaron en cuanto la micro se aproximó a su destino. Una de las compañeras del grupo cargaba un dolor en su tobillo, por lo que su caminar se volvía exigente. Roberto no dudó en acercarse y cruzar el brazo de su compañera por sobre su hombro; fue un gesto que ella nunca olvidó, y que realmente lamenta nunca haber podido agradecer.

El mundial llegó a su fin rápidamente. Chile quedó fuera en octavos de final y el seleccionado español se consagró campeón con un vistoso juego. Este quizás es uno de los momentos más curiosos de esta historia, porque pareciera que dicha situación no puede influir en la existencia de nadie; pero al final uno nunca sabe dónde está el punto de inflexión. Es verdad que existen un montón de factores que desencadenan el amargo trago que produjo la decisión de Beto, pero según sus propias palabras el final comenzó de esta manera:

“Mis desventuras comenzaron a mediados de semestre por una simple estupidez. Esto hace esta historia más patética, pero amena, divertida y fácil de leer. Desde que España ganó el mundial de fútbol (imagínense, no puede existir un contexto más idiota), que me he distanciado de los que antes eran mis compañeros. ¿Por qué?, pues porque se me ocurrió decir públicamente que España ganó usando simplemente la suerte y la especulación, restándole méritos absolu-



Roberto con un grupo de compañeros.

tos a su buen juego. (...) Mi perfil de Facebook se llenó de insultos y amenazas. Por aquel entonces, yo publicaba columnas en ese sitio, tituladas *Matador de Gigantes*. En ellas, me dedico a criticar cualquier cosa que fuera acorde al pensamiento general. (...) Hoy, me rodeo por los pasillos y por las salas, con el rostro agrio y apagado, víctima de mis propias palabras... y lo peor de todo es que esto me lo causé a mí mismo, aún sabiendo que esta carrera era para mí.”

Las cosas seguirían empeorando. Los caminos en la mente de Beto se empezaban a cerrar y la salida se iba volviendo cada vez más clara. Había comenzado una caída que no podría detener.

“El momento más grave de la vida”

Quizás fue por su afilada pluma, por sus ácidos comentarios sobre la realidad, por problemas en su entorno más cercano o por estar sumido demasiado profundamente en sus reflexiones. Tal vez no fue ninguno de estos motivos o, por el contrario, fue la suma de todos; la única certeza que tenemos es que el segundo semestre de ese año, Beto comenzó un proceso que le arrebató las ganas.

Lentamente, comenzó a desaparecer. Los recuerdos de varios compañeros coinciden en ciertos puntos: el haberlo visto caminar con la cabeza gacha, evitando las miradas, con una actitud hermética y proyectando una desconfianza que lo aislaba poco a poco de sus pares. Cambió los pastos del campus por las caluro-

sas salas de computación, y los pasillos y bancas por los rincones y últimas filas. Dejó de asistir a clases, aunque se le seguía viendo por la universidad.

Estos signos hoy parecen muy evidentes, pero muchos de nuestros compañeros se siguen preguntando cómo es que no los notamos. Beto nunca escondió el hecho de que le costase sociabilizar, era un tema con el que luchaba en cada nuevo comienzo. De alguna forma sus intentos fracasaron hasta el punto de aceptarse como una sombra, un detalle que ni él mismo estaba seguro de querer notar. Guardó silencio con quienes lo dejamos, tomó distancia de quienes lo ignoraron y así, a pesar de recorrer los mismos lugares que nosotros, desapareció.

“No la estoy pasando bien. Es una crisis vital. Este es, por mucho, mi momento más grave, porque ya no sé bien qué puedo hacer, ni mucho menos qué voy a hacer”, sentencia uno de sus últimos trabajos.

El auditorio continuaba silente. Los llantos habían cesado, la gente abandonó el lugar y algunos creyeron haber encontrado explicaciones, consuelos y respuestas. El ritual había terminado y el mundo, detenido por un momento dentro de esas cuatro paredes, volvió a la normalidad.



Roberto Casanova y su curso de mechones del año 2010.

Se acabó el año académico y no hubo tiempo de extrañar su silla vacía, su sombra en las salas de computación, su chaleco a rayas, su jockey negro, su andar pausado. El 2011 volvimos a clases y fue como si nada hubiera ocurrido. La vida siguió, y quizás demasiado rápido.

Probablemente el Beto nunca quiso desarrollar su existencia bajo el mismo sol que el resto y quizás por lo mismo se terminó apagando. Así, decidió acabar con el camino de lo efímero por voluntad

propia, sufriendo la soledad de no ser digno del resto. Sin darnos cuenta siquiera, se volvió uno con el mundo, allá a lo lejos, abandonado en un radiante vuelo mientras le sostiene la mano a una muy olvidada deriva.

“Si eres capaz de perdonar a la vida, aprender del pasado, reparar tu propio presente y construir el mejor de los futuros, entonces has dado el primer paso para convertirte en un verdadero triunfador”.
Roberto Casanova Valdebenito (4 de diciembre de 2010).

Apéndice

Enlaces a las semblanzas de periodistas, estudiantes y maestros de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile publicadas en el libro *Morir es la noticia*.

- 1 Mario Calderón Tapia (Universidad de Chile de Valparaíso) <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capII05.html>
- 2 Augusto Carmona Acevedo <http://www.blest.eu/biblio/news/cap11.html>
- 3 José Carrasco Tapia <http://www.blest.eu/biblio/news/cap12.html>
- 4 Luis Durán Rivas <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capII10.html>
- 5 Máximo Gedda Ortiz <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capII12.html>
- 6 Jorge Yáñez Olave <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capII24.html>
- 7 Jaime Aldoney Vargas (Universidad de Chile de Valparaíso) <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capIII02.html>
- 8 Arcadia Flores Pérez <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capIII05.html>
- 9 Luis Carrera Villavicencio <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capVI04.html>
- 10 Félix Castro Muñoz <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capVI05.html>
- 11 Carmen Correa Moreno <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capVI06.html>
- 12 Marcela Otero Lanzarotti <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capVI22.html>
- 13 Mario Planet Rojas <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capVI25.html>
- 14 Jaime Vargas Cellis <http://www.derechos.org/nizkor/chile/libros/reporter/capVI27.html>

